

Megan Maxwell

Las ranas también
se enamoran



MEGAN MAXWELL

PREMIO DAMA 2010 A LA MEJOR
NOVELA ROMÁNTICA CHICK-LIT

PREMIO ROSAS 2010 AL MEJOR
ROMANCE ACTUAL CHICK-LIT

de



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Él no quería compromisos, ella tampoco, pero el destino se empeñó en llevarles la contraria.

Marta Rodríguez es una joven y divertida madre soltera que conduce una Honda CBF 600. Trabaja en el taller de moda flamenca de Lola Herrera, donde hace un poco de todo. Tan pronto soluciona temas de banco como diseña y cose el mejor vestido de flamenca.

Pero la vida de Marta, y su entorno, da un giro de 180 grados cuando el hijastro de su jefa, Philip Martínez, un empresario inglés, serio a la par que sexy, se cruza en su camino.

¿Qué será Philip, una rana o un sapo más en el gran charco de la vida?

L  **LIBROS**

Megan Maxwell

Las ranas también se enamoran

Megan Maxwell

Las ranas también
se enamoran



Para todos vosotros que soñáis leyendo mis novelas y especialmente a Inmaculada García por sus indicaciones en cuanto a la moda flamenca. ¡Sois los mejores!

Capítulo 1

—Seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno...

¡FELIZ AÑO 2010!

Se escuchó por los enormes bailes de la sala de fiestas de Madrid. Las serpentinas de colores volaban. La gente gritaba, se besaba, se abrazaba y sonreía, mientras música brasileña a todo trapo sonaba y el populacho bailaba en plan trenecito.

«checheche... chechechecheche... chechechecheche... chechecheeeeeeeeeeeeeee».

—¡Qué marcha, por Dios! —rió Marta al ver a sus amigos bailando al ritmo de los sonidos caribeños.

Patricia, una alocada castaña de ojos marrones, divertida y sudorosa, se acercó hasta ella con dos copas de champán y entregándole una le dijo a gritos:

—Brindemos porque el 2010 sea el año en el que consigamos todos nuestros sueños. Que por fin yo logre conocer a George Clooney y se plante de rodillas ante mí con un pedrusco que haga que el dedo me arrastre. Y tú, que olvides al impresentable del Musaraña y Hugo Silva te conozca y babea por ti.

Aquellos sueños y en especial la locura de su amiga hizo reír a Marta. Chocar las copas y bebieron. Recordar a su ex, el Musaraña, no le gustó. No le traía buenos recuerdos. Pero como el ambiente era divertido, miró a su chiflada amiga y recalcó:

—Ahora me toca brindar a mí ¿no crees? —Patricia asintió y Marta levantando su copa gritó—. ¡Brindemos porque el Clooney te haga salir en el HOLA con tu enorme pedrusco, porque mi niña siga feliz y finalmente porque yo conozca a un latino de ojos, cuerpo y demás igualito al Silva!

—TU niña hoy estará pasándoselo pipa con los amigos. No te preocupes.

—Lo sé. Pero es el primer año que no pasamos juntas la Nochevieja y me siento extraña sin ella —sonrió Marta al pensar en ella.

—Ya era hora, ¿no? —se mofó Patricia mirándola.

Divertidas volvieron a brindar y beber, mientras la gente, feliz, bailaba a su alrededor.

—¿Tiene que ser moreno? El Musaraña era moreno y te salió sapo.

—Sí, tiene que ser moreno. Los rubios no son mi tipo. Donde esté un morenazo, de piel curtida por el sol y latino, que se quite lo descolorido.

En ese momento se acercó hasta ellas un chico de pelo rubio con una taja considerable. Brindó con ellas y tras decir cuatro chorradas se marchó.

—¿Lo ves? —dijo Marta—. Rubio... ¡Qué horror!

Adrian, el amigo de ellas, llegó acalorado hasta donde estas reían y tras coger una de las copas que había encima de la mesa, cuchicheó:

—No os lo vais a creer, nenas, pero acabo de ligar con el camarero más buenorro de la barra izquierda.

Ambas se giraron con rapidez para mirar.

—¡Por favor! ¡No se os puede contar nada! Queréis dejar de mirar con ese descaro de porteras. Me lo vais a asustar —gritó.

Divertidas le volvieron a mirar y Adrian, tras beber de su copa, señaló tocando el borde de la barra:

—Sed sinceras ¿Qué os parece?

—Pero si no nos has dejado mirar —se quejó Marta.

—Vale... primero mira tú y luego ella. Pero con disimulo, por favor, Marta. Que no se note que le estás haciendo un escaneo en profundidad. —Susurró Adrian, resoplando y retirándose su teñido flequillo de la cara.

Marta, con la mejor de sus sonrisas, se volvió y miró al camarero que atendía a varias personas a la vez. No tendría ni treinta años. Era castaño, de pelo largo, cara guapa y por la camisa blanca abierta que llevaba vislumbró unos marcados abdominales. Volviéndose de nuevo hacia Adrian que no paraba de moverse, susurró:

—Es tu tipo, rey. Jovencito, melenita, aspecto aniñado, tabletitas de chocolate... a por él.

—¿Te he dicho que te quiero, Martita? —aplaudió al escucharla.

—Sí, Adriancito. Cada vez que digo lo que quieres oír —sonrió aquella.

—Ahora miraré yo —dijo Patricia y volviéndose hacia aquel tras unos segundos miró a su amigo y preguntó—. Joder me encanta su pelo. ¿Seguro que es gay?

Al escucharla este abrió la boca y señalándola con el dedo aclaró:

—¡Lo he visto yo primero... so loba! Y por supuesto que es gay.

—Tranquilo... tranquilo. Yo ya le he echado el ojo a alguien que es más mi tipo —dijo Patricia carcajeándose.

—¿Quién? —preguntaron al unísono Marta y Adrian.

Patricia, al ver la expectación causada, señaló con el dedo a un tipo que no muy lejos de ella hablaba y se apretaba el oído para que no se le saliera el pinganillo que llevaba dentro. Era uno de los seguratas de la sala de fiestas. Alto, cuadrado, con el pelo recogido en una coleta y con un traje oscuro que le quedaba como un guante.

—Totalmente tu tipo, reina. ¡Un cachas perdonavidas! —asintió Adrian, y mofándose de Marta dijo señalando a uno que pasaba ante ellas—: Mira, Marta... ese es tu tipo. ¿A que se parece al Musaraña?

Conteniendo la risa los tres miraron a un hombre moreno, alto, delgado y con mirada de castigador. Iba agarrado a dos mujeres y por su actitud chulesca se debía creer el rey de la fiesta.

—Oh, sí... ese es el tipo de hombre de nuestra niña. Escuchimizado pero con

algo que gusta. Moreno y con cara de cabrito —Marta incrédula la miró y Patricia aclaró—. Aunque, bueno, reconozco que el Musaraña era más guapo que ese.

—Mucho más. Pero bastante más —apuntó Marta.

—Sí... sí... tienes razón —admitió Patricia haciéndola reír.

—*Uis* nena. Con lo mona que eres y el glamourazo que te gastas cuando te pones, te mereces algo mejor que simples sapos como el impresentable del Musaraña —dijo Adrian.

Marta iba a responder cuando Patricia la interrumpió.

—Brindemos porque Marta en el 2010 conozca una estupenda rana, que le quite *¡to er sentío!* Y que le haga olvidar los asquerosos sapos que ha conocido hasta el momento.

—Ya que te pones ¡que la rana se convierta en príncipe! —apuntó Adrian.

Incapaz de no sonreír Marta levantó la copa y brindó. Si algo tenía claro era que no quería volver a sufrir por ningún sapo más.

Capítulo 2

Quedaba poco para la semana del Simof en Sevilla, el mayor desfile de talento andaluz, donde se mostraban las últimas tendencias en todo lo referente al traje regional de flamenca.

Los profesionales del sector y admiradores de las creaciones flamencas se reunían todos los años en Sevilla, con el fin de enseñar al mundo sus nuevas creaciones en telas, zapatos, pendientes, volantes, mantones y el sinfín de complementos que un vestido flamenco podía llevar.

El taller tienda de Lola Herrera en esos días trabajaba sin cesar. Sus creaciones eran muy apreciadas por su público y Lola, junto a su equipo, intentaba que cada puntada estuviera dada en su exacto lugar.

Lola Herrera nació en Sevilla y creció entre puntadas, zurcidos y dedales. Su madre, Alba Millán, tuvo un pequeño negocio de costura en la calle Sierpes, y cuando Lola se casó y se marchó a vivir a Madrid, tuvo claro lo que quería hacer. Abrió su propio negocio de trajes de flamenca al que llamó por su nombre, Lola Herrera.

—No... no... no, *siquilla*, ese volante debe llevar una pequeña jareta alrededor —indicó Lola a una de sus costureras.

—Sí, jefa, sí... Pepi lo sabe —sonrió Patricia.

Pero Lola, como siempre y por esas fechas, estaba agobiada e histérica, y volvió al ataque.

—El vestido de popelina, ¿quién lo está montando?

Al escucharla Adrian la miró y tras cruzar una mirada cómplice con Marta indicó:

—Vamos a ver, Lola de mis amores y mis entretelas. El vestido blanco y rojo de popelina lo vamos a montar en diez minutos. Danos tiempo, *miarma*. Ya sabemos que los volantes se montan uno por uno, y todo lo necesario para que el vestido quede de infarto —sin dejarla hablar continuó—. En cuanto a los vestidos de piqué amarillo y azul, y el lila y negro, Yolanda está planchándolos. Han quedado de mil amores. Por lo tanto ¡relájate! y no me las pongas enrabieta, que luego pasa lo que pasa.

Estaban de trabajo hasta las cejas. Quedaban tres días para el gran acontecimiento y los nervios de todos estaban a flor de piel.

—Esa enagua la quiero *armidoná* —exigió Lola al pasar junto a otra de sus chicas sin poder remediarlo.

Marta y Patricia se miraron y sonrieron, mientras Adrian se tiraba de los pelos. Por ello las muchachas se acercaron a su jefa, la cogieron por la cintura y la sacaron del taller. Sus nervios se los contagiaba a todos y la gente se paralizaba.

—Una de dos, Lola. O te tranquilizas y dejas que trabajemos, o llamo a un taxi y te lleva para casa —se guaseó Marta—. Si sigues así al final me veo

poniéndote una pastillita debajo de la lengua.

—Ay, *miarma* ¡qué sofocón que llevo por *tó lo alto*! —resopló aquella.

—Lola... Lola... que si sigues así en tres días no vamos al Simof. Estaremos en tu entierro. Y perdona que te diga jefa, pero con todo lo que estamos currando, sería una pena no presentar nuestra alucinante colección —rió Patricia dándole un vasito de agua.

—¡Gamberra! —sonrió Lola al escucharla.

En ese momento se abrió la puerta del taller y apareció Adrian con la mano en la sien y gritó enloquecido:

—¿Por qué? ¿Por qué no seré taquillera de cine en vez de meterme en estos berenjenales? Pues no me dice ahora la modelucha del tres al cuarto de la cordobesa, que a ella le gustan más los vestidos que hemos seleccionado para la de Jaén. ¡Es para matarla! —y mirándolas señaló—. Si la envidia fuera tiña ¡*tos tiñosos perdidos*!

Las mujeres le miraron pero no le hicieron caso. Adrian, al igual que Lola, cada año perdía la paciencia con todo el mundo. Esta vez fue Marta quien le dio un vasito de agua. Y tras suspirar le pasó la mano con comicidad por el pelo y le susurró.

—Ya está... ea... ca... ya pasó.

Divertida por el equipo que tenía, Lola se levantó y sonrió. Aquellos tres muchachos eran el alma de su tienda LOLA HERRERA. Sin aquellos tres, nunca nada hubiera sido lo que era. Gracias a ellos, a su trabajo y esfuerzo, año tras año, conseguían deslumbrar en la pasarela del Simof.

—Marta, corazón mío ¿ya has arreglado todo el tema del estand? —preguntó Lola.

—Sí, ya está todo. He alquilado como siempre un estand básico, ya sabes, de 16m2, y todo estará de maravilla como siempre. Relájate.

—¡Qué arte tienes, *miarma*! —sonrió la mujer—. Yo estoy muy mayor para toda esta jarana. Cada año esto me puede más.

Adrian acercándose a ella, le dio con el abanico en el hombro y le indicó muy serio.

—Déjate de teatrillos, jefa, que si hay alguien fuerte y con un par de huevos para llevar esto adelante, eres tú. Por lo tanto —dijo, dándole el bolso—. Quiero que te vayas a casa, comas en condiciones y te relajes. Porque mañana nos vamos de viaje y necesito que Doña Lola Herrera, la mejor diseñadora de trajes de flamenca, deje boquiabiertos a todas esas endiosadas que no te llegan ni a la punta del tacón.

Boquiabierta la mujer le miró y dijo:

—Mira que me gustas cuando te pones en plan macho.

Eso les hizo reír a los cuatro y relajar tensiones. Diez minutos después, Lola le hizo caso. Se marchó para casa y prometió estar descansada para el día

siguiente. Les esperaban varios días de buen trajinar.

Tras una mañana de locura, donde parecía que les había mirado un tuerto, llegó la hora de la comida. Las costureras y aprendizas contratadas para aquellos días se marcharon a sus hogares a comer y en el taller se quedaron solo Patricia, Adrian y Marta.

—¿Qué te has traído en el *tupper*? —preguntó Patricia.

—Macarrones con chorizo que hice para cenar. Ya sabes ¡las sobras! —rió Marta—. ¿Y tú?

—Carne en salsa. Por cierto asquerosa. Cada día cocino peor.

Eso les hizo reír. De todos era conocido que la cocina no era lo de Patricia.

—*Uisss*, nenas. Pues yo traigo un pollo al ajillo que me hizo ayer mi madre, que está para chuparse los deditos y repetir —murmuró Adrian acercándose al microondas que tenían en la parte trasera del taller.

—¡Pollo al ajillo de la Avelina! —exclamó Marta al escucharle—. Qué suerte, por Dios. Mataría por ese pollito.

—Una pringaila con un poquillo de pan nos dejarás dar, ¿no? —babeó Patricia.

De todos era conocido que Avelina, la madre de Adrian, era una magnífica cocinera. Divertido por cómo le miraban, cogió una bolsa grande y, sacando dos *tupper* más, gritó haciéndolas chillar como locas.

—¡Anda tomad! La Avelina ayer me dijo: llévales esto a tus nenas que seguro que te lo agradecerán.

Marta y Patricia enseguida se olvidaron de sus *tupper* y corrieron a por ello.

—Recuerda que el próximo día que vea a tu madre ¡me la coma! —aplaudió Marta.

—Uy no, no. Si te la comes nunca te lo perdonaré —rió Adrian.

Una vez calentaron los *tupper* en el microondas se sentaron en unas sillas altas a comer, entre risas y cuchicheos.

—Mmmm... qué rico. Esta salsita que hace tu madre... ¡está de muerte! —dijo Patricia, mojando un trozo tras otro de pan.

—¡Qué bueno por favor! Mmmm los ajitos fritos —saboreó Marta.

En ese momento se escuchó el timbre de la tienda. Ninguno se movió. Estaba cerrado. Era la hora de la comida. Dos minutos después volvió a sonar. Ni caso. Diez minutos después hartos de escuchar el timbre, Marta se levantó molesta y aún masticando, abrió la puerta. Ante ella apareció un hombre de pelo claro cortado a cepillo y con cara de pocos amigos.

—Está cerrado, ¿no lo ve?

—Disculpe señorita, pero yo...

—Son las tres y cuarto de la tarde y hasta las cinco no se abre —interrumpió Marta, y señalando un cartel añadió—. El horario comercial está puesto aquí. Por lo tanto, ¿qué tal si deja de aporrear el timbre y regresa cuando la tienda esté

abierta?

El hombre la miró con gesto serio y pensó en los malos modales de aquella mujer. Sin molestarse en contestar, se dio la vuelta y se marchó. Marta, sorprendida por aquello, cerró de golpe y volviendo con sus compañeros murmuró:

—Pues no va el borde del tío, se da la vuelta, y me deja con la palabra en la boca.

—Oh... el mundo está lleno de impresentables, reina —sonrió Adrian—. Anda, termina de comer y disfruta el momento.

Cinco minutos después los tres reían ante las ocurrencias que decían, y dos horas más tarde estaban sumidos en la vorágine de finalizar lo que debían llevarse al día siguiente para Sevilla.

Capítulo 3

Al llegar a casa Marta deseó tirarse en el sofá, quitarse los zapatos y descansar. Le esperaban cuatro días de auténtica locura. Pero su hija, como siempre, no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Su perro salió a recibirla.

—Hola, *Feo* —saludó tocando la cabeza del peludo y oscuro animal—. Debes estar quedándote sordo, hijo —y gritó—. ¡Vanessa baja la música!

Entró en la cocina. Necesitaba beber agua. Allí se encontró la primera sorpresa. La basura sin bajar.

«*Dios... dame paciencia porque a veces esta niña me saca de mis casillas*» pensó caminando hacia la habitación de su hija. Al abrir la puerta de su habitación, se encontró a aquella bailando y cantando a voz en grito en medio de la habitación con la música a todo meter.

«*Ella ella eh eh eh, ... Under my umbrella, ella ella eh eh eh...*». Sin pararse a pensar, Marta entró como un vendaval y apagó el equipo de música. Su hija la miró y gritó.

—Mamá, ¿que es Rihanna!

«*Rihanna para el pelo te daba y o a ti*» pensó al ver su cara de incredulidad.

—Por mí como si es perico el de los palotes, —y levantando la bolsa de basura dijo— ¿esto quiere decir que no has sacado a pasear a *Feo*?

La niña, al ver la basura, miró al perro y llevándose las manos a la boca se disculpó.

—Ostras, mamá, se me ha pasado el tiempo volando. No me he dado cuenta.

Con rapidez le quitó la bolsa de las manos y se puso su cazadora *bomber* de camuflaje.

—Vamos, *Feo*. Salgamos a tirar la basura, antes que alguien se enfade —dijo ante la cara que le ponía su madre.

Cuando Vanessa cerró la puerta de la calle, Marta sonrió y encendiendo el equipo de música fue ella quien bailó y cantó:

«*Ella ella eh eh eh, ... Under my umbrella, ella ella eh eh eh...*».

Marta era una joven morena de complexión normal de treinta y dos años. Y si algo le hacía gracia era que cuando decía que tenía una hija, todo el mundo pensaba que era una niña pequeña. Pero no. Marta tenía una hija de dieciséis años, que tuvo a la temprana edad de quince. Y aunque ambas tenían claro que eran madre e hija, la mayoría de las veces se trataban como amigas. Para Marta no fue fácil criar una niña. Ella misma era una cría cuando la tuvo. Pero gracias a su fuerza y su determinación consiguió que ambas salieran adelante.

Media hora después, Vanessa subió de la calle con un alegre y vivaz *Feo*. Un

perro sin raza específica. Era un híbrido entre un cocker y un perro de aguas. Se lo encontraron una noche herido junto a los contenedores de basura, y pasó a ser uno más de aquella familia. Vanesa, sentándose al lado de su madre, esperó pacientemente a que terminara de hablar por teléfono.

—Consuelo, te agradezco mucho que te quedes con Vanesa este fin de semana. Y ya sabes, cuando quieras darte una escapadita con tu churri, me dejas a Susana y os vais cuando queráis. De verdad, gracias.

Una vez colgó el teléfono, miró a su hija y dijo:

—¡Solucionado! He hablado con la madre de Susana y mañana cuando salgáis del colegio os recogerá. Alégrate ¡Vas a pasar varios días con tu mejor amiga! *Feo* se quedará con la señora Eulalia.

La cría sonrió y tras abrazarla le susurró al oído:

—Eres la caña de España, mamá. Gracias.

Marta al escuchar a su hija rio y dijo:

—Eso sí. Pórtate bien ¿vale? Yo te llamaré todas las noches desde Sevilla, y no quiero oír ni una sola queja de que te portas mal, ¿de acuerdo?

—Sí, mami. Por cierto ¿podemos hablar del *piercing* y el tatuaje?

—¡Ni lo sueñes, cielo! Olvidalo.

—Jo, mamá.

—Ni jo... ni ja.

La muchacha, sin dar su brazo a torcer, sacó del bolsillo de su pantalón un papelito y se lo entregó. Desde que Vanesa era pequeña tenían un juego. Se entregaban vales canjeables por deseos o regalos. Aquellos vales eran muy importantes para ellas. Marta sin leerlo sonrió y aclaró.

—Este vale mío, no sirve para lo que pides. Por lo tanto, olvidalo.

—Pero, mami, Alicia y Sara llevan *piercing* en la ceja y en la lengua. Y Laura un tatuaje en la espalda.

«Por Dios, qué grima un *piercing* en la lengua» pensó Marta y con gesto de desagrado dijo:

—Me da igual donde los lleven ellas. Mientras yo pueda impedirlo, no te lo harás, ¿entendido?

Marta miró a su hija. Le parecía increíble que aquella cosita diminuta que un día le hizo pasar tanto dolor, ya fuera casi una mujer. Y para hacerla sonreír preguntó:

—¿Qué te parece si llamamos a Telepizza y nos zampamos para cenar una doble con queso y beicon?

—¡Guay! —aplaudió la muchacha.

Tres cuartos de hora después las dos como dos crías, junto a *Feo*, cenaban sentadas en el sofá, mientras veían la gala de Gran Hermano. Un programa que les encantaba.

Capítulo 4

La llegada a Sevilla fue apoteósica. Llovía, hacía frío y todo parecía ralentizarse. Marta, nada más llegar al stand contratado, comenzó a montarlo con sus compañeros. Había que vaciar las cajas, colocar fotos, catálogos y planchar los vestidos para que comenzaran a estirarse. Las modelos contratadas ya habían llegado a sus hoteles, y todo parecía comenzar a cuadrar. Su colección aquel año se llama «Pura Sevilla» un nombre con fuerza y tronío. Aquel año Lola había decidido confeccionar vestidos para la feria. No vestidos difíciles de llevar, ni encorsetados. Quería una colección fresca y altamente andaluza que invitase a la mujer, fuera de donde fuera, a sentirse guapa cuando caminara con garbo por el Real.

El jueves a las 11:30 se celebró el Certamen de nuevos diseñadores. Lola y su equipo llegaban al Simof a las nueve de la mañana y no salieron de allí hasta las doce de la noche. Debían atender a todos los que se acercaban a saludarlas. Recogían pedidos y enseñaban muestras y catálogos, pero no la colección. Eso era un secreto muy bien guardado.

Un secreto que se desveló el sábado a las 18:30 cuando los primeros acordes de la bulería «La calle del olvido» de Remedios Amaya, puso a todos los presentes la carne de gallina. Un halo de luz iluminó la pasarela y, tras aparecer el nombre de LOLA HERRERA en rojo pasión, salió la primera modelo vestida con un traje burdeos de talle bajo, ajustado hasta los pies, con manga larga.

Tras ese desfilaron otros modelos con vertiginosos escotes en uve, flores recortadas en tela y vivos colores. Abundó la manga larga, las gasas, tules, piqué, *strass* y flecos. Hubo vestidos con chaquetillas, vuelos amplios, cuerpos de sirena, escotes en la espalda, mantones maravillosos, flores en el pelo, zarcillos grandes, vestidos de talle medio y volantes de pétalo.

Aquel espectáculo en la Simof era digno de ver. Allí no solo se veía moda flamenca. Allí se fusionaba baile, cante, arte y moda.

Lola, entre bastidores, daba el último toque a las modelos antes de salir a la pasarela y con una sonrisa de ilusión, les decía lo preciosas que estaban. Eso les hacía sonreír y salían con más garbo a desfilar. Todo estaba saliendo a la perfección. La colección parecía gustar, apasionar, enamorar. Cuando quedaba poco para terminar el desfile, en el *backstage*, Adrian preparaba el último modelo: el vestido que cerraría la colección Pura Sevilla.

—El peinecillo de Carey... Carmina. ¡Ponte el peinecillo en el lado derecho de la cabeza, junto al moñito pequeño! —gritó Adrian hecho un manojo de nervios.

—¡Qué calor! —susurró la modelo algo pálida.

—No te muevas. Voy a pasarte el vestido por la cabeza y no te quiero despeinar —protestó.

Con rapidez Adrian abrió su abanico y mirándola espetó:

La modelo cada vez más pálida le miró y susurró:

—Estoy embarazada y creo... creo que me voy a desmayar...

Y ¡Zas! se desmayó.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Adrian horrorizado y llevándose las manos a la cabeza en medio de aquel caos gritó—. ¡Esto es un desastre! ¡Me quiero morirrrrrrrrrrrr!

Con rapidez Marta y Patricia que atendían a otras modelos acudieron a su lado y Adrian, pálido, les susurró.

—¡La mato... la despellejo!... me importa un pimiento si está embarazada o no. ¿Por qué ha elegido este momento para desmayarse?... ¡Ay virgencita de los susurros desamparados! ¿qué hago? El vestido tiene que salir. Es el colofón de la colección. Tiene que salir. ¡Ya!

Patricia con rapidez miró a su alrededor pero no había ninguna modelo disponible. Todas estaban demasiado peripuestas con otros vestidos. Dando un tirón de la manga de Marta le gritó.

—; Desnúdate!

Al escucharla Marta la miró y preguntó extrañada.

—¿Cómo?!

—No hay tiempo, Marta. Tienes que sacar este vestido tú. Yo no puedo, soy más bajita que vosotras y con este trasero que Dios me ha dado no entro ahí ni de coña. Y Adrian con peineta y vestido de cola no creo que esté muy mono. Por lo tanto. ¡Desnúdate que lo vas a airear tú!

Sin perder un segundo Marta se comenzó a desnudar mientras gritaba.

—¡Pero os habéis vuelto locos! ¡Que yo no soy modelo! Ni estoy peinada para la ocasión, ni nada. ¡Joder! Pero como voy a salir yo a la pasarela. ¡Qué yo no sé desfilas!

Pero sus compañeros no la escuchaban. Buscaban una solución rápida. Y los tres eran de soluciones inteligentes. Con rapidez le enfundaron un traje blanco de puntillas con topos negros, que se le ajustó a la perfección, mientras ella continuaba gritando.

—¡No me habéis oído?! ¡Estamos todos locos o qué!

Patricia le hizo un remeño de urgencia. Con dos enormes horquillas le sujetó dos flores en el pelo. Una blanca y otra negra. Adrian le plantó unos zarcillos en color blanco, y después le calzó unos zapatos blancos con tacón de topos negros.

—*Ainsss* nena... ¡estás más guapa que la modelo! Para el año que viene no contratamos a Carmina y te contratamos a ti.

—Vete a tomar viento, Adrian —protestó mientras la llevaban hasta la

entrada de la pasarela.

Cuando Lola los vio aparecer, miró incrédula a Marta y preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Carmina?

Adrian, sin darle tiempo a pensar, pues la conocía y sabía que se agobiaría, se apresuró a decir:

—Se ha desmayado y este vestido tiene que salir ¡ya! Marta lo hará y lo lucirá con soltura, ¿verdad Martita?

—*Jesús del Gran Poder* —se persignó Lola al escucharles.

Pero Marta apenas podía razonar. Pensar en tener que salir ante todo el mundo y no caerse era una empresa imposible de conseguir, y aún más con el tembleque de rodillas que tenía.

—¡Ay, madre! Creo que me voy a desmayar —susurró asustada.

—¡Ni lo pienses nena! —gritó Adrian señalándola—. A ti, no te lo permito.

Marta fue a protestar, pero Patricia la interrumpió y pintándole los labios con rapidez afirmó sin dejarla hablar:

—No te vas a desmayar porque sabes que no debes. Lo vas a hacer maravillosamente bien y, conociéndote, sé que bailarás como una leona con el bailarín morenazo que te espera. Por cierto ¡está *pa* comérselo entero! Tiene un pelazo de lujo.

—¿Bailarín?! —gritaron Marta, Adrian y Lola.

Cogiendo aire, Patricia les recordó.

—Habéis olvidado que contratamos a un bailarín para que Carmina se marcara una sevillana con él. Este vestido es para airearlo, tiene movimiento. Es nuestro broche de oro al desfile y queríamos disfrutarlo.

«Oh, no... eso sí que no» pensó Marta y dándose la vuelta gritó.

—¡Ni hablar! Yo ni salgo, ni bailo. ¿Pero estáis locos? ¿Qué habéis fumado vosotros? Que no... que no... que la voy a liar con estos tacones y terminaré espatarrao en medio de la pasarela.

Pero sus compañeros la sujetaron. La conocían y sabían que ella lo haría muy bien. Marta tenía carácter para eso y para todo lo que se propusiera.

—Angélico mío. Si alguien puede salvar esta situación, eres tú. ¡Por favor! —suplicó Lola mirándola con aquellos ojos que Marta adoraba.

Patricia, consciente de que aquello era una encerrona, para darle ánimos a su amiga le susurró:

—Solo será la primera sevillana. La más facilita. Te la sabes y la bailas muy bien. Venga Marta, no me seas perrangana. Tú no eres de esas.

Los acordes de una sevillana comenzaron a tronar en la pasarela y la gente comenzó a dar palmas enloquecida. En ese momento Marta resopló y tras mirar a aquellos tres que la observaban con ojos de súplica, se puso las manos en las caderas, se dio la vuelta y salió pisando fuerte.

Con un aplomo que no dejaba entrever el histerismo que la dominaba por

dentro, llegó hasta donde estaba el bailarín que la esperaba, y tras pasarle la mano por la cara se acercó a él y entonces el guitarrista tocó un redoble y la sevillana comenzó.

Marta intentó no pensar en los miles de ojos que la observaban. Se centró solo en no equivocarse y sacar todo el poder que Lola le había inculcado cuando le enseñó a bailar sevillanas. Mirando los ojos del bailarín, comenzó a contonearse con tal gracia y tronío que la gente aplaudió, mientras ella y el morenazo deleitaban con su danza al personal. Se movían con salero y arte y, cuando la pieza acabó, Marta sonrió. Se puso las manos en las caderas y anduvo hasta el principio de la pasarela aireando los volantes del vestido. Una vez allí, se dio la vuelta como la mejor de las bailaoras y agarrada al bailarín caminó de vuelta y desapareció.

—¡Virgen de la Macarena! —aplaudió Lola—. Has estado fantástica, *miarma*.

—Oy ... oy ... oy ... nena. Si estaba más cantado que la Macarena que lo ibas a hacer de lujo ¡artista! —gritó orgulloso Adrian—. Me has puesto los pelos... ¡como escarpas!

Marta había estado fantástica. La gente aplaudía encantada por el baile y por el cierre del desfile que la diseñadora Lola Herrera les había regalado.

—Dame una silla que me desmayo —susurró mirando a Patricia, que rápidamente se la buscó. Esta se sentó.

Con el corazón a punto de salirse por la boca, Marta se agarró el estómago y se dobló. Pero al escuchar los aplausos de sus amigos más cercanos y las modelos, sonrió y dijo:

—La madre que os parió ¡en qué embolados me metéis!

Sin darle tiempo a descansar, Lola la agarró del brazo, la levantó y le hizo salir con ella para saludar a los asistentes.

Más tranquila, y seguida por Patricia, Adrian y las modelos, Marta les acompañó. Y cuando a Lola le dieron un ramo de flores y esta sacó una y se la entregó, finalmente rio a carcajadas y disfrutó del momento.

Capítulo 5

—Las noches en Sevilla son una maravilla. Eso dice el dicho, ¿no? —murmuró Adrian mirando a su jefa, Lola, y a sus dos amigas cuando salían del Palacio de Congresos y Exposiciones de Sevilla. Diluviaba.

—Oh... qué hartón de lluvia, por Dios —se quejó Lola abriendo el paraguas.

—Como tú dices «enguachinaos» estamos —rió Marta mirando a su jefa.

—No os quejéis que por lo menos hoy no ha nevado —señaló Patricia.

En ese momento una limusina blanca e impresionante paró frente a ellos.

—Guau... ¡Qué calabaza! ¿Estará mi príncipe azul dentro? —preguntó Adrian divertido.

—Lo dudo. Es Hugo Silva que ha venido a buscarme —se mofó Marta, quien no sabía quién era pero llamó como llevaba tiempo haciendo.

—No... no. Es mi Clooney ¿qué os habéis creído? —murmuró Patricia, mientras Lola sonreía por las ocurrencias de aquellos.

La puerta de la limusina se abrió y para decepción de los tres descendió un señor de unos setenta años, de espesa cabellera canosa, que mirándoles, dijo:

—Creo que no es una noche especialmente preciosa para pasear. Aunque estemos en la mágica Sevilla. ¿Les puedo llevar hasta la fiesta?

Los cuatro se miraron, pero fue Lola quien con una increíble sonrisa señaló.

—Muchachos os presento a Antonio Martínez. Un buen amigo y exportador de nuestros trajes al extranjero a través de su compañía EyE. ¿La recordáis?

Al escuchar aquel nombre y en especial el de la empresa todos asintieron.

—Encantada señor Martínez —saludó Marta con una grata sonrisa—. Yo suelo ser la que habla con Alicia, su secretaria, para resolver algunos asuntos.

—Encantado de conocerla señorita —y tras mirar a Lola añadió—. Nunca me dijo su encantadora jefa que su equipo contaba con una estupenda bailaora. Nos ha dejado a todos extasiados con su arte.

Marta sonrió al escucharle y, quitándole importancia al asunto, dijo:

—Gracias... pero no es para tanto. Hice lo que pude para salvar una situación y, en confianza y ahora que nadie nos oye... no era yo la que debería haber bailado.

Lola divertida con todo aquello apremió:

—Venga... venga, entrad en la limusina muchachos. Si seguimos bajo el aguacero nos saldrán branquias.

Veinte minutos después, la limusina paró frente a un local de moda de Sevilla. Una vez dentro, Lola y Antonio, se desmarcaron de los más jóvenes, y estos fueron directos a la barra.

—En serio, Marta. Has estado sensacional —insistió Adrian.

—De verdad, ¿no se ha notado mi inseguridad?

—Para nada, chata —señaló Patricia—. Al bailarín te lo has zampado con tu

gracia. Por cierto, ¿siempre pones ese gesto de fiera cuando bailas sevillanas? Porque hija mía... ¡estabas de un sexy y un racial que tiraba para atrás!

—¿De verdad? —rió Marta bebiendo de su copa.

—*Uis*, nena y tan de verdad. Es más, te juro por mi madre la Avelina, que es lo que más quiero *on the world*, que mientras te observaba bailar y mirar al bailarín con esa cara de loba ardorosa, ¡me has excitado!

Al escuchar aquello Patricia y Marta se echaron a reír divertidas cuando sonó una canción.

—Ay, Dios, como me gusta esta canción y sus intérpretes —dijo Marta.

—¿Cuál es? —preguntó Patricia.

—«Que yo no quiero problemas» de Chenoa y David de María ¡me encanta!

Dos segundos después Marta comenzó a mover las caderas como una descodisa y a cantar la canción a sus amigos.

—*Que yo no quiero problemas... que los problemas amargan... si estoy contigo a tu vera... los problemitas se marchan... Que yo no quiero intereses... ni conveniencias fingidas... me he dado cuenta mi niña... que está la vida muy mala...*

Pero al moverse hacia la izquierda sin querer empujó a quien estaba detrás y este protestó.

—*¡Oh, my God!*... Mire lo que hace. Me acaba de echar toda la copa encima.

Al escuchar aquello Marta dejó de cantar y se dio la vuelta con rapidez para disculparse. Pero entonces sus ojos quedaron frente al nudo perfecto de la corbata de un hombre. Sin moverse echó la cabeza hacia atrás para mirarle y sin pestañear murmuró al trajeado que estaba frente a ella.

—Ay, Dios... discúlpeme por favor. Madre mía... madre mía qué torpe soy. De verdad, ha sido sin querer —con rapidez cogió varias servilletas y comenzó a secar el líquido que aún le chorreaba por la solapa.

El hombre se quedó parado. ¿De qué le sonaba aquella muchacha? Dos segundos después lo supo y dando un paso atrás para alejarse de ella, dijo con gesto serio:

—No se preocupe. No hace falta que lo limpie. Ya lo hago yo.

Pero Marta sabía que la culpable de aquel desastre había sido ella y dando un paso al frente cogió nuevas servilletas y volvió a secarle el estropicio.

Esta vez no se movió. Dejó que la muchacha secara su traje y cuando vio que daba por terminada su acción le señaló.

—Gracias, señorita pluriempleada.

«Qué dice este tío» pensó Marta mirando a aquel enorme tío de pelo claro que la traspasaba con su azulada mirada.

—¿Pluriempleada? —le preguntó.

Tras mirarla durante unos segundos que para Marta se hicieron eternos él asintió y contestó:

—Usted trabaja para Lola Herrera ¿verdad?

—Sí.

El trajeado, junto a otros hombres la miraban de arriba abajo. Marta odiaba que la miraran así. Le hacía sentir un objeto sexual. Algo que odiaba.

—¿Cuál es su trabajo exactamente, preciosa? —preguntó aquel con un extraño acento extranjero en la voz.

Al escuchar aquello, y ver como los hombres se miraban y sonreían, ella se retiró el pelo de la cara y frunciendo el ceño espetó.

—¿Le he preguntado yo a usted, precioso, si se ha cambiado de gayumbos hoy?

Aquello dejó sorprendidos a los tíos, que sin poder evitarlo se carcajearon todos, menos el ofendido, que clavándole una inquisidora mirada señaló:

—No, *darling*. Pero si eso la hace feliz, usted misma lo puede comprobar.

Patricia y Adrian, al escuchar aquello, tuvieron que sonreír, y Marta con una mirada retadora, respondió:

—¿Sabes, *darling*? Si lo sé, te limpia el traje tu prima la del pueblo.

—Yo no se lo he pedido, señorita. Usted ha insistido.

«Joder... tiene razón y encima me llama de usted» pero dispuesta a ser quien dijera la última palabra, como siempre, espetó:

—Insistí, porque soy educada ¡no como otros! —y levantando el mentón finalizó—. Ahora, si no le importa, hagamos como que no nos hemos conocido, ¿le parece?

Sin darle tiempo a responder, Marta se dio la vuelta y tras mirar a sus amigos que la miraban con la boca abierta escuchó tras ella.

—¿Educada? ¿Usted se considera educada? *Oh, my God!*

Dándose la vuelta furiosa levantó el dedo y señalándole gritó:

—Vamos a ver, *guiri de pacotilla*, que como dice la canción, ¡qué yo no quiero problemas! ¿Qué parte de mis palabras no ha entendido?

Este con gesto ofuscado observó a aquella guapa pero horrible mujer que se le enfrentaba. Miró el dedo con el que le señalaba. Odiaba ese gesto. Y aunque deseó bajárselo, se contuvo y le preguntó en tono neutro:

—¿No se acuerda usted de mí?

—Pues no. ¿Debería recordarlo por algo especial?

—Piense.

—Pensar no siempre es bueno.

Sorprendido por aquella respuesta, con su imponente altura, se acercó a ella y poniendo un brazo a cada lado de la barra, la atrapó en el centro y le ladró ante su cara.

—Está cerrado. ¡Son las tres y cuarto de la tarde y hasta las cinco no se

abre...! ¿Lo recuerda, preciosa?

Marta al oír aquello, parpadeó y recordó de lo que hablaba. Sin poder evitarlo sonrió y preguntó:

—¿Era usted, precioso? —él asintió con gesto tosco y ella sentenció—. Y me habla usted de educación, cuando me dejó con la palabra en la boca.

Incrédulo por la poca vergüenza de aquella descarada señaló:

—En ese momento la traté con la educación que se merecía.

Cansada de ver a los otros hombres reír y darse codazos, se empujó, acercó su boca al oído de aquel y le susurró en tono amenazante:

—Escucha una cosa, precioso. Si no quieres que te trate como te mereces en este momento, retira tus manitas de *guiri* de mi alrededor o te juro que tus amiguitos trajeados se van a destrozar de risa cuando te vean espatarrado en el suelo tras la patada en los huevos que te voy a dar. ¿Me has entendido o te lo repito más despacio?

La miró boquiabierto durante unos segundos y alejando sus brazos de ella indicó:

—Es usted muy desagradable, señorita.

—Ya somos dos —se mofó ella y mirándole dijo—. ¿Sabe una cosa?

Sin amilanarse por el carácter de aquella descarada la miró.

—Dígame, señorita.

—Me encanta ser así de desagradable. En especial con los idiotas estirados y trajeados como usted que se creen alguien ante los currantes mileuristas como yo.

«Pero, ¿de qué está hablando esta mujer?» pensó Philip sin entenderla.

Dispuesto a perderla de vista se dio la vuelta y la ignoró. Ella diría su última palabra, pero él sería quien le haría el último desprecio.

—Vámonos de aquí, antes de que le tenga que dar su merecido al *guiri* —dijo Marta cogiendo su copa ofuscada ante las carcajadas de los amigotes de aquel.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Adrian, acalorado, murmuró:

—Uf, Martita de mis amores ¿tú has visto como estaba ese pedazo de *guiri*? Por cierto, me suena su cara y no sé de qué.

—¡Es un cañonazo de tío! —murmuró Patricia y de pronto abriendo los ojos descomunadamente dijo—: Ay, Dios... pero no es Ronan Keating. El cantante.

Los tres volvieron la mirada hacia aquel que continuaba hablando con los mismos hombres.

—Tiene sus hechuras, pero no es él. Pero os digo nenas que yo a ese macizorro le he visto en algún lado —indicó Adrian mirándole.

—Vamos a ver, ¿quién es ese Ronan Keating? —preguntó Marta curiosa.

—Un cantante. Excomponente del grupo inglés Boyzone —Marta puso cara de no conocerle—. Sí, hombre, sí... es el que canta la canción principal de la película Notting Hill... ¡Oh, Dios! ¡¡Está que cruje!! Cuando vayas a mi casa te

lo enseño que tengo la peli y sale el vídeo de él cantando mientras está sentado en un banco en el parque.

—En dos palabras IM-PREZIONANTE —murmuró Adrian.

Marta, incrédula por la cantidad de tonterías que decían los dos, se volvió hacia aquel que ni la miraba y torció el gesto.

—Rubio, trajeado y *guiro* ¡qué horror! Para vosotros. No es mi tipo. Además, como dice la canción... Que yo no quiero problemassssssssss —dijo justo antes de empezar a bailar.

El resto de la noche lo pasaron estupendamente. Bailaron, cantaron y cuando llegaron a la cama cayeron desplomados.

Capítulo 6

Los meses pasaron y llegó abril. Aquel año para la feria, los diseños de Lola Herrera, paseaban con estilo por el Real. Como cada año, Lola invitó a Marta, Vanesa, Patricia y Adrian a pasar la Feria con ella. Eran su familia.

El lunes por la noche junto a cientos de sevillanos se pusieron *moraos a pescalío* frito, pijotas, boquerones, adobo y calamares, jamón ibérico, chacinas ibéricas y langostinos. Todo ello acompañado de vinito, *rebujito*, cerveza y manzanilla. Una vez acabaron fueron testigos del *alumbrao* de la portada del Real, donde aplaudieron como descosidos. La Feria había comenzado con fuerza y luces. Sus casetas con suelo de tablas y sus farolillos de colores inducían a pasarlo bien y a bailar.

Lola, como buena sevillana, les llevó a la caseta de un amigo donde fueron recibidos con alegría, música y cordialidad. Allí degustaron buen jamoncito, excelente vinito y *rebujitos* y, sobre todo, se arrancaron por sevillanas. Se lo pasaron bomba hasta el amanecer cuando derrotados se fueron a descansar.

Al día siguiente llegaron al Real en un lujoso y precioso coche de caballos. Vanesa, la hija de Marta, no se lo podía creer. Lola había contratado un precioso coche engalanado por un chofer bien acicalado y perfumado, que les llevó hasta el Real. Horas después degustaron papas con chocos en una de las casetas y, con el estómago a rebosar, decidieron descansar sentados en una de las terrazas. Hacía solecito y un rato de tranquilidad les vendría bien.

—Ven, *miarma*. ¿Quieres continuar con nosotros o prefieres que te llevemos a los cacharritos? —llamó Lola a Vanesa.

—Lola, ¿de verdad crees que a mí, con mi edad, me gustaría montar en los cacharritos de la feria? —preguntó divertida la muchacha mirándola con guasa.

—Todavía tienes dieciséis, no lo olvides —recalcó Marta ganándose una reprochadora mirada de su hija.

—¡Mamá! No me rayes y no empecemos con lo de siempre —contestó rápidamente Vanesa.

Al escuchar la contestación de la muchacha todos sonrieron. Atrás quedaron los años en que Vanesa les hacía meterse en « la calle del infierno », un lugar con infinidad de atracciones, para montarla durante horas en los cacharritos.

—Ven, *miarma*. Por allí viene mi primo Pepe el canastero con sus nietos. Estoy segura de que con ellos lo pasarás mejor que con nosotras.

Ver a aquellos muchachos con los que solo coincidía un par de veces al año, alegró a Vanesa. Con rapidez la muchacha saludó a los chicos que al reconocerla la abrazaron con cariño.

—*Ainss*, mi niña ya no es una nenita —suspiró Marta mirándola.

—¿Niña? Menudo cuerpazo tiene la niña. Pero si tiene más pechuga que yo

—se guaseó Patricia.

Y era cierto. Vanesa era casi más alta que su madre y tenía unas curvas impresionantes. Curvas que el vestido de gitana acentuaba más y que hacía que muchos hombres la mirasen.

—Pues no me dice la mocosa que quiere hacerse un *piercing* —cuchicheó Marta.

—¿Dónde se quiere taladrar la muy insensata? —preguntó Adrian.

—Mientras no sea en la pepitilla... vamos bien —rió Patricia con guasa—. Tengo una amiga con uno puesto en los labios internos de la susodicha pepitilla que se acostó con un tipo con un *piercing* en el pito y tuvieron que llamar al Samur.

—¿Por qué? —preguntó Marta horrorizada.

—¡Se quedaron enganchados!

—Oh Diossssss, ¡qué momentazo! —exclamó Adrian al escucharla mientras se reían a carcajadas.

Vanesa, la niña, acercándose hasta ellos murmuró:

—Mami, ¿te importa si me voy con ellos? —señaló a los familiares de Lola.

—¿Llevas el móvil? —la cria asintió y Marta, tras darle un beso, dijo—: Anda ve, diviértete, pero ten cuidado.

Dos minutos después Vanesa se marchaba con aquellos muchachos de su edad a pasear por el Real en busca de diversión.

—No te preocupes, cielo —murmuró Lola al ver como miraba a su hija alejarse—. Son buenos *siquillos*. Se tomarán algún *rebujito*, con alguna *aseitunita*, se echarán algún *bailesito* y se lo pasarán bomba. Los nietos de mi primo Pepe y Candela son muy buenos niños. He quedado en que luego la lleven a casa. Lo dicho... no te preocupes.

—Vale, Lola. Me fio de tus familiares —sonrió Marta.

—Ay, jefa... es llegar a tu tierra y todavía tienes más deje andaluz ¡que graciosa eres *siquilla*! —se mofó Adrian haciéndoles reír.

—¿Sabéis lo que me dijo anoche un tipo mientras bailaba una sevillana con él? —todos dispuestos a reírse miraron a Patricia y esta con arte le imitó—. Me dijo «*Siquilla, me tienes engorilao perdió*».

—¿*Engorilao perdió*? ¿Te dijo eso? —rió Lola al escuchar aquello.

—Te lo juro, Lola.

—*Oy... oy, que asolvajao*. ¿Dónde puedo conseguir yo uno de esos? —se guaseó Adrian.

Pasaron más de una hora riendo y divirtiéndose sin parar hasta que Lola sintió la boca seca.

—Ay, por Dios ¡Qué pecha a reír! Tengo la boca como una suela de lija ¡seca!

Marta, muy flamenca con su traje en color malva, y la flor en el pelo, se ofreció para traer algo de beber. Con una sonrisa en la boca se acercó hasta la caseta municipal más cercana y esperó su turno para pedir mientras escuchaba a un grupo flamenco cantar y veía a la gente animada bailar. Mientras esperaba en la cola se fijó en las dos mujeres que tenía delante de ella. Eran extranjeras. Su acento, su pelo rubio y sus pintas lo gritaban a los cuatro vientos. Pero lo que realmente llamó su atención fue ver que los vestidos que llevaban eran de su tienda. Eso le gustó.

«Vaya... a las *guiris* les sientan bien» rio mirándolas. De pronto dos borrachines se acercaron hasta las *guiris* y balbucearon:

—Moverse para atrás *blondies* que aquí nos ponemos nosotros.

Las *guiris* al escucharles se miraron y una de ellas soltó en perfecto castellano.

—Creo que no, listillo. Si quieres beber te pones en la fila y esperas tu turno como todo el mundo.

Eso hizo sonreír a Marta. La *guiri* sabía defenderse. Pero cuando vio a los idiotas plantarse ante aquellas con todo el descaro del mundo les miró y gritó.

—*Eh... iluminaos* ¿No lo habéis oído?

Los hombres la miraron y Marta prosiguió con gesto furioso.

—Llevo esperando aquí veinte minutos a que me toque la vez. Por lo tanto, si queréis beber, respetad el turno. Porque delante de mí no vais a pasar.

—¿Pero qué dice la morenita? —rieron aquellos que estaban como dos cubas.

Antes de que ella pudiera responder, fue la *guiri* quien respondió y empujándoles de la fila dijo:

—Ha dicho lo que yo. Qué respetéis vuestro turno y no seáis cara dura.

En ese momento quedó libre la barra y los señoritingos se dieron la vuelta con rapidez y comenzaron a pedir. Pero la *guiri* y Marta no se lo iban a permitir y, tras mirarse con complicidad, se pusieron cada una de ellas a ambos lados de aquellos y sin mediar palabra les cogieron del cuello y les quitaron de en medio echándoles para atrás. Los hombres al ver aquello se enfadaron. Dos mujeres habían pisoteado su honor de machitos. Y cogiendo a la pobre *guiri* que no hablaba español por el vestido, le arrancaron un volante de la falda de un tirón.

—*Oh, my God!* —gritó aquella llevándose las manos a la cabeza.

Marta al escuchar las voces de la *guiri* se volvió y, al verla del color de un tomate Raf con el vestido descosido, sin pensárselo dos veces empujó a uno de los hombres, con tal mala suerte que este al caer se llevó por delante a las dos *guiris* que terminaron espanzurradas en el suelo con él.

—¡Lo siento! —se disculpó Marta ayudando a la *guiri* a levantarse.

—No te preocupes. Ha sido sin querer —respondió la que sabía hablar español.

En ese momento se formó un buen *guirigay*. La gente comenzó a gritar y a separarse de ellos cuando el otro borrachín intentó atacar a Marta. Pero la *guiri* se lanzó con rapidez sobre aquel y terminaron ella, Marta y el borracho rodando por el suelo.

—Ahora te he tirado yo a ti —se disculpó la *guiri* y Marta se carcajeó.

Levantándose con rapidez al ver que el otro borracho cargaba contra la *guiri* la empujó para que no la dañara y, como buena karateka, le paró y en pocos segundos estaba en el suelo junto a su compañero. Una vez los tuvieron controlados, Marta y la *guiri* comenzaron a pedir sus bebidas, mientras la otra se marchaba al baño para intentar arreglar su vestido.

—Gracias —sonrió la *guiri* divertida.

—De nada, mujer. Estos idiotas que se creen los dueños del mundo me sacan de mis casillas. Mirales —les señaló Marta mientras se los llevaban los de seguridad fuera de la caseta—, solos no son nadie, pero cuando se juntan dos se creen los reyes del mambo.

En ese momento se acercó hasta ellas un hombre, intercambió unas palabras con la *guiri* en inglés y esta se encaminó hacia el baño para ayudar a su amiga. Volviéndose hacia Marta exclamó:

—No me lo puedo creer. ¿Usted otra vez?

Al escuchar aquello Marta le miró y al darse cuenta de quién era pensó «pero qué he hecho yo para encontrarme continuamente con este petardo» y, separándose de él, le advirtió:

—Mire, oiga. No hay problema. Hagamos como que no nos hemos visto. Estoy segura que no nos será difícil a ninguno de los dos.

Dicho esto Marta se dio la vuelta dispuesta a recoger sus bebidas e irse, pero él no estaba dispuesto a dejarla marchar. Y la agarró del brazo con gesto impávido.

—Se va usted a disculpar ante las señoritas —gruñó señalando a una de las *guiris* que andaba hacia ellos.

—¿Yo?! —gritó Marta incrédula—. Pero si he sido yo quien las ha defendido.

—Además de una maleducada, ¿es una mentirosa?

Escuchar aquello sacó a Marta de sus casillas y, plantándose ante él con cara de advertencia, le gruñó dispuesta a hacer con él lo que había hecho con los dos borrachines.

—Usted y yo vamos a tener un problema muy grande. Oh, sí... ¡lo estoy viendo venir! Pero bueno, ¿cómo puede ser tan merluzo y acusarme de algo así?

En ese momento la mujer que había defendido su puesto en la barra junto a ella llegó.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó al ver que discutían.

Marta fue a responder, pero aquel enorme trajeado se le adelantó.

—Le estaba pidiendo a esta señorita, por llamarla de alguna manera, que se disculpara con vosotras. He visto como te empujaba y tiraba al suelo, aunque ella se empeñe en decirme que es mentira.

—Es que es para pegarte y no dejar que te levantas en un mes —gruñó Marta incrédula por lo que escuchaba de la boca de aquel merluzo.

Al ver las caras que ponían ambos, la *guiiri* se interpuso entre los dos titanes.

—Pero Phil, ¿qué barbaridad estás diciendo? Ella lo único que ha hecho ha sido ayudarnos. Si me ha empujado ha sido para evitar que uno de esos tipos me golpeará —dijo mirando fijamente al hombre.

El hombre al escuchar aquello miró a Marta, que con gesto de mala leche dijo:

—Es para pegarte o no... precioso.

La mujer al ver como se miraban se volvió rápidamente hacia ella y con la mejor de sus sonrisas le indicó.

—Lo siento. Perdona a mi hermano. Phil a veces es...

—¡Idiota! Entre otras muchas cosas —gruñó Marta.

Él la miró pero no contestó, mientras su hermana sonreía. Nunca había visto a una mujer hablar así a su recto hermano y eso le divertía. Las mujeres le veneraban y besaban por donde él pisaba. Algo que, extrañamente, aquella joven ni siquiera pretendía.

Molesto por como aquella le miraba, Philip se dio la vuelta y se unió al grupo con el que estaba. Casi todos extranjeros. Marta le siguió con la mirada. Aquel estirado la sacaba de sus casillas.

—Me llamo Karen —se presentó la *guiiri* extendiéndole la mano—. Y te agradezco mucho lo que has hecho por mi amiga y por mí.

Marta centró su atención en la chica rubia y, tomándole la mano, respondió con una calurosa sonrisa.

—Encantada, Karen. Soy Marta. Ha sido un verdadero placer ayudarte.

—Por favor, disculpa a mi hermano Phil.

—Tranquila. En diez minutos se me olvida. Pero tu hermano debería pensar las cosas un poquito antes de actuar. Creo que se ha precipitado al juzgar. Porque oye, una es de barrio, pero tiene sus valores.

Sorprendida por aquello Karen miró a la muchacha y dijo:

—Te aseguro que la primera sorprendida he sido yo. Él nunca se comporta así. Es más, suele ser tremendamente educado. Su norma número uno es pasar desapercibido.

—Pues hija, no es por nada, pero cada vez que tu hermano y yo nos hemos cruzado, lo que menos ha hecho es pasar desapercibido.

—¿Os conocéis? ¿Conoces a Phil?

—No exactamente —rió Marta haciéndola sonreír—. Más bien nos desconocemos. Pero siempre que coincidimos terminamos discutiendo. Debe ser que somos tan opuestos que con vernos se nos erizan los pelos.

Ambas se carcajearon, mientras Philip las observaba desde su posición, ¿de qué se reían aquellas dos?

En ese momento el camarero puso en la barra dos bandejas con las bebidas que habían pedido y las avisó. Ambas tras coger sus bandejas comenzaron a caminar hacia la salida.

—Bueno Karen, me tengo que marchar. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo, Marta. Espero volver a verte.

Marta le guiñó el ojo con gracia antes de marcharse y con la bandeja de las bebidas en las manos, al pasar junto a Philip, le miró y con todo el descaro del mundo le susurró lo suficientemente alto como para que Karen y él la escucharan.

—Hasta nunca, *merluzo*.

Dicho eso se perdió entre el gentío dejando a Karen muerta de risa y a Philip con cara de pocos amigos.

Capítulo 7

La noche en Sevilla se volvió más fresca. El grupo de Lola tras pasar por la casa de ésta, ver a Vanesa, que al final se marchó a dormir con una de las amigas y cambiarse de vestidos, llegó de nuevo al Real dispuesto a pasarlo en grande. Para la noche Marta se puso un vestido en color azulón con topes grandes blancos y una flor blanca en la cabeza. Para aplacar la bajada de temperatura se echó un precioso mantón de manila en tono blanco por los hombros. Estaba preciosa.

Nada más llegar a la caseta del amigo de su jefa, los hombres de la noche anterior las sacaron inmediatamente a bailar. A las tres de la madrugada estaban agotadas y con los pies destrozados.

—Creo que es hora de tomarse un caldito con su hierbabuena. ¿Os apetece, niñas? —preguntó Lola a las muchachas.

Asintieron, agotadas y derrengadas de tanto *bailesito*. Adrian y Lola se levantaron, quedando ellas dos solas en las sillas.

—Dios... el juanete del pie derecho me va a explotar —se quejó Patricia.

—Calla... que la tirilla del tanga, me está dando una noche fina —rió Marta.

Pero de pronto Patricia murmuró:

—No me lo puedo creer, la madre que lo parió...

—¿Qué pasa?

Con gesto risueño Patricia exigió con rapidez:

—¡Sonríe! ¡Sonríe!

—¡¿Cómo?!

—Dientes... dientes, ¡pero ya!

Rápidamente Marta se calzó una de sus maravillosas sonrisas pero volvió a preguntar:

—¿Me puedes decir qué narices pasa?

—*Uis* Marta. No mires para la puerta. El impresentable del Musaraña acaba de llegar agarrado del brazo de una churri de lo más barriobajero.

«Mi ex, ¿aquí?» pensó Marta volviéndose hacia la puerta. Y casi gritó cuando le vio saludando a uno de los amigos de Lola. En los años que habían sido novios, él había asistido con ellos a la feria de abril y le conocía.

—La madre que lo parió —dijo Adrian uniéndose a ellas con tres vasitos de caldito. Lola se había quedado en la barra hablando con unos amigos—. ¿Habéis visto quién ha llegado con un grupo de cutrosos?

—Sí, hijo sí. El Musaraña —asintió Patricia con gesto grave.

Marta volviéndose con gesto de horror miró a sus amigos.

—¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Qué hace él aquí?

—*Uis* nena, está claro. Aprovecharse de los contactos que hizo cuando estaba contigo. Gracias a ello le han dejado pasar a esta caseta, ¡será caradura!

—... de momento no te ha visto. Pero no creo que tarde mucho —susurró

Patricia—. Si se acerca a ti, por favor, dale una patada donde más duele o se la daré yo. Te lo juro.

Eso hizo reír a Marta, quien tras retirar el caldito con hierbabuena de su lado bebió del *rebujito* que tenía delante para calmarse. Diez minutos después reía con sus amigos mientras la música y el calor de la caseta hacía que todos los asistentes bailaran y bebieran como cosacos.

—¡Te acabas de beber mi JB! —acusó Adrian.

—Lo sé... lo sé, pero es que lo necesito —sonrió Marta.

—¡Ehhhh, Marta nuestra canción! ¿Vamos a bailar? —gritó Patricia muerta de risa.

Sonaba la rumbita «Lloraré las penas» del rubio Bisbal y como locas comenzaron a mover el esqueleto junto a dos morenazos de muy buen ver que las sacaron a bailar.

Marta suspiró. Su ex no le quitaba ojo. Estaba tan guapo como siempre y aunque una parte de ella deseó correr hacia él, ni se movió. Ese impresentable se la volvería a jugar como ya había hecho en otras ocasiones.

—Ni le mires, que te ha visto —murmuró Patricia.

—Sí, ya me he dado cuenta —asintió Marta bebiéndose de golpe un nuevo *rebujito* que Adrian le acercaba—. Pero para mí ya sabes que está más muerto que el *pescaito* frito que nos cenamos ayer. Por lo tanto, muerto y enterrado.

—No te quita ojo el muy ladrón —espetó Adrian.

Con una sonrisa pícara, Marta se volvió en un requiebro y tras mover los hombros al mejor estilo rumbero dijo tras mirar a su exnovio.

—Que mire... que mire y vea lo que ha perdido —y con un simpático gesto gritó tras trincarse la cerveza de Adrian—. ¡Qué viene el estribillo, canta conmigo!

Y junto a varias personas más cantaron:

«Lloraré las penas de mi corazón enamorado. Sufriré el lamento de este corazón ilusionado. Pero no te voy a perdonar. Yo sé que no volveré a pecar. Esas viejas trampas no funcionaránnnnnnnnnnnnnnnnnnn».

Durante el resto de la noche Marta se divirtió junto a sus compañeros. Por suerte para ella, su ex ni se le acercó. Se limitó a lanzarle las típicas miraditas *made in* Musaraña, pero al final al ver que aquella no se le acercaba, se marchó con el grupo que había llegado. Incluida la rubia que sujetaba por la cintura.

Con varias copas de más Marta y Patricia, sentadas al fondo de la caseta hablaban de sus cosas.

—¿De verdad le dijo eso a Vanesa?

—Sí. El muy merluzo se tomó la licencia de darle ¡a mi niña! un paquetito con hachís para que se lo llevara al hermano de un amigo que ella iba a ver. ¿Te lo puedes creer? Pero le trinqué por la pechera y le eché de mi casa. ¡Mi casa! —asintió Marta achispada—. Y si no es por Vanesa, te juro que le habría pateado

el culo allí mismo. Es un desgraciado y no se merece que desperdicie un solo minuto más de mi tiempo pensando en él.

—Tienes razón —asintió Patricia.

—Y si prefiere a esa rubia tintada antes que a mi moreno natural ¡que le den morcilla! —dijo tras acabar con su Bacardi con Coca-cola.

—Totalmente de acuerdo, pero oye... yo soy castaña tintada también.

Marta al escucharla sonrió, y dijo a modo de disculpa:

—Sí, Patri, pero tu color es más natural, ¿dónde va a parar?

—Tienes razón, ¿dónde?, ¿dónde va a parar? —respondió Patricia divertida.

En ese momento Marta se llevó las manos a la cabeza y murmuró tras un lamentoso quejido:

—Lo malo de todo es que el Musaraña era tan monoooooooooooooooooooo. Me gustaba salir con él los domingos a hacer rutas con las motos y... y...

Pero Patricia no la dejó terminar y tras dejar con rapidez su *rebujito* a un lado y abrazarla le susurró al oído:

—Vamos a ver. Cuantas veces nos hemos dicho la una a la otra que ningún tío se merece nuestras lágrimas.

—Muchas... Demasiadas, creo.

—No seas tonta. Olvídate de él, y que se busque otra víctima. Tú ya lo has sido durante muchísimo tiempo. ¡Acaso has olvidado cómo ese chuleta de pacotilla te dijo que se iba de viaje de trabajo y luego nos lo encontramos en la terraza del Buda! O cuando tú habías planeado todo el viaje para ir a la quedada de Pingüinos y él te dejó tirada y se fue con un grupo suyo de amigos. ¡Oh! Por favor, ¡despierta ya!

Marta, al recordarlo, se secó las lágrimas y asintió, pero Patricia continuó:

—O la vez que te llamó para decirte que no te podía acompañar a la fiesta de carnaval porque estaba en Bruselas, y el muy... muy desgraciado estaba en Canarias, en los carnavales con sus amigos.

—Sí, la verdad es que he hecho el tonto con este tío como nunca en mi vida —murmuró al recordar aquello.

—Por eso querida mía, debes hacer lo que yo siempre hago: «A rey muerto, rey puesto» y aquí, esta noche, hay una cantidad de reyes increíbles.

—¿Qué me estás queriendo decir con eso?

—Que te lances. Que te desmelenes. Que dejes de lamentarte. Que no dejes para mañana lo que puedas disfrutar hoy. Que el idiota del Musaraña no es el único hombre en la tierra que te hará tener un orgasmo alucinante. Que hay otros hombres mucho mejores que ese y que estoy segura de que estarán encantados de conocerte.

—Pero Patricia —resopló Marta—, lo que menos me apetece es volver a conocer a nadie y mucho menos volver a contar mi vida. ¡Es patética!

—No es patética. Pero me lo parecerá si vuelves a decirlo, ¿entendido?

—Vale.

—Creo que debes de dejar de buscar al príncipe azul, ¿aún no te has dado cuenta que el mundo está lleno de ranas?

—Y sapos, que es peor —asintió Marta cogiendo el *rebutito* de su amiga.

—Exacto... ranas y sapos ¿Cuál es la diferencia?

—Prefiero las ranas. El sapo me da más asquito.

—Perfecto. Pues a partir de ahora jugaremos al juego de la rana.

Sorprendida por aquello, Marta dio un trago del *rebutito* y con una sonrisa preguntó:

—¿Cuál es el juego de la rana?

Con una picaresca sonrisa en los labios contestó Patricia:

—Como el de la oca. Pero esta vez se dice: de rana en rana y busco otra porque me da la gana.

—Ah... pensé que era de rana en rana y me tiro otra porque me da la gana.

—Mujer... pretendía ser más flaca y elegante —se carcajeó aquella.

—El problema Patri, es que yo no soy así. Soy rematadamente decente y tonta.

—Pues tienes que intentar ser algo indecente, principalmente por ti. Necesitas pasarlo bien, sin exclusivas y sin compromisos. Y eso, querida, solo lo lograrás buscando una rana que te haga sonreír y no un principito celeste que te quite *to er sentio* común.

Al decir aquello ambas se carcajearon y fueron a la barra a pedir otro *rebutito*.

—Mira, allí están Adrian y Lola. Vayamos con ellos.

Marta asintió.

—Sí, pero antes tengo que ir al baño. Tengo el desagüe a rebosar.

Medio achispada, Marta se dirigió hacia el baño de la caseta. Como era de esperar, una enorme fila de mujeres esperaban su turno. Juntando sus piernas, se apoyó en la pared y pidió la vez.

«Uf... qué habré bebido» pensó al sentirse mareada.

Diez minutos después, aquello no se había movido y no podía aguantar más. Por ello sin importarle nada, se dio la vuelta y abrió la puerta del servicio de caballeros. Con cuidado miró. No había nadie. Entró a toda prisa y se encerró en uno de los aseos.

«Qué me meo... que me meo... Uf... ¡qué asco de tíos! Todos apuntan fuera» pensó al ver el baño sucio.

Escaló al retrete como pudo. Se subió el vestido de gitana y se bajó las medias y el tanga, y haciendo equilibristas se puso de cuclillas. Pero claro, estaba tan incómoda que el chorrillo se desvió, y terminó bajándole por la pierna.

—¡Mierda... mierda! —gritó molesta.

Con rapidez se bajó de la taza y, sacando de su bolso un *kleenex*, se limpió.

«¿Por qué me tiene que pasar ahora esto? Lo odio» pensó molesta. Cuando iba a salir, la puerta se abrió y oyó a dos hombres hablar. Volvió a encerrarse en el aseo para intentar que no la pillaran.

—¿Cuándo irás para Bruselas?

«Vaya, otro que va a Bruselas» pensó Marta con una sonrisilla tonta.

—Al final, dentro de dos semanas. Jonas y McKerrigan han pospuesto la reunión. Por lo visto tenían problemas con la fabricación de una de las piezas y primero querían resolver el problema.

—Casi nos viene mejor, Phil. Por cierto, ¿qué tal se quedó tu padre en Londres? Sé lo importante que para él es la feria.

Tras cruzar una mirada más que expresiva entre ambos, el otro comentó:

—Se quedó gruñendo. Sigue convaleciente de su operación de rodilla. Se empeñó en venir, pero no se lo permití. Ya vendrá el año que viene.

Tras un momento de silencio entre ellos, dijo:

—Me alegro que por fin rompieras lo tuyo con Juliana.

—Lo sé, Marc. Pero prefiero no hablar de ello.

Bastante tenía con verla en la prensa todos los días hablando de su ruptura.

—Lo entiendo. Pero he oído que...

—Sí. Está embarazada. Pero no es mío y estoy tranquilo. Como era de esperar, una más que quiere que sea el padre de su hijo por dinero.

Al decir aquello se le erizaron los pelos. Sabía que Juliana sacaría esa noticia en portada y pronto todos los periódicos ingleses publicarían aquella mentira. Algo que le molestaba. No era la primera que le acusaba de dejarla embarazada siendo mentira.

Aquello llamó la atención de Marta y abrió un poquillo la puerta para cotillear. Quería ver quién era el que tenía acento extranjero. La voz le sonaba.

«No me lo puedo creer, ¡el *guiiri* otra vez!» pensó incrédula.

—Vamos a ver, ¿qué tienes tú para que estén todas deseando pescarte?

Philip le miró y lavándose las manos aclaró en tono jocoso:

—Dinero, ¿te parece poco?

Ambos rieron y el más rubio dijo:

—Lo malo de todo esto es que conocemos a Juliana, Phil. Ella intentará volver contigo.

—Lo sé. Pero esta vez no hay vuelta atrás. Mi nivel de transigencia con ella ha rebosado. La perdoné en otras ocasiones, pero hace meses que lo nuestro acabó. Siete años juntos son muchos años para saber que odio el engaño y la mentira. Y más aún una mentira tan terrible como la de su embarazo. Por ello, amigo —dijo con una sonrisa divertida, mientras se lavaba las manos—, creo que lo mejor es seguir utilizando mi agenda de contactos y pasarlo bien con otras, sin compromiso alguno. Me lo merezco, ¿no crees?

—Excelente idea. Ya sabes de oca a oca... —rió Marc dando al botón del

secador.

Segundos después aquellos dos desaparecieron del baño y Marta, abriendo la puerta del aseo, salió y mirándose en el espejo pensó « Vaya... otro jugador. Él de ocas y yo de ranas » .

Cuando salió del baño de los hombres, Marta miró a su alrededor hasta que localizó al jugador de ocas. Dirigiéndose directamente hacia la barra, pidió otro *rebujito* mientras le escaneaba con disimulo por detrás. Era alto, rubio y, por como se le ajustaba la americana a la espalda, intuía que debía machacarse de lo lindo en el gimnasio.

« Bien, lo opuesto a mí. Odio los gimnasios y los rubios » , pensó mientras le observaba. Tenía largas piernas y por su forma de apoyarse en la barra, intuía que no era bailón.

—Venga... venga... *guiri* date la vuelta que ahora que no me miras quiero verte —murmuró dando sorbos a su *rebujito*.

Como si la hubiera oído, aquel se volvió para sonreírle a una chica y Marta exclamó satisfecha.

—Vaya... eres una rana más mona de lo que recordaba. Aunque no lo suficiente como para que yo me cuelgue por ti.

—¿Con quién hablas? —preguntó Patricia que en ese momento fue hasta ella.

Marta, con una mirada divertida y achispada le señaló el hombre y dijo:

—Creo que he encontrado mi primera rana.

Patricia, siguiendo el dedo de aquella, se sorprendió al ver al hombre que le indicaba.

—¡Guau, pedazo de rana! Aplaudo tu decisión. Es más, si no la quieres tú, la quiero yo —pero al fijarse en él susurró—: Oye... pero ese no es el tipo con el que discutiste la noche que... el que se parecía a Ronan Keating...

—El mismo que viste y calza —asintió divertida.

Boquiabierta, Patricia miró a su amiga.

—Vamos a ver, alma de cántaro, ese tipo tiene todo lo que no te gusta en un hombre. Rubio, trajeado, incluso parece culto, algo que, perdóname, pero dista mucho de lo que es el Musaraña. ¿Por qué él?

—Porque es diferente —sonrió satisfecha—. Justo lo que necesito.

Patricia, sorprendida por cómo le miraba, dándose la vuelta dijo a su amiga:

—Ese tío está cañón... pero cañonazo, y a ti te gustan más desgarrados y latinos. Joder, Marta, ¡ese pollo está buenísimo!

—Lo sé. Demasiado bueno y almidonado para mí —suspiró, al reparar en el traje, la corbata y su pelo perfectamente peinado.

Al ver la sonrisa de aquella, que no planeaba nada bueno, Patricia preguntó:

—¿Realmente crees que es lo más recomendable para este momento?

Marta le contó lo que había escuchado en el baño y su amiga dijo con rotundidad:

—A por él. Pásalo bien y ya sabes... de rana en rana y...

Pero no pudo terminar, Lola se acercó hasta ellas y al ver a Marta preguntó:

—*Ojú mi arma* ¿Has bebido de más?

—¡Qué va... cuatro copichuelas de nada! —contestó esta.

Apreciaba mucho a aquella mujer. Siempre se había comportado como una madre, y sin ella, sin su inestimable ayuda, nunca habría podido salir adelante.

—Ay, mi niña. Me ha dicho Adrian que el impresentable de tu ex ha aparecido por aquí ¿es cierto o nuestro Adrian también está afectadillo? —preguntó la mujer.

—No, Lola... no está cogorza. Ese innombrable ha tenido la poca vergüenza de venir hasta aquí y dejarse ver —cuchicheó Patricia.

Tras maldecir y entender el por qué de cómo se encontraba Marta, Lola dijo con cariño:

—Recordarme que para el año que viene, deje dicho que a ese impresentable se le excluya de la caseta donde nosotras vayamos a estar.

Al escucharlas Marta sonrió. Aquellas dos mujeres la conocían como nadie y sabían lo mucho que había luchado por aquella relación.

—Bueno... bueno... dejad de cotillear como dos cotorras y pasémoslo bien. ¡Esto es una fiesta! ¿No? —dijo Marta comenzando a bailar como una descosida.

—Por cierto, jefa ¿conoces al rubiales almidonado del traje gris marengo? Nos suena pero no sabemos quién es —preguntó Patricia ante la reprochadora mirada de su amiga.

Lola, colocándose las gafas que llevaba colgadas al cuello lo miró y dijo:

—Ese es Philip Martínez. El hijo de un buen amigo.

—¿Philips? ¿Se llama cómo las pilas alcalinas? —preguntó Patricia haciendo reír a Marta.

—Philip... niñas... Philip. Felipe en español, aunque él es inglés —rectificó Lola—. Su madre, que en paz descanse, era inglesa. Por cierto una mujer monísima y con un estilo increíble.

—Mmmmm, tiene nombre de aburrido —sonrió Marta—. ¡Me encanta!

Lola la conocía muy bien y mirándola indicó.

—A ti no te gustan los rubios, corazón mío, y beber nunca te sentó bien, *miarma*.

—No, Lola, no ha bebido... ha absorbido —se guaseó Patricia.

Pero Marta no las escuchaba.

—Mmmmm... es todo lo opuesto al Musaraña. Alguien con el que me aburriré hasta la saciedad y del que nunca me enamoraré porroso y encorsetado. El candidato perfecto para cuatro polvetes, ¿no crees, Lola?

—*Ojú*, ¿pero qué dices? Patricia, tenemos que sacar de aquí a Marta ahora mismo, ¿tú has visto como está? —murmuró la mujer escandalizada.

Pero Patricia no la escuchó y algo achispada también por los *rebujitos*

respondió a su amiga.

—Déjame decirte, guapa, que ese tiene de soso lo que yo de monja. Seguro que le despeinas, le quitas el traje y sale de él una fiera increíble.

—¡Virgencita! Callad las dos, os puede oír alguien —sonrió Lola—. Patricia, busca a Adrian y llevad a Marta a mi casa. En su estado no puede seguir aquí.

—Lola... Lola... ¿Qué estado? Pero si estoy fantássssticcccaaaaaa —rió Marta como una boba.

Patricia asintió de inmediato y se fue en busca de Adrian. Lola cogió a Marta del brazo y la hizo sentar en una silla, con tal mala suerte que chocó con uno de los camareros y se le cayó directamente encima la bandeja repleta de bebidas. Su primera reacción fue maldecir como una posea por como aquel le había puesto, pero al ver la cara de susto del camarero y su vestido de flamenca empapado de *rebujiitos*, comenzó a reír atrayendo las miradas de todo el mundo.

—Lo siento... de verdad —se disculpó el camarero.

—No pasa nada hombre, esto lo meto yo en la lavadora ¡y listo!

Lola la miró con gesto de horror y cogiendo unas servilletitas de la barra comenzó a limpiarla.

—Oh, cariño, te has puesto fina.

—Tranquila, Lola —se carcajeó Marta—. Pero no enciendas una cerilla, o explota por la cantidad de alcohol que llevo dentro y fuera del cuerpo. Maldito Musaraña, ¿por qué? ¿Por qué ha tenido que venir aquí?

En ese momento la voz varonil y con acento extranjero que Marta ya había escuchado en otras ocasiones se acercó hasta ellas. El hombre, muy caballeroso, con rapidez se quitó la americana y se la tendió.

—Tome, señorita. Está empapada. Póngase mi chaqueta.

—Anda mi madre ¡si eres tú! —chilló cómicamente Marta al verle.

—Sí, señorita. Soy yo —respondió aquel ante la mirada expectante de Lola.

Con una sonrisa divertida, Marta le miró.

—Mejor no me dejes tu carísima chaqueta hombre rana o arderá conmigo. En este momento estoy en fuerte peligro de inflamación.

Eso le hizo sonreír, aunque no entendió eso de «hombre rana». Lola, mirándole, dijo con gesto contrariado:

—Discúlpala, Phil. Ella no bebe. Pero hace poco rompió con su novio y...

—Cierra ese piquito de oro, Lola, o te lo grapo yo. Mis miserias no le interesan a nadie y menos a este *guiiri*... —regañó Marta con una mirada vidriosa.

—Vale... vale. Tesoro, él es Philip Martínez.

La muchacha con guasa le miró y él con elegancia dijo:

—Encantado de volver a conocerla, señorita.

Desconcertándole, Marta saltó para horror de Lola.

—No digas tonterías hombre por Diossssss, ¿cómo puedes estar encantado de

volver a conocerme con estas pintas? No mientas, rana con nombre de pila —rió tontamente mientras pensaba « ... qué acabo de decir para que me mire así» .

Philip, al escuchar cómo le había llamado, la miró extrañado. ¿Rana con nombre de pila? Pero tras cruzar una mirada con Lola que le pidió que las dejara a solas, se volvió, se puso su americana y siguió hablando con su amigo Marc.

—¡¿Qué he dicho?! —preguntó extrañada.

—Ay, niña. Le has llamado ¡rana con nombre de pila! —se carcajeó Lola sin poder evitarlo—. Si la prensa lo escuchara, no quiero ni pensar los titulares.

—¿La prensa? ¿Qué tiene que ver la prensa en todo esto?

Lola mirando a ambos lados observó que nadie las escuchaba y dijo:

—Philip es hijo de un amigo mío y una difunta condesa inglesa.

—¿El *guiri* es conde?

—Pssss..., calla *miarma*..., calla.

Boquiabierta, Marta miró en su dirección y se sorprendió al ver que aún la observaba. Con rapidez se llevó la mano la cabeza y con un gesto cómico resopló:

—Ostras... ¡No me digas!

En ese momento llegaron hasta ellas Adrian y Patricia.

—Vamos a ver, nena ¿desde cuándo bebes para afuera en vez de para adentro? —le dijo Adrian chasqueando la lengua. Todos rieron hasta que Lola indicó:

—Creo que debéis llevarla a casa. Yo me quedo un ratito más. Estoy hablando con alguien que nos interesa para el negocio.

—¿Sabéis? —cuchicheó Marta mirando a sus amigos—. El *guiri*, el rubiales ese con el que siempre discuto... ¡es conde!

Al escuchar aquello Adrian lo comprendió todo. Le conocía de haberle visto en las revistas del corazón.

—Es verdad... y a sé quién es. Ese tío le vi en... —comenzó a decir.

Pero Lola no le dejó acabar y empujándoles con delicadeza les hizo salir de la caseta. Cinco minutos después Marta, Adrian y Patricia salían del Real. Llegaron hasta una parada de taxis y, como suele ocurrir cuando se necesitan, no había ni uno.

—Gracias a Dios que Vanesa hoy no duerme en casa de Lola —susurró al recordar a su hija. Hubiera sido vergonzoso que la encontrara así.

—Uf, nena... estás verde y con una toña de no te menees —dijo Adrian mirándola.

Marta, asintió. Por cómo se sentía debía de estar de todos los colores. ¿Pero qué había bebido?

—Menos mal que no estamos en Madrid y no tienes la moto. Tal y como vas, no hubieras podido llevarla de vuelta —señaló Patricia.

—Uf... calla... calla ¡Menudo garrafón que nos han dado en esa caseta! —

boqueó esta sintiéndose cada vez peor.

—¿Garrafón? ¿Qué nos han dado garrafón? —rió Patricia—. No, cariño... es que has bebido esta noche como una auténtica cosaca. Tan pronto bebías *rebujitos* como JB con coca-cola... entre otras cosas.

En ese momento se escuchó el suave motor de un coche. Ante ellos paró un increíble Porsche 911 gris biplaza.

—Buenas noches, ¿necesitan ayuda?

Los tres se agacharon para ver quién hablaba y se sorprendieron al ver que aquel era Philip Martínez. ¡El conde! Pero antes de que ninguno pudiera decir nada, Marta se dio la vuelta y metiendo la cabeza casi en la papelera que había al lado de la parada de taxi, vomitó.

—Uy, nena... que desperdicio de JB —señaló Adrian.

Al ver aquello Philip paró el coche. Miró a ver si había prensa alrededor y, tras comprobar que no, salió del vehículo. Se paró frente a una pálida y desconchada Marta y dijo en tono burlón:

—Vaya, vaya, nunca había ocasionado esta reacción en una mujer.

—Vete a paseo, gracioso —gritó ella desde su posición.

Patricia, horrorizada, miró a Adrian que se encogió de hombros. Los tres permanecieron frente a Marta hasta que ella pareció recuperar el color en el rostro y, enfadada como en sus mejores momentos, se volvió hacia el hombre que le tendía un pañuelo.

—¡¿Qué pasa contigo?! ¡¿Te gusta ver lo que estoy haciendo?!

Sorprendido por aquello, la miró y dijo:

—No, señorita. Solo pensé que le podría venir bien un poco de ayuda. —Respondió mientras ella se limpiaba la boca con uno de los volantes blancos del vestido sin querer coger el pañuelo.

Patricia reaccionó con celeridad. Sacó el móvil de su bolso, aunque ni siquiera había sonado, y ante la mirada de todos, gritó como una loca:

—¡¿Que Oscar está en el hospital?!... Ahora mismo vamos Adrian y yo para allá.

Adrian, sin entender nada, miró a Patricia, que levantaba la mano para detener el único taxi que apareció por allí, y sin dejarle hablar le dijo a Philip apresuradamente:

—Por favor, acércala a casa de Lola ¿sabes dónde es? —Este asintió, aunque no estaba muy seguro—. Tenemos que ir de urgencias al hospital. Un primo segundo mío se ha caído por unas escaleras y está muy grave.

—Pero, nena... —protestó Adrian. ¿Qué estaba diciendo?

Pero Patricia le empujó al interior del taxi y tras guiñarle el ojo a su amiga, que la miraba incrédula y boquiabierta, se marchó.

Parada en la acera, vestida de flamenca y con la flor caída en medio de la frente Marta miró el taxi y después al hombre que frente a ella la observaba con

cara de malas pulgas. Tras cerrar los ojos y resoplar, se enfrentó a él.

—Vamos a ver, señor Rana. A mí me apetece tan poco como a ti que me acompañes, por lo tanto, métete en tu preciosa calabaza que yo solita sé buscarme un taxi, ¿entendido?

—No.

—¡¿Que no?! —gritó ella.

Y antes de que pudiera decir nada más, él abrió la portezuela del coche, la metió dentro y la cerró. Una vez él se sentó en su asiento, se inclinó sobre ella para ponerle el cinturón y arrugó la nariz. Olía fatal.

«Oh, Dios... qué bochorno ¡doy asco! Debo oler a Eau de Alcohol» pensó al ver el gesto de aquel. Sin querer decir nada, comenzó a tocar todos los botones de su puerta, hasta que la ventanilla se abrió y entró el aire.

—¿Dónde te llevo? —preguntó con seriedad.

Retirándose con enfado la flor de en medio de la frente, le miró ofendida y gritó.

—¡A casa de Lola! ¿Dónde si no? ¿A la tuya, abusón?

Philip la miró molesto. Eso sería lo último que haría.

—Nada más lejos de mi intención.

Aquella gruñona era realmente desagradable y, tras abrir la ventanilla de su lado para que corriera el aire, dijo:

—Si eres tan amable de recordarme la dirección, mi calabaza y yo te llevaremos hasta allí. ¿Te parece bien?

«Oh Dios... soy patética,» pensó horrorizada.

Sin querer mirarle y demasiado mareada para continuar discutiendo, le dio la dirección, y, descansando su cabeza en el reposacabezas de cuero del coche, cerró los ojos y dejó que el aire le diera en la cara. Poco después, y antes de lo que a ella le hubiera gustado, el coche se paró.

—Ya hemos llegado.

Abriendo los ojos de golpe, Marta asintió al ver la urbanización de Lola. Abrió la puerta del coche para salir, pero por más que lo intentaba, algo la sujetaba.

—¡Joder!... No puedo salir.

—Si te estás quieta un segundo te desabrocharé el cinturón de seguridad antes de que lo estalles o te cortes el cuello —protestó él.

«Madre mía, madre mía... que melopea por todo lo alto que llevo» caviló.

Tras resoplar horrorizada, se sentó recta en el asiento y él, dando a un botón, hizo saltar la seguridad del cinturón y por fin quedó libre. Marta salió del coche con torpeza peleándose con el vestido de flamenca. Cuando fue a cerrar la puerta, metió un tacón en un agujero de la alfombrilla y chilló al caer de culo contra el suelo.

«Por Dios, qué mujer más torpe», pensó Philip que paró el motor del coche para salir a ayudarla.

Pero cuando rodeó su coche y la vio muerta de risa en el suelo, con el zapato roto en la mano, el vestido de volantes destrozado y la flor entre los ojos, no pudo por menos que sonreír. Y, apretando el mando de su coche, lo cerró y dijo:

—Anda, venga. Te llevaré hasta el piso de Lola. Estoy seguro de que si te dejo aquí, hoy no llegas a ningún lado.

Sin poder parar de reír y a saltitos por la falta de tacón, llegaron hasta su portal donde tras intentar varias veces abrir, fue finalmente Philip quien le quitó las llaves y abrió. En el ascensor ella se apoyó en el cristal y éste, al ver que se escurría, la sujetó al momento, aunque terminó tomándola en brazos.

—Mmmm. ¡Hip! Qué bien hueles —susurró apoyando la cabeza en su cuello. Olía a hombre, a una esencia muy varonil.

Tras mirarla durante unos segundos con su fría mirada azul, él respondió:

—Lo siento, pero no puedo decir lo mismo de ti.

Al escuchar aquello Marta levantó de golpe la cabeza, le miró con ojos vidriosos y gruñó.

—Eres una rana muy ... muy desagradable, ¿lo sabías?

—No. Nunca me lo habían dicho —y frunciendo el ceño preguntó—. ¿Por qué me llamas continuamente rana?

—Porque para mí eres una rana. Ni más, ni menos.

Phil encogiéndose de hombros aún con ella en brazos finalmente asintió.

—Bueno. Podría ser peor.

—Sí ¡Hip! ... Podrías haber sido una rata. De esas que corren por las cloacas.

Conteniendo la risa Phil cuchicheó:

—Entonces me siento halagado de pertenecer a la familia de la rana Gustavo.

Cuando el ascensor paró, Philip dejó a Marta en el suelo para abrir la única puerta que había en aquel descansillo. De pronto una extraña bola de pelo negro apareció y comenzó a ladrar.

—Oh... *Feo*, no ladres, por favor. ¡Me va a explotar la cabeza! —protestó Marta al oírle.

—¿*Feo*? ¡¿El perro de Lola se llama *Feo*?! —rió el hombre al ver aquel perro negro, con más lana que una oveja, y realmente feo.

—No es de Lola. Es mi perro. Y sí... ¡Hip! ... se llama *Feo* ¿algo que objetar?

Levantando las manos a modo de disculpa, contestó:

—No... no, por favor. Nada más lejos de mi intención.

Tras mirar de nuevo al animal que movía el rabo sin cesar sonrió y, ayudándola a llegar al sofá para sentarla, dijo devolviéndole las llaves de la casa:

—Bueno, creo que aquí estarás sana y salva. Por lo tanto, adiós. Me voy a buscar mi calabaza para regresar a mi casa.

Marta, sin importarle nada de lo que hiciera, se tumbó en su sofá con el vestido de flamenca enrollándose en el cuerpo y, antes de que él pudiera darse la vuelta se hizo un ovillo y se durmió. Incapaz de dejarla así, vio una especie de

colcha de color pistacho sobre un sillón azul. Lo cogió y se la echó por encima. Con expresión divertida, miró a Marta dormir y, de camino a la puerta, dijo a la mata de pelo negro que le observaba:

—Adiós, *Feo*. Ha sido un placer conocerte.

Dicho esto, cerró la puerta de la casa y se marchó.

Capítulo 8

Cuatro días después, de vuelta en Madrid, en la tienda de Lola Herrera hablaban y comentaban lo bien que lo habían pasado en la feria. Lola estaba muy feliz. Las reseñas que habían salido en los periódicos acerca de sus vestidos eran todas estupendas. Mientras sonreía por el éxito obtenido, Lola observó a través del escaparate que Patricia y Marta llegaban junto a Vanesa. Con alegría se levantó y gritó:

—Pero si aquí viene mi preciosa princesita.

Vanesa al escuchar a Lola, abrió los brazos y la abrazó. Quería muchísimo a aquella mujer. Se profesaban un amor incondicional.

—Ven, tesoro. En la trastienda tengo algo para ti.

—¡Molaaaaaaaaa! —aplaudió la adolescente.

Marta, dejó los cascos encima de la mesita.

—Hagamos apuestas. ¿Qué crees que le ha comprado esta vez? —suspiró Marta mirando a Patricia.

—No sé. Pero espero que no sea un caballo o no entráis en el piso.

Al escuchar aquello ambas rieron mientras se unían a Adrian, que junto al resto del grupo admiraba las fotos de la feria.

Tras una mañana en la que la locura se instaló en la tienda, Marta se marchó en su moto para hacer unas gestiones en los bancos. Prometió regresar con comida a mediodía. Sobre la una de la tarde la puerta del local se abrió. Y dejando a Adrian y Patricia boquiabiertos apareció un impoluto y bien vestido Philip Martínez. El *guiri*.

«Uf... cómo está el trajeado» pensó Patricia.

—... qué morbo me da el tío este —susurró Adrian haciéndola reír.

—Philip, qué sorpresa. No te esperaba —saludó con encanto Lola.

El hombre, tras esbozar una agradable sonrisa, se acercó hasta ella.

—Ya lo sé. Pero estaba en Madrid por negocios y mi padre me encargó entregarte un sobre.

Sorprendida por aquello Lola murmuró:

—Ven, pasemos a mi despacho.

Philip, tras mirar a Patricia y a Adrian, y reconocerles como los chicos que conoció en Sevilla, les saludó con la cabeza, y con curiosidad miró a ver si veía a la otra. A la problemática. Pero, al no verla, se dio la vuelta y siguió a Lola.

Media hora después Philip salió del despacho de Lola con unos documentos en la mano. Mientras se despedía de ésta apoyado en el mostrador, la puerta del local se abrió y entró Marta cargada con una bolsa y el casco de la moto en su mano derecha.

—¡Ya estoy aquí! —gritó atrayendo su atención—. He regresado cargada de carbohidratos, grasas saturadas y todo lo necesario para no guardar la línea y ser

lo más opuesto a la espectacular y siempre sexy Beyoncé ¿Quién quiere un bocata de chistorra?

—Yo —gritó Adrian corriendo hacia ella—. Ay, nena, eres mi salvación. *I love you*.

—*I love you* yo también —se mofó dándole el bocata—. Pero suéltame cuatro eurazos, que este mes ando algo pelada para llegar a fin de mes y me llega el seguro de la moto.

—¿Has traído patatas fritas? —preguntó Patricia.

—Por supuesto —sonrió sin percatarse de que la observaban—. He traído tres raciones de ricas, crujientes y grasientas patatas, rojiblancas. He pasado cerca del bar de Julián el del Atleti y no me he podido resistir.

—Oh, Dios, Marta ¡eres mi heroína! —aplaudió Adrian encantado. Ella sonrió.

Desde el mostrador Philip miró a la recién llegada. Aquella muchacha vestida con vaqueros y una cazadora de cuero negra era la misma que noches atrás llevó vestida de flamenca y hecha un desastre hasta la casa de Lola. Con curiosidad observó a la muchacha. Verla en su ambiente y tan desinhibida le hizo sonreír. No debía de tener más de treinta años y realmente se la veía encantadora.

—*Ojú, siquillos*. Pasaros a la trastienda —regañó Lola con cariño al ver como todos se tiraban a por la bolsa que Marta llevaba en sus manos. Mientras pensaba inquieta en el extraño sobre que Philip le había dado de parte de su padre y que no podía abrir hasta que él se marchara.

Marta, al mirar hacia Lola, reconoció al tipo que la miraba. «Tierra trágame, ¡el *guiri*!», pensó. Pero, como si no le hubiera reconocido, se marchó hacia la trastienda con la bolsa en las manos, seguida por sus compañeros. Philip se quedó desconcertado porque ella ni siquiera le había saludado.

—Aquí tienes tu taller también, ¿verdad? —preguntó a Lola.

—Sí. Este es un local bastante grande y lo utilizo de tienda y taller al mismo tiempo —respondió al ver como miraba hacia la puerta del fondo.

—Ah... qué interesante.

Tras un extraño silencio entre los dos, Lola preguntó:

—¿Quieres que te lo enseñe?

Sin perder un segundo, Philip dejó su maletín y asintió. Mientras, al fondo del taller, sobre una enorme y larga mesa, sacaban las cosas que Marta había comprado.

—¿Has visto quien está con Lola? —preguntó Patricia.

—¡El conde! —cuchicheó Adrian.

—Sí. El hombre rana —respondió Marta quitándole importancia.

—¡Benditas ranas! Por cierto, esta tiene unas ancas ¡increíbles! —rió Adrian.

Al verle, le gustara o no, Marta no pudo evitar recordar lo ocurrido la última

noche en Sevilla, y sintió morir. ¿Cómo había podido pillarse semejante cogorza?

—*Uis* nena. Me estás dando que pensar —se mofó Adrian al verla esconderse.

—¿Ocurrió algo que no nos has contado cuando te llevó a casa? —preguntó Patricia.

Marta al escucharles les miró boquiabierta y se apresuró a negarlo.

—No... no flipéis. Me llevó a casa y punto. Vosotros me despertasteis en el sillón, sola y vestida con la misma ropa maloliente con la que debí quedarme dormida. Por lo tanto, no hubo nada de nada —aclaró mirándoles—. Bueno sí... el tacón roto de mis mejores zapatos, un moratón en el trasero y un vestido de flamenca destrozado.

—Qué pena de zapatos. Con la buena imitación de Gucci que eran —dijo Adrian, atacando su bocata de chistorra—. Por Cierto, ¿os habéis fijado en lo impresionante que está con ese traje oscuro?

Marta negó con la cabeza mientras se metía una patata rojiblanca en la boca. Le avergonzaba pensar en la opinión que tendría de ella. Sus encuentros no se podían calificar de cordiales. Más bien de desastrosos. Y el último, vergonzoso.

—Como poco es un Armani —prosiguió Adrian—, la chaqueta, nena, parece que flota y todo.

Pero Marta solo tenía ojos para su hija que comía patatas y sonreía junto a Lolo, un joven aprendiz que trabajaba con ellos.

—No... no me he fijado —respondió—. Ya sabes que los trajeados no son mi tipo.

En ese momento la puerta de la trastienda se abrió y Lola entró junto a aquel tipo. Todos les miraron, pero continuaron comiendo. El hambre apretaba y tenían mucho día por delante. Lola recorrió junto a aquel las dependencias del local. Le enseñó donde tenían las telas para los vestidos, la zona de prueba, la maquinaria y, finalmente, la zona de cosido y corte de patronaje, que era justamente donde estaban comiendo, entre risas y jolgorio.

Marta al ver que aquel en un par de ocasiones miró hacia ella, se soltó el pelo y se lo echó a la cara intentando que no la reconociera.

—¿Qué haces mamá? —preguntó Vanesa.

—Pssss, calla hija. Luego te lo explico.

Una vez Lola le hubo mostrado las distintas dependencias, Philip se paró cerca de ellos y dijo en tono grave:

—Que aproveche.

Todos le miraron con una sonrisa y le dieron las gracias menos Marta. Eso le hizo gracia. Aquella descarada que le había mandado a paseo y le había tratado con los peores modales en otras ocasiones, ni le miró. Pero él no estaba dispuesto a que ella se saliera con la suya.

—Marta, ¿estás hoy mejor? —le preguntó para su sorpresa.

«Mierda... mierda... y más mierda, ¿por qué se tiene que acordar de mi nombre?» pensó al sentir como todos la miraban. Finalmente resopló y levantando la cabeza esbozó una prefabricada y forzada sonrisa.

—Sí, gracias, señor... señor...

«Joer... cómo se llamaba este tío» pensó con rapidez.

—Rana. Para ti, Señor Rana —se mofó él al recordar cómo le llamó.

Lola, al escucharle, se sorprendió. Conocía a Philip desde hacía años y nunca había destacado precisamente por su sentido del humor. Al revés. Demasiado recto e inglés para su gusto. A diferencia de su padre, que siempre sonreía.

Marta, horrorizada por como todos la observaban en espera de explicaciones, y la primera su hija, contestó para zanjar el tema:

—Discúlpeme señor. Creo que la otra noche en Sevilla la bebida me traicionó. En fin, le agradezco su ayuda... y eso... pues que gracias por llevarme a casa de Lola.

—No fue nada —rió aquel al verla roja como un tomate.

Pero de pronto la voz de la joven que estaba junto a ella captó su atención.

—¿Habías bebido? Mamá, ¿desde cuándo bebes? ¿Y qué es eso de que este *guiri* te llevó a casa de Lola?

«Trágame tierra ¡pero ya!» suplicó Marta al oír a su hija.

«¿Mamá?!» pensó Philip al escuchar a la muchacha.

Incrédulo por lo que había escuchado, Philip pasó su mirada de la joven que conocía, a la muchacha que la acababa de llamar mamá. ¿Cómo podía ser aquella su hija?

—No bebo, cariño. El otro día...

Pero Vanesa no la dejó terminar.

—¡Esto es increíble, mamá! Te pasas media vida dándome la tabarra para que no beba en las fiestas de mis amigos y que no me deje acompañar por ningún chico. Y ahora voy yo y me enteró que bebes y que te acompaña a casa un desconocido. ¡Oh, genial mamá! Genial.

Philip, sin entender absolutamente nada, decidió salir en defensa de Marta, y mirando directamente a los ojos a la muchacha preguntó:

—Disculpa jovencita, ¿cómo te llamas?

Al ver la mirada que aquella le dedicó, Philip se convenció, «es su hija».

—Vanesa —respondió con descaro.

Philip, sin amilanarse, clavó su imperturbable mirada sobre ella.

—Encantado de conocerte Vanesa, pero creo que te estás confundiendo. Tu madre no bebió. Un camarero le tiró encima una bandeja de copas y Lola me pidió que la acompañara a su casa. No hubo nada más. No sé de dónde has sacado que ella bebió y que mi compañía fue algo más que un simple favor. Por cierto, ¿cuántos años tienes, jovencita?

—Dieciséis. En pocos días diecisiete, ¿por qué?

Cada vez estaba más sorprendido de que aquella fuera hija de la mujer que le miraba con gesto agradecido.

—Porque quería decirte que me parece muy bien que tu madre te aconseje en referencia a la bebida y los chicos. Eres demasiado joven y estas en edad de merecer los consejos de tus padres. En especial de tu madre —le dijo.

Lola, al escuchar aquello, no dijo ni mú. ¿Qué era eso de que Philip había acompañado a Marta a su casa? Pero, consciente de cómo Vanesa miraba a aquel, decidió intervenir antes de que la muchacha soltara alguna de sus frases reivindicativas adolescentes.

—Muy bien dicho, Phil. Nuestra Vanesa necesita que alguien le diga las cosas y su madre lo único que hace es aconsejarla —y mirando a la muchacha señaló—. Creo, *miarma*, que le debes una disculpa a tu madre por haberte precipitado, ¿no crees?

La muchacha, al escucharla, torció el gesto y resopló. Estaba harta de que siempre todos la aconsejaran. Pero, tras mirar a su madre, sonrió y con pocas ganas susurró delante de todos:

—Vale. Lo siento, ¿me perdonas?

—Claro que sí, mi amor. Siempre —dijo abrazándola.

—Ay, nenas... me encantan estos momentazos —susurró conmovido Adrian con lágrimas en los ojos.

Sorprendido por aquel descubrimiento Philip contempló cómo se abrazaban. Ahora que se fijaba más en ellas, vio el razonable parecido. Ambas eran igual de altas, morenas, pero la más joven tenía los ojos más claros, mientras que su madre los tenía oscuros como la noche.

—Bueno, me tengo que marchar al aeropuerto —murmuró Philip mirando el reloj.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo Lola caminando a su lado.

Marta, incapaz de moverse de donde estaba, levantó la mano como el resto del grupo y se despidió. Sabía que debía de agradecerle varias cosas, pero tras ver como había mirado a su hija, pensó que era mejor no moverse. Ya se lo agradecería si volvían a coincidir.

—¿Quién es ese trajeado? —preguntó Vanesa al verle desaparecer.

—¡Un conde! —cuchicheó rápidamente Adrian. —Y un tipo que está muy, pero que muy bien —asintió Patricia.

—Y también forrado de euros y glamour —apostilló Adrian.

Marta al escucharles sonrió, y mirando a su hija dijo:

—Es el hijo de uno de los clientes de Lola. Sé poco más.

—También era tu rana. Por cierto, si no la quieres, ¡me la pido! —se mofó Patricia.

—¡¿Rana?! *Uiss* nenas, pues yo quiero una rana así para mi uso y disfrute. Y sin dudarle con una calabaza como la que conducía, ¡qué *morbazo* de tío! —

exclamó Adrian.

—¿Tu rana? ¿Calabaza? ¿Pero de qué habláis? —preguntó Vanesa con picardía.

—Tonterías de tus tíos, cariño. Tú, ni caso. Ya sabes que están como dos auténticas chotas —respondió Marta haciéndoles reír.

Pensar en que un hombre como aquel se fuera a fijar en ella era una utopía. No había que ser muy listo para saber que aquel se codeaba con otro tipo de mujer. Como rana momentánea podría haber estado bien. Ella no quería nada serio y él tampoco. Pero aquel tema quedaba zanjado. Era lo mejor.

—Vamos a ver, nenas. O pincháis patatas rojiblancas o me las ventilo yo sólo en un santiamén —dijo Adrian.

Tras aquello todos pincharon del plato y continuaron bromeando y riendo.

Capítulo 9

El avión de Philip llegó con retraso a Londres. Eso le molestó. Como buen inglés era puntual y odiaba los retrasos. Llegaba tarde a una reunión.

—Discúlpame por el retraso, Marc —dijo al entrar en sus oficinas.

—No te preocupes, Phil. Tú no eres el culpable de la niebla —sonrió este.

Ambos se conocían desde la universidad. Tras acabar sus estudios comenzaron a trabajar para sus padres hasta que decidieron fundar su propia empresa de importación y exportación, LAC. Una empresa que desde el principio fue un éxito.

—Señor Martínez —llamó su secretaria mientras se dirigía hacia la sala de reuniones con celeridad—. Le llamaron de AIC. Quieren saber cuándo pueden tener la reunión con usted para hablar del tema de sus aranceles. También llamó su padre para saber si había llegado de su viaje y las señoritas Juliana, Minerva, Heidi y Elizabetha. Aquí tiene sus teléfonos.

Al escuchar el nombre de Juliana, este se volvió y dijo en tono nada conciliador.

—A partir de hoy, las llamadas de la señorita Juliana no me las pase, Rebeca —dijo rompiendo la nota de esta—. Llame a mi padre. Dígale que esta noche pasaré por su casa. Mande un email a Conrad de AIC. Mañana a las nueve de la mañana les recibiré. Del resto me encargo yo.

—De acuerdo, señor —asintió la mujer de aspecto adusto. Y se marchó.

Marc, que caminaba junto a él, le dio una palmadita en el hombro y sonrió.

—¿Del resto te ocupas tú? —dijo refiriéndose a las llamadas de las féminas —. Si ves que no puedes con todas y o te puedo ayudar desinteresadamente.

Al escucharle Philip sonrió y tras darle con su maletín en la espalda dijo:

—Entremos a la reunión. Vamos tarde.

Aquel día, la reunión acabó casi a las diez y media de la noche. Se habían presentado unos problemas en el puerto de Shanghai con unos contenedores de mercancía que debían llegar a Francia y hasta que no se solucionara el problema, no se podían mover de allí. Pero Philip lo consiguió. Era un increíble hombre de negocios y por norma conseguía absolutamente todo lo que se proponía.

Horas después cuando salió de la oficina lo que más le apetecía era llegar a su casa y descansar. Pero tras recordar que su padre le esperaba, cogió su coche y condujo hasta allí. Media hora después saludaba a Filipa, el ama de llaves, y después entraba en el salón donde su padre leía tranquilamente un periódico.

—Phil, ¡qué alegría verte, hijo! —dijo quitándose las gafas para dejarlas en la mesita.

—Hola, papá —sonrió sentándose frente a él.

Su padre era el ser más vital que había conocido en su vida. Una vitalidad que

ni la venda que tenía en la rodilla, ni los años, habían conseguido aplacar.

—Creí que vendrías más pronto.

—Tuve una reunión de urgencia. Problemas en Shanghai. ¿Qué tal tu rodilla?

Su padre, Antonio, dejó el periódico y se incorporó.

—Harto me tiene. Se empeña en recordarme que está jorobada, pero ya le he dicho que esto se tiene que solucionar pronto y rápido. No pienso quedarme aquí sentado mucho tiempo —señaló.

Philip, al escuchar a su padre, tuvo que sonreír. Cuando todavía se estaba recuperando de su operación de rodilla, se había vuelto a dañar jugando con Nicolás, su sobrino, el hijo de su hermana Karen. Cuando su padre y su sobrino se juntaban, no se sabía quién era realmente el niño de los dos.

—Papá, el doctor Murray dijo que...

Pero su padre no quería escuchar sermones. Su hijo era igual que su difunta mujer. Un inglés recto y con poco sentido del humor. O eso le parecía a él.

—Por cierto, hijo. Llamó esa actriz... la impresentable de Juliana. ¡Tres veces! ¿Se puede saber por qué llama aquí? Creí que habías roto con ella. Además he visto que sale en el periódico diciendo unas cosas terribles sobre ti. Hijo, ¿cómo se lo puedes permitir?

Tras maldecir miró a su padre y con gesto agrio murmuró:

—Hablaré de nuevo con ella. Creí haberle dejado las cosas claras la última vez que la vi.

—Esa mujer no me gusta, Phil. Nunca me gustó y lo sabes.

—Sí, papá. Lo sé.

Aquello ya no le dolía. Tiempo atrás cuando estaba enamorado de ella y su padre le decía aquello, algo en él se removía. ¿Cómo podía no gustarle la preciosa Juliana? Pero tras años de relación con ella, donde las mentiras y los engaños estaban a la orden del día, por fin se había dado cuenta del juego sucio de aquel demonio con cara de ángel.

—Hijo, en referencia a Juliana...

—Tranquilo papá. Ese tema está zanjado. No voy a volver con ella.

—Me comentó Gerard que está embarazada y que piensa anunciarlo en prensa —gruñó, llevándose las manos a la cabeza—. Según parece todas quieren tener un hijo tuyo. ¿Es cierto esta vez?

Philip resopló. En los dos últimos años tres mujeres distintas le habían acusado de ser el padre de sus hijos. Era mentira. Pero aquellas aprovechadas con ese tipo de prensa ganaban un dineral. Ahora lo haría Juliana.

—Tranquilo, papá. Como en las otras ocasiones ese niño no es mío.

Sorprendido por su seguridad, Antonio miró a su hijo y le preguntó:

—¿Estás seguro Phil?

—Totalmente seguro papá. No tengo la más mínima duda.

—Pues creo que ella no piensa lo mismo. Según me ha comentado Gerard,

ella le insistió que el bebé era tuyo.

—Cómo no —suspiró con resignación.

—Va a pedir públicamente la prueba de paternidad.

—¿Cómo?! ¿Públicamente? —gritó boquiabierto al escucharle. Eso sí que no se lo esperaba de Juliana.

—Lo que oyes, hijo. Creo que esa ambiciosa lo que quiere es dinero y con seguridad algo más.

Incrédulo por aquello Phil se dirigió hacia el mini bar de su padre y tras servirse un whisky siseó malhumorado:

—Te aseguro que no conseguirá nada de nosotros.

Tras un tenso silencio entre ambos, Antonio insistió:

—Tendrás que hacerte la prueba de paternidad.

—Lo haré —asintió aquel—. De esa manera quedará el tema zanjado. No quiero saber nada de esa maldita mujer. Para mí no existe —y, pasándose la mano por el pelo, susurró—: Maldita sea. Qué empeño en querer colgarme un hijo que no es mío.

—Deberías sentar la cabeza con una mujer y dejar de jugar como juega, —sugirió Antonio.

Al escuchar a su padre le miró sorprendido.

—Papá, por si no te has dado cuenta, ellas son las que juegan conmigo. Y en cuanto a sentar la cabeza, lo haré el día que encuentre la mujer que lo merezca.

Consciente del gesto grave de su hijo, cambió de tema y preguntó por el tema que a él le interesaba.

—¿Qué tal por Madrid?

—Bien.

—¿Solo bien? —Phil asintió y al ver la cara de su padre aclaró:

—Mi reunión bien. Y por supuesto le di a Lola lo que me pediste.

—¿Y? —preguntó impaciente su padre al ver que no decía nada más.

—No sé, papá —dijo centrando su atención en él—. Le dije lo que me dijiste y ella no abrió el sobre. Lo abriría cuando me marchara.

—¿A qué hora le diste el sobre?

—Sobre las dos de la tarde más o menos ¿Por qué?

—Mala señal... mala señal —murmuró el hombre mirando su reloj.

—¿Mala señal el qué? —Y al ver que este no respondía insistió—. ¿Qué había en ese sobre?

Su padre tras mirarle con resignación respondió, mesándose el pelo hacia atrás.

—Una declaración de amor y una propuesta de matrimonio.

—¿Cómo?!

—Lo que oyes, hijo. Ya sabes lo que siento por Lola y creo que a mi edad, no se debe perder el tiempo, es más, creo que ya lo hemos perdido muchos años y

por eso quiero que esa mujer se case conmigo.

Al ver el gesto de incredulidad de su hijo aclaró rápidamente:

—No creas que no recuerdo a tu madre. La amaré mientras viva. Pero tras diez años de viudedad tengo derecho a intentar ser feliz de nuevo. Y si te soy sincero, cuando realmente soy feliz es cuando estoy con Lola. Ella me hace sonreír, consigue que me sienta vivo y...

—Papá —le interrumpió—. No tienes que darme explicaciones de nada. Si tú eres feliz, yo también. Sé que adorabas a mamá. Lo duro que fue su enfermedad y su pérdida.

—Hijo, ¿te parece bien? Por favor, sé sincero. Para mí es importante tu sinceridad. Si te pregunto esto es porque eres tan como tu madre. Tan inglés. Tan recto que...

Philip sonrió al escucharle. Aquel hombre canoso y lleno de vitalidad se merecía ser feliz. Durante muchos años había luchado contra el cáncer de su madre y se merecía disfrutar de la vida. Y lo mejor para él era Lola. Una encantadora mujer a la que adoró desde el primer instante que conoció.

—Papá, si tú eres feliz, yo también. Es más, creo que has tardado mucho tiempo en pedirselo. Aunque tu método de pedirle matrimonio creo que no ha sido el más correcto.

—Hijo... no estoy yo como para clavar la rodilla en el suelo.

Al escucharle Phil sonrió.

—No me refiero a eso. Pero, ¿por qué lo has hecho a través de una carta?

Antonio, entendiendo su pregunta, suspiró y respondió:

—Porque así me aseguro que me escuche y no me interrumpa —eso les hizo sonreír a los dos—. Pero no me ha llamado. Conozco a esa cabezota de Lola y eso no es buena señal.

En un intento de quitar tensión a su padre, Philip añadió:

—Estaban muy liados en la tienda papá —al decir aquello recordó a Marta. Aquella descarada española. Pero centrándose de nuevo en su padre, dijo—: Estoy seguro de que te llamará en cuanto pueda. Ya lo verás. Por cierto, Karen, mi querida hermana, ¿sabe algo de la proposición?

Su padre asintió y sonrió.

—Sí. ¿Sabes lo que me ha dicho?

—A saber. De ella me espero cualquier cosa —sonrió Philip. Su hermana y su padre eran idénticos, como lo eran él y su madre.

—Que lo tenía que haber hecho antes —rió Antonio. En ese momento sonó el timbre de la puerta y dos segundos después Filipa, el ama de llaves, entró con un sobre.

—Es para usted señor.

Antonio, sorprendido por aquello, miró a su hijo y rápidamente lo abrió. Al reconocer la letra, cogió las gafas de la mesita y tras leer una breve nota miró a

su hijo y dijo:

—Es de mi Lola. Dice que hasta que no se lo diga a la cara no se lo pensará. ¡Oh... esta mujer me va a matar!

Levantándose con rapidez del sillón, Philip se acercó a su padre y abrazándole sonrió.

—Enhorabuena papá. Creo que te va a decir que sí.

Ambos se abrazaban y reían por aquello cuando una voz les sobresaltó.

—Antonio, *miarma*... Aquí estoy, ¿qué tal si me lo pides en condiciones?

Al volverse se encontraron con la graciosa cara de Lola que desde la puerta, junto a Karen y Filipa sonreían.

—Por todos los santos Lola, ¡has venido! —aplaudió Antonio levantándose.

Con rapidez Philip le volvió a sentar y Lola acercándose al hombre dijo:

—Hay un refrán, *siquillo*, que dice: Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. Pues bien. Aquí estoy dispuesta a escuchar lo que me quieras preguntar.

Philip cogiendo la mano de su hermana Karen, que lloraba descontroladamente, la abrazó. Su padre les miró emocionado y, tras asir la mano de Lola, dijo:

—Lola ya has leído en mi nota todo lo que siento por ti. Pero como sé que quieres que te lo repita, te diré que te quiero, que eres la luz que hace que todos los días quiera levantarme y sonreír, que sin ti, andaluza, no quiero vivir. —Lola se emocionó y él continuó—. Ambos tenemos una edad ya considerable y creo que es absurdo seguir perdiendo el tiempo entre aviones, vuelos y distancias. Por lo tanto, y sin dar más rodeos, ¿quieres casarte conmigo?

Emocionada por como Antonio y sus hijos la miraban, Lola se agachó y tras darle un tierno beso en los labios susurró para alegría de todos:

—Sí. Por supuesto que me quiero casar contigo, *corasón*.

Conmovidos por el momento todos sonrieron. Minutos después Lola y Karen hablaban sobre la boda, mientras Antonio sonreía como un tonto y Philip les miraba encantado, aunque preocupado por los problemas que su ex, Juliana, le tenía preparados.

Capítulo 10

Pasaron dos semanas. Lola regresó a España pero no dijo nada de su inminente boda. Lo haría en su momento. Celebraron el cumpleaños de Vanesa. Cumplió diecisiete años y chilló como una loca cuando Lola le entregó las llaves de una Scooter negra. Marta al ver aquello se llevó las manos a la cabeza. No porque su hija no supiera llevar la moto, que lo hacía bien, si no por la burrada de dinero que Lola se gastaba en ella. La tenían entre todos demasiado consentida.

Los días pasaron y el taller de costura y la tienda regresaron a la normalidad. Tenían mucho trabajo, pero a ellas les gustaba. ¡Les encantaba! Una noche cuando Marta llegó a casa se encontró a Vanesa sentada frente al ordenador que tenían en el salón con más años que la tarara. Tras darle un beso, se fijó en que su hija tenía los ojos llorosos.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo sentándose frente a ella.

—Estoy rayada mamá. Javi y yo hemos vuelto a discutir, y Laura dice que él le ha dicho que va a cortar conmigo. Por cierto, ¿has vuelto a pensar en lo del *piercing*?

«Uf... ya estamos otra vez con eso» pensó Marta.

—Mira, cariño. En referencia al *piercing*, olvídalos. Cuando seas mayor de edad, te lo harás ¿entendido? Y en referencia a ese tal Javier, te lo he dicho cientos de veces. Creo que ese muchacho solo te hará sufrir. Deberías cortar por lo sano de una vez, ¿no lo ves?

—No. No lo veo.

Hablar del tema Javier en casa era siempre síntoma de discusión. Su hija estaba colada por aquel muchacho, con más peligro que la misma palabra, y no había manera de hacerle entrar en razón.

—¿Recuerdas al impresentable del Musaraña?

—Sí, mamá. Pero no era un impresentable. Era un tío muy enrollado —se jactó la niña.

Marta torció el gesto. Su hija y su ex siempre se habían llevado muy bien. Luis, el Musaraña, dejaba hacer todo lo que quería a Vanesa. Eso, como era lógico, a la niña le encantaba, y a Marta no.

—Bien. El problema de que yo haya sufrido por mi ruptura con él... me lo busqué yo y solita, cariño. Durante mucho tiempo me he engañado pensando que él podía cambiar y darse cuenta de que yo era la mejor pareja para él pero, ¿sabes?... eso no ha ocurrido, ni iba ocurrir, porque él nunca me quiso como yo le quise a él. Y porque las personas no cambian, créeme.

—No es lo mismo. El Musaraña y tú sois mayores. Y no considero que sea un impresentable —Marta suspiró. No pensaba como su hija—. Creo que deberías darle otra oportunidad. Ayer le vi a la salida del instituto y me dijo que nos echaba de menos.

—¿Que le has visto? —preguntó incrédula Marta.

—Sí... pero solo fue un segundo, mamá. No dramáticos. Y no. No me ofreció hachís, ni maría, ni nada por el estilo.

Al escuchar aquello, decidió callar, no le apetecía discutir. Su hija continuó.

—En cuanto a lo que hablábamos sobre Javier y yo, somos jóvenes, y nuestras personalidades aún están por forjar, no como las vuestras.

Divertida por aquello Marta miró a su hija y dijo:

—Gracias por llamarme vieja, cariño, ¡eso ha estado magnífico!

—No he querido decir eso, mamá —protestó la chica—. De todas formas el Musaraña y Javier, desde mi punto de vista, no tienen nada que ver.

Cansada de escuchar siempre lo mismo de aquel muchacho, Marta se armó de valor y dijo para hacer callar a su hija.

—Muy bien. Veamos las coincidencias y no coincidencias entre ellos a pesar de la edad. Yo hablo del Musaraña y tú de Javier, ¿te parece?

Vanessa asintió cruzando los brazos ante su pecho en señal de reto y Marta comenzó.

—El Musaraña tiene 38 años. Es un tipo atractivo, no guapo, que se lleva a las mujeres de calle. Es divertido, chistoso, un caradura, pero gracioso. Le gusta salir con sus amigos y fumar hierba. En ocasiones, y solo cuando le venía bien, me llamaba para estar conmigo, y yo como una boba aceptaba. Y lo mejor de todo es que siempre... siempre me hizo sentir insegura, ¿verdad?

—Yo no lo creo así.

—Cariño, todo el mundo me decía que ese hombre no era bueno para mí. Pero hasta que no lo vi con mis propios ojos, no acepté que semejante idiota me estuviera quitando el sueño y la vida.

—¡Qué exagerada eres, por favor!

—Muy bien, Vanessa. Ahora te toca hablar de Javier.

—Javier tiene 19 años. Es guapo. Muy, muy guapo. ¡Guapísimo! Todas las chicas se mueren por salir y estar con él, pero yo soy su chica. Le encanta divertirse, y le vuelve loco competir en karate. Algo que practica cuatro días a la semana. En ocasiones me llama, aunque reconozco que casi siempre le llamo yo. Pero no me importa. Me gusta estar con él.

—¿Te hace sentir insegura? —preguntó Marta.

—A veces, mamá. Pero no siempre. Cuando estoy con él me siento importante. Las chicas me miran con envidia y eso ¡me mola!

—Perdona cariño. Pero ese muchacho es un imbécil. Un futuro Musaraña. Sabe que tú estás coladita por sus huesos y hace contigo lo que quiere, porque sabe que tiene una fila de muchachitas esperando sus favores. ¿Me puedes decir dónde está la diferencia entre el Musaraña y Javier?

Vanessa la miró muy enfadada. Algo en su interior le indicaba que su madre tenía razón. Pero no quería tirar la toalla con aquel chico. Le gustaba demasiado.

Deseaba entregarse a él. Pronto lo haría. Aunque a su madre no le diría nada. Pondría el grito en el cielo.

—Mamá, la diferencia es que yo quiero seguir con él. Tú rompiste con el Musaraña porque estabas cansada de cómo te trataba. Yo no me he cansado aún.

—¡Aún!... tú lo has dicho. Pero mientras te cansas, ese chico continuará riéndose de ti, y tú desperdiciando tu juventud y pasándolo mal como una boba. ¿No te das cuenta, hija? ¿No te das cuenta de que ese chico te utiliza a su conveniencia?

—Mamá. No quiero seguir hablando del tema. Tú no me entiendes.

—Oh, claro... ya hemos llegado a esa parte de ¡mamá tú no me entiendes! —enfadada con su hija Marta se levantó de la silla y dijo—: De acuerdo Vanesa. Haz lo que tú creas. Pero ya sabes lo que yo pienso. Dos personas están juntas si ambos quieren, no si uno de los dos quiere.

—... no sé porque te cuento estas cosas. Me rayas la cabeza.

—Me las cuentas, porque me las tienes que contar. ¡Soy tu madre! La persona que más te quiere en este mundo y no una colega. Y por muy bien que nos llevemos, por muy enrollada que pueda ser contigo, tengo que ser sincera y hacerte ver lo bueno y lo malo de la vida, aunque como tú dices, te raye.

Pero Vanesa no quería hablar más del tema, y tras cerrar su correo en el ordenador, se levantó de la silla y se marchó a dormir. Marta no dijo nada más. Solo pudo mirar cómo se marchaba e ir a su habitación a cambiarse de ropa y ducharse. Tras aquello Marta se puso un rato la televisión, pero todo le aburría. Finalmente, se levantó y decidió mirar su correo electrónico. Llevaba días sin mirarlo. Con paciencia esperó a que el ordenador arrancara, y tras meter su contraseña en el email de telefónica, vio que tenía seis mensajes.

—¡Mierda! —exclamó al leer el nombre de uno de los mensajes.

Era de su ex. El Musaraña. Con rapidez lo abrió.

De: Luisjove 1973

Para: PorqueyolovalgoMarta1978

Asunto: ¿cenarás conmigo?

Lo sé. Estarás pensando que no. Pero piénsalo ¿vale? Te echo de menos.

El día que tú quieras, donde quieras y cuando quieras. Pago yo. Espero tu llamada. Luis.

—« Bueno... lo de este es de psiquiátrico. Ya puedes esperar sentado y con tu oxigenada amigueta, porque no pienso ni contestarte, imbécil», pensó malhumorada mientras se encendía un cigarro y daba a la tecla de borrar mensaje.

No podía entender al Musaraña. Tres años de relación y se daba cuenta de

que no la conocía para nada. Era tan necio que pensaba que lo iba a volver a perdonar. No ¡Ni de coña! Aunque habían tenido momentos buenísimos, le superaban los malísimos. No quería saber nada de él. Tema zanjado.

Tras dar una calada a su cigarro con ganas, miró de nuevo la pantalla y leyó un mensaje de su amiga Gema. ¡Estaba embarazada otra vez!

«En qué mundo vive esta muchacha. Seis hijos es demasiado. Y pronto serán siete» pensó. Pero le envió un mensaje de felicitación y continuó mirando los correos que le quedaban. Parecían todos publicidad, y uno a uno los fue borrando hasta que llegó al último.

De: PhilipMartinez

Para: PorqueyolovalgoMarta1978

Asunto: Invitación

Como imaginarás soy un familiar de la rana Gustavo (aunque aquí en Londres se llama Kermit). Lola me dio tu email. Por favor, no la regañes. Tuve que chantajearla y engañarla para que me lo diera. Tengo intención de ir a Madrid la semana que viene, concretamente del 7 al 10 por motivos de trabajo ¿cenar alguna noche conmigo? Prometo que solo habrá zumos. Nada de JB, ni rebujitos.

Philip Martínez o La rana guiri... como prefieras.

Boquiabierta se quedó mirando el mensaje y lo leyó de nuevo.

«*Oh, Dios... oh, Dios... es el trajeado*» pensó levantándose de la silla.

Fue hasta la habitación de su hija Vanesa, pero al abrir vio que estaba dormida. Con rapidez volvió al salón y cogió el teléfono. Llamó a Patricia. Tras dos timbrazos esta lo cogió.

—Soy yo. Ay madre lo que te tengo que contar. Me acaba de escribir un email el trajeado. ¡El conde! Ese con el que siempre discuto cuando le veo. El de la feria de abril... Ay Dios... me invita a cenar porque viene a Madrid. ¿Qué hago? Por Dios... por Dios... no sé qué hacer. Uf... no... creo ni le voy a contestar. No... no... no. Pero, ¿hago bien? —un segundo de silencio—. Pero si no le contesto pensará que soy idiota o algo por el estilo. Pero si quedo con él, así, sin conocerle, pensará que soy una facilona desesperada. No... definitivamente no voy a quedar con él. No merece la pena... ¿Oh, sí? ¿Tú qué harías?... bueno no. No me lo digas porque conociéndote seguro que cometerías una locura inmoral de las tuyas.

Patricia, ojiplática, la escuchaba al otro lado del teléfono, y cuando sintió que esta dejaba de hablar para respirar aprovechó.

—Es tu rana... queda con él y zúmbatelo. Yo lo haría.

Al escuchar aquello Marta arrugó la nariz.

—Oh, Dios... qué poca ayuda me ofreces. Este tío creo que va... a lo que va —le reprochó.

—Como todos, cielo, ya lo sabes. Pero sé positiva y sé tú quien le ataque a él. Pienso que salir con hombres que no se parezcan al innombrable de tu ex te vendrá bien. Lo necesitas. Cómo diría Adrian «tu cuerpo lo necesita, nena».

—Hablando del innombrable ¿te puedes creer que me ha escrito pidiéndome una cita?

—¡Será capullo!... Ni se te ocurra Marta, o te juro que la que te deja de hablar de por vida seré yo.

—No, no, tranquila. Directamente he borrado su email. No quiero saber nada de él. Creo que tres años fue bastante.

—Esa es mi chica. ¡Con un par! —sonrió Patricia, pero dejó de hacerlo al escuchar la respuesta de Marta.

—Oh, Dios ¿Qué hago? ¿Cómo voy a quedar con ese *guiro*? No quiero que nadie me rompa el corazón. Aunque, bueno, si soy sincera, en estos momentos no creo que tenga corazón. Debo de tener una patata cocida.

—Piensa en él como el principio del juego de la rana. Al fin y al cabo ya sabes que tú para él solo eres su juego de la oca.

—Joder, ¡qué mal suena eso! —dijo Marta.

—Pues sí chiquilla, pero esta vez no vas engañada ¡y sabes lo que hay! Tienes a tu favor que sabes lo que él no quiere, y lo que no quieres tú. Ambos necesitáis en este instante lo mismo. Algo distinto. Algo que no sea lo de siempre. Tómalo como un juego, como una bocanada de oxígeno. Sin más.

—Lo sé. Tienes razón. Pero es que yo nunca he hecho este tipo de cosas y...

—Pero Marta, ¿qué quieres? ¿Que te jure amor eterno sin haber salido nunca contigo? ¿O acaso me vas a venir ahora con que quieres algo serio con él?

—Tienes razón. Y no. No quiero nada serio con él, ni con ninguno. Pero Patri, es que ese tipo es el trajeado repeinado inglés. Seguro que querrá ir a sitios exquisitos y horrorosamente caros, y yo nunca he salido con un hombre así. Yo soy más de *kebab* y perrito caliente, pero él me da a mí que es más de faisán a las dulces hierbas del mar muerto y enterrado.

—Sí... en eso, no te quito la razón. ¡Joder, que es conde! Al tío se le ve cultivado en el buen gusto y en los caprichos caros. Pero míralo por otro lado. Tú nunca has comido faisán a las dulces hierbas del mar muerto y enterrado. ¿Por qué no probarlo? Ya sabes como saben los perritos con mostaza, ketchup, el kebab, pero...

Como un vendaval, Marta asintió e intentó convencerse.

—Tienes razón. Somos mujeres del siglo XXI y sabemos lo que queremos. Además, es justo lo que necesito. Quedaré con él. Cenaré y jugaré las mismas cartas que un tío por primera vez en mi vida. ¡Quizá hasta me guste el juego!

—No lo dudes —sonrió Patricia al recordar sus experiencias.

—Vale... no lo dudo.

—Intenta llevar tú la batuta de tu vida y que no te la quite. No se lo permitas. Que él quiere cenar contigo, ¡perfecto! Que tras la cena sientes que a tu cuerpo serrano le apetece un ratito de frenesí calentito y morbosete, ¡a por tu rana! —y antes de colgar repitió—. Sé egoísta y piensa en ti. Solo en ti y en lo que tú quieres.

Aquella noche Marta se sentó frente al ordenador y con toda la seguridad del mundo plagada de inseguridad le escribió un email.

De: PorqueyolovalgoMarta1978

Para: PhilipMartinez

Asunto: Invitación

Vaya... por un momento pensé que eras la mismísima rana Gustavo. Me parece bien lo de la cena. Cualquiera de esos días me viene bien. Necesito darte las gracias por distintos motivos. Dime dónde, fecha y hora, y allí estaré. Ni que decir tiene, que pago yo.

Marta.

Capítulo II

Al día siguiente tras dejar a su hija en el instituto, Marta se dirigió con su moto hacia la tienda. Lola estaba de viaje y ella debía encargarse de varios asuntos. Cuando llegó Adrian le esperaba en la puerta muy nervioso. Al verla corrió hacia ella.

—*Uis*, nena vivo sin vivir en mí.

—¡Qué bien! Estás poético hoy —se mofó al escucharle.

—¿Poético? ¿Sabes quién está esperándote?

Marta le miró y sonrió.

—Como mínimo y por tu estado de excitación debe de ser mi soñado Hugo Silva —se guaseó al verle tan nervioso.

—Frio... frío... ¡Congelado!

Patricia apareció de pronto.

—Ay, Marta... no lo vas a creer pero...

Al escuchar aquello Marta les miró extrañada. ¿Qué les pasaba?

—Venga, desembuchad. ¿Quién es? ¿Quién me está esperando?

Pero no les dio tiempo a responder, de pronto una voz dijo:

—¡Bella! Llevo esperándote un buen rato.

El subidón de adrenalina de momentos antes por pensar que podía ser el mismísimo Hugo Silva, le bajó hasta los talones al ver que era Piero Lamborgioni. Un guapo italiano amigo de su jefa que siempre que iba a la tienda le tiraba los tejos descaradamente.

«Joderrrrrrrrr... no. Hoy no estoy de humor» pensó con rapidez. Pero balbuceó:

—Piero, ¿como tú por Madrid?

—Vine por negocios. Necesitaba hablar con Lola.

—Le hemos dicho que no está y ha querido hablar contigo —aclaró Patricia.

Reponiéndose de la decepción de que no fuera el Silva, Marta sonrió y se acercó hasta él para darle dos besos.

—Piero, Lola no está. Mis compañeros te pueden atender.

—*Mamma mia, bella*, qué estupendo perfume llevas —sonrió mirándola.

«Pues será el champú del Mercadona. Hoy no me puse con las prisas ni colonia» pensó mirándole con una sonrisa.

El italiano como siempre que la veía no paraba de agasajarla. Algo que dependiendo del momento le agradaba o no.

—Esa moto ¿es tuya? —le preguntó sin dejar de mirarla con sus inquietantes ojos oscuros.

Marta miró su moto, y pasando con delicadeza su mano por el depósito asintió.

—Sí. Es mía.

Cada vez más alucinado el italiano exclamó:

—*Bella e brava*, ¡qué maravilla de española!

Divertido por aquello Adrian suspiró, pero fue Patricia la que habló.

—Sí, señor Lamborgioni. ¡El producto español está en alza! Dentro y fuera del país.

Eso les hizo reír a todos menos a Marta, que miró a sus compañeros y quiso estrangularles.

—Bueno. ¿Y a qué se debe esta visita? —preguntó con rapidez. No tenía ganas de tonterías.

—Me dijeron tus compañeros que debía hablar contigo para unos temas de pedidos, ¿te viene bien ahora, o prefieres esta noche en una cena?

«Buenoooo, ya empezamos».

Marta miró a Patricia con rapidez. ¿Por qué no le había atendido ella? Pero al ver que esta miraba hacia otro lado dijo:

—Por favor Piero pasa al despacho de Lola. Enseguida te atiende.

—De acuerdo, bella. No tardes —asintió aquel arreglándose su enorme nudo de corbata.

—No tardaré, te lo prometo.

Cuando este desapareció en el interior de la tienda, Marta como un Miura, se volvió hacia sus compañeros.

—¿Se puede saber por qué no le habéis atendido vosotros? —dijo alzando la voz.

—Preguntó por ti, reina —señaló Adrian con media sonrisa. Patricia se limitó a callar.

—Esta me la pagáis. Sabéis que ese tío me persigue y vosotros vais y ¡zas!, lo volvéis a poner en mi camino.

—Venga... venga no te enfades conmigo. Pensé que te vendría bien salir con más gente y ... —dijo Patricia abrazándola.

Pero Marta no la dejó acabar de hablar.

—Lo dicho, ¡esta me la pagáis! Tú y tú.

—*Uis* nena. Pero si lo hemos hecho por ti, ¿por qué te pones así, cielo? —respondió Patricia.

—¿Por mí? —gruñó incrédula—. Pero bueno, ¿por qué tenéis que pensar que a mí me puede apetecer quedar con ese hombre? Pero, ¿acaso no veis que me paso media vida rehuyéndole? ¡Joder! Que no me gusta. Que me parece un tipo simpático pero nada más. A ver cuándo os enteráis.

—Sí, pero creo que...

—¡No creas por mí por favor! —gritó fuera de sí—. Estoy harta de todo, de todos y de que os empeñéis en decirme qué he de hacer y a quién he de ver. Yo no soy tan liberal como vosotros, ¿no os dais cuenta?

—Pero nena, si el italiano es tu tipo. Es un chuleras —señaló Adrian.

—No. No es mi tipo. Él es un chulo adinerado, que se cree un adonis y que después de hacerme pasar por su cama seguramente no querrá saber más de mí.

—¡Madre del amor hermoso! Pues en la cama tiene que ser de los calentitos. Solo hay que ver cómo te radiografía. Qué morbo, por Diosssssss —apostilló Patricia ganándose una nueva mirada de enfado de su amiga.

—Pues quédatelo para ti —gruñó Marta.

—Ya me gustaría, hija... tiene un pelo negro precioso. Pero no. Ese guaperas se ha fijado en ti para mi desgracia, y la suya.

Adrian, al ver como aquellas dos se miraban rápidamente se puso en medio y trató de suavizar las cosas.

—Vamos a ver, chicas. Paz... por favor... Paz y amor.

Marta, sin querer seguir hablando de aquello, entró en la tienda y, todo lo tranquila que pudo, atendió al italiano. Finalmente y tras acabar de firmar unos contratos que al negocio le venían muy bien, Marta salió a comer con él al restaurante de Pepe que estaba enfrente. Como maestra del capeo supo manejar la situación en referencia a las insinuaciones que este le hizo. No estaba dispuesta a quedar con él. Le gustara a él o no, no pensaba caer en sus garras. De pronto a Marta le pitó el teléfono. Un mensaje. Lo leyó y abrió los ojos desmesuradamente:

« Su hija Vanesa Rodríguez ha faltado hoy a clase » .

Incrédula cerró el móvil. ¿Cómo era posible aquello? Ella la había dejado en la puerta como cada mañana. Preocupada y sin importarle lo que pensara el italiano, se despidió de Piero que se quedó boquiabierto. Voló hacia la tienda para coger sus cosas.

—¿Qué tal la comida con el bello? —se mofó Patricia. Pero al ver la cara de su amiga cambió de gesto—. ¿Qué ocurre, cielo?

—He recibido un mensaje del colegio de Vanesa diciéndome que hoy no ha ido a clase. Y no lo entiendo. Yo misma la he dejado en la puerta como cada mañana —cogió el casco preocupada—. La estoy llamando al móvil pero no lo coge, y el teléfono de mi casa comunica. Me va a escuchar esta cuando la pille.

—*Ainss*, nena no vayas en la moto. Te noto demasiado enloquecida y me preocupas —murmuró Adrian al ver su estado.

—Tranquilo. Voy bien.

Sin decir nada más salió de la tienda, y tras quitar la cadena de su moto, se montó en ella y la arrancó.

—Lláname cuando estés con ella y dime que todo está bien —dijo Patricia.

Con un movimiento de cabeza Marta asintió. Metió la primera y se introdujo en el denso tráfico de Madrid. Con más prisa de la normal condujo por la calle Alcalá hasta llegar a la Gran Vía. Bajó por Plaza de España para llegar al soterramiento de la M-30 donde intentó ir despacio porque sabía de la existencia de radares allí. Pero cuando salió del túnel, sin importarle las multas, solo su hija,

apretó el puño del acelerador y como una loca sorteó el tráfico hasta que llegó a su casa, en Aluche.

Sin detenerse a meter la moto en el garaje, saltó de ella y corrió hacia su portal. Cuando abrió la puerta de su casa escuchó música. Eso la tranquilizó. Su hija estaba allí. Una enorme furia se apoderó de ella y sin saludar a *Feo*, que movió el rabo al verla, se encaminó a la habitación de Vanesa y al abrir la puerta se quedó sin habla. Ante ella estaba su hija desnuda en la cama con Javier. Y por lo que oyó parecía estar pasándolo bien.

—¡Maldita sea! ¡Vanesa! —gritó poseída.

Al escucharla, su hija y el chaval saltaron y se separaron.

—Javi, vístete. Te quiero fuera de esa cama y de mi casa en cinco segundos.

—A continuación clavó la mirada en su hija—. Vanesa, tú y yo tenemos que hablar.

Una vez dicho eso cerró la puerta, fue hasta la cocina y se bebió un gran vaso de agua.

«Ay Dios, ¿pero qué hace mi niña?» pensó descolocada.

Dos minutos después escuchó unos pasitos rápidos y vio a Javier salir sin despedirse. Con la poca tranquilidad que le quedaba se encendió un cigarrillo y apoyada en la encimera de la cocina esperó a que su hija saliera. Pero pasados diez minutos y al ver que esta no salía, fue a la habitación y al abrir y verla escuchando música encima de la cama volvió a gritar enfurecida.

—¿Será posible con la niñata! ¿Pero cómo puedes tener tan poca educación y vergüenza?

La muchacha quitándose los cascos inalámbricos la miró y dijo con gesto impasible:

—Mama, no me rayes.

Incrédula por aquello Marta se acercó hasta ella.

—¡Que no te raye! ¡Que no te raye!

Pero Vanesa saltó como una fiera.

—¿Cómo has podido entrar así en la habitación? Es mi intimidad, te lo recuerdo.

Cada vez más confundida Marta miró a su hija y gritó:

—¡Sí, es tu habitación! Pero esta es mi casa y tú eres mi hija. Me han enviado del colegio un mensaje al móvil indicándome que no habías asistido hoy y estaba preocupada por ti, ¿se puede saber dónde has estado?

Con un descaro que dejó a Marta más planchada que en toda su vida, su hija respondió:

—¿Tú qué crees?

«Oh, no... esto no me puede estar pasando a mí» pensó al sentir a su hija como una extraña. Miró la mesilla de Vanesa y sin querer contó seis envoltorios de preservativos abiertos, ¡seis!

—No te da vergüenza hablarme así, y más, cuando sabes que lo que estabas haciendo es algo por lo que me debo de enfadar. Pero bueno, Vanesa, ¿en qué estás pensando? ¿Cómo has podido hacerlo? ¡Eres una niña, maldita sea!

—No sé porque te asustas mamá —respondió altiva—. Tú a mi edad ya tenías una niña de casi tres años.

«La madre que la parió. Le voy a cruzar la cara. Dios... Dios... ayúdame, que se la cruzo» pensó confundida.

—Mamá, ¡no soy un bebé!

—¡Eres mi hija, Vanesa! ¿Qué pretendes? ¿Qué te felicite?

Con una sonrisa que no gustó nada a Marta, Vanesa la miró y dijo:

—Tranquila mamá. Hemos puesto medios para no hacerte abuela. No quiero jorobarme la vida como tú. Soy joven y quiero vivir.

Sin poder evitarlo a Marta se le fue la mano y le dio un cachete en la mejilla. Lo que le acababa de decir era cruel y Vanesa lo sabía. Marta se sintió mal enseguida. Era la primera vez en su vida que le ponía la mano encima. El bofetón le dolió a ella más que a Vanesa. Pero su hija se lo iba a hacer pagar caro. Lo supo al ver su cara. Intentó acercarse a ella pero esta con rapidez retrocedió y gritó:

—¡Perfecto mamá! ¡Me has pegado! ¡¿Eres feliz ahora?!

—Ay, Dios Vanesa no quería... —pero al ver su gesto altivo murmuró—. No... no estoy contenta ¿y tú? ¿Estás tú contenta con lo que ha ocurrido? ¿Te parece bien lo que has hecho? Y no hablo de haber faltado al colegio, que ya es grave, me refiero...

—Sé a lo que te refieres. No soy tonta, mamá.

Marta, incapaz de seguir hablando con ella, la miró y dijo:

—Vamos a dejarlo. Estamos muy nerviosas. Pero tú y yo tenemos una conversación pendiente. Estás castigada para los próximos dos meses, ¿me has entendido? No saldrás con tus amigos. Olvídate de salir. Irás del colegio a casa y viceversa. Te has pasado Vanesa, ¡y mucho! —gritó fuera de sí.

Su hija no contestó. Se limitó a mirarla con un gesto duro. Marta dándose la vuelta salió de la habitación y cerró la puerta. De pronto se sintió sola. Más sola que en toda su vida. Destrozada se sentó en el sillón y se encendió un nuevo cigarrillo. En ese momento le sonó el móvil. Era Patricia.

—¿La has encontrado?

—Sí. Estaba en casa... acompañada.

Al entender qué quería decir con aquello Patricia asintió y preguntó:

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—No, mejor no. No está el horno para bollos. Pero no tengo fuerzas para ir a la tienda. ¿Os jorobo mucho si me tomo la tarde libre?

—No, cielo... quédate en casa. Si hay algo importante te llamamos.

—Gracias, Patri —susurró en un hilo de voz antes de colgar.

Capítulo 12

Tras lo ocurrido con su hija, los días pasaron y la situación se suavizó. En especial porque Marta no soportaba ver a su hija tan despegada de ella. Una noche cuando Marta llegó de trabajar, cogió de su mesilla uno de los vales que tenía de Vanesa y se lo entregó a cambio de un beso. Aquel simple gesto hizo que llegara de nuevo la paz al hogar. Durante aquellos días Marta intentó no pensar en la cita que tenía con el inglés. Le ponía nerviosa pensar que por primera vez en su vida tenía una cita a ciegas.

Ella era más de conocer a la persona en un bar y quedar. Aquello era una locura, pensó un millón de veces. ¿Qué hacía ella quedando con un conde? No le dijo nada a Lola. A pesar de que la pilló en ciertas ocasiones mirándola como si esperara algo. ¿Sabría Lola lo de la cena? Pero no. Nadie a excepción de Patricia y su hija, Vanesa, sabían nada de aquella cita.

Tras responder a aquel email, Philip la escribió y quedó con ella el día siete a las nueve de la noche en un restaurante de la calle Alcalá, llamado « Tiorinos » . Y el día ya había llegado.

—Ni se te ocurra ir en moto. Cógete un taxi como una señorita —dijo Patricia.

—¡Está diluviando, guapa! Además, ¿cómo pretendes que me monte en esta moto así vestida?

Patricia la miró. Realmente Marta estaba guapísima con aquel vestido en tono crudo y los zapatos *letizios* a juego. Se había recogido el pelo en un moño informal y se había puesto unos pendientes de su hija. Era difícil creer que aquella elegante mujer pudiera ser la que conducía por Madrid, en ocasiones temerariamente, su Honda 600 CBF.

—*Guaauuuu*, mamá. ¡Estás que crujes! El trajeado va a flipar en colores cuando te vea —dijo Vanesa, quien tras una charla con Patricia decidió ser amable con su madre.

—Ya te digo. Porque eres mi amiga y me van los tíos de pelo en pecho, si no, te tiraba los tejos —dijo la loca de Patricia, haciéndolas reír.

Al escuchar aquello Marta se miró en el espejo. Realmente estaba increíble. Los kilos que se había quitado tras la ruptura con el Musaraña le habían sentado de maravilla. Pero no tenía claro si lo que estaba haciendo era lo correcto. A ella nunca le había gustado jugar con los hombres y algo le decía que no era buena idea comenzar a hacerlo con aquel. Justo con aquel.

—Venga mamá, cambia la cara. Parece que vas de funeral.

Al oír la positividad de su hija, sonrió y asintió.

—Tienes razón, cariño. Pero esto más que una cita quiero considerarla una salida de soltera liberada.

—Eso, eso, de soltera moderna y actual —aplaudió Patricia.

—Llevarás preservativos, ¿verdad? —preguntó la niña.

—¡Vanesa! —gritaron al unísono Patricia y Marta.

La muchacha al ver como la miraban, sonrió y con gesto pícaro les contestó.

—No me miréis como dos viejas carcamales, que no soy una niña —y dirigiéndose a su madre indicó—. Solo me preocupo por tu salud. Es más, déjame recordarte eso que tanto me dices y oigo «póntelo, pónselo».

—Bueno, y ya que nos ponemos, ese otro que dice «más vale prevenir que bautizar» —matizó Patricia.

Incrédula porque su hija y su amiga se mofaran de ella de aquella forma, Marta resopló. Patricia en ocasiones era demasiado explícita en sus comentarios. Aunque ella tampoco se quedaba atrás. Pero para quitarle hierro al asunto las miró y dijo:

—Dejad de decir tonterías. No creo que ese trajeado pase de darme un besito en la mano esta noche. Yo no soy una mujer fácil.

—Tú no, cariño, pero él sí —se guaseó Patricia—. Y si tú quieres un poquito de pasión y regustito para el *body* esta noche, ya sabes, un par de pestaños a la rana, una sonrisita de «mmm, estoy cachonda, muy caliente y te voy a chupar hasta la etiqueta de la camisa» y ¡zas! al bote. Te lo traes a casa, os montáis vuestra *fiestuki* particular que para eso tienes todita la casa para ti esta noche. Por cierto, el suelo lo tienes relimpio, tíralo al suelo y aprovéchate de él.

«No me puedo creer que haya dicho esto delante de mi niña» pensó escandalizada.

—Tía Patricia... flipo contigo. Y luego decís de las nuevas generaciones —se carcajeó Vanesa.

Horrorizada, Marta le dijo a su hija mientras se ponía el abrigo que Patricia le dejó para aquella noche:

—Anda cariño, ve a mi habitación y tráeme el bolso pequeñito. El beige claro.

Cuando la cría les dejó a solas, Marta miró a su amiga y gruñó:

—Cuantas veces te tengo que decir que delante de Vanesa no digas esas brutalidades. Por Dios, Patri, ¡que Vanesa es una niña! Y haz el favor de comportarte esta noche en tu casa como un adulto, que a veces eres peor que ella.

—Disculpa, mona. Pero tú siempre has hablado con ella de sexo con total normalidad. Es más, déjame recordarte que tu niña ya tiene diecisiete añitos y...

—Aquí está el bolso, ¿era este? —preguntó Vanesa entrando en el salón.

—Sí, cariño. Ese es.

Tres cuartos de hora después estaba frente al restaurante Tiorinos. Caía un aguacero y, al ver la pinta de aquel lugar tan refinado, suspiró y pensó al recordar que ella se había propuesto pagar la cena. «Dios... cenar aquí debe de costar un riñón y parte del otro». Con paso firme, entró en el restaurante. Tras

indicar al hombre de la entrada que tenía reserva a nombre de Philip Martínez, sonrió aliviada cuando por fin se sentó en la mesa. Aunque tras pedir un poco de agua ya no lo estaba tanto. Quizá debería haber llegado después que él. No quería que pensara que estaba desesperada.

Pero lo que se suponía una noche fantástica se comenzó a torcer. La cita era a las nueve, y eran las nueve y diez, y él no había llegado. «Necesito fumarme un cigarro,» pensó. Pero después de hablar con el maître y este indicarle que el señor Philip había reservado en no fumadores, refunfuñó, pero se aguantó. Se sentía ridícula allí sentada. La gente llegaba y la miraba. Y según pasaban los minutos su crispación aumentaba más y más, hasta que el maître llegó hasta ella y preguntó:

—Disculpe, señorita, ¿es usted la señorita *PorqueyolovalgoMarta1978*?

«Lo mato» pensó al ver la cara de horror del fino maître.

—Sí... soy yo. ¿Por qué?

—Tiene una llamada telefónica. Si me sigue, por favor, le indicaré.

Levantándose como un elefante en una cacharrería, Marta fue hasta donde el hombre le dijo y cogió el teléfono.

—Soy Marta, ¿quién es? —preguntó.

—¿Esperas a alguien más, además de a mí?

Al escuchar aquel tono de voz, sin importarle donde estaba, murmuró:

—¿Cómo se te ocurre decirle al maître que pregunte por ese absurdo nombre?

—Pues porque no sé tu apellido. Solo sé que te llamas Marta y *PorqueyolovalgoMarta1978*. No creo que hubiera muchas en el restaurante.

Tras escucharle, resopló. Tenía razón.

—Que sepas que estoy muy, pero que muy enfadada. Nadie que me da plantón sigue vivo. Todo el mundo en el restaurante me mira y con sus ojos parecen gritar ¡oh... pobrecita le han dado plantón! —contestó irritada.

—Lo siento, de verdad —susurró al notarla tan alterada.

—Ah, sí... ¡lo sientes! Me alegro, porque me he emperifollado como si fuera de boda para venir a este repolludo lugar. Y ahora tú... Oh Dios... Qué estoy diciendo. Mira, chato, por mí te puedes ir a paseo y...

Philip al notarla acelerada la cortó.

—Ehhhh... señorita enfadada, para... Para y escúchame.

—Menos cachondeito o te cuelgo, guapo.

Al sentirla tan enfadada sonrió.

—Ha ocurrido una eventualidad, pero en diez minutos llegará mi chofer para recogerte. Te llevará a mi casa de la Moraleja. Yo no tardaré en llegar —al oírla maldecir prosiguió—. Sé que es algo horrible y te pido disculpas, pero no he podido llamarte antes y...

Pero Marta estaba indignada y tras colgar el teléfono sin dejarle terminar, se

dirigió al maître.

—Tráigame la cuenta por favor.

Sonó de nuevo el teléfono. El maître tras hacerle una seña a otro camarero lo cogió y dos instantes después la miró.

—Señorita pregunta por usted el señor Philip Martínez.

Boquiabierta porque se le hubiera ocurrido volver a llamar, refunfuñó sin tan siquiera coger el auricular que el hombre le tendía.

—¡Dígame que me he muerto!

En ese momento un joven camarero le tendió un platito de plata con un sobre cerrado.

« Joder... qué pijos » pensó al mirar el sobre.

El maître en ese momento cogió el platito de plata.

—Disculpe señorita pero me dice el señor Martínez que él correrá con la cuenta.

« Y una mierda » .

—De eso nada. Dígle a ese impresentable que no necesito que pague nada mío. El agua que he bebido, lo pagaré yo. ¿Me has oído *guiri* de pacotilla?

El maître sin saber qué hacer, se acercó el auricular a la boca y comenzó a hablar, entre temblores. Marta al abrir el sobre se quedó boquiabierta.

—¡Veinticinco euros por una botella de agua mineral!

El maître mirándola asintió.

—La botella que ha tomado es de agua de lluvia de la Antártida.

—Joder... pues me la podía haber traído del grifo de la Comunidad de Madrid o de la lluvia torrencial de hoy. ¡Veinticinco euros! ¡Qué robo!

Al ver que aún tenía el teléfono en las manos, se lo quitó y, para horror de aquel, colgó. Le daba igual que todo el mundo la mirara. ¡Ellos qué sabían! Tras aquello, sacó su tarjeta, se la entregó, y después de firmar el recibo, se despidió del maître y salió a la calle, donde diluviaba con más fuerza que cuando entró.

Estaba tan enfadada que decidió no volver a casa. Necesitaba despejarse de aquel plantón tan bochornoso. Miró el reloj. Las diez menos cuarto. En ese momento le rugieron las tripas, y como pasaba cerca de Bocatas, decidió entrar a comer algo. Un buen bocata de beicon con queso la calmaría. Una vez terminó, cogió el metro y se marchó para su casa.

Cuando llegó a su piso, se quitó el vestido y lo tiró sobre la cama junto a los zapatos empapados. Mirándose al espejo, se arrancó las horquillas que le sujetaban el moño. Ya se desmaquillaría después. Y poniéndose unos vaqueros desgastados y la chupa de diario, decidió bajar a pasear a *Feo*, su perro.

—Vamos, cariño. Eres el único del sexo opuesto que nunca me ha decepcionado. Aunque diluvie te daré un paseito. ¡Te lo mereces!

Media hora después, tras pasear a su perro y saludar a otros dueños de canes que ya conocía, regresó a casa. Se quitó las botas mojadas, se puso el pijama de

cuadros escoceses y se tiró en el sillón. Eran las once y media de la noche.

—Veamos qué ponen —susurró cogiendo el mando mientras cambiaba—. En la primera un debate, en la segunda un documental de focas.

Pero al ver la película que estaba comenzando en Telemadrid refunfuñó.

—¡Bien! ¡Perfecto! *El Diario de Noa*. Justo una película para alegrarme la noche. ¡Lo que necesito! Una película de amor para que yo misma me reboce y enharine en mi propia desgracia de que siempre estaré sola.

Pero esa película le gustaba tanto que a pesar de haberla visto más de veinte veces, se puso un cubo de *kleenex* cerca, y comenzó a llorar nada más empezar. Cuando llevaba viendo la película unos veinte minutos sonó el portero automático de su casa. Asustada porque llamaran a esas horas, enseguida pensó en su hija y contestó.

—¿Sí?

—Mi chofer no te encontró. ¿Te dije que pasaría a buscarte?

Incrédula y al ver por la pantalla del video portero que aquel que hablaba era el que le había dado plantón, colgó el telefonillo directamente. No pensaba hablar con él. Philip volvió a llamar y ella sin dudarle respondió.

—¿Cómo sabes donde vivo?

—Tengo buenos informadores —respondió bajo la lluvia.

Al pensar en Lola, gruñó y con cajas destempladas habló antes de colgar de nuevo.

—Pues ya puedes ir olvidándolo. Adiós.

Pero Philip volvió a llamar. Si algo tenía era templanza para saber manejar las situaciones. Marta descolgó de nuevo y gritó mientras veía por la pantalla que aquel llevaba un ramo de flores en la mano y se empapaba bajo la lluvia.

—¡Vamos a ver, señor primo de la rana Gustavo! ¿Qué parte es la que no entiendes de « ¡déjame en paz! » ? Porque te diré que no sé hablar idiomas como tú. Por lo tanto, o lo entiendes en castellano mondongo y lorondo o te vas a freir espárragos.

—Te entiendo, pero...

No le dio tiempo a terminar. Marta volvió a colgar. La paciencia de él se comenzaba a consumir. No estaba acostumbrado a que ninguna mujer le tratara así. Por ello, molesto, pegó el dedo en el timbre hasta que ella descolgó y mirando a la cámara que le grababa siseó:

—No me vuelvas a colgar el telefonillo, o tendré que subir y enseñarte modales.

Eso le hizo reír. « ¡Será fanfarrón! » pensó apoyada en el espejo de la entrada.

—Ja. Permíteme que diga, ¡me parto y me mondo! Vamos a ver, ¿qué quieres? Creo que por mi parte quedó todo muy claro en el restaurante.

Intentando mantener la calma él respondió mientras se calaba bajo el

aguacero.

—Intento disculparme por lo horrible de la situación. No suelo hacer este tipo de cosas y...

—¿Qué es lo que no sueles hacer? ¿Disculparte o dar plantones?

Eso le hizo sonreír. No sabía por qué, pero aquella madrileña le hacía sonreír.

—Marta. Te prometo que ha sido algo imprevisto.

—No te creo, y como no te creo, buenas noches.

Tras decir eso Marta colgó el telefonillo. «Ja... chulitos a mí», pensó orgullosa.

Cuando se sentó en el sillón con una sonrisa triunfal, se extrañó al ver que no volvía a insistir. Por ello se levantó y mirando por el video portero en cierto modo se decepcionó al ver que ya no estaba allí. Molesta volvió al salón. Y clavando la mirada en la pantalla del televisor soltó un sollozo al ver una escena tierna de la película. Cogiendo un *kleenex*, se limpió las lágrimas y se sonó la nariz.

—Oh, Dios... qué película. Qué momentazos tiene —murmuró.

De pronto sonó la puerta de la calle. Marta se levantó de un salto y gritó.

—¡Espero que no seas tú! Porque como seas tú, te juro que te las vas a ver conmigo, ¡guiri de pacotilla!

Tras mirar por la mirilla y ver el ramo de flores resopló. Era él. Pero sin poder evitarlo, se miró en los espejos de la entrada, se soltó con rapidez el pelo, lo ahuecó y abrió la puerta mientras gritaba.

—¡¿Quién te ha dado permiso para llamar a mi puerta?! ¡Imbécil!

Pero se quedó de pasta de boniato al ver a su vecina Goyita frente a ella con cara de susto y el ramo de flores en la mano.

—Ay... Goyita, disculpa... disculpa. Te confundí con otra persona.

La mujer, una vez repuesta de aquel arranque de furia, la miró aún con el corazón acelerado.

—Solo he llamado para enseñarte el ramo tan bonito de rosas rojas que me he encontrado en la papelería que hay junto al portal.

«Ese ramo es mío» pensó, pero calló y no dijo nada. E intentando sonreír añadió:

—¡Qué bonito Goyita! Es precioso.

La mujer, con gesto serio, asintió y dándose la vuelta abrió la puerta de su casa y desapareció.

Marta, tras suspirar, cerró la puerta y se encaminó al sillón. Una vez allí cogió un *kleenex* y susurró:

—Lo mío es de juzgado de guardia.

Capítulo 13

Durante aquel fin de semana Marta miró su correo en el ordenador varias veces pero, o se había quedado en coma, o el conde no la escribía. No había noticias. El domingo por la noche cuando regresó su hija, la interrogó. Pero al ver a su madre tan hermética en referencia a lo ocurrido decidió irse a dormir y dejar de preguntar. El lunes cuando llegó a la tienda, Patricia intentó no hablar del tema pero cuando salieron a desayunar juntas y solas, no lo pudo remediar.

—Si sigues rechinando los dientes de esa forma, conseguirás sacarnos a todos de nuestras casillas. Cuéntame.

—No me preguntes, Patri, no quiero hablar —contestó molesta.

—Pero, vamos a ver, ¿tan horrible fue? ¿Tan malo es en la cama el trajeado? ¿La tiene pequeña? ¿No te gustó?

Sin responder pasaron al bar-restaurant de Pepe, y pidieron dos cafés con dos raciones de porras. Nada más servir las Marta comenzó a comer. Estaba hambrienta.

—Mira, me da igual. No voy a parar de preguntar hasta que me digas qué ha pasado entre esa rana trajeada y tú, ¿me has oído? Me da igual si la tiene corta o descomunal. ¡Solo quiero saber qué coño pasó para que tú estés así!

Consciente de que Patricia se pondría muy pesada, finalmente y tras acabar con sus tres crujientes, grasientas y deliciosas porras Marta dijo:

—Me dio plantón.

—¿¿Cómo dices?! —gritó Patricia.

—No apareció en el restaurante. Pero yo, pringada de mí, me gasté veinticinco euracos en una botella de agua de lluvia de la Antártida.

—Joder, qué cara esta el agua por allí —se mofó su amiga.

—Después me marché a casa y cuando estaba viendo *El Diario de Noa*, la rana vino a casa a disculparse con un precioso ramo de rosas rojas. De esas de tallo largo tan bonitas y caras. Pero no le abrí. Al final, las rosas se las encontró mi vecina Goyita en el portal y se las quedó. Fin del cuento.

—¿¿Que no apareció!? Pero bueno, qué poca vergüenza.

—Poquísima. Aunque me llamó al restaurante para contarme una milonga de que había ocurrido algo y que mandaba a su chofer a recogerme. Pero no. No me quedé. Lo siento por el viaje que el pobre chofer se dio en balde para buscarme.

—¿Te llamó al restaurante?

—Sí. El muy cenutrio, preguntó por la señorita *Porqueyolova* *algo* *Marta* *1978*. ¡Imagínate la cara del maître! Y ni te cuento la mía cuando el hombre me preguntó que si yo era aquella.

—¿De verdad? —preguntó divertida.

Marta asintió. Segundos después las dos se reían a carcajadas por aquello. Le

gustara o no, lo ocurrido tenía su gracia.

—En definitiva. Para una noche que me pongo en plan glamourosa, me dejan más tirada que a una colilla en una acera —resopló—. Y el muy sinvergüenza tuvo el valor de ir a mi casa. ¡Mi casa! Es que mira, ahora que lo pienso, debía de haber bajado y haberle montado un pollo del quince ¿Pero qué se ha creído el ricachón ese? Que puede dejar a las mujeres colgadas y luego mandar a su chofer a recogerlas. Oh no... conmigo no. Por lo tanto, esa rana está descartada totalmente de mi vida. No quiero saber nada más de él. No me merece la pena.

En ese momento entró su compañero Adrian y al verlas pidió un café con churros y sentándose con ellas cuchicheó:

—Ay nenas, ¿a que no sabéis lo que me acaba de contar Lola?

—Por tu cara de pasmo, un buen cotilleo —sonrió Marta.

—Cuenta... cuenta —susurró Patricia mientras mojaba su porra en el café.

—¿Os acordáis del conde que te llevó en la feria de abril a casa de Lola, *cogorza perdida*? —Al ver que ninguna decía nada aclaró—. Ay, nenas... ese que tenía una calabaza de cuatro ruedas impresionante y al que llamáis rana, o algo así.

—¿El trajeado cañón? —disimuló Patricia.

—Sí, ese —asintió Adrian encantado.

En ese momento Marta y Patricia se miraron. Esta le pidió tranquilidad con la mirada. Pero Marta se puso alerta y pensó: «Como le haya ido con el cuento el idiota ese a Lola, le busco y me lo cargo».

—Por lo visto —dijo Adrian—, llegó el viernes en su avión privado a Madrid y ¿a qué no sabéis que pasó?

—¡¿Qué?! —gritaron las dos al unísono.

—Su avión se quedó sin frenos y tuvieron que hacer un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto de Barajas, ¿no os parece emocionante?! Por lo visto ha salido en la prensa y en la televisión.

«Oh, Dios... Oh, Dios lo he escuchado en las noticias, pero nunca imaginé que fuera su avión» pensó Marta sintiéndose fatal por cómo le había tratado.

—Me lo acaba de contar Lola. La escuché primero hablar por teléfono con alguien, y como la vi tan afectada al colgar, me acerqué a ella y me lo ha cotilleado.

Marta se levantó, y tras dejar sobre la mesa dos euros cincuenta, dijo mientras salía por la puerta:

—Ahora os veo muchachos. Tengo algo que hacer.

Llegó a la tienda rápidamente y sin mirar a Lola, que estaba hablando por teléfono, se dirigió directamente al único ordenador que había. Se metió en su correo y comprobó que no había ningún mensaje nuevo. Por lo tanto fue ella quien lo escribió.

De: PorqueyolovalgoMarta1978

Para: PhilipMartinez

Asunto: Lo siento

Me acabo de enterar. Lo siento. Lo siento. Lo siento ¿Por qué no me lo dijiste? Siento mucho cómo me comporté. Si vuelves a Madrid, por favor, dímelo. Prometo invitarte a cenar.

Marta

Una vez enviado el mensaje, se quedó más tranquila. Pero pasados dos días sin recibir contestación, lo volvió a intentar desde su casa.

De: PorqueyolovalgoMarta1978

Para: PhilipMartinez

Asunto: ¿sigues enfadado?

Lo siento. Lo siento. Lo siento. Por favor, contéstame. No seas antipático.

Marta

Pero el resultado pasado una semana fue el mismo. Nada. Mutismo total. Finalmente decidió dar el tema por zanjado y no volver a escribir. Ella ya se había disculpado.

Capítulo 14

—¿Qué?! ¿Qué te casas?! —gritaron al unísono Marta, Adrian y Patricia.

—Sí, me caso... me caso.

Lola, al ver la cara de incredulidad de aquellos tres preguntó con una sonrisa cariñosa:

—¿Tan extraño es que yo me pueda casar?

—No, jefa no... —respondió con rapidez Patricia.

—Ay ¡qué ilusión! Con lo que me gustan las bodas —aplaudió Adrian.

Boquiabierta por la noticia, Marta miró a la mujer que tanto adoraba y preguntó, aún intuyendo la respuesta:

—Si no es mucha indiscreción, ¿quién es el agraciado novio?

—Antonio —respondió la novia emocionada.

—A ver, Lola, ¿quién es Antonio? —preguntó Marta con disimulo—. Porque me suena tanto como si me dices Pepe o Juan.

—Es ese cliente que nos compra vestidos para Inglaterra —aclaró ella.

—¿El padre de Philip Martínez?! ¿El conde?! —gritó Marta sorprendida.

—El mismo, *miarma* —asintió Lola emocionada.

—Ay, Dios mío, ¡que vas a ser condesa! —gritó emocionado Adrian a su jefa.

«Joer... joer... como el trajeado le cuente a Lola lo que le hice ¡me quedo sin trabajo!» pensó horrorizada, mientras Patricia comenzaba a reír y Lola continuaba hablando.

—Antonio es el padre de Philip. Yo conocí al hijo hace años a través de su padre. Es un muchacho encantador. Algo tieso y demasiado correcto en ocasiones, pero claro, el muchacho es inglés, no se le puede pedir más.

—Pero, lagartona ¡qué calladito te lo tenías! —se guaseó Adrian, que sentándose junto a su jefa preguntó—: ¿Desde cuándo estáis juntos?

—Pues cerca de siete años.

—¿Siete años?! —volvieron a gritar aquellos tres.

—Sí, hijos, sí. Antonio y yo lo hemos llevado con discreción. Si la prensa se hubiera enterado, habría sido algo horrible. Además él tiene hijos y bueno... ya sabéis cómo son estas cosas. Pero Philip y Karen son maravillosos. Tengo una relación con ellos magnífica y están encantados con este enlace.

—Nosotros también estamos encantados —sonrió Marta feliz—. Y aunque no sabía que salías con Antonio, ahora que lo pienso reconozco que cada vez que le he visto siempre ha sido encantador y muy cortés —y dándole un culetazo en confianza, señaló—: Ahora entiendo porque cuando la Simof de Sevilla apareció con la limusina bajo la lluvia. Iba a buscarte... so pillina.

Al escucharla Lola rio.

—Madre mía ¡Esa gente está forrada de euros!... Oy... oy... Lola, ¡qué

suerte la tuya! —gritó Adrian.

Al escuchar aquello Lola se carcajeó. El dinero era lo que menos le importaba. Marta, divertida, miró a su compañero y aclaró:

—Disculpa, chato. Qué suerte la de Antonio por haber encontrado una mujer como nuestra Lola. Mujeres como ella, no se encuentran todos los días. Y te lo digo yo que sé muy bien de lo que hablo.

—Te secundo —asintió Patricia.

—*Uis*, nenas, tampoco hace falta ponerse como dos tigresas bengalesas.

Lola, al escucharles se carcajeó.

—Bueno, ¿y para cuándo será la boda? —preguntó Patricia.

—Dentro de un mes. A principios de junio.

—¡¡¡Qué prisas!!! ¿No irás de penalti? —preguntó Adrian ganándose una reprochadora mirada de las tres—. Bueno... vale... era una broma.

—Te vamos a hacer un vestido de novia que le vas a quitar el *sentío* a tu futuro marido. Ya lo verás —señaló Marta.

—Gracias *miarma* —sonrió Lola emocionada—. Pero yo ya no tengo edad para vestirme como una novia. Además, queremos una boda íntima. A la que por supuesto estáis invitados.

—¿No habrá *fiestorro*? —preguntó decepcionado Adrian.

—Sí, cariño, habrá *fiestorro* —sonrió Lola—. Haremos una fiesta en Madrid y otra en Londres. Y el día de la boda, que será en Londres, haremos otra fiesta familiar por tó lo alto. Por cierto, ni que decir tiene que vosotros tres, junto a Vanesa, os quiero a mi lado en todas las ocasiones. Por ello, quiero que estéis una semana en Londres. Remedios se encargará de la tienda ese tiempo. Lo hablaré con ella.

—¿Estás segura? —preguntó Marta cada vez más sorprendida.

—Segurísima, *miarma* —asintió una Lola feliz.

Patricia y Adrian comenzaron a saltar cogiéndose de las manos. Iban a estar en Londres una semana. Marta suspiró. Pensó en su hija. Debía hablar con el instituto y avisarles. Pero al volver a mirar a Lola y verla tan dichosa se sintió feliz por ella. El único pero que encontraba a aquello era coincidir con el trajeado, no le hacía mucha gracia, pero por Lola lo haría.

—En referencia al vestido de novia —prosiguió Lola—. Como va a ser una boda por lo civil, había pensado en un sencillo vestido crudo, con una chaqueta encima.

—Estarás preciosa, te pongas lo que te pongas —asintió Patricia.

—Pero nosotros te lo haremos —afirmó Marta y Lola asintió.

Adrian se dirigió rápidamente al ordenador y empezó a consultar varias páginas de vestidos de novia para boda civil.

—Vamos, nenas. Comencemos a mirar. Tenemos menos de un mes para hacer un precioso traje de novia para nuestra jefa.

Al anoecer, cuando Marta llegó a su casa, su hija estaba en la calle con unos amigos. Al verla la saludó, pero no se acercó. Allí estaba el imponente del Musaraña y no tenía ganas de cruzar palabra con él. Metió su moto en el garaje y al salir aquel idiota estaba apoyado en el portal esperándola.

—Hola, guapa, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿No me ves? —respondió a la defensiva.

El Musaraña con una inquietante sonrisa la miró. La conocía y sabía que cuando la sonreía así podía con ella. Pero esta vez se equivocó. Marta tenía muy claras las cosas.

—El otro día estuve tomando algo en La cruz verde. Los amigos me preguntaron por ti.

—Diles que estoy bien y que cuando tenga tiempo ya me acercaré yo con mi moto a saludarles.

Sin querer hablar más con él, sacó las llaves de su bolso pero estaba tan nerviosa que se le cayeron al suelo. Con rapidez los dos se agacharon a recogerlas provocando que se dieran un coscorrón en la cabeza. Eso les hizo sonreír.

—¿Recibiste mi email? —preguntó él cogiéndole de la mano.

—Sí... y lo borré —se soltó esta.

Con un gesto contrariado, la volvió a coger de la mano. La echaba de menos y necesitaba decírselo, le gustara a ella o no.

—Escucha, Marta. Ya te he pedido disculpas por lo que hice, pero si lo tengo que hacer mil veces más lo haré.

—Por mí te puedes ahorrar tus disculpas... me importan un pimiento.

—Quiero que me des la oportunidad de enseñarte que he cambiado.

—Oh, qué curioso, ¿dónde habré oído antes esas palabritas? —se mofó ella.

—He dejado la mala vida. Ahora trabajo en la carnicería de mi primo Loren. Sorprendida por aquello le miró y dijo con sinceridad:

—Eso me parece estupendo. Espero que te dure el curro.

—Marta, escucha —susurró con gesto serio—. Vuelve conmigo. Piénsalo. Sé que todavía sientes algo por mí. Lo veo en tu mirada y yo... te quiero.

« Este tiene fiebre amarilla y muy mala » .

Sorprendida por aquella declaración tan poco típica de aquel, Marta se volvió a soltar de sus manos y apoyándose en el portal dijo con claridad:

—No me da la pildora que tú y yo nos conocemos. Si has cambiado y ahora eres un hombre de bien en la carnicería de tu primo Loren, solo te puedo dar la enhorabuena. Eso es algo fantástico para ti. En cuanto a lo de volver contigo, no lo voy a hacer porque no te echo de menos y mi vida sin ti es más interesante.

—Lo dudo —susurró molesto.

—No lo dudes —y clavándole la mirada dijo—: ¿Tú nunca has oído eso que

dice que del amor al odio se pasa en un segundo? —él resopló—. Pues, amigo mío, eso es lo que me ha pasado contigo. Y no lo siento. Me alegro porque por fin me siento liberada de ti.

—Marta...

—No. Nuestra relación se acabó —sentenció ella.

—Nena... mírame.

—No —dijo metiendo la llave en la cerradura.

Sin previo aviso el Musaraña le cogió con su mano la mandíbula y la besó. La besó de tal manera que a Marta le temblaron las rodillas. ¿Cuánto tiempo llevaba sin besarla así? Aquel que ahora la besaba con desesperación era el mismo que la había fallado cientos de veces. El mismo que le había puesto los cuernos con varias muchachas y el mismo que le entregó a su hija unos gramos de hachís para que se lo llevara a un amigo. No. No había vuelta atrás.

Por todo aquello Marta le empujó con decisión para separarse de él y con gesto furioso le señaló con el dedo.

—Si vuelves a tocarme, te juro que lo vas a lamentar. Mi decisión está tomada y no hay marcha atrás.

Dicho esto abrió la puerta del portal con premura, entró y se la cerró en las narices.

Capítulo 15

Marta había sido un bebé abandonado y criado en un orfanato de Valencia. A los seis años una familia la acogió en su hogar. Todo parecía ir viento en popa, hasta que un accidente de tráfico sesgó la vida de la mujer de la pareja. El hombre, al ocurrir aquello, decidió dar marcha atrás a la adopción de Marta y olvidarse de ella.

Aquella fue la primera decepción que recibió Marta por parte de un hombre. Años después, con once años, otra familia de acogida la llevó a su casa. Con ellos vivió durante siete meses, hasta que una noche el padre intentó propasarse con ella y Marta huyó asustada. Como siempre había sido muy avispada se unió a un grupo de chicos de la calle, todos huérfanos y sin familia, y desde los once años hasta los quince vivió como una indigente buscándose la vida como podía.

En esa época se enamoró de Gabriel, además de aprender a hacer puentes a los coches, robar en los supermercados y un sinfín de cosas que odiaba recordar. Gabriel era un muchacho muy problemático de dieciocho años, rubio y muy guapo. Era el cabecilla del grupo y al enterarse que ella estaba embarazada, le dejó muy claro que no quería responsabilidades. Bastante tenía con conseguir sobrevivir día a día. Aquello fue otra gran decepción para Marta, pero lo asumió.

Durante aquellos meses Marta se trasladó a vivir a Madrid con el propósito de dar a su bebé en adopción. Ella era una niña y no podía hacerse cargo de él. Cuando dio a luz no quiso ver a su hija. Pero una de las monjas del hospital le puso a su hija en los brazos y ya no la pudo soltar.

A partir de ese momento, y con la ayuda de las madres irlandesas, Marta dejó de vivir en la calle. Las monjas la acogieron y cuidaban de Vanesa el tiempo que ella iba a limpiar portales y casas. Hasta que un día, cuando tenía diecisiete años en uno de esos portales se cruzó con Lola Herrera. La famosa diseñadora de trajes de flamenca. Marta no lo dudó y le pidió ayuda. Le suplicó un trabajo.

Lola al escuchar como aquella muchachita le pedía trabajo para poder mantener a su hija, se conmovió y sin dudarle la contrató como interna en su hogar. Ella vivía sola con su marido Blas. No tenían hijos. Aquello le dio vida a Marta. Había conseguido un techo y estabilidad para su hija. Cuando Marta cumplió diecinueve años y le pidió a Lola la oportunidad de trabajar con ella en el taller, se la volvió a dar y nunca se arrepintió. Aquella muchacha le demostró que valía para todo lo que se propusiera. Tan pronto te arreglaba el coche, como un grifo, o te diseñaba un precioso vestido andaluz.

La decisión y fortaleza de aquella joven muchacha fue algo que a Lola siempre le admiró. Los años pasaron y Marta ascendió en la empresa. Tras ahorrar durante años, consiguió comprar una casa para ella y su hija en el barrio de Aluche y se convirtió en una persona indispensable para la empresa y la vida

de su jefa.

Pero Lola no era una jefa. Lola era la madre que nunca tuvo. Adoraba a Marta y a Vanesa. Se tenían un cariño increíble. Y cuando murió Blas, el marido de Lola, ellas fueron quienes le ayudaron a superar aquella irreparable pérdida. Blas había sido un buen marido, un buen padre y consejero para Vanesa y Marta, a quienes trataba como si fueran de su propia familia. En el fondo lo eran, y ellas lo sabían.

Los días pasaron a toda leche. Durante el día trabajaban en el taller y la tienda, y cuando cerraban, se quedaban para terminar el vestido de Lola. Al final entre todos eligieron hacer un vestido en seda cruda natural con cuello barco, media manga y recto hasta las rodillas. Sobre él llevaría una chaqueta corta también de cuello barco de la misma tela, que a Lola le quedaba muy bien.

Durante aquel tiempo Marta no volvió a saber nada de Philip, aquel inglés estirado. No se puso en contacto con ella. Era como si nunca se hubieran conocido. Llevó el tema con toda la discreción que pudo. No quería que Lola ni nadie supiera lo que ocurrió. Pero aquella tarde cuando cerraron la tienda y se marchaban a su casa para arreglarse para la fiesta, un extraño presentimiento le hormigueó a Marta en el estómago.

—Tesoros míos, ¿a qué hora llegaréis a casa? Recordad, si tras la fiesta os queréis quedar a dormir, mi casa está a vuestra disposición —dijo Lola mirándoles.

—Dinos a qué hora quieres que lleguemos y allí estaremos —sonrió Patricia mirándola, mientras abría el paraguas. Comenzaba a llover.

—Os espero a las ocho y media. Así tendremos tiempo de charlar tranquilamente antes de que lleguen los invitados. ¿Os parece?

—¡Perfecto! Allí estaremos —asintió Marta poniéndose los guantes de la moto. Pero mirando a Lola dijo—: ¿Sabes lo malo de ir a tu fiesta?

—¿El qué, *miarma*?

—Que me voy a perder la final del Atlético de Madrid-Fulham.

—Buenooooo. Ya salió a relucir su vena machorra de colchonera —se mofó Adrian.

—Anda ya, petarda —rió Patricia al escucharla.

De todos era conocido que Marta era del Atlético de Madrid hasta la médula.

—Ay, mi niña, ¿es hoy? Cuanto lo siento mi cielo —murmuró Lola apenada.

—No pasa nada Lola... de verdad —sonrió Marta al escucharla.

—Desde luego Marta tienes cada cosa *¡que pá qué!* —se quejó Adrian.

—Joer. Es la final de la Europa League y llevamos 14 años sin ganar ni un solo título. ¿Recuerdas cuando hizo el doblete hace años? —Lola asintió con una sonrisa—. Pues este año me da a mí que vamos a ser campeones, ¿no creéis?

Con cariño la mujer miró a la joven. Su marido Blas fue quien la hizo hinchar del Atleti, y tras tocarle con cariño en el brazo susurró:

—Estoy segura, mi niña, de que la vais a ganar.

—Bueno y cambiando de tema —dijo Adrian—. ¿Habrá mucha gente?

Cualquier fiesta en casa de Lola Herrera era algo multitudinario.

—Como siempre, cielo. Una *jartá*...

—¡Genial! —rió aquel—. Me he comprado un traje color lavanda de Verino para la ocasión ¡precioso!

—Estarás guapísimo, *miarma*. Seguro —sonrió Lola.

Con una sonrisa en los labios Marta murmuró mientras se ponía el casco.

—Eso quiere decir que nos eclipsarás, ¿verdad, Adrian? Y en cuanto a dormir en tu casa, imposible. Tengo que llevar a Vanesa a casa de una amiga. Han organizado una fiesta mixta de pijamas y cualquiera le dice que no a la fiera de mi niña.

—*Uis* nena ¡qué peligro! Una fiesta mixta de pijamas —sonrió Adrian.

—No me lo recuerdes —se guaseó Marta.

—Hablando de recordar, ¿has puesto la denuncia en la comisaría por lo de tu coche? —preguntó Patricia a su amigo.

—Hoy no he tenido tiempo. Ya la pondré —respondió Adrian.

—*Córcholes*, Adrian... ese coche te va a arruinar —suspiró Lola.

—No, Lola, no. Los que le van a arruinar son los delincuentes que viven en su urbanización —protestó Marta mirando a su amigo—. ¿Pero cómo pueden haberte robado de nuevo las ruedas del coche?

—Ay ... y yo que sé —respondió Adrian desganado.

—Anda que no —sonrió Patricia—. Saben que tú no vas a liarla parda y siguen choriceándote cada vez una cosa. Un día el espejo del conductor. Otro día los limpia delanteros, las ruedas.... En fin... que o cambias de coche o cambias de barrio, pero así no puedes continuar.

Lola asintió, y Marta al verle tan agobiado cambió de tema. Miró a su jefa que contemplaba su moto como si fuera un ovni y preguntó con guasa:

—¿Quieres que te lleve?

—No... no. Ni loca me vuelvo yo a subir a un trasto de estos, *siquilla* —rió aquella—. He quedado aquí con Antonio. Él me recogerá. Ah... por ahí viene.

Patricia y Marta miraron hacia donde señalaba y no se sorprendieron al ver llegar una limusina en color chocolate.

—Vaya... esta es de otro color, ¡qué nivel Maribel! —se guaseó Adrian y todos sonrieron.

Pero a Marta se le cortó la risa al ver aparecer al hombre que no le contestaba sus emails. Ante ella estaba Philip. Tan impoluto y estirado como siempre, junto a su padre.

Sin quitarse el casco y montada en su moto, Marta miró a Patricia y esta

sonrió. Después desviando la vista cruzó una rápida mirada con Philip, que no la saludó. Se limitó a observarla apoyado en la puerta de la limusina, mientras su padre, con una encantadora sonrisa saludaba a Lola.

—No llegamos tarde, ¿verdad cariño?

—Oh no... Antonio. Habéis llegado a su hora —y volviéndose hacia sus chicas señaló—. Chicos, él es Antonio Martínez y su hijo Philip. Creo recordar que ya les conocéis, ¿verdad?

—Un placer. Nos conocimos en Sevilla y en alguna que otra ocasión —saludó el hombre dándoles la mano mientras Philip apoyado en la puerta de la limusina, se limitó a saludar con la cabeza.

—El placer es nuestro, señor —sonrió Patricia y luego Adrian.

Quitándose los guantes y el casco para ser educada, Marta, también le saludó. Pero una vez lo hizo se lo volvió a colocar. No soportaba el aire de autosuficiencia con que la miraba aquel imbécil.

—Les voy a tener que dejar. Si sigue lloviendo así, voy a tardar horas en llegar a casa —se despidió Marta con rapidez.

—Ay, *miarma*, ten cuidado. Ya sabes que este trasto es muy inestable en días de lluvia —se preocupó Lola al verla montar en su moto.

—No te preocupes, tendré cuidado —sonrió con cariño, mientras arrancaba su Honda CBF 600 y se bajaba la visera del casco.

El ruido bronco de su moto, como siempre, puso los pelos de punta a Lola. No entendía como podía preferir ir subida en aquello, antes que en un coche. Pero ya había dejado de aconsejarla sobre aquello y había asumido que a Marta le apasionaban las motos y nada se podía hacer. Algo que a Vanesa le ocurría también.

—No es el mejor día para pasear en moto, ¿no cree, señorita? —dijo de pronto Philip acercándose a ella para que le escuchara.

Sorprendida por la rapidez de movimientos de este y en especial porque le hablara, Marta se levantó la visera del casco ahumada y mirándole contestó:

—Ya he dicho que no hay de qué preocuparse, señor. Sé muy bien lo que manejo y llevo entre las piernas. No se preocupe.

Pero él insistió. Estaba acostumbrado a salirse con la suya.

—Deje la moto aquí. Nosotros la llevaremos hasta su casa.

—No, gracias. Iré en mi moto —aclaró Marta bajándose de nuevo la visera.

Cómo la lluvia apretaba, Lola se metió en la limusina, aunque antes gritó para que la escucharan.

—¡Tesoros, os espero a las ocho y media! Recordadlo.

—Vale. Me voy que llega mi autobús —dijo Patricia.

—¡Voy contigo! —gritó Adrian.

Marta, al ver que aquel hombre seguía delante de su moto, con gesto serio y sin quitarle el ojo de encima, se volvió a subir la visera del caso y en tono agrio

dijo:

—¿Sería tan amable, señor, de quitarse de en medio para que pueda bajar la moto de la acera, e irme a mi casa antes de que llueva más?

Philip, molesto por el tono de voz que ella había empleado, se hizo a un lado. Marta, sin mirarle, bajó su moto de la acera y acelerando se marchó. Pero tuvo que parar en el semáforo en rojo.

«Maldito semáforo. Ponte verde ya para que pueda quitarme su mirada del culo. ¡Joder! Y encima le voy a tener que soportar en la cena» pensó contrariada.

En la limusina, y mientras Lola y Antonio hablaban con tranquilidad. Philip muy serio observaba a la mujer que montaba en la moto que ante ellos estaba. Aquella loca no debería conducir esa enorme moto, y menos bajo aquella lluvia.

Cuando el semáforo se puso verde, Marta metió primera y arrancó. Necesitaba quitarse su mirada azul de la espalda. Para horror de Philip, la vio zigzaguear entre el tráfico con soltura hasta que la perdió de vista.

Capítulo 16

No de muy buen humor Marta llegó a su casa. Estaba además de empapada, indignada. ¿Por qué tenía que cenar con aquel tipo?

«Seguro que se pasa la noche restregándome por la cara mi error. Pero no. No se lo voy a permitir. Yo le pedí disculpas y el idiota es él por no aceptarlas» pensó mientras se duchaba.

Una vez fuera de la ducha miró su ropero. Allí estaba el precioso vestido de Carolina Herrera que se puso para la cita fantasma.

«No... no me lo voy a poner, pero quiero ir guapa. Ese listillo se va a enterar quién soy yo».

Miró con detenimiento su armario. Al final decidió ponerse una amplia falda negra hasta los pies de Victorio y Lucchino que iba a juego con una camisa blanca que terminaba anudada a la espalda. Aquella ropa tenía dos temporadas, pero le encantaba.

—Mamá, ¿voy bien así para la cena de Lola? —preguntó la niña entrando en la habitación de su madre.

Marta, volviéndose, miró a su hija y sonrió. Estaba guapísima con aquel vestido de fiesta en negro con pequeñas pinceladas de color en lentejuelas.

—Para mí estás espectacular, pero quizá deberías ponerte algo más formal. Lo digo por la cena de Lola, cariño.

—Jo, mamá. Pero es que yo luego he quedado en casa de Susana.

—También tienes razón —asintió Marta al recordarlo—. ¿A qué hora has quedado?

—He dicho que llegaría sobre las doce y media a casa de Susi.

Tras suspirar y sentir que su hija se había hecho mayor, Marta asintió y dijo:

—Vale. Entonces no te cambies. Ve así.

Con una sonrisa encantadora Vanesa se tiró a los brazos de su madre y ambas cayeron sobre la cama riendo.

—¿Sabes que eres la mejor madre del mundo mundial?!

Besándola con amor, Marta sonrió y dijo:

—¿Sabes que tú eres la hija más pelota del mundo mundial? A ver, ¿qué es lo que quieres?

Pero al ver el gesto de su hija señalándose la nariz suspiró, dándose por vencida.

—De acuerdo, Vanesa. Tú ganas. Buscaré un sitio limpio y con las medidas necesarias de sanidad y te harás el *piercing* en la nariz.

Vanesa al escucharla se tiró encima de ella y comenzó a besarla. El mal rollo de días anteriores parecía olvidado. Divertidas por aquello quedaron tumbadas en la cama mientras charlaban. Ambas eran tan jóvenes que en muchas ocasiones podían pasar por hermanas.

—Vanesa. Sabes que confío en ti.

—Sí.

—Por favor, ten cabeza con lo que hagas, ¿vale?

—Sí, mamá.

—Me gusta saber que mi hija no es una loca que se mete en problemas y por eso te dejo ir a esa fiesta.

—Tranquila mami, será una fiesta entre amigos.

—Por cierto —dijo Marta—. Hablé con la madre de Susi. He quedado con ella en que te recojo mañana sobre la una de la tarde. ¿Te apetece que después vayamos a ver la película de *Avatar*?

—¡Genial! Me han dicho que es una pasada. Pero la quiero ver en 3D.

—¿A esa fiesta no irá Javier, verdad?

—No, mamá —mintió Vanesa como una buena actriz—. Él no está invitado.

Aquella noche la muchacha quería aprovecharla a tope, y no precisamente hablando con sus amigas. Pensaba disfrutar de una estupenda velada con Javi. Ya estaba todo planeado.

—Confío en ti, ¿vale, cariño?

—Que sí mamá. Ya lo sé. No te preocupes.

Levantándose Vanesa de la cama, para cambiar de tema dijo mirando a su madre:

—Vaya... hoy quieres estar guapa —dijo señalando la ropa—. Víctorio y Lucchino con los zapatos que te regaló Adrian de Pura López. Esto solo te lo pones en ocasiones especiales.

—Cariño. Es la fiesta de Lola. La gente irá muy emperifollada. Solo intento ser una más y no desentonar.

—Bueno, ¿y tus planes cuáles son? ¿Alguna cita? ¿Algo emocionante que contar?

«Sí. Sobrevivir al trajeado» pensó.

—Mis planes son regresar a casa tras llevarte donde tu amiga Susi, rezar porque el Atlético de Madrid cuando regrese de la fiesta sea campeón de la UEFA, y ponerme el pijama para dormir a pierna suelta hasta que te recoja mañana y vayamos al cine. ¡Fantástico plan! ¿No crees?

—¿Por qué no te vas de juerga? Seguro que Patricia, o Adrian se irán cuando salgan de la casa de Lola. Por favor, mamá que eres joven. Solo tienes treinta y dos tacos —su madre sonrió—. Estoy segura de que si hubieras continuado con el Musaraña, hoy saldrías de marcha. ¿Por qué no sales?

—Uf... calla, calla... no tengo yo el cuerpo para jotas. Y sí, tengo treinta y dos años. Una hija de diecisiete y yo también estoy segura de que si estuviera con el tonto del culo del Musaraña, saldría de fiesta. Pero precisamente por eso, me apetece tranquilidad. Así que venga... sal de mi habitación y déjame que me arregle para ir a la fiesta de Lola, o llegaremos tarde.

con una abertura lateral, que dejaba entrever sus interminables y estilizadas piernas. Sus ojos verdes parecían dos esmeraldas y sus labios eran tentadores « ¡Caray! Tiene razón Adrian. Esa mujer es impresionante ». Pero volviéndose hacia los canapés continuó comiendo.

« Por mí como si viene del brazo de Carolina de Mónaco » pensó con cierta acritud.

Diez minutos después, ni Marta se acercó a Philip, ni él a ella. Ambos se habían visto, pero no se habían hablado. Estaba todo dicho entre ellos.

—Buenoooooooooooo pero si ha venido Piero, el italiano —susurró Patricia.

Al escuchar aquello a Marta se le pusieron los pelos como escarpías y volviéndose hacia donde su amiga señalaba le vio.

« Joer... ya estamos todos. Menuda nohecita me espera » suspiró contrariada.

—Que tendrán los italianos que se sabe que son italianos con solo verles, ¿verdad? —preguntó Adrian.

Marta fue a responder cuando de pronto alguien tras ella dijo:

—Marta ¿eres tú?

Volviéndose hacia la voz, Marta sonrió al reconocer a Karen, la hermana de Philip. Aquella que conoció en Sevilla y por la que se pegó con unos borrachos.

—Hola, Karen —saludó con una sonrisa—. Qué alegría volver a encontrarte aquí.

Tras darse un cordial abrazo y dos besos en las mejillas las mujeres comenzaron a hablar. Marta le presentó a Adrian y a Patricia, y cuando indicó que Vanesa era su hija, como siempre ocurría, Karen se sorprendió. Durante un buen rato el grupo formado por aquellos rio a carcajadas. Karen era divertida y no tardó en entrar en las bromas que todos hacían.

Cuando llegó la hora de la cena, inexplicablemente, a Marta le tocó sentarse frente a Philip y la Banderburger, que vista de cerca, era aún más guapa. Eso no le gustó. Ni tampoco sentarse frente a ellos, pero lo asumió ante la mirada guasona de Patricia, Adrian y su hija. « Seguro que ellos habían cambiado los nombres de lugar » pensó tras clavarles puñales con la mirada.

Por suerte o desgracia a su lado se sentó Piero Lamborgioni. El seductor italiano, guapo, moreno y con un encanto en la mirada y en su forma de hablar que en momentos como aquel le hacía sentir la reina de Java y del mundo entero.

« Lo reconozco. Este sí que es mi tipo. Un chulo moreno. No tengo remedio » pensó al ver como aquel espagueti comenzaba su bombardeo de miradas de deseo y se acercaba demasiado a su oído para decirle en tono cantarín « *Più bella* ».

Con gesto concentrado Marta miró la mesa. ¡Mecachis! Tropecientos cubiertos y copas.

« Joder... joder... mira que odio estas comiditas estiradas» pensó al sentirse insegura. Durante la cena con disimulo antes de coger un cubierto miraba a su alrededor para cerciorarse de que acertaba, y sonrió satisfecha al ver que no desentonaba.

Pero por algún extraño motivo no pudo disfrutar ni de la cena, ni de las alabanzas que le prodigaba el italiano. Ni siquiera saber por el camarero que el Atlético seguía con opciones de ganar la UEFA. Estar sentada ante el estirado de Philip y la Banderburger le erizaba los pelos. Se pasaron la cena cuchicheándose al oído palabritas en inglés y prodigándose sensuales miraditas que inexplicablemente la estaban sacando de sus casillas.

« ¡Por Dios! ¿Qué me pasa? Pero si a mí este tío me importa un pimiento» pensó al notar que aquel comportamiento le irritaba. Intentando no dejar ver su mal humor, volcó su amabilidad en el italiano. Algo que este agradeció y no desaprovechó.

Cuando terminó la cena, Philip tomó la mano de la Banderburger y se alejó de ellos a grandes zancadas. Marta divertida y feliz porque el Atleti había ganado la UEFA, y por los halagos del italiano, comenzó a bailar con él. Poco después Adrian la rescató. El italiano comenzaba a apretarla demasiado y eso la estaba agobiando.

Reconocía que le causaba morbo sentir su mirada depredadora sobre ella. Incluso llegó a plantearse si darse un lujo al cuerpo aquella noche con aquel. Pero al final y tras echarle las culpas a las burbujas del champán, y a la euforia por ser campeona de la Europa League decidió que no. No era buena idea. Por ello y ante una mirada de socorro, un galán Adrian puso su voz más varonil, se estiró y la alejó de aquel.

—Gracias, cariño. Te debo una —agradeció Marta al bailar con Adrian.

—Ya te la haré pagar, no lo olvides, nena —rió volviendo a ser él—. Por cierto, el trajeado, alias condesito, no te ha quitado ojo en toda la noche. Y te lo aseguro yo que lo he visto con estos ojuelos. Qué sexy que es ese pedazo de madelman... por favor.

Sorprendida por aquello, Marta le miró y le contradijo.

—Pero si está con la Banderburger, ¡no digas tonterías! Menuda cenita me han dado en plan empalagoso entre los dos. Que si te digo algo al oído, que si yo te lo digo a ti. Que si te hago una radiografía con la mirada, que si te echo una risita acalorada, que si te retiro el pelo de los ojos, que si arrugo la nariz ¡Dios... me estaban poniendo enferma!

Incrédulo por aquello Adrian se paró en medio del salón y dijo:

—Uiss nena... ¡Te noto muy *afectá*!

Consciente de que lo que había descrito era lo más parecido a un ataque de celos que otra cosa, sonrió e intentó dejar las cosas claras.

—No, cariño, no creas lo que no es. Pero una no es de piedra, tiene sus

necesidades y lleva mucho tiempo sin pasar un buen rato en la cama.

Una vez acabó la canción, Adrian y Marta se dirigieron hacia donde estaban Patricia y Lola hablando con Vanesa.

—Mi cielo, hoy estás preciosa —dijo Lola mirando a la muchachita.

—Me he puesto el vestido que me compraste para mi cumple el año pasado, ¿te acuerdas? —respondió la muchacha.

—Sí... sí lo recuerdo. Pero has crecido. Te tira de aquí —dijo señalándole el pecho.

—¡Qué va! —rió Vanesa mirándose sus ahora abultados senos—. Ahora es cuando me queda bien.

Aquello hizo reír a todos. Vanesa estaba creciendo a pasos agigantados y eso aún les sorprendía. Cinco minutos después Antonio llegó hasta ellos junto a su hija Karen, y animados hicieron que aquel divertido grupo bailara entre carcajadas y gritos de campeones, sin ser conscientes de que Philip les observaba. Aunque realmente observaba a Marta, a aquella mujer tan desconcertante a la par que cautivadora.

«La española sabe mover las caderas» pensó apoyado en la chimenea mientras hablaba con unos amigos y tenía a la Banderburger cogida por la cintura.

Durante un buen rato y con todo el disimulo que pudo les observó. En especial a Marta y su hija. Le parecía increíble que aquella joven fuera la hija de la desconcertante mujer que había conseguido hacerle perder la paciencia. E inexplicablemente se tensó al ver como el italiano de la cena se ponía detrás de aquella y sin ningún recato le ponía sus manos en la cintura y comenzaba de nuevo a bailar con ella. Philip tenía claro que no quería nada con aquella mujer. No era su tipo. Era más bien todo lo contrario. Pero el tonto que se traía aquel italiano inexplicablemente no le gustó.

Sobre la una de la madrugada tras divertirse de lo lindo Marta bebió de la naranjada de su hija y subió a la planta de arriba. Necesitaba ir al servicio. De paso recogería los abrigo. Tenía que llevar a su hija a casa de su amiga Susana.

Una vez salió del aseo fue hasta la habitación de Lola y cuando estaba recogiendo los abrigo, escuchó que la puerta se cerraba y que alguien se le acercaba por detrás.

«Me apuesto mil euros a que es el italiano» pensó con una sonrisita.

Pero al darse la vuelta y ver a Philip, el trajeado, muy cerca de ella pensó «Pues no... menos mal que no he apostado».

Dando un paso atrás, se separó de él y este con voz ronca preguntó:

—¿Ya te vas?

—Sí.

«Como si a ti te importara» pensó al recordar a la Banderburger.

Tras un extraño silencio entre ellos, Marta se volvió y continuó buscando su

abrigo entre todos. Philip sin cambiar su gesto de contrariedad preguntó:

—¿Por qué te vas tan pronto?

Volviéndose dispuesta a soltarle una fresca se quedó sin palabras al ver como este la miraba. Un extraño hormigueo le recorrió el cuerpo.

—Tengo cosas que hacer.

Nerviosa por estar a solas con él en aquella habitación, se llevó las manos al pelo, y al notarse el moño destrozado tras el baile con su hija, optó por quitarse la horquilla en forma de mariposa. Su ondulante y oscuro pelo cayó sobre los hombros. Philip, al ver aquel movimiento tan sensual, sintió que la boca se le secaba. Deseó hundir sus dedos en aquella cabellera. Pero no. No debía hacerlo.

«Madre mía. Está impoluto como hace horas cuando llegó. Ni un pelo fuera de su lugar, ni una arruga en el traje. ¡Es increíble!» pensó Marta al verle tan bien peinado y arreglado.

—Ahora que estamos aquí los dos quería pedirte disculpas por lo que ocurrió la noche de nuestra cita. Yo... —Dijo con los nervios a flor de piel.

Él la cortó. No quería hablar de eso. Solo quería una cosa.

—Olvidalo. Esa cita no existió, ni existirá.

Molesta por la rotundidad de sus palabras echando la cabeza hacia atrás Marta le replicó.

—¿Sabes que eres un borde?

—¿Ah, sí?

—Sí. Me estoy disculpando y pensaba invitarte par...

—Olvidalo. Yo no doy segundas oportunidades. Lo digo por tus emails pidiendo perdón.

«Será borde el tío idiota» caviló incrédula al verle ante ella con cara de querer degollarla.

—Pero bueno, ¿tú quién te has creído que eres para negarme una oportunidad a mí? ¿Brad Pitt?

—No.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —bramó enfurecido al ver que era incapaz de comunicarse con ella.

Marta dispuesta a no continuar un segundo más allí hablando con él, cogió de mala gana los abrigos.

—Mira, déjame en paz. Si me disculpas. Me esperan.

Intentó rodearle para pasar, pero este, extendiendo el brazo, la paró tocándole la cintura.

—¿El que te espera es el italiano? Por eso llevas tanta prisa.

«Caray... al final va a ser cierto lo que me ha dicho Adrian» pensó sorprendida, pero sin cambiar el gesto preguntó:

—Vamos a ver. ¿Te he preguntado yo a ti algo sobre la Banderburger? —él

no respondió—. Me importa un pimiento del piquillo lo que hagas, o lo que dejes de hacer. Y me voy porque quiero. Porque tengo cosas más importantes que hacer que estar perdiendo el tiempo aquí contigo, ¿algo más?

Él no respondió. Se limitó a mirarla con su gesto impasible, como si le perdonara la vida. Por ello Marta, tras resoplar, se quitó su mano de la cintura y comenzó a andar hacia la puerta. Pero antes de lograr abrirla este llegó hasta ella y cogiéndola como a una pluma, le dio la vuelta, la alzó, la acercó hasta él y la besó.

El impacto de aquel beso dejó a Marta bloqueada durante unos segundos. Cuando reaccionó, lo primero que pensó fue cruzarle la cara, pero llevada por la lujuria del momento, soltó los abrigos que llevaba en las manos y le respondió. Le enroscó la lengua y se la succionó, mientras sentía cómo le acariciaba la espalda y la apretaba contra él haciéndola sentir la dureza de su miembro.

«Oh, Dios... ¿qué estoy haciendo?» pensó consumida por la pasión. Pero en ese momento no deseaba otra cosa salvo besarle y rendirse a sus ardientes caricias.

Philip, que había visto toda la noche cómo el italiano la agasajaba, apretó su boca contra la de ella, mientras con sus manos la sujetaba por la cintura y la atraía hacia él. Su lengua caliente se fusionó con la de Marta y le gustó. Le encantó. Le excitó, y le tenía duro como una piedra. Marta por su parte se sentía arrastrada como por un río turbulento. Una sensación que nunca, ni en el mejor de sus momentos con el Musaraña había disfrutado. Sentir la dureza de su pene contra su estómago la hizo jadear. Era tal el deseo al imaginar lo que sentiría si él le levantaba la falda y la tocaba, que una placentera ola refrescante de dolor le atravesó las entrañas, y le hizo soltar un leve gemido ansiando más.

Al escuchar aquel ardiente jadeo Philip la soltó. ¿Estaba loco? ¿Qué estaba haciendo? Y mirándola con una temeraria mirada que excitó aún más a Marta dijo con voz áspera:

—Adiós. Qué lo pases bien con tu cita.

Dicho aquello, abrió la puerta de la habitación y se marchó. Mientras Marta se lamía los labios, percibiendo su dulce sabor, se tranquilizaba y pensaba «Caray... necesito sexo, urgentemente» .

Capítulo 17

Aquella noche tras dejar a Vanesa en casa de Susana, y la madre de ésta asegurarle que no se preocupara de nada, se marchó con Patricia y el italiano. Primero a Neptuno a celebrar el triunfo de su equipo y luego a tomar unas copas. Adrian se desmarcó con un ligue. Durante la noche y con un par de copichuelas de más, al final el italiano consiguió su propósito y la besó. Marta se dejó. Necesitaba sexo... se lo pedía el cuerpo.

«Debo aprovechar esta rana. Debo recordar eso de: de rana en rana. Y este espagueti es una buena opción para lo que yo necesito con urgencia» pensó Marta al sentir sus manos recorriéndole la espalda.

Por ello fue Marta quien se lanzó. Quería ser una chica mala. Malísima. Estaba caliente. Necesitaba sexo. No podía quitarse de la cabeza lo ocurrido con aquel estirado conde en aquella habitación. ¡Maldita rana inglesa!

Su excitación era tal, que cogiéndole de la mano al italiano, se lo llevó al servicio de caballeros, le metió en uno de los aseos, y para regocijo de él, se le echó encima dispuesta a devorarlo. Sin querer pensar en nada más cerró los ojos e imaginó que aquel que le comía los labios era el inglés, incluso permitió que le levantara la falda y la tocara. Ardía porque la tocara. Pero de pronto algo en ella se encendió. Aquel que le recorría los muslos no era el trajeado que la ponía cardíaca y antes de que aquello fuera a más, le sacó del baño como pudo, y tras despedirse de Patricia y su ligue, sin que el italiano la viera, se marchó dejándole colgado y solo.

Tras pagar al taxista, que la dejó enfrente de su casa, entró en su portal, se quitó los tacones y subió a su piso. Nada más entrar sonó el portero automático con insistencia.

«Joer... joer... que no sea el italiano» pensó horrorizada.

Pero al mirar la pantalla de su video portero jadeó al ver allí a Philip. El conde. De nuevo su cuerpo volvió a arder y aunque no quería abrirle, y no debía dejarle entrar, su dedo traicionero apretó el botón y le abrió el portal. Dos minutos después el ruido del ascensor le hizo saber que él había llegado. Abrió la puerta y le miró.

Philip sin pararse a saludar, ni decir nada, fue hasta ella, y como un toro, la embistió y la metió dentro de la casa. Una vez en la intimidad de su hogar la tomó en sus brazos y la besó. La devoró con ansia. Marta cerró los ojos y se dejó llevar. Lo que más deseaba en ese momento era eso. Sexo. Sexo salvaje. Sexo ardiente y pasional con él. Le importaba un pimiento el resto. Volvió a enroscar su húmeda lengua en la de aquel y sin separarse ni un milímetro le quitó el abrigo que quedó tendido en el suelo, luego la chaqueta del esmoquin y por último le sacó la camisa blanca de entre los pantalones.

Sin tiempo para pensar y con una mirada salvaje, Philip se quitó la pajarita,

la tiró a un lado y le susurró al tomarla en brazos:

—Llevo esperándote horas frente a tu portal. Mi deseo por ti ha crecido como no te puedes imaginar.

« Madre mía... solo con oírle me excito » .

Con una sensual sonrisa, ella le besó y asintió. La entrada de su casa era toda de espejos, y verse reflejada en aquella actitud tan ardorosa la calentó aún más. Le mordió el labio inferior mientras le desabrochaba la camisa y le pasaba las manos por aquel terso estómago.

« Uff... este chocolate es mejor que el Suchard » pensó al tocar aquella dureza.

De pronto sintió que este la apoyaba sobre el mueblecito de la entrada. Las llaves cayeron al suelo y su mirada azulada la hizo vibrar. Nunca imaginó que unos ojos claros consiguieran aquel efecto en ella y jadeó.

Philip arrebatado por la pasión que ella le hacía sentir la hizo gritar cuando le separó los muslos, le subió la falda y se arrodilló ante ella. Con la mirada velada por la lujuria Philip le cogió las piernas y se puso una en cada hombro para finalmente agarrar el tanga y arrancarlo.

—No... no me rompas la ropa —jadeó ella. Aquello le hizo gracia a Philip, que al verla acalorada y excitada le murmuró:

—Te regalaré más.

Y poniéndole las manos en su trasero con posesión, la atrajo hacia él y abriéndola a su antojo, se lanzó a su sexo húmedo y caliente. Le posó su boca allí donde más ella anhelaba y él deseaba, y Marta aguijoneada por el morbo que aquello le ocasionó se le entregó.

Dispuesta a disfrutar de aquella locura, se arqueó y se abrió para él sin ningún recato. Solo quería gozar y aquello era espectacular. Philip al sentir su apasionamiento, chupó, lamió, y exploró su sexo con verdadero ardor. Le gustó escuchar sus gemidos a intervalos, y sus ronroneos mimosos cada vez que le tocaba el clitoris.

Marta con los ojos vidriosos por la lujuria, la exaltación y el frenesí, se veía reflejada en el espejo de enfrente. Solo ver aquella imagen de ella abierta de piernas y él agachado con su boca entre ellas le estimulaba. La espalda y los brazos de Philip, como presupuso el primer día que lo vio, eran fuertes y musculosos, y movida por su deseo se apretó contra su boca al sentir que le venía un nuevo orgasmo devastador.

Con delicadeza y ceguera Philip con una mano le abría los pliegues de su sexo para lamer aquel maravilloso, suave y embriagador bultito hinchado llamado clitoris. Lo cogía entre sus dientes, tiraba de él y lo absorbía con fervor hasta que una y otra vez la mujer que tenía entre sus manos gemía y enloquecía. Le gustaba aquello. Le encantaba. Pero cuando no pudo más, se levantó y la besó. Cogió su esmoquin del suelo, sacó su cartera y la abrió. Tomó un

preservativo y rasgando con los dientes el envoltorio se lo colocó y le susurró haciéndola sonreír.

—Te prometo, *honey*, que la siguiente vez será más larga.

Molesta por aquel nombre, le susurró entre jadeos.

—No soy *Honey*. Me llamo Marta.

Philip la miró y con una sonrisa peligrosa que le puso la carne de gallina le susurró al oído en un tono ronco y sensual:

—La palabra *honey*, en inglés, es un apelativo cariñoso. Es como decir cariño, en español.

Ella asintió hechizada por aquella sonrisa. ¡El trajeado sabía sonreír! ¡Su rana sonreía! Sentada en el recibidor de su entrada los grandes dedos masculinos de aquel condujeron su pene hasta la cueva húmeda de ella, y la penetró de una estacada haciéndola jaderar.

—Así te gusta —le susurró a escasos centímetros de su boca.

Aquello era lo más erótico que le había pasado en su vida. Estaba comportándose como una chica mala, y le gustó.

—Sí...

—Rodéame con las piernas —pidió este. Ella obedeció.

Philip comenzó a entrar y salir una y otra vez, mientras ella gemía y él la observaba. El calor que sus cuerpos desprendían hizo que los espejos de la entrada se comenzaran a empañar, mientras Philip temblaba con cada embestida al sentir como la vagina de ella se contraía y Marta jadeaba de lujuria al sentirse penetrada. De pronto ella arqueando su cuerpo le hizo saber que había llegado al clímax, y él, soltando un brusco gruñido, se dejó llevar y cayó agotado sobre su hombro.

Sin moverse del recibidor y respirando con dificultad ambos se mantuvieron durante unos minutos en silencio. Marta apoyada en su hombro miraba la imagen del espejo de enfrente. No podía quitar su vista del trasero duro y blanquecino de aquel.

—Tienes una marca en tu nalga derecha, ¿qué es?

Al escuchar aquello Philip se movió y se separó de ella. Se volvió y vio el enorme espejo que tras él había y sonrió. Luego la miró y tras besarle los labios hinchados dijo:

—Según decía mi madre, una fresa. Una noche se le antojaron fresas, y como no las pudo tomar, nació con una fresa en el trasero.

—Uf... pues menos mal que no te salió en la nariz.

Aquello le hizo sonreír y agachándose se quitó el preservativo, le hizo un nudo, y tras coger un *kleenex* que Marta le dio, se limpió y se subió su boxer negro de Calvin Klein, y el pantalón del esmoquin.

—¿Te vas? —Preguntó Marta sin apartar la vista de él y aún sentada sobre el mueble del recibidor.

—¿Quieres que me vaya? —dijo Philip con aquella mirada glacial y su sensual tono de voz.

Convencida de lo que quería, negó con la cabeza y bajándose del mueblecito sin tacones comprobó lo pequeña que se veía al lado de aquel. Pero sonriendo le tomó de la mano y señaló:

—No. No quiero que te vayas. Quiero repetir lo que acabamos de hacer en mi cama. ¿Qué te parece la idea?

Philip con una ponzoñosa sonrisa la atrajo hacia él y murmuró cerca de su boca.

—Me parece una idea estupenda.

«Dios... qué mono está cuando sonrío» pensó al sentir que su bajo vientre se volvía a deshacer.

Philip la cogió en brazos y mientras entraba en el salón ella se separó unos milímetros de él y mirándole a los ojos susurró:

—Pero que quede claro que esto es solo sexo. Algo sin importancia entre tú y yo. Nada de relación. Nada de exclusividad ni reproches. Ambos somos personas adultas y libres para hacer lo que queramos, ¿hay trato?

Al escucharla él la miró. Clavó sus imperturbables ojos en ella. Aquello era el mejor ofrecimiento que le habían hecho nunca. Dispuesto a disfrutar de lo que tenía entre sus brazos asintió besándola.

—Trato hecho, *honey*.

Capítulo 18

A la mañana siguiente, tras una noche plagada de morbo, sensualidad y jadeos, cuando Marta se despertó, miró su reloj digital. Las 09:23. Sin ganas de levantarse se hizo un ovillo y se volvió a dormir hasta que su móvil sonó. Abrió los ojos y vio en el reloj las 12:10. Cogió el teléfono rápidamente. Era su hija.

—Buenos días, mami. ¿Estabas todavía dormida? —preguntó extrañada.

«¿Mami?... Solo me llama así cuando quiere algo» pensó desperezándose.

—Hola tesoro. Anoche al final salí de fiesta y...

En ese momento Marta se dio cuenta de que los ojos claros de Philip la miraban. Despertándose del tirón al ver que este se levantaba desnudo, le vio salir de la habitación sin ningún pudor.

—¿Lo pasaste bien anoche? Cuéntame... —preguntó Marta sentándose en la cama. Estaba aturdida al despertar con aquel hombre allí. Joder... era un conde.

Encantada de la vida, Vanesa comenzó a contarle a su madre los pormenores de la fiesta. Aunque no hizo mención de que estaba Javier... ni lo que hizo con él. Por último, le pidió quedarse a dormir de nuevo en casa de su amiga Susana. Tenía planes con Javier y en ellos no entraba regresar aquella noche a su casa. Pensaba hacerse un pequeño tatuaje sobre el pezón para impresionar a su chico y sabía que si se lo decía a su madre se lo prohibiría. Por ello optó callar.

—Pero cariño, íbamos a ir al cine juntas a ver *Avatar* en 3D —murmuró al escuchar a su hija.

Pero Vanesa, como buena adolescente, solo pensó en ella. Quería conseguir su propósito, y lo que menos le apetecía era ir al cine con su madre.

—Mami, por favor. Te daré un vale oro cuando llegue a casa. De los importantes —aquello hizo sonreír a Marta y Vanesa prosiguió—. Venga mami, podemos ir cualquier otro día. Por favor, entiéndelo. Me apetece mucho quedarme aquí y...

Marta suspiró. Conocía a su hija y sabía que si la obligaba a volver, aquel día sería un desastre. Por ello, tras resoplar se sentó de nuevo en la cama y tras taparse con la sabana asintió.

—De acuerdo, cielo. Quédate. Pero mañana antes de comer te recojo.

—Gracias mami. Un besito —aplaudió Vanesa mirando a Javier y su amiga. Lo había conseguido. Había engañado a su madre y se podría hacer el tatuaje.

Acabada la conversación cerró su móvil y suspiró con desesperación. Su hija, esa pequeña a la que antes le gustaba estar con ella todos los días, estaba creciendo. Ya no demandaba su tiempo como antaño y eso en cierto modo le dolía. Pero era ley de vida.

—¿Qué ocurre para que tengas el ceño fruncido? —preguntó Philip entrando en la habitación desnudo como su madre lo trajo al mundo, cargado con una bandeja, dos tazas de café y unas galletas.

Cohibida por la desnudez de aquel, Marta se encogió de hombros y dijo sin mirarle.

—Era mi hija. Prefiere pasar el día con su amiga y unos chicos, antes que conmigo.

Con una encantadora sonrisa Philip se sentó en la cama y tras dejar la bandeja, le tomó con sus dedos el mentón para que lo mirara y murmuró.

—Estás decepcionada, ¿verdad?

Ella asintió y cogiendo una galleta susurró:

—Un poco. Pero claro, ella se hace mayor, y...

—Su vieja y acartonada madre ya no le parece tan interesante, ¿me equivoco? —murmuró retirándole el pelo de la cara con delicadeza, mientras la observaba mordisquear la galleta.

Habían pasado una noche tórrida y pasional. Sí, el primer contacto en la entrada fue morboso, el segundo en la cama, increíble. El tercero en la ducha una pasada y el cuarto antes de caer destrozados y molidos ¡colosal! Había sido una noche como ninguno de los dos había pasado nunca, y donde varias veces se recordaron su trato. Era como si ambos necesitaran recordarlo. Marta al sentir sus manos en su cabello sonrió y suspiró.

—No. No te equivocas. Sus amigos son mucho más interesantes hoy por hoy que su madre.

—Lo dudo. Tú eres muy interesante a la par que dulce y exquisita —murmuró atrapando con sus dientes su labio inferior—. Mmmm... además sabes a galleta.

Divertida por aquello se carcajeó y metiéndole un trozo en la boca, él la masticó, y tras tragarla la besó. Marta hechizada por la sensualidad que aquel estirado y rubio inglés poseía con su mirada le devoró y le disfrutó, hasta que él se separó de ella.

—Entonces si tu hija no viene, ¿tenemos todo el día para nosotros?

—Me temo que sí —asintió con una placentera sonrisa. Parecía buena idea.

—Mmmm... me gusta —y besándola le susurró—. ¿Qué te parece una ducha... juntos?

—Colosal —asintió ella.

Philip, cada vez más excitado, puso la bandeja en el suelo y sentándose a horcajadas sobre ella le tomó las muñecas. Con una mano se las sujetó por encima de la cabeza y la otra la bajó lentamente hacia su entrepierna. Mientras la besaba el cuello murmuró:

—Tenemos que repetir lo de la entrada de los espejos. Mmm... morboso.

Pero Marta ya no pudo contestar. Sentir sobre su estómago los dulces y secos golpes de su duro y erecto pene le estaba volviendo loca. Y cuando creía que no podría excitarla más, notó la mano de aquel abriéndole las piernas mientras le susurraba:

—Mmmm... *honey* estás húmeda.

—Me encanta cuando me llamas *honey*... con ese acento tuyo.

Al escucharla él sonrió y Marta jadeó y se dejó tocar y explorar con aquella mano que la tocaba con posesión. Mirándole a los ojos sintió que iba a tener un orgasmo, y Philip sonrió. De su garganta surgió una sonrisa gutural muy masculina al ser consciente de que estaba dando a Marta un intenso momento de placer.

—¿Te gusta que te toque aquí? —susurró con una voz cargada de pasión.

—Sí... sí —consiguió murmurar mientras un calor inmenso se apoderaba de ella haciéndola arquearse por momentos.

La luz del atardecer que entraba por la ventana le daba a Marta en los ojos, por ello y queriendo mirarle de frente se movió pero al hacerlo una explosión de placer la hizo gritar.

Philip al escucharla la besó de tal manera que parecía querer robarle el aliento y entonces le soltó las manos y guiando la punta de su glande caliente lo puso en la entrada de su sexo, y antes de que este pudiera moverse ella se movió levantando las caderas y él gimio.

Pillándole desprevenido y a pesar de tener menos fuerza que él, Marta le hizo rodar por la cama hasta quedar encima. Eso les hizo reír y con el movimiento ondulante de sus caderas se introdujo todo el pene en ella y desde su altura susurró:

—Me gusta verte desde aquí. Ahora seré yo quien mande —y revolviéndole con la mano su pelo rubio, sonrió—. Tú ni haciendo el amor te despeinas.

Del pecho de Philip surgió un profundo y satisfactorio gruñido masculino cuando ella se movió de atrás adelante y comenzó una lenta cabalgata sobre él saliendo y entrando por completo. Eso le volvió loco y atrayéndola hacia él, la besó y le susurró.

—*Honey*, este sufrimiento te lo voy a hacer pagar.

—Mmmm estoy impaciente por ello —rió gustosa.

Echándose hacia atrás y en busca ya de su propio placer Marta se arqueó y apoyando sus manos en las piernas, comenzó a subir y a bajar cada vez más rápido hasta que su interior se estremeció y estrujó su miembro. Cuando el éxtasis más salvaje la embargó, Marta profirió un grito de placer y cayó encima de él. Philip aguantó todo lo que pudo y cuando el temblor del clímax le comenzó a recorrer el cuerpo, se acordó que no se había puesto preservativo. Por ello, y con rapidez, sacó su pene y apretándolo contra ella, se dejó ir entre jadeos y convulsiones.

—¡Genial! Sin preservativo —resopló ella sin aliento.

—Tranquila. Lo he controlado. Y en referencia a enfermedades, estoy sano. No te preocupes —murmuró sonriendo mientras se pasaba la mano por la frente para quitarse el sudor.

Eso la hizo sonreír y suspirar. No debía volver a ocurrir. Y tras darle un dulce beso en la barbilla murmuró echándose de nuevo sobre aquel duro y amplio pecho.

—En España hay un dicho que dice « ¡cuidado! chispea antes que llueve» .

Ambos se carcajearon por aquello, pero permanecieron acurrucados en la cama, uno encima del otro, mientras Marta disfrutaba de las cosquillas que este le hacía en la espalda.

—Qué *gustirrinin*... Me encanta lo que estás haciendo. Si sigues soy capaz de baeear y quedarme dormida.

Con deleite, Philip continuó tocándola mientras disfrutaba del sol que entraba por la ventana y el calorcito que ella le daba.

—¿Te gustan los masajes?

—¿A quién no? —susurró mimosa.

—A mí no me gustan. Odio que me den masajes.

—Eso es porque no has probado los míos.

—No me gustarán —repitió aquel.

—¿En serio?

—Sí. Totalmente. Solo me gustan los masajes que da Brenda en su clínica. Una fisioterapeuta que conozco de Londres. Tiene una clínica-balneario cerca de Hyde Park. Si algún día vas por allí prometo invitarte.

—Te tomo la palabra —contestó molesta al pensar en la fisioterapeuta—. Un masaje para mí es algo muy ... muy serio. ¡Me encantan! Sueño con ir a un spa cinco estrellas y hacerme todo... absolutamente todos los tratamientos que tengan —eso hizo gracia a Philip y sonrió—. Me encantaría hacerme eso de la chocolaterapia, aunque bueno, con lo que me gusta el chocolate soy capaz de chuparme a mí misma y...

En ese momento sonó el móvil de Philip. Este alargó la mano y lo cogió. Tras mirar de quién se trataba, directamente rechazó la llamada y no respondió. Marta no dijo nada.

—¿Siempre has vivido aquí? —preguntó Philip tras un silencio.

—¿En Madrid?

—No. En esta casa.

« *Uis*... si tú supieras dónde he vivido y o» pensó, pero respondió.

—Desde hace siete años. La vi. Me enamoré de sus vistas a la Casa de Campo y la compré. No es muy grande pero para mi hija y para mí está bien.

—Tiene una luz fantástica —asintió tumbado en la cama—. Y el sol que entra por tu ventanal a la cama, es magnífico. Ojalá en Londres luciera el sol como aquí en España.

En ese momento *Feo*, su perro, se acercó hasta la mano de Marta, y con un cariñoso lametón le recordó que seguía allí. Ella tras tocarle la cabeza le indicó con la mano que saliera de la habitación.

—Me gusta ver que tienes educado a tu bola de pelo —rió Philip.

—No le insultes. *Feo* es muy sensible.

—Ah... perdón —asintió Philip disfrutando del momento.

—Por cierto, vives en Londres, ¿verdad? ¿Dónde? Echándose el pelo para atrás, para que volviera a su sitio y poniéndose un brazo bajo su cabeza respondió.

—En May fair. Un barrio del distrito de Westminster.

—Vives en un barrio llamado... ¡Marifé!

Philip sonrió y divertido indicó en su tono más inglés.

—May fair, su nombre es May fair.

—Ah, vale —sonrió al escucharle—. Pero vamos, ¡ni idea! Nunca he ido a Londres. Pero si lo compararas con algún barrio de Madrid, con cuál sería.

Philip, tras pensarlo respondió.

—Yo creo que podría ser la calle Serrano.

Cuando Marta soltó un silbido de aprobación, indicó:

—Reconozco que vivo en una zona estupenda de la ciudad.

—Y tan estupenda. Para eso eres un conde —dijo Marta sentándose en la cama.

—No te dejes cegar por la palabra conde. Soy ante todo una persona de carne y hueso como lo eres tú, preciosa —sonrió al escucharla revolviéndole el cabello.

Con rapidez estiró la mano y cogiendo una camiseta de la mecedora se la puso. Más segura ahora tapada que desnuda, le miró directamente a la cara.

—Mira, voy a ser sincera contigo. No quiero saber nada de tu vida, en especial porque no me interesa.

—Vaya... que agradable —se guaseó él, pero ella prosiguió.

—Entre nosotros creo que ha quedado claro la no-relación. La ausencia de explicaciones y en especial de compromiso —Philip asintió—. Pero necesito preguntarte algo que para mí es importante. Y conociéndome, sé que tarde o temprano te lo voy a preguntar, porque soy rematadamente antigua con ciertos asuntos. Por lo tanto y aunque creas que soy una cotilla redomada debo de preguntarte ese algo para dejar de sentirme martirizada y...

Philip la interrumpió. Aquella muchacha estaba irresistiblemente preciosa en aquel momento, pero metiéndole una galleta en la boca para que callara, se sentó y dijo:

—Haz tu pregunta, cotorra.

Marta masticando la galleta que este le había dado se sentó y preguntó:

—¿Estás casado? ¿Es cierto que estás esperando un hijo? Sé que sales en la prensa del corazón. Yo no soy la especialista en eso pero Adrian está muy puesto —tapándose los ojos avergonzada por preguntar aquello se apresuró a decir—. Lo sé. Lo sé. Lo sé. Soy lo peor. Pero si lo estás, o la tienes, a pesar de que me lo

he pasado fenomenal en la cama contigo, no quiero volver a verte. No quiero hacer sufrir a ninguna mujer, y menos aún entrar en ningún sucio juego de pareja. Y más cuando mi trabajo está por medio —y gesticulando con gracia murmuró—. Oh, Dios, ¡tu padre se va a casar con mi jefa! Y yo no quiero ningún tipo de problema. Necesito ese trabajo para poder vivir y sacar adelante a mi hija. ¿Lo entiendes?

Philip, divertido por la cantidad de aspavientos y monerías que hacía al hablar, tras dar un sorbo de su café la miró y respondió con tranquilidad.

—No. No estoy casado y en referencia a ese hijo, no es mío y se demostrará. Ser famoso en mi país solo me reporta disgustos como ese. Toda mujer que sale conmigo luego sale en la prensa queriendo colgarme un hijo.

Eso hizo sonreír a Marta y con picardía le miró y dijo:

—Por mi parte eso nunca te pasará. Te lo aseguro. Pero déjame darte un consejito de amigos. ¡Póntelo... pónselo! Usa preservativo y evitarás problemas, con las mujeres y con la prensa.

—Te aseguro que los utilizo. Lo que ha ocurrido ahora contigo ha sido algo excepcional.

—Venga... vale... lo entiendo... soy una bomba sexual y eso ha dado lugar al olvido —dijo Marta en tono de guasa para hacerle sonreír.

Finalmente aquel se carcajeó y tras besarle en la frente dijo:

—Odio salir en la prensa de corazón, pero de vez en cuando algún paparazzi me pilla de cena con alguna amiga. Aunque si te soy sincero, no sé que les puede interesar de mi vida. Y por cierto, en referencia a tu trabajo, tranquila. Nunca haría nada que pusiera en riesgo tu economía personal. Y en lo que concierne a nuestro trato, nada me alegra más que saber que entre nosotros no existe ningún tipo de compromiso. A excepción de una amistad muy especial.

«Será caradura el tío» pensó al escucharle pero soltando un suspiro de alivio asintió.

—¡Genial! Vía libre. Podemos continuar con nuestras vidas y ser amigos con derecho a roce. Como se dice ahora, *follamigos*. ¿Qué más se puede pedir?

El sonido del pitido del móvil de él les volvió a interrumpir. Esta vez Marta lo miró y dijo con tranquilidad.

—Cógelo. Quizá sea importante.

Tras mirarla durante unos segundos, tomó su móvil y lo abrió.

—Hola, Heidi, cielo ¿Qué ocurre?

«¿Heidi? ¿Cielo? Vaya qué cariñoso» pensó Marta sin cambiar ni un ápice su rostro mientras comía.

—Sí... regreso a Londres mañana —la miró en espera de algún mohín, pero ella al revés, sonrió—. Vale, cielo. A las doce y media te paso a recoger por tu hotel. De acuerdo... de acuerdo —sonrió al escuchar lo que la otra le decía—, tú pagarás la cena. Pero recuerda. Soy un tipo con gustos caros y no me conformo

con cualquier cosa. Un beso.

Dicho aquello cerró el móvil y al ver que ella seguía comiendo tranquilamente dijo cogiendo su taza de café.

—Era Heidi.

—¿Quién? ¿La Banderburger? —preguntó incrédula y este asintió.

—Mañana la recogeré y regresaremos juntos a Londres. Es un encanto de mujer.

—¡Qué bien! Mejor ir acompañado que solo, ¿verdad?

Con los nervios a flor de piel, Marta disimuló la incomodidad que le hizo saber aquello. ¿Estaba loca? Acababa de decirle que no quería nada con él, y se sentía fatal por saber que regresaba en su avión con ese encanto.

«Soy boba. Pero boba totalmente. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué narices hago yo pensando en tonterías que ni me van, ni me vienen? A ver Marta céntrate ¡que este es tu rana! Ese que te hará pasar buenos momentos pero que luego debe funcionar eso de ¡ni te he visto, ni me acuerdo!». Se regañó a sí misma al sentir que el estómago se le encogía al pensar en aquello. Pero no. No pensaba colgarse de aquel por muy agradable, majo y buen amante que fuera. ¡No era su tipo!

Philip la observó. Aquella naturalidad de ella era lo que le atraía. Esa mujer y su estilo de vida nada tenían que ver con las mujeres con las que salía en sus viajes, o en Londres. Mujeres que intentaban impresionarle con pechos de diseño y vestidos sensuales, y que la gran mayoría de las veces intentaban cazarle. Pero aquella no. Aquella joven que ante él desayunaba semi-escondida tras una enorme camiseta de publicidad de una revista de motos era diferente. Y lo peor. Le gustaba. Pero su frialdad en aquel momento ante su marcha, y al dejar claro que solo eran amigos con derecho a roce le desconcertaba. Pero no estaba dispuesto a dejar que lo viera.

—Ahora me toca a mí preguntar —Ella asintió. Y sorprendiéndola preguntó—. ¿Película preferida?

Divertida por ello suspiró y dijo:

—Mmm... sin duda alguna El día de la boda. ¿La has visto?

—No. No me suena. No suelo perder el tiempo en el cine.

Con los ojos chispeantes Marta le miró y dijo retirándose el pelo de la cara.

—¡Caray!... Philip pues te recomiendo que pierdas el tiempo y la veas. Estoy segura de que te hará pasar un rato agradable. Tienes que verla —al ver la alegría en sus ojos él sonrió. Era deliciosa. Realmente cautivadora—. Esa película tiene dos frases maravillosas que con seguridad ningún hombre del siglo XXI diría *ni jarto* de vino. Pero cuando el increíble y siempre guapo Dermot Mulroney mira a Debra Messing y le dice «Prefiero discutir contigo a hacer el amor con otras» o esa otra de «Si no te hubiera conocido te echaría de menos». Oh, Dios... Oh, Dios... mío —levantó las manos al techo dejándole boquiabierto—. Es lo más bonito que he escuchado nunca decir a un tío. Solo de pensar en

cómo se las dice me excita. Qué maravilla de película, de Dermot y de frases. Lo dicho. Tienes que verla.

Al ver que él la miraba con su gesto inexpugnable, paró de hablar y dijo:

—Vale... me callo. Sigue preguntando.

—¿Cuál es tu apellido?

—Rodríguez. Un apellido muy latino. Lo sé. Es como yo, del montón. Él sonrió.

—¿Tienes novio o alguien especial? Recuerdo que Lola comentó que habías roto con tu novio y...

Marta no le dejó terminar y con un cinismo que bien le habría valido un Goya señaló:

—No. A excepción de mi fiel *Feo* —dijo mirando a la mata de pelo que echada en la puerta les miraba—. Nunca he querido, ni necesitado, marido. No me gustan los contratos matrimoniales, ni unirme a un hombre del que estoy segura me cansaría o él me aborrecería pasados unos años. Lo reconozco, ¡soy insoportable!, a la par que independiente —él rio—. Sobre mi ex, rompí con él hace meses. Hoy por hoy es un amigo especial como tú y otros cuantos —mintió como una bellaca imaginándose una mujer moderna—. Yo no creo en el amor, ni en la pareja, ni en nada por el estilo. Y como en más de una ocasión le he dicho a mi amiga Patricia: el romanticismo es algo pasado de moda, el amor caduca como los yogures y ya nadie regala rosas sin esperar un buen revolcón después.

Aquella desvergonzada continuó comiendo galletas compulsivamente tras revelararle aquello y Philip boquiabierto hizo esfuerzos por continuar allí sentado. No sabía por qué pero algo en él le decía que aquella pequeña morena le estaba engañando. Pero si lo hacía, lo hacía muy, muy bien.

—Mira Philip. Yo sola, sin la ayuda de un hombre al lado, he criado a mi hija. Con ella y *Feo*, soy feliz ¿Por qué complicarme la vida? Por eso he decidido vivir con la misma libertad con la que vivís el género masculino desde hace siglos. Nada de obligaciones con ningún hombre. Solo amistad y buen sexo cuando yo quiera, y con quien me apetezca.

Él asintió. Tenía amigas de ese estilo en Londres. Pero esas amigas nunca despreciarían una buena boda y una mejor vida. Cada vez más atraído por aquella mujer preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta algo más personal?

—Vale... venga —sonrió ella contenta por lo bien que estaba capeando aquellas preguntas.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dónde está el padre de tu hija?

Sorprendida por el cariz que estaba tomando la conversación respondió, intentando no ponerse demasiado seria.

—Esas son dos preguntas muy, muy personales. Hemos dicho que solo somos

amigos. Además, habías dicho una.

—*Touché* —rió al escucharla, mientras daba un sorbo a su café.

—Pero para que veas que soy una buena amiga te contestaré. En cuanto a tu primera pregunta, treinta y dos. A la segunda, murió para mí. Nunca le necesité.

Al ver que él la miraba impresionado Marta suspiró y con una sonrisa en los labios, aunque con una tristeza en la mirada que dejó a Philip sin palabras, le explicó:

—Mi vida no es muy agradable de contar, y cuanto más la acorte, ¡mejor!

—¿Por qué no es agradable?

—No todos hemos nacido en el seno de una buena familia de condes —se mofó ella.

—Vamos a ver, Marta —insistió él—. El nacer en una familia de condes no te garantiza la felicidad. Aunque en mi caso mis padres me hicieron muy feliz. Pero tú eres muy joven para haber tenido una vida no muy agradable y que no quieras recordar —insistió.

Marta tras dar un sorbo de su café continuó sin saber porqué.

—Me crié en una casa de acogida desde que nací hasta los once años cuando una familia me recogió. Pero de allí escapé al sentir que el hombre no me miraba con buenos ojos. Durante casi cuatro años viví en la calle y mientras las chicas de mi edad aprendían a hacer ballet, yo aprendí cosas no muy recomendables, pero sobreviví —Philip sorprendido la miró—. Me enamoré del padre de Vanesa cuando tenía catorce años. Pero cuando quedé embarazada desapareció, y aún siendo una niña decidí seguir adelante sin él. Con el tiempo conocí a Lola. ¡Mi hada madrina! Ella y Blas, su difunto marido, han sido mi única familia junto a mi hija Vanesa, hasta que Patricia y Adrian entraron en mi vida —al decir aquello se emocionó y mirando aquel rostro imperturbable preguntó—. *Joer*. Menuda charla te he dado ¿He satisfecho tu curiosidad para que entiendas por qué para mí no es agradable recordar?

Philip no esperaba nada de aquello y conmovido por la dura vida de aquella joven no supo qué decir. Ahora entendía en cierto modo su autodeterminación y autoprotección.

Marta, al verle tan confundido, enseguida salió en su ayuda a pesar de sus ojos vidriosos.

—Siento haberte impresionado con mi aburrida vida. Pero, ¡eh, amigo! Tú has sido quien me ha preguntado.

Philip soltó la taza. Le quitó a ella la suya de las manos, bajó la bandeja al suelo y abrazándola le susurró mientras le besaba en el cuello.

—Felicidades, campeona. Eres una auténtica luchadora. Una mujer increíble y una magnífica madre que ha sabido ganarle la partida a la adversidad. Ahora, tras saber eso, me alegro más que nunca de haberte conocido.

«Caray... esto bien vale por una frase de Dermot Mulroney» pensó

halagada, mientras se tragaba las lágrimas y mordisqueaba una galleta.

—Oh, Dios... disculpa. Me he puesto demasiado petarda —sonrió Marta, incrédula de que un hombre le hubiera dicho algo tan bonito.

—Mira... hagamos una cosa —dijo él separándose de ella para hacerla sonreír. —Comencemos de nuevo.

Sin entender a qué se refería, Marta vio que este se levantaba, le quitaba la galleta, cogía la bandeja con los cafés y salía de la habitación. Atónita por aquello, miró la puerta. De pronto este entró con una sonrisa maravillosa y sentándose en la cama soltó la bandeja y le susurró acercándose de nuevo a ella.

—Buenos días, *honey*. No estás sola y vamos a pasar un maravilloso día juntos.

Con una sonrisa que hizo que a Philip le saltara su duro corazón, se puso de pie en la cama. Le descolocó otra vez el pelo y tras hacerle soltar la bandeja se tiró a sus brazos y dándole un apasionado beso que le hizo temblar de pies a cabeza le susurró:

—Vayamos a la ducha y comencemos ese maravilloso día.

Con unas divertidas sonrisas entraron en el baño. Sin demora, Marta abrió el agua y tras empujarle para meterle bajo el chorro, le hizo el amor.

Después de un sábado de ensueño, al día siguiente Philip se marchó de su casa. Debía regentar una empresa. Cuando este se montó en el ascensor, antes de cerrar la puerta la miró en espera de algo. Pero ella se limitó a sonreír y a decirle adiós con la mano. No pidió que la llamara. Ni siquiera le insinuó verse en Londres para la boda de Lola. Solo le sonrió y se despidió.

Cuando llegó al portal, se quedó durante unos segundos parado. ¿Debía pedirle su teléfono? Pero tras aclarar sus ideas, y pensar en el trato hecho con ella, fue hasta su coche y se marchó. Debía regresar a Londres.

Marta tras despedirse de él con la mejor de sus sonrisas, cerró la puerta de su casa y se encogió en el recibidor de espejos. Odiaba sentirse así, pero aquel tipo trajeado y culto le había hecho pasar un par de días maravillosos. Quizá demasiado bonitos para ser verdad.

«Soy idiota. Definitivamente idiota. Esto es un rollete de fin de semana y no debo de pensar en nada más» pensó. Comparar a Philip con el Musaraña, era como comparar el jamón ibérico de bellota con el chópéd de aceitunas. Ambos eran hombres. Pero todo lo que tenía de galán Philip, lo tenía de macarra el Musaraña.

—Bueno, cenicienta. ¡Espabila! La rana ya se ha marchado en su preciosa calabaza y una jovencita con seguridad te espera —pensó mirándose en el espejo.

Una hora después, Marta cogió su moto, dos cascos y se marchó a buscar a su hija. La vida continuaba y pensaba cobrarse el vale oro de su hija.

Capítulo 19

En Londres, a la llegada de Philip, la cosa se complicó. Los periódicos sensacionalistas desde hacía días hablaban del embarazo de Juliana con el titular «Philip Martínez y actriz de musicales, ¿futuros padres?». Leer aquello le sacó de sus casillas. ¿Cómo su ex, a la que tanto había amado, podía estar cayendo tan bajo? Tanto ella como él sabían que aquel bebé no podía ser hijo suyo. Llevaban ocho meses separados y sin contacto físico.

Cansado del acoso de la prensa quedó con Juliana una noche en la casa que ella compartía con su último novio. Necesitaban hablar. Pero al bajar del coche maldijo al encontrarse a la prensa esperándole. Con rabia en el rostro llamó al portero automático y entró.

—Phil, cariño —saludó esta vestida con un sugerente camisón a juego con una batita color lavanda que dejaba entrever su abultada tripa.

Sin demora ni florituras Phil dejó su chaqueta encima del sofá y mirándola le preguntó:

—¿Me puedes aclarar qué es lo que estás haciendo? ¿Por qué dices mentiras en referencia a ese bebé?

Al sentir el tono de su voz, Juliana dio un paso atrás y apoyándose sobre la mesa respondió tocándose su abultada barriga.

—Cielo, este bebé puede ser tuyo. ¿Quién dice que no lo puede ser?

—Yo, Juliana. Yo lo digo. Y por favor límitate a llamarme por mi nombre. No quiero ningún apelativo cariñoso de ti hacia mí.

—No te pongas así, tesoro —insistió ella en un tono que a él no le gustó. Le estaba buscando las cosquillas y no le daría el gusto, por lo que mirándola dijo lo más calmado que pudo.

—Hace más de ocho meses que tú y yo no tenemos nada que ver. No ha existido ningún tipo de relación, ni personal ni sexual ¿Pretendes que me crea que ese bebé es mío?... Venga ya Juliana, que soy adulto y no me considero tonto. ¿Por qué has caído tan bajo?

Juliana le entendió. Sabía lo que a Philip le molestaba aquella mentira. Ya había pasado antes por aquello con otras mujeres y siempre supo que aquel error él nunca se lo iba a perdonar.

—Por cierto, ¿dónde está tu novio?

Incómoda por aquello, ella se movió de lugar. Pero seguía sin dar su brazo a torcer.

—Trevor ha salido. He hablado con mi abogado y tendrás que hacerte las pruebas de paternidad. Aunque tú creas que no puedes ser el padre del niño, hasta que no se demuestre, no lo sabrás. Me hicieron una amniocentesis...

—Por supuesto que me las haré ¿acaso lo has dudado? —Asintió asombrado por aquello.

—No —respondió ella retirando la mirada.

—Lo único que te pido es discreción, Juliana —protestó él.

—¡Imposible! He firmado un contrato con una revista cuando salgan las pruebas y...

Al oír aquello Philip blasfemó. ¡Cómo podía ser tan ruin! Y mirándola dijo con gesto agrio.

—Estás manchando tanto tu credibilidad como mujer como mi honor.

—¡¿Honor?! —gritó ella—. ¿Acaso crees que me importa tu honor?

—No. Lo único que te importa es el beneficio que estas sacando con todo esto. ¿Acaso crees que las entrevistas o los programas de televisión no se acabarán cuando esto se aclare? ¿O es que buscas promocionar tu musical a costa de mí y de ese bebé?

Con una frialdad que dejó sorprendido a Philip, aquella mujer a la que había amado y defendido durante tantos años le miró fijamente.

—Sí, cielo. Y por eso voy a aprovecharlo —con rabia clavó sus impactantes ojos claros en él y gritó—: ¡Tú siempre has tenido una buena vida repleta de comodidad y lujo! ¿Crees que yo no quiero tenerla?

—Disculpa por ello, Juliana. Pero te recuerdo que mis padres fueron quienes se encargaron de facilitármela. Tú lo que pretendes es conseguirla a costa de falsas acusaciones hacia mí. ¿No te avergüenza?

—No... Precisamente por el bienestar de este niño es por quien hago esto.

Al escuchar aquello Philip sonrió con amargura y clavó sus impactantes ojos azules en ella.

—Tú solo buscas el dinero. Ni ese bebé, ni yo, te importamos absolutamente nada.

—¡Qué sabrás tú! —respondió dándose la vuelta.

Asiéndola del brazo Philip hizo que lo mirara.

—Te conozco, Juliana y sé que ni ese niño ni yo te importamos. Me compadezco de tu hijo. Solo buscas la fama y el dinero y siento decirte para tu desgracia, que no te hará feliz. Cada vez querrás más y eso acabará contigo. Recuérdalo.

De un tirón se soltó de su brazo.

—Phil no voy a escucharte —dijo con gesto agrio.

—Oh, claro... no me escuches. Tú solo sigue haciendo caja conmigo mientras puedas. Por cierto ¿no te parece extraño que la puerta de tu casa esté llena de fotografías a esta hora?

Ella no contestó y él continuó.

—Estoy convencido que una llamadita tuya les alertó, ¿verdad?

—Mira, Phil. Este es mi momento y si para ello tengo que hablar de ti o de cualquier otro lo voy a hacer.

—Siento mucho lo que ese pobre bebé va a tener que sufrir.

—Necesito ese dinero y no hay más que hablar —susurró con rabia.

—De acuerdo, Juliana. No hay más que hablar —dijo él cogiendo su chaqueta para dirigirse a la puerta—. Por mi parte queda todo hablado. Me haré las pruebas de paternidad y una vez estén los resultados, no quiero volver a saber nada más de ti. ¿Me has entendido?

Ella no contestó. Se limitó a mirarle con gesto de odio y este abriendo la puerta se marchó. Con decisión Phil se enfrentó a la nube de periodistas que fuera de la casa de Juliana le esperaban, y sin responder a ninguna pregunta se montó en su coche y se marchó.

Durante aquella semana en Madrid, Marta se pilló pensando en aquel trajeado todos los días. ¿Pero cómo no pensar en él? Su breve rollo con Philip había sido lo más bonito, morbos y dulce que había vivido en su vida. Lola se marchó para Londres el miércoles con Antonio. Debían organizar la fiesta que allí darían por su enlace y la posterior boda. El jueves Marta llevó a Vanesa a que le hicieran el puñetero *piercing*. Adrian tenía un conocido y se fió de lo que este le dijo. Todo fue bien y la niña lució a partir de ese día su pequeño pendiente en la aleta derecha de la nariz.

Aquella mañana Marta estaba cortando la tela de un precioso vestido de flamenca cuando Adrian se sentó junto a ella.

—Ay, nena que día más malo llevo.

—¿Qué te pasa?

—Que es un blando, y a los blandos y cagones, se les come el mundo —murmuró Patricia abriéndose una lata de coca-cola.

Sin entender nada Marta miró a aquel joven con aspecto de intelectual y tras ver que se quitaba las gafas y se las limpiaba preguntó:

—¿Me vais a contar de qué va el tema o directamente paso de vosotros?

—Aquí el lumbreras —señaló Patricia—. Esta mañana cuando ha bajado a su garaje para coger el coche, se ha encontrado de nuevo con otra sorpresita.

—No me lo digas, ¿te han vuelto a robar alguna rueda? —preguntó Marta y este asintió—. Pero bueno ¿Qué clase de vecinos tienes tú en tu urbanización?

—Puñeteros delincuentes —afirmó Patricia molesta—. Esos gilipollas saben que el *tontuso* este no va a montar en cólera y se aprovechan de eso. Ahora bien, que me tocan a mí, que se iban a tragar las ruedas de dos en dos.

Soltando las telas que tenía entre manos Marta miró a su amigo y gruñó.

—Pero, Adrian, en los dos últimos meses y a has comprado ocho ruedas.

—Ya lo sé —suspiró este.

—¿Pusiste denuncia como te dije?

Pero cuando fue a contestar Patricia se le adelantó.

—¿Pero qué dices? ¿Poner denuncia él? No, hija no... hoy me he enterado

que no puso denuncia las tres últimas veces.

—¿De qué sirve?

—De eso nada, monada. Ahora mismo vamos a comisaría. Allí trabaja el hijo de Pepe, el del bar, y ponemos la denuncia —afirmó Marta dejando las tijeras—. Esto no puede continuar así. Qué pretendes ¿pasarte media vida comprando ruedas nuevas para todos tus vecinos? Por Dios, Adrian ¡que estamos en crisis!

—Si es que los cogía y les daba de guantas —susurró Patricia—. Y a él más por tonto y buenazo.

Adrian al ver la agresividad de aquellas dos sonrió y retirándose el flequillo de la cara murmuró:

—*Uis* nenas cuánta agresividad albergáis en vuestro interior.

—Ni agresividad ni leches —puntualizó Patricia—. A ti no te roban una rueda más como que yo me llamo Patricia Pérez Negralejo.

A la hora de la comida cuando cerraron la tienda, los tres se dirigieron a la comisaría para denunciar lo ocurrido. Como siempre y trabajando en el centro de la ciudad, les pilló una manifestación. Agricultores llegados de toda España protestaban por el precio de sus productos una vez llegaban al mercado. Lo que parecía una manifestación tranquila, acabó siendo una batalla campal donde los antidisturbios tuvieron que entrar en acción.

—Antes muerta que a la huerta —gritó Patricia haciéndoles reír.

Su familia era de Murcia y cultivaban naranjas y pimientos. Ella escapó de allí con dieciocho años. Tenía muy claro que lo último que quería hacer era trabajar en el campo de sol a sol.

—Pobre gente —suspiró Adrian al entrar en la comisaría.

—No lo sabes tú bien —susurró Patricia—. Se matan a trabajar para luego ganar cuatro euros y este gobierno que nos está llevando al desastre no les favorece nada.

—La verdad es que tienen razón —dijo Marta—. La otra noche vi un programa sobre eso. Hablaban con agricultores que cultivaban tomates Raf. Esos tan ricos. Pues a ellos se los pagaban a 0'35 el kilo y una vez llegaba al mercado a nosotros nos los vendían a casi cuatro y cinco euros.

—Una vergüenza, por Dios. Así va el país —asintió Patricia echándose a un lado para dejar pasar a unos detenidos.

—Eso sí. Muchos de los que traen esposados no tienen nada que ver con los agricultores. Son idiotas que por tirarle piedras o lo que sea a la policía se meten en cualquier berenjenal. Mira esos —señaló Marta a dos chicos de pinta punki llenos de cadenas con aspecto de sucios—. ¿Crees que esos son agricultores?

—Ni de coña, como mucho de marihuana —se mofó Adrian—. Esos se parecen más a los delincuentes de mis vecinos que a otra cosa.

En el follón de la comisaría preguntaron por Jesús, el hijo de Pepe el del Bar.

Este al verles les atendió muy amablemente. Pero era tal el jaleo que había con tantos detenidos que al final les pasó con un policía con muy pocas ganas de ser simpático. Eso les mosqueó aún más.

—Será borde el mohoso este —susurró Patricia mientras Adrian rellenaba la denuncia—. Pues no va y se enfada porque nos ha tenido que dejar un bolígrafo medio descuajeringado. Y encima me mira y me dice «chata... con vuelta» . ¿Vuelta? Vuelta es lo que le daba yo de un manotazo por antipático.

Marta al notar el enfado de aquella la miró y sonrió. Realmente estar en la comisaría era algo deprimente. Todo el mundo parecía estar de mal humor. Para intentar calmar a su amiga miró a su alrededor en busca de un chulero que la hiciera olvidar su enfado. Lo encontró junto a Jesús.

—Uf... monumento andante por la izquierda junto al hijo de Pepe —susurró Marta.

Rápidamente Adrian y Patricia miraron a un antidisturbios pasar. Con su traje oscuro y su enorme escudo protector en plan guerrero. Divertida fue Patricia quien habló.

—¿Eso es un monumento? —señaló a un poli vestido de oscuro que al quitarse el casco que llevaba para hablar con Jesús resultó ser *calvo*—. Por Dios, Marta, creo que tu gusto por los hombres ha bajado al nivel menos cero. Pero si ese está más *calvo* que el sobaco de la rana Gustavo.

Aquello les hizo sonreír a carcajadas y Patricia continuó.

—Los *calvos* nunca me han gustado. Donde esté agarrar una buena mata de pelo, que se quite una bola de billar.

—No estoy de acuerdo contigo —indicó Adrian—. El pelo nada tiene que ver a la hora de un buen meneío, nena. El que se lo hace bien, lo hace bien con y sin pelo.

El antidisturbios se acercó hasta ellos con Jesús. Ambos hablaron con un tercero. Marta le siguió con la mirada. Era alto, de piel morena y se le veía fuerte. Pero, eso sí, era *calvo*. Patricia al ver que su amiga continuaba mirándolo le preguntó con guasa en la voz y demasiado alto.

—¿No me digas que ahora te gustan los polis *calvos*?

Eso atrajo la mirada del hijo de Pepe y los policías, pero Patricia continuó.

—Mira Marta yo te voy a tener que llevar al médico. Has pasado de gustarte los latinos al más puro estilo Antonio Banderas a gustarte los *guiris* descoloridos y engominaos. Y si ya me dices que te ponen los polis *calvos*... como diría tu hija ¡flipo en colorines! Porque manda narices, decirme que ese antidisturbios es un monumento es para descojonarse de risa.

Marta y Adrian querían decirle que bajara el tono de voz pero esta cuando se lanzaba a hablar no había quien la parase, y ese era uno de esos momentos. El hijo de Pepe sonrió, y el antidisturbios al que se referían curioso escuchó la

conversación.

—Sinceramente creo que lo has mirado mal. Ni es sexy, ni mono, ni siquiera tiene nada que pueda llamar la atención. Es más, estoy segura de que olerá a mohoso como el del mostrador. Pero Marta, joder, ¿se te ha roto el radar?

—No, pero a ti como no cierras la boca te van a romper los piños —murmuró Adrian al ver como varios polis, entre ellos el *calvo*, la observaban.

Al escuchar aquello Marta no pudo contenerse y soltó una carcajada. Con cara de agrio el poli del mostrador que les había escuchado preguntó con voz molesta:

—¿Han terminado ya con el bolígrafo?

—No, aún no —consiguió decir Adrian muerto de risa.

Aquello era bochornoso. Todos les miraban pero no podían parar de reír.

—No se olviden de devolverme el boli. Recuérdenlo.

—Tranquilo —saltó Patricia con descaro—. Cuando terminemos con el carísimo Montblanc se lo devolveremos.

Una vez consiguieron terminar de escribir la denuncia se acercaron al mostrador del policía y en tono de guasa Patricia le hizo entrega de su bolígrafo. Este con gesto de enfado lo cogió y lo puso a su lado en el mostrador. Se despidieron de Jesús y una vez les dieron su copia salieron de la comisaría. Llovía.

—Por Dios, caen chuzos de punta —chilló Adrian.

—Cómo dice el refrán «hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo» —sonrió Marta.

Corrieron a resguardarse bajo un tejadillo. Al lado había un grupo de antidisturbios junto a una furgoneta y, sin pretenderlo, Marta y los demás escucharon su conversación.

—Y va y me llama poli *calvo*, entre un sinfín más de perlas.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó uno de los polis.

—Una culona canija que había dentro de la comisaría.

Los hombres prorrumpieron en risas. Marta y Adrian se miraron con rapidez pero antes de poder sujetar a Patricia esta ya había asumido que ella era la culona canija y con rapidez se les encaró.

—¿Me estás llamando a mí culona canija?

El poli que le daba la espalda al escuchar aquella voz se volvió y al ver al motivo de su burla ante él con actitud chulesca cambió el peso de pie y respondió.

—¿Por qué te das por aludida?

—Porque si alguien allí dentro te ha llamado poli *calvo*, esa soy yo —gritó sin ningún miedo—. ¿Qué pasa? ¿Es mentira que eres *calvo* y poli o qué?

«Ay, madre... hoy salimos en el telediario» pensó Marta acercándose a su amiga.

El agente frunció el ceño y quitándose de nuevo el casco para dejar su rapada cabeza al aire se la tocó y dijo:

—No soy *calvo*. Pero si lo fuera ¿Quién eres tú para tomarte la licencia de llamármelo?

—*Uis* nena... Creo que es mejor que cierres el pico y nos vayamos echando leches —sugirió Adrian avergonzado.

Pero Patricia acercándose a aquel con aire chulesco respondió:

—Y tú, ¿quién eres para llamarme culona canija? Porque que yo sepa, ni eres mi amigo, ni yo soy tu amiga como para que te pases tres pueblos más tres estaciones insultándome. ¡*Calvo*!

—¿Me vuelves a llamar *calvo*? —preguntó el poli incrédulo.

—Sí.

Al escuchar las mofas de sus compañeros el policía chasqueó la lengua y en tono divertido preguntó:

—¿Y tú quien te has creído? ¿La reina de las macizas?

—Para un *calvo* como tú... sí.

Sus amigos se miraron. Aquello no iba a terminar bien y Adrian acercándose a Marta dijo:

—Mírala. Está más picada que las muelas del Príncipe de Bequelar.

Como siempre y sin poder evitarlo Marta se carcajeó. Sus amigos eran tremendos.

El poli boquiabierto por las risas de una y el genio de aquella descarada, sonrió y tras un suspiro dijo mirando a Patricia.

—Mire señorita, tengamos la fiesta en paz. No me quiero enfadar.

—¡*Calvo*! —volvió a repetir Patricia furiosa.

—¿Quiere que la detenga?

—¡*Calvo*!

Los polis, incrédulos, se quedaron mirando a la pequeña que gritaba como una posesa ante ellos, mientras Marta y Adrian no sabían si reír o llorar. La furgoneta arrancó y los policías con cara de guasa se metieron en ella. El agente afectado tras ponerse de nuevo el casco, sonrió divertido y dijo:

—Adiós, *culona*. Que tengas un buen día.

Luego dándose la vuelta se montó en el furgón y se marchó. Con gesto hosco Patricia vio como el vehículo se alejaba, mientras escuchaba las risas de los hombres en su interior.

—Serán gilipollas —susurró mirándoles.

—Ay, *Virgencita*. Por un momento pensé que acabábamos todos en el calabozo —susurró Adrian dándose aire. Marta incrédula por lo que acababa de ocurrir le dio un manotazo a su amiga en el trasero para llamar su atención.

—Pero... pero, tú eres tonta ¿o qué? Si ese tipo hubiera sido un poli chuleras

nos habrías metido a todos en una buena movida. ¿Cómo se te ocurre gritarle así? Pero, Patricia, ¡has perdido el juicio!

Patricia dándose la vuelta para mirarles con un gesto que pasó de la furia a la sonrisa, simplemente les miró y susurró:

—Joder. Me acabo de enamorar del *calvo*.

Capítulo 20

El viernes por la mañana y tras dejar todo solucionado en Madrid, Marta, su hija Vanesa, Patricia y Adrian volaron hasta Londres. Cuando llegaron al aeropuerto de Heathrow, los nervios le atenazaron, ¿iría el trajeado a buscarla? Pero no. Él no apareció. En su lugar llegaron Lola y Antonio con un gran todoterreno y les llevaron a su residencia.

Al entrar todos parecían cohibidos. Aquel sitio era tan majestuoso e impresionante que ni Adrian, que no callaba ni bajo el agua, abrió la boca. Filipa les indicó sus habitaciones y estos, encantados, las ocuparon. A la hora de comer llegó Karen con sus hijos Diana y Nicolás. Diana era una muchacha de la edad de Vanesa y estas rápidamente se hicieron amigas. Llevaban el mismo rollo. Nicolás, alias Nico, de ocho años y con cara de pillo, no paró un solo momento de correr alrededor de ellos.

Marta sonreía ante la felicidad de Lola, pero un extraño gusanillo le recorría las entrañas. Estaba ansiosa por ver a Philip. Pero este parecía no sentir lo mismo. Incluso llamó para decir que no asistiría a la comida. Directamente acudiría a la cena y posterior fiesta. Eso la decepcionó bastante.

Por la tarde Karen hizo de perfecta anfitriona con Patricia, Marta y Adrian. Y tras este último decir que le encantaría conocer Harrod's, les llevó hasta allí. Mientras tanto, Diana, Vanesa y Nico se quedaron jugando con la Wii.

—*Uis* nenas ¿habéis visto ese traje de Gucci? Es fastuoso —gritó Adrian enloquecido—. Me lo tengo que probar. No me voy de aquí sin él, cueste lo que cueste.

—Espérate unos días, no comiences a gastar ya —rió Marta.

—Imposible. He venido decidido a desplumar la Visa, dispuesto a comprarme todos los caprichitos que me apetezcan. Y ese —señaló el traje—. Es uno de ellos.

—Venga. Te acompaño —se ofreció Patricia mientras Karen y Marta sonreían.

Una vez quedaron solas en la terraza del café, Karen miró a Marta y susurró.

—¿Siempre es así de impulsivo?

—Siempre —asintió divertida.

—Todavía me sorprende ver lo mayor que es tu hija.

Marta sonrió al escucharla. Aquello era lo normal.

—Te entiendo. Es algo que deja a todo el mundo descolocado cuando lo saben.

—Pero Marta, ¿cuántos años tienes? —pregunto con curiosidad Karen.

—Treinta y dos. Y antes de que eches cuentas, te diré que tuve a mi hija con quince años, y aunque es una locura lo que te voy a decir, volvería a pasar por todo lo que pasé para que Vanesa hoy por hoy estuviera aquí. Quizá lo entiendas,

quizá no, pero Vanesa es lo mejor que tengo en la vida.

—Por supuesto que te entiendo —sonrió Karen—. Pero pareces tan joven y tu hija es tan mayor que choca pensar que tú puedas ser la madre de esa niña.

—Y tú, ¿tienes más hijos?

—No. Con dos ya tengo más que de sobra —respondió Karen con una sonrisa.

—Debo presuponer que estás casada, ¿verdad?

—Para ser exacta te diré que me estoy divorciando. Tras quince años de matrimonio y dos hijos en común, Alfred, mi ex, sigue como siempre. Corriendo tras las jovencitas. Como imaginarás, y ante semejante situación, los niños y yo le sobramos.

—¡Será capullo! —exclamó Marta al escucharla. Al ver el gesto de Karen al decir aquello, Marta se disculpó enseguida.

—¡Ay Dios! Lo siento. Soy una bocazas. De verdad, discúlpame.

Karen de pronto con una sonrisa que le recordó a la de su hermano, tras clavar sus impresionantes ojos azules en ella murmuró:

—Alfred es un capullo integral. No te disculpes. Siempre lo he sabido. Lo que pasa es que he sido una tonta enamorada de él. Me ha manejado como ha querido hasta que de pronto yo espabilé. Eso a él no le gustó.

—Si no es mucha indiscreción, ¿a qué te refieres?

—Comencé a jugar al mismo juego que él. Y claro, cuando se enteró el señorito, no le gustó. Por cierto, ¿cuánto tiempo os quedaréis en Londres? —preguntó Karen con una pícaro sonrisa.

—Una semana. Lola quiere terneros cerca y nosotros estamos encantados de estar aquí.

—¡Genial! De momento, mañana sábado por la noche os llevo de fiesta. Conozco unos locales en Londres maravillosos.

—¡Bien! Será divertido —sonrió Marta.

—¿Y tú? —preguntó Karen—. ¿Estás casada o tienes pareja?

—No.

—¿Divorciada? ¿Separada?

—No.

—¿No me digas que eres viuda? —susurró Karen con seriedad.

—Soy como el título de una antigua película de la actriz Lina Morgan ¡Soltera y madre en la vida! —respondió, haciendo reír a Karen—. El padre de mi hija y yo nunca nos casamos. Cuando supo de la existencia de mi embarazo huyó de mí como de la peste.

—¡Hombres! —susurró Karen.

—Tú lo has dicho... ¡hombres!

En ese momento sonó el teléfono de Karen. Lo descolgó con rapidez y Marta se encogió al escucharla:

—Hola, Phil, ¿dónde estás? —una vez le escuchó propuso—. Oye, ¿por qué no has acudido a la comida de papá y Lola?

Tras unos segundos de silencio esta sonrió y dijo:

—Vale... vale... lo entiendo, señor rompecorazones —tras una risita respondió—. ¿Yo? Pues estoy cerca de Harrod's con Marta. Una de las invitadas de Lola. ¿La recuerdas? Sí... sí... la que trabaja con Lola. ¿Por qué no te acercas y la saludas? Podrías tomarte algo con nosotras antes de la cena de papá.

«Ay Dios... que me va a dar un patatús. Que no venga... bueno sí. No, no. Que no» pensó Marta al escucharla.

—De acuerdo, Phil. Esta noche te veré en casa de papá. Sé puntual. Un beso.

Una vez colgó el teléfono Karen dio un trago a su zumo de naranja, mientras Marta creía morir mientras esperaba a que hablara.

—Era mi hermano Phil —Marta asintió con una sonrisa. Pero al ver que callaba y no decía nada más preguntó:

—¿Va a venir a tomar algo con nosotras?

—No. Por lo visto ayer llegó Elizabeta, una amiga suya de Estocolmo, y está muy ocupado con ella —ambas sonrieron por el significado de aquello—. Con seguridad la traerá a la cena. Ya verás lo mona que es. Es una mujer impresionante. Más que la Banderburguer y ya es decir. La verdad es que mi hermanito siempre está rodeado de mujeres monumentales. Es un imán para ellas. En cuanto saben que es conde y rico, todas se vuelven locas por estar con él.

«Menos mal que no es mi tipo ¿o sí? No... no ¡ni de coña! El trajeado no me va nada de nada» pensó Marta, mientras intentaba no sentirse molesta por saber que él sabía que ella estaba allí y no había hecho nada por ir a verla. ¡Maldita rana!

«Muy bien. Esto me pasa por idiota. Como siempre marco unas pautas y luego no las cumplo. Pero ¿por qué soy así? ¿Por qué él cumple nuestro trato y yo no?» pensó mientras veía a Adrian y Patricia salir de la tienda con una enorme bolsa en la mano.

Una vez aclaró su voz, dijo para disimular su enfado:

—Vaya, se lo ha comprado. Mírale qué contento viene.

Media hora después los cuatro reían mientras visitaban más tiendas. Aunque para Marta las risas ya no eran tan divertidas.

Aquella noche la preciosa casa londinense de Antonio Martínez y Lola se llenó de gente. En el exterior, la prensa fotografiaba a todos los que entraban. Vanesa, junto con Diana, la hija de Karen, lo pasaba en grande con sus amigos. Nico era demasiado pequeño y se lo habían llevado a dormir. Marta, preciosa con su elegante vestido de gasa en color rojo, bebía de su copa mientras miraba a su hija y sonreía. Le encantaba verla feliz. Pero incapaz de mantener la vista quieta, miraba a su alrededor en busca del hombre que deseaba ver, Philip.

—Te conozco. Estás mirando a ver si llega tu rana, ¿verdad? —le susurró Patricia cerca del oído.

—Pues no. Miro a ese tipo de allí. Creo que es terriblemente atractivo —señaló Marta a un hombre joven de unos treinta y pocos años, vestido con un bonito traje oscuro.

—¡Y un pimiento! —ladró Patricia—. A mí no me engañas. Esa arruguita que hay encima de tu nariz me dice que estás preocupada por algo. Lo sé. Y sé que esa preocupación es la rana trajeada.

—Oh, Dios, Patri ¡no le llames así! Es un conde —se quejó al escucharla.

—Lo ves. Hasta te molesta que le llame así —protestó su amiga—. Maldita sea, Marta ¡lo tuyo no tiene nombre! ¿Cuándo te vas a dar cuenta que tú debes ser la dueña de tu vida y dejar de pensar que los príncipes azules existen? Además, tú lo has dicho, ¡es un conde! ¿Crees que un tipo como él se va a fijar en una chica de barrio como tú?

Aburrida fue a contestar pero Adrian llegó hasta ellas acompañado por otro hombre.

—Nenas, os presento a Timoti. Es fotógrafo del *National Geographic* y amigo de Antonio. El futuro marido de nuestra Lola —dijo muy animado.

Eso las hizo sonreír. El gesto de Adrian denotaba que aquel fotógrafo le gustaba. Tras hablar un rato con aquel, que milagrosamente chapurreaba español, se marchó a saludar a un conocido, momento en el que los tres amigos se acercaron a cotillear.

—Vaya, cómo está tu Timoteo —se guaseó Marta.

—¿Pero habéis visto que sonrisa tiene?... Ay la caló... sus dientes son como auténticas perlas y sus brazos ¿habéis visto que brazos de Sansón? —gritó emocionado.

—Sí, la verdad es que es una auténtica monada. Lo reconozco. El único fallo para mí es que sea *calvo* y gay —señaló Patricia.

Al escuchar aquello Adrian la miró.

—Perdona, bonita, pero el fallo lo tienes tú en el potorro. Además, no decías que te habías enamorado del antidisturbios *calvo* —Patricia suspiró—. A ver si te crees que mi *calvo* es menos que el tuyo. Hasta ahí podíamos llegar, reina —le dijo, clavándole el dedo índice en el pecho.

—Ay, por Dios. No me recuerdes al poli macizo *calvo* que soy capaz de tener un orgasmo aquí en medio.

—¡Patricia! —regañó, muerta de risa Marta.

—Os juro que no sé qué me pasa últimamente. Pero desde que le vi solo puedo pensar en él y en su manera tan ardiente de llamarme culona.

Marta y Adrian se miraron incrédulos. Era un caso.

—Lo tuyo es de juzgado de guardia, Patri —susurró Adrian—. Si tanto te pone búscale y date una alegría al cuerpo. No creo que un *machoman* como ese

vaya a decir que no, aunque seas culona.

—Adrian ¡no le des ideas! —rió Marta.

—Tranquilos, muchachos. Ese *calvo* va a ser mío en cuanto llegue a Madrid. Eso os lo aseguro.

—Virgencita... la que le espera al hombre —rió Adrian—. Por cierto, nenas. Si Timoti me invita a pasar la noche con él, voy a aceptar.

—Ya sabes, cielo. Póntelo, pónselo —susurró Marta.

—Llevo una caja sin estrenar ¿con doce tendré bastante? —sonrió Adrian.

Patricia se apresuró a contestar arrancándoles una sonora carcajada.

—En la habitación tengo yo otra. Luego te la doy por si acaso te faltan. Porque no sé por qué me da a mí que me van a sobrar todos. No veo mucho buenorro por aquí.

—Bueno... bueno, nenas no tiréis la toalla. Aquí hay material y de primera —se mofó Adrian mirando a su alrededor.

—En cuanto regresemos a Madrid, recuérdame que te lleve al oculista —dijo Marta divertida.

—Mmmm... el Timoteo me pone —susurró Adrian bebiendo de su copa—. ¿Habéis visto qué espaldas tiene? Por Dios, desnudo debe ser como Arnold Schwarzenegger. ¡Qué morbo!

Ambas rieron y miraron al fotógrafo que verdaderamente estaba cuadrado. Y bien. Muy... muy bien.

—¿Estás seguro de que es gay? —preguntó Marta divertida.

—*Uis* nena. Qué cosas preguntas con el radar tan estupendo que yo tengo —volvieron a reír—. Solo hay que ver como mira al tipo que está frente a él y, sobre todo como mueve la copa de vino en su mano. Mmmmm... malito me estoy poniendo y no precisamente de gripe.

Marta y Patricia volvieron a clavar su mirada en aquel y no vieron nada que les hiciera suponer que fuera gay. Pero si algo tenían claro era que Adrian nunca se equivocaba.

—Pues ea... ¡a por la noche fliplante! —le animó Patricia.

Adrian volviéndose hacia ella y tras darle un manotazo en el trasero murmuró.

—No, cariño. No soy tan facilón. Primero tiene que volver aquí. Segundo conseguir que yo le vuelva a mirar y tercero... Uy... ¡Me acaba de mirar! —casi gritó bebiendo de su copa mientras retiraba la mirada.

Con disimulo aquellas volvieron a mirar y efectivamente, el Schwarzenegger había cambiado de posición y les miraba. Pero no a ellas, sino a Adrian.

—Felicidades —se mofó Marta—. Tu radar funciona divinamente. Ya me dirás dónde lo has comprado, porque el mío está averiado, o fuera de cobertura.

Eso les hizo reír, hasta que de pronto Patricia le dio un codazo y preguntó:

—Ese que está allí, ¿no es tu rana inglesa?

—¡¿Rana?! —exclamó Adrian haciéndoles reír—. Pero si ese rubiales es lo más parecido a un príncipe aunque sea conde. ¡Qué *tiarrón*! Esos ojos azules que tiene son de los que te deben traspasar en ciertos momentos.

Marta, con la sonrisa aún en la boca por las miraditas que Adrian y el fotógrafo se echaban, miró hacia donde su amiga le indicaba y se quedó con la boca abierta al verle hablando con un grupo de gente. Con morbo y deleite paseó sus ojos por aquel. Uf... cómo le ponía aquel hombre.

Como siempre, estaba tieso e impecablemente vestido.

Aunque aquella vez llevaba un traje gris claro que le hacía resaltar su pelo rubio y sus ojos celestes. Desde su posición Marta comprobó que no la había visto. Por ello se dedicó durante un buen rato a observarle, hasta que vio que una mujer no mayor que ella, vestida con un vestido amarillo de lo más sugerente, se acercó hasta él y tras decirle algo al oído, él sonrió y la siguió.

«Esa debe de ser la de Estocolmo... la tal Elizabeta» pensó molesta por la intimidad que vio entre aquellos. Con un resoplido casi inaudible se volvió y Patricia murmuró:

—Recuerda... es tu rana. Debes pensar en él como tal.

—Por supuesto —aclaró nada convencida mientras volvía de nuevo la vista hacia ellos y veía que se sentaban en unos sillones de cuero beige para charlar.

Incapaz de dejar de mirar, vio como este curvaba sus labios para hablar con aquella, que continuamente se echaba hacia delante para acercarse a él.

«Maldita guarra... se le está insinuando» pensó Marta.

—*Uiss* nena siento decirte que se te están poniendo los pelos como escarpías —rió Adrian.

Pero Marta no le escuchó. La sonrisa de minutos antes había desaparecido de sus labios.

—¿No le saludas? —preguntó este dándole un empujón.

—No, ¿por qué voy a saludarle? —respondió al ver que aquel le decía a la del vestido amarillo algo al oído y ambos reían.

Patricia consciente de que Marta lo estaba pasando mal, metió baza.

—Yo creo que deberías saludarle.

—No.

—¿Por qué? —preguntó deseosa de que le dijera la verdad.

—Pues porque no y punto.

—¡Alerta! —gritó Adrian—. Mi rana Schwarzenegger viene hacia la barra. A ver nenas... decidme si me mira de abajo arriba cuando llegue a la barra. Si me mira... es que sigue interesado por mí, si no, es que ya ha ojeado algo más interesante.

Marta y Patricia dejaron de mirar por unos instantes hacia donde estaba Philip y prestaron atención a la espalda de Adrian. El calvete musculoso llegó hasta donde estaban ellas y tras mirar a Adrian de abajo arriba mientras

charlaba animadamente con ellas, se puso tras él para pedir una bebida. Expectante, Adrian levantó las cejas para preguntar y ellas asintieron. Entonces se volvió hacia la barra, y tras mirar al *calvo* y sonreír, comenzaron a charlar. Dos minutos después este se alejó con aquel hacia un lateral donde continuaron su conversación.

—¡Qué fuerte! Eso es tenerlo claro y lo demás son tonterías —asintió Patricia al ver a su amigo tan divertido charlando con el fotógrafo.

—¡Mierda! Ya no están —exclamó Marta al mirar hacia los sillones y no ver allí al conde con la de Estocolmo.

—Vamos a ver... vamos a ver, que yo ya me estoy perdiendo —murmuró Patricia mirando a su amiga—. ¿No habíamos quedado que el trajeado era una rana más en la charca?

Marta no respondió. Solo podía mirar a su alrededor en su busca. Patricia tuvo que darle un tirón del brazo para atraer su atención.

—Marta, ¿me has escuchado?

—Sí... sí te he escuchado. Por supuesto que es una rana más.

—Perdona, bonita, pero por tu actitud lo comienzo a dudar. Hacer lo que estás haciendo me da qué pensar.

Al darse cuenta de aquello Marta se paró y volviéndose hacia su amiga resopló.

—Tienes razón. Por favor ¡dame dos guantas con la mano abierta! ¿Qué estoy haciendo?

—El idiota. No me cabe la menor duda.

—Madre mía... madre mía ¡Que no es mi tipo! Ay, Dios... sí es que no tengo remedio. Sí es que yo para *pilingui* no valgo.

Incrédula por lo que había dicho Patricia la miró y le preguntó:

—¿Me estás llamando *pilingui*?

—¿Cómo puedes pensar eso «so» idiota? —sonrió divertida—. Es solo una manera de hablar. Nunca he sido mujer de polvetes de una noche y bueno... me cuesta. Anda vamos a ver qué hace Vanesa. Necesito salir de aquí inmediatamente.

Una vez que comprobaron que Vanesa continuaba con la hija de Karen y sus amigos, Marta se volvió hacia su amiga que hablaba con unos tipos y dijo con determinación.

—Necesito encontrar otra rana inmediatamente para que me quite toda la tontería de carcamal que tengo. Además, no quiero que el trajeado me vea así. Por favor Patricia ayúdame.

—Pues vas a estar de suerte —rió esta tras pestañear—. Esos dos guaperas nos quieren invitar a una copa. A mí me atrae él más alto. El rubio. El más descolorido. Tiene *morbete*, ¿has visto qué pelo tiene? —Marta mirándola sonrió—. Y por cómo te mira el otro, yo diría que el del traje oscuro bebe los vientos

por ti.

Sin ningún disimulo Marta miró al que Patricia le indicaba. Era alto, moreno, y tras ver que no estaba mal y que el tío le sonrió le susurró:

—Vale... para un apretón me sirve. Aunque te voy a decir una cosa. Qué no se piense que esta noche va a haber algo, porque no se lo voy a consentir. Hoy solo necesito una rana que me dé mimitos pero sin llegar al meollo de la cuestión. ¿Me has entendido?

Divertida por aquello Patricia sonrió y tras coger su bebida dijo mientras andaban hacia aquellos:

—Anda, Sor Marta. Vayamos a otro lado de la fiesta.

Philip la vio pasar. Llevaba buscándola gran parte de la noche pero entre el gentío no la localizaba. Moviéndose con rapidez intentó llegar hasta Marta, pero la gente le aprisionó y la perdió de vista. Dos segundos después la actitud de su sobrina Diana llamó su atención y se acercó hasta ellas y sus amigos. Más tarde buscaría a Marta. Con disimulo Philip siguió al grupito de adolescentes que salió al jardín.

—Venga... aquí nadie lo olerá —rió Diana.

Varios de los muchachos se encendieron unos cigarrillos de marihuana y tras dar unas caladas comenzaron a pasarlo de unos a otros.

—Pásalo que te vas a quemar las uñas. —Se guaseó uno de sus amigos al ver a Diana fumar con avidez de aquel cigarrito.

—No seas ansioso, David. Hay para todos. Ya me he asegurado yo —se mofó aquella pasándole el cigarro a Vanesa.

—Mmm... qué bien huele —sonrió ésta cogiéndolo.

Pero no le dio tiempo a fumar, la enorme figura de Philip apareció ante ellos y tras darle un manotazo a su sobrina y quitarle el cigarro de las manos a Vanesa, lo pisó y dijo mirando con dureza a uno de los chicos.

—David, si no quieres que vaya y le cuente a tu padre lo que hacías, apaga eso ahora mismo.

El muchacho le hizo caso al instante. Philip disgustado miró a su sobrina y a Vanesa.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? ¿Cómo se os ocurre fumar esto?

Vanesa suspiró con descaro y Diana con gesto impasible miró a su tío y gritó.

—¿Me espiabas tío?

—No. Pero creo que tú y yo ya hemos hablado de este tema.

—Bah... déjame en paz.

Con rapidez, Philip agarró a su sobrina del brazo y dando un tirón de ella le espetó en la cara:

—Háblame con respeto, jovencita. El que tu madre sea demasiado buena contigo, no quiere decir que a mí me trates igual.

Sin soltarla, dijo mirando a todos los muchachos que le observaban

horrorizados:

—Id a la fiesta. Y como os vuelva a pillar en otra, os vais a enterar.

Los muchachos se marcharon a toda prisa, quedando a solas Diana, Vanesa y él.

—¡Aguafiestas! ¿Por qué no te olvidas de mí? —gruñó la muchacha.

—Diana, no me calientes más o te juro que...

—¿Qué? ¿Me juras que qué? —gritó en tono despectivo.

—Mire oiga, y o creo que se está usted pasando —protestó Vanesa.

Philip volviéndose hacia aquella con gesto agrio le indicó:

—Cállate si no quieres tener problemas tú también.

—Oh, ¡qué miedo! —se guaseó su sobrina haciendo reír a Vanesa.

Philip tras suspirar e intentar mantener su autocontrol miró a su sobrina. Diana era una niña problemática y por lo que estaba comprobando, Vanesa no se le diferenciaba mucho.

—Volved a la fiesta y procurad comportaros. Hay mucha gente influyente allí dentro y como dejéis en ridículo a mi padre, os las veréis conmigo ¿me habéis entendido?

Diana le miró con burla y respondió dejando a Vanesa sin palabras.

—Oh, por supuesto... para dejarte en ridículo ya estás tú, ¿no crees? ¿O acaso tengo que recordarte lo de Juliana?

Philip volvió a mirar a la niña y contuvo sus ganas de abofetearla. Odiaba como su ex manejaba aún a su sobrina, pero no podía hacer nada. Por lo que tras resoplar dijo:

—Mira Diana. No sé qué te ha contado Juliana, pero si...

Su sobrina no le dejó terminar y le cortó.

—Lo que sé es que está esperando un hijo tuyo y que tú reniegas de él. Parece mentira que le estés haciendo eso a tu propia sangre, precisamente tú. Don rectitud.

Intentando mantener la serenidad miró a la cría y respondió.

—Nada de eso es cierto, Diana. Debes creerme.

—Sí, claro... debo creerte a ti, igual que a mi maravilloso padre, ¿verdad? ¿Qué pretendes? ¿Que me convierta en una marioneta más en vuestras manos para que el día de mañana un imbécil como vosotros me maneje? Oh, no... eso sí que no. No lo vais a conseguir. Todos sois una pandilla de mentirosos.

—Escucha, Diana. Tú padre es tu padre, y yo, soy yo. El que él te mintiera no quiere decir que yo te tenga que mentir. Sabes que te adoro. Pero no apruebo tu actitud desde que tus padres se separaron. ¿Crees que tu madre se merece como te comportas?

—Eso es algo a lo que no te pienso contestar —rió la cría con malicia mirando a Vanesa.

Cansado de su sobrina y de las miraditas de aquellas, Philip se acercó a ella

con gesto un imperturbable en la cara.

—Esto se ha acabado, Diana. Mi paciencia contigo ha llegado a su fin. ¿Quieres ser una desgraciada el resto de tu vida? Adelante. Pero no amargues la existencia del resto de la familia porque tú te creas una incomprendida. Y en referencia a tu amiga Juliana no es cierto que el bebé sea mío. Es una lianta. Ahora bien, cree lo que quieras. Al fin y al cabo es lo que vas a hacer.

—Por supuesto —respondió la muchacha con rebeldía.

—Ahora entrad en la fiesta y no olvidéis que os estaré vigilando. Tened cuidado con lo que hacéis porque no te pienso volver a pasar ninguna más, ¿entendido?

Sin responderle, Diana le miró y volviéndose se agarró al brazo de Vanesa y ambas se marcharon.

Marta y Patricia reían con Germán y John, los hombres que habían conocido, mientras tomaban unas copas. Desde un discreto rincón Philip las observaba desde hacía rato. No podía quitarle la vista de encima a Marta. Estaba de lo más sugerente con aquel vestido rojo. Ella parecía divertirse con el idiota de Germán. El hijo bobo de un amigo de su padre. Incluso le vio acercarse a ella demasiado y eso no le gustó.

En aquella zona de la casa la gente más joven bailaba. Allí Vanesa y Diana reían con su grupo de amigos y parecían pasarlo en grande. Pero aquel lugar horrorizaba a Philip. Nunca le había gustado bailar. ¡Era ridículo! Pero observar a Marta le gustaba y mucho, a pesar de que algo en él se encendía cada vez que Germán se le acercaba. Sabía que no debía pensar así. Ella le había dejado claro que eran amigos sin compromiso. Pero desde aquel fin de semana con ella, ya nada era igual. Las mujeres con las que salía en Londres le parecían sosas, aburridas y sin gracia.

Sonó «Vogue» de Madonna y Vanesa se acercó a su madre. Ambas comenzaron a bailar. Les encantaba Madonna y esa canción. Germán, incapaz de no seguir la marcha de la española quitándose la chaqueta se tiró a la pista a bailar. Philip, incrédulo por como aquel se movía, frunció el ceño. Su carácter inglés le impedía hacer las idioteces que aquel tipo hacía, aunque a Marta le parecía divertirse. Sin querer aguantar un segundo más, con el enfado en sus ojos, se dio la vuelta y se marchó. Ya había visto suficiente.

Esa mujer nada tenía que ver con él, ni con su vida. No le convenía. Pero antes de llegar al salón donde estaban sus selectos amigos, se dio la vuelta y anduvo presuroso por el pasillo hasta llegar a donde ella estaba. Fue hasta la pista. La asió de la mano y tras dar un tirón de ella para sorpresa de esta y de Germán, se la llevó.

Acalorada e incrédula, Marta se dejó llevar e indicó a Germán con un movimiento de mano que enseguida regresaría. Una vez se alejaron lo suficiente de la pista y llegaron al estrecho pasillo, de un tirón Marta se soltó y preguntó:

—Pero bueno, ¿por qué has hecho eso?

Philip, sorprendido por lo que había hecho, casi no sabía qué responder. Nunca le había ocurrido algo así. Él no era persona de reacciones de ese tipo. Pero algo en su interior le hizo regresar a la zona de baile y sacarla de allí.

Marta al ver que no respondía, entre jadeos por el baile y la carrera, torció el cuello para mirarle, se puso las manos en las caderas y clavándole la mirada repitió:

—Te acabo de hacer una pregunta, ¿no me has oído?

Philip sí la había oído. Lo que no sabía era contestar. Solo podía mirarla. Por ello e incapaz de hacer otra cosa, puso su mano en la nuca de Marta y atrayéndola hacia él la besó en medio del pasillo, sin importarle nada ni nadie. Le metió la lengua en la boca y se la exploró deseoso de beber de ella hasta su último aliento. Aquello le pilló tan desprevenida a Marta que solo pudo responder a aquel beso ardoroso y dejarse llevar por la lujuria del momento. Aquel hombre le provocaba demasiadas sensaciones y era incapaz de negárselas. Durante unos instantes el resto del mundo no existió. Parecían estar solos mientras se exploraban sus bocas hasta que escucharon una voz conocida.

—Si no os quitáis de en medio, tortolitos, no puedo salir del baño.

Era Karen, la hermana de Philip quien, tras mirales y sonreír, prosiguió su camino. Philip la soltó de inmediato. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo podía estar besando a aquella muchacha allí, de aquella forma? Sin decir nada más se dio la vuelta y se alejó.

«Pero este tío es idiota o qué» pensó Marta con los labios aún ardiendo por el beso. Y, sin pensárselo, cerró los puños y caminó hasta la barra del bar donde él pidió un whisky.

—Dos. Ponga dos —dijo Marta mirándole.

Al notar su presencia Philip se giró para mirarla. Estaba bellísima con las mejillas encendidas y el cabello ensortijado acariciándole el rostro, y antes de que pudiera decir nada, ella preguntó con cara de pocos amigos:

—¿Por qué has hecho eso?

—Tú no bebes whisky, Marta. No te gusta —la advirtió. Pero ella no quería escucharle. Quería explicaciones y prosiguió.

—Creo que tú y yo hemos quedado en que solo somos amigos para ciertos momentos. ¿Me equivoco?

Al verla tan enfadada y sentirse mal por lo que había hecho respondió.

—No, Marta, no te equivocas. Pero Germán es un idiota. Le conozco y es de los que luego cuentan sus intimidades en la oficina.

Aún más enfadada por aquello casi gritó.

—¿Te he dicho yo algo por verte aparecer con esa *barbie* siliconada de Estocolmo?

Eso le divirtió. Le gustó. Pero sin cambiar su gesto serio preguntó:

—¿Te ha molestado verme con Elizabetha?

—No —dio un trago al whisky. Marta arrugó la nariz.

—Te pido disculpas. No volverá a suceder —le dijo, feliz porque ella hubiera reparado en la mujer.

—¡Disculpas!

—Sí, Marta, disculpas —repitió él.

Boquiabierta por su desfachatez, resopló y retirándose el flequillo de la cara siseó, mientras veía acercarse a la rubia del vestido amarillo contoneando las caderas:

—¡Perfecto! Y ahora, ¿qué le digo yo a Germán? ¿Le pido disculpas de tu parte?

—¿Disculpas a Germán? —preguntó confundido.

—Sí...

—Te he dicho que es un imbécil. No merece la pena que sigas con él.

—Eh... ¡no te pases con mi acompañante!

—Tú has llamado a la mía *barbie* siliconada y yo no te he dicho nada. Y, disculpa, pero el mequetrefe que estaba contigo da pena...

Sorprendida por aquello, le miró e intentó defender lo indefendible. Germán verdaderamente era un numerito bailando.

—Por lo menos intenta ser divertido ¡no como otros SOSOS!

—¿Me estas llamando soso? —preguntó incrédulo.

Ella, dando un trago al whisky que le raspó la garganta, dijo:

—Sí. Eres soso. Tremendamente soso. El soso más soso que he conocido en toda mi salada vida.

Pasmado por aquello atacó. Sabía que no era la diversión personificada, pero, ¿soso?

—Y tú eres una intemperante.

Marta fue a responder. Pero mirándole con gesto extraño preguntó haciéndole casi sonreír.

—¿Se puede saber qué me has llamado, so idiota?

—Intemperante, o lo que es lo mismo, inmoral, jueguista. ¿Eres capaz de entender esas palabras?

—Oh, sí... claro que soy capaz de entenderlo señor importante y bien hablado. Y para que te quede claro, te diré en mi idioma que tú eres un insípido, insulso e inexpressivo boniato incoloro e insustancial que aburre a las ovejas con sus perfectos modales y gilipolleces, ¿me has entendido?

—Creo que no te aburrí cuando estuvimos en la cama —respondió sin querer sonreír. Le molestara o no, Marta era graciosa. Demasiado deliciosa.

—Bueno... bueno... bueno, ¡habló la rana inglesa!

—¿Rana inglesa?! —ya era la tercera vez que le escuchaba llamarle así—. ¿Se puede saber porque me llamas rana inglesa?

Pero ella no le contestó y continuó su retahíla.

—Que te quede claro, que no eres nada del otro mundo, ¡aburrido! —al notar la fiera de sus ojos, murmuró confundida—. Sí que es cierto que me lo pasé contigo bien en la cama, pero vamos... igual que me lo paso con el Musaraña, Ángel, Pepe o incluso puede que con Germán —mintió como una bellaca. Nunca lo había pasado tan bien con un hombre. Ninguno la trataba con su delicadeza y pasión. Ninguno.

Molesto por aquello fue a responder, pero llegó hasta ellos Elizabeta, la mujer del vestido amarillo y, apoyándose en el brazo de él, susurró mimosa.

—*Chéri*....

Al escuchar aquello, Marta deseó sacarle los ojos primero a él y luego a ella. Pero, levantando el mentón, le miró y al ver el gesto tosco de aquel dijo acercándose:

—En confianza, guapa. ¡Este hoy te da gatillazo!

Una vez dijo aquello, sonrió con maldad y se marchó. La mujer que no había entendido nada miró a Philip que aguantaba la risa y preguntó:

—¿Qué ha dicho esa mujer?

Divertido como nunca, miró a Elizabeta y mientras se dirigían a la salida murmuró:

—Nada... dijo que le gustaba tu perfume.

Capítulo 21

El sábado, cuando Marta se despertó, eran las tres de la tarde. Se sentó rápidamente en la cama y vio que Patricia finalmente no había pasado la noche allí. La última vez que la vio estaba con el tal John, mientras ella se quitaba de encima al pesado de su acompañante. Germán, resultó ser un petardo de mucho cuidado. Justo lo que Philip le había dicho.

«Vaya. Otra como Adrian. Me han dejado sola, los muy ligones» pensó, mientras se dirigía al baño para ducharse. En ese momento la puerta de su habitación se abrió. Era Vanesa que había dormido con Diana.

—Mami, buenos días.

—Hola, cariño —sonrió Marta acercándose a su hija para darle un beso en la mejilla—. ¿Llevas mucho tiempo levantada?

—Un ratillo. He desayunado con Antonio, Lola y Diana.

—¿No tienes calor con esa camiseta? —Preguntó Marta mirándola con una cariñosa sonrisa—. Ven ponte esta mía. Te gusta mucho.

—No... no, no quiero cambiarme —respondió Vanesa.

Quitarse la camiseta delante de su madre supondría dejar a la vista el tatuaje que se hizo encima del pecho y no quería que lo viera. Ambas se sentaron en la cama.

—¿Qué tal lo pasaste anoche en la fiesta?

—¡Genial mamá! Los amigos de Diana son ¡la leche! —omití comentar lo ocurrido con el estirado del trajeado. No merecía la pena.

—¿Os acostasteis muy tarde, jovencita?

—Al ratito de irte tú. Por cierto, mami. Lo de Adrian y Patricia qué descaro, ¿no crees? Por lo visto han llamado a Lola y le han dicho que regresarán sobre las cinco de la tarde.

«Los mato... juro que los mato» pensó al escuchar aquello.

—No, cariño. Son solteros y pueden hacer lo que les dé la gana. Siempre y cuando sepan lo que hacen y no se perjudiquen, a mí me parece bien —dijo Marta para quitarle importancia al asunto.

—Pues también tienes razón —sonrió la niña mirando a su madre—. Mami ¿puedo preguntarte algo?

—Claro. Lo que quieras.

—¿Por qué besaste al encorsetado del tío de Diana?

Aquella pregunta la pilló tan desprevenida que Marta casi se atragantó. Pero enseguida respondió.

—Ah... lo viste —la niña asintió—. Pues fue algo que...

En ese momento se abrió la puerta y apareció Diana.

«¡Uff! Menos mal» pensó Marta resoplando.

—Buenos días, ¿puedo pasar?

—Por supuesto cielo, pasa —sonrió Marta.

Al llegar frente a ellas la joven miró a Vanesa y preguntó con ansia:

—¿Se lo has preguntado ya?

Marta miró a su hija, quien algo avergonzada por dejarla también sola dijo:

—Mami ¿te importa si me voy con Diana a su casa? Por lo visto esta noche vais a salir con su madre y así yo no me quedo sola aquí con Lola y Antonio.

Incapaz de decir que no, Marta asintió y tras darle un cariñoso beso, dos minutos después, volvió a quedarse sola en la habitación.

«Voy a darme una ducha. La necesito» pensó levantándose de la cama temblorosa aún por la pregunta de su hija.

Una vez abrió el agua y se quitó el pijama, se metió en la moderna ducha de hidromasaje. Con curiosidad fue tocando todos los botoncitos para ver su uso.

«Qué maravilla. Chorros por aquí, chorros por allá. Una así tengo yo que poner en mi casa» pensó mientras se enjabonaba el pelo y pensaba en que mataría a Adrian y Patricia cuando los viera.

De pronto escuchó unos golpes en la puerta del baño y oyó la voz de Lola.

—Tesoro. Antonio y yo vamos a llevar a las niñas a la casa de Karen. ¿Quieres venir? ¿Te esperamos?

Con una sonrisa en la boca Marta abrió la puerta de la ducha y gritó:

—No, Lola. Si no os importa prefiero quedarme y disfrutar de un rato de tranquilidad en esta maravillosa ducha.

—De acuerdo, *miarma*. Regresaremos en un par de horas.

Marta continuó con su ducha. Pensaba disfrutarla a tope. Se daría el exfoliante de la cara y el cuerpo mientras dejaba actuar la mascarilla del pelo. Aquello le vendría genial. En su casa nunca tenía tiempo para nada, pero allí, aquel día, podía permitirse perder el tiempo con aquellas cosas. Disfrutaba de todo aquello cuando escuchó la puerta del baño abrirse y cerrarse. El vaho de la cabina no le dejaba ver y con la mano limpió un trozo para mirar y gritó:

—¡Pero bueno! ¡¿Qué haces aquí?! —preguntó incrédula al ver a Philip por allí.

—Quería aclarar eso de que soy ... ¡Soso! —dijo él.

Boquiabierto por la situación en la que se encontraba con la mascarilla color huevo en su cabeza y la crema alrededor de su rostro, se puso bajo el chorro para quitarse aquello, pero en sus prisas le entró mascarilla en los ojos y gritó.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Dios... cómo pica!

—¿Qué te pasa?

Pero al ver que ella no contestaba y solo se limitaba a decir impropiedades a cual peor, abrió la puerta de la ducha. Ella gritó.

—¡Cierra la maldita puerta ahora mismo si no quieres que te asesine!

Incapaz de quitarle los ojos de encima, se quedó embobado mirándola.

Molesta por aquellas confianzas, ella se echó hacia el fondo de la ducha y

gruñó:

—¿Qué tal si me esperas en el salón? No creo que haga falta que entres en esta habitación y mucho menos en la ducha para hablar. Mi hija puede entrar en cualquier momento y...

—Tu hija y el resto se acaban de marchar. Me los he cruzado cuando llegaba.

«Maldita sea. Tenía que haberles dicho que me esperaran» pensó tras tragar el nudo de emociones que le estaba haciendo sentir. Ver como la miraba y observar como el bulto de su pantalón crecía la estaba poniendo cardiaca.

A Philip se le había resecado la boca. Había llegado con la intención de hablar con ella y disculparse por lo de la noche anterior, pero al decirle Lola que estaba en la ducha, sin poder remediarlo la había seguido hasta allí. La última vez que estuvieron en la ducha juntos fue memorable. Y ahora, tenerla ante él, desnuda y mojada era de lo más tentador. Hasta que un grito lo despertó.

—¡Quieres hacer el favor de cerrar la maldita puerta de la ducha! Me estoy muriendo de frío, ¡joder!

Sorprendiéndola, se quitó la chaqueta del traje y los zapatos y tirándolos hacia un lado, se metió con ella en la cabina de la ducha y dijo una vez cerró la puerta:

—Ahora ya no tendrás frío.

Durante unos instantes ambos se miraron a los ojos, mientras ella incrédula pensaba lo que aquel acababa de hacer. Se había metido vestido bajo la ducha con su carísimo traje y se estaba empapando. Eso la hizo sonreír. Él también sonrió.

«Ay Dios... que está sonriendo y su sonrisa me pierdeeee» pensó atraída como un imán.

Marta, sin tacones, se sentía pequeña junto a él. Y mientras le miraba sintió que se deshacía.

«¿Pero por qué? Si a mí este tío no me gusta» pensó mientras observaba como el agua le caía sobre el rostro y su ropa.

La camisa azul comenzó a pegársele en el cuerpo, marcando los músculos que ella había tenido el placer de conocer en vivo y en directo.

Philip, excitado por la visión que ella le ofrecía, alargó el brazo. Lo pasó por la desnuda cintura de ella y la atrajo hasta él con decisión. Ambos quedaron pegados bajo el chorro del agua mientras se mantenían las miradas. El pelo rubio de Philip se comenzó a oscurecer con el agua y entonces Marta no pudo más y dijo:

—Me voy a ahogar si sigo un segundo más bajo el chorro mirando hacia arriba.

Poseído por una ansia enloquecedora, Philip se movió hacia su izquierda y alzándola del suelo puso una de sus enormes manos bajo sus nalgas. Marta excitada por como él la miraba con sus implacables ojos azules se lanzó a su boca y le besó con deleite y ferocidad. Le besó con tal lujuria que Philip tuvo que

apoyarse en la pared para que las piernas no se le doblaran.

Marta consciente de cómo él estaba, una vez la bajó de nuevo al suelo, sin quitarle la camisa posó su boca justo encima de los pezones que se le transparentaban y los mordisqueó. Eso excitó aún más a Philip que con premura se quitó el cinturón y se desabrochó los pantalones, mientras ella le arrancaba de un tirón los botones de la camisa y le hacía reír.

Una vez le abrió la camisa, le volvió a poner la boca sobre los pezones. Estaban duros como piedras y la sensación al chuparlos le gustó. Pero aquello duró poco. Philip extasiado de placer tocó un botón de la ducha para que dejara de salir por la alcachofa de arriba y comenzara a salir por los laterales.

—Así no nos ahogaremos —sonrió mientras se quitaba los empapados pantalones, se bajaba los calzoncillos y dejaba al aire su tentador miembro viril.

«Oh, Dios... este hombre no es mi tipo ¡pero me encanta!» pensó mirando aquel recto músculo que ante ella se erguía orgulloso.

Con la boca deseosa de probar aquello, Marta se agachó entre sus piernas y cogiendo el miembro de él entre sus manos lo besó. Aquel simple contacto hizo a Philip cerrar los ojos y gemir. Cuando Marta se introdujo el pene en la boca, comenzó a mordisquearlo y succionarlo con lujuria, él sonrió y le susurró con voz muy varonil.

—Estás juguetona hoy, *honey*.

No pudo decir más. La suave boca de ella le hizo sentir tal latigazo de placer que arqueó la espalda tras resoplar.

«¡*Honey*?!» escuchó ella y al sentir su gozo susurró.

—Tú me has buscado a mí. El juguetón eres tú.

Incapaz de seguir allí sin tocarla, la hizo levantarse. Tocando de nuevo los mandos, cogió la ducha de mano y tras ajustar el regulador y ponerlo para que saliera por tres chorros dijo señalándole un pequeño *pollete*:

—Sube el pie aquí.

Ella sin rechistar le hizo caso. Él se puso detrás de ella y tras hacerle recostar la espalda sobre él, bajó la ducha primero por su cuello, después por sus pechos y, tras masajearlos, la ducha continuó su recorrido hacia su vientre. Cuando su excitación no pudo más, Philip, posó la ducha entre sus piernas.

—¿Está muy caliente el agua? —preguntó mientras le repartía un sinfín de besos dulces por el cuello.

Sin poder hablar por la excitación del momento ella negó con la cabeza y murmuró.

—Está en su justa medida. Ni caliente. Ni fría.

Él sonrió y apretando uno de los botones de la ducha lo puso para que saliera un solo chorro.

—Flexiona las piernas y apóyate en mí.

Sin dudarla ella lo hizo, y al notar aquel chorro juguetón sobre su clitoris gritó

y quiso moverse, pero él sujetándola con fuerza no la dejó, mientras el chorro continuaba dándole con fuerza en su clitoris y ella creía explotar. Duro como una piedra él le susurró al oído.

—... Cierra los ojos e imagina lo que quieras. Lo que te excite.

Marta nunca había sentido algo así con el simple roce del agua. Aquella ducha manejada por Philip con sus chorros regulables, la estaban arrancando espasmos de placer, mientras él le abría los pliegues de su sexo y ella se dejaba hacer en sus manos.

Cerró los ojos. Y las imágenes que le venían a la mente eran él devorándole los labios. Él desnudándola. Él... él... él. Tras dejar escapar un gemido tan placentero que la hizo temblar toda entera, Philip creyó que su miembro iba a explotar. Sin perder un segundo soltó la ducha e introduciendo su duro pene de un empellón en la vagina desde atrás, comenzó a entrar y salir cada vez más rápido. Con más brío. Hasta que la oyó gruñir de placer y segundos después tras un espasmo que lo dobló, salió de ella y se dejó llevar.

Sin mirarse, respiraban con irregularidad mientras el agua de la ducha seguía corriendo entre ellos. Apenas sin fuerzas, Philip cogió la ducha del suelo y tras dar a uno de los botones hizo que el agua volviera a salir por la alcachofa de arriba. En ese momento Marta se dio la vuelta y le miró.

—¿Otra vez sin preservativo? Maldita sea, Philip, luego te quejas de que te demandan y cosas por el estilo —susurró entre molesta y guasona.

Con una cautivadora sonrisa la atrajo hacia él y la besó. Después le miró el ojo irritado por el champú y preguntó:

—¿Te sigue molestando el ojo?

Ella pegada aún a él murmuró tras besarle en el pecho.

—Nunca el contacto del agua me había hecho sentir así. Es la primera vez en mi vida que tengo un orgasmo con algo que no sea un pene. Ha sido fantástico. ¿Qué has hecho?

Divertido por aquella revelación, primero la besó en la punta de la nariz y luego en la boca.

—El morbo del momento. La imaginación y la potencia de la ducha ha sido lo que lo ha conseguido, no yo —dijo finalmente.

—¿En serio? —él asintió—. Entonces creo que lo primero que haré cuando llegue a Madrid será cambiar la alcachofa de mi ducha. Me compraré una nueva con distintos tipos de chorro. Sí... sí. Yo ya no puedo vivir sin esto.

Soltando una carcajada, Philip la volvió a besar. Aquella naturalidad era lo que le atraía de ella. Marta, no era una mujer de guardar sus emociones. Fuera buenas o malas, se las mostraba y eso le apasionaba. Le gustaba ver su vitalidad y, lo mejor, no se escondía tras absurdos maquillajes, ni vestidos de diseño para intentar engatusarle. Simplemente era ella misma. Nada más. Divertido por los comentarios que ella decía mientras miraba la ducha de mano dijo:

—Entonces para asegurarme que pasarás cientos de momentos placenteros, me ofrezco a regalarte una ducha en condiciones. ¿Qué te parece?

—Oh, Dios, Philip así conseguirás que no salga nunca de mi cuarto de baño —se mofó ella y ambos rieron—. Pero si te soy sincera prefiero eso, algo útil, a un ramo de flores. Mi madre, ¡qué regalazo!

—Sobre todo romántico —asintió él divertido al pensar en la cara que pondría cualquiera de las mujeres que él solía visitar, si aparecía con una alcachofa de ducha en lugar de unas carísimas rosas de tallo largo.

Una vez salieron de la ducha, Marta preguntó al señalar su ropa hecha un guñapo mojada en el suelo:

—¿Necesitas que te deje unas braguitas? Tengo unos tanguitos monísimos.

—No, *honey* —sonrió divertido por su ocurrencia—. Mi habitación está justo al fondo del pasillo. Allí, por suerte, tengo de todo. Por cierto, ¿cenas conmigo?

Aquella pregunta le pilló desprevenida. Le apetecía muchísimo cenar con él. Moría por cenar con él. Incluso cenaría encantada un sándwich en aquella habitación. Pero no era buena idea. Debía pensar en él como en su rana londinense y nada más.

—No.

—¿Y mañana?

—Tampoco.

Sorprendido por aquella respuesta Philip la miró y preguntó:

—¿Por qué?

—Pues, porque no. Recuerda nuestro trato.

«Maldito trato» pensó él, pero volvió al ataque.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, ¡solo te estoy invitando a cenar!

Eso la hizo sonreír y desconcertándole aún más murmuró.

—Por suerte para mí, esa pregunta no está dentro de las cosas que yo quiero escuchar. Y en cuanto a lo de invitarme a cenar, sigo pensando que no. Además, y tengo planes para esta noche, y tú, no entras en ellos.

Molesto por el rechazo y en especial por lo que oía preguntó:

—¿Con quién tienes planes?

«Dios... Dios... que pare ya» pensó desesperada.

Para ella no era fácil rechazar una invitación tan apetecible como aquella. Pero debía hacerlo.

—Con mis amigos. Queremos conocer la noche londinense —respondió.

—Yo te la puedo enseñar.

—No, y no insistas por favor.

Después de unos segundos de incómodo silencio por parte de los dos él señaló:

—Pensé que estabas bien conmigo.

Marta sin poder evitarlo, se puso de puntillas y pasándole la mano por el

cabello para peinárselo hacia atrás respondió:

—Claro que estoy bien contigo. Eres mi amigo. Pero tengo por norma no repetir cita tan seguida con el mismo hombre —mintió como una profesional—. Ya sé que esto no ha sido una cita. Ha sido algo espontáneo. Pero, por favor entiéndelo, ¿vale?

—No.

—No, ¿qué?

—Que no lo quiero entender —gruñó él—. Me apetece cenar contigo y disfrutar de tu compañía. No entiendo que...

Pero ella no quiso escucharle y tras un resoplido de frustración sentenció.

—He dicho que no y si tantas ganas tienes de disfrutar y salir, ¡sal con tus amigos! Estoy segura que no te faltará compañía femenina.

Él desistió. Nunca había suplicado una cita a nadie y ella no iba a ser la primera, ¿o sí? Intentaría enterarse donde estaría y coincidir con ella, por ello, con una encantadora sonrisa que hizo que las chispas saltaran de nuevo entre ellos asintió.

—De acuerdo, cabezota.

Al ver que ella se comenzaba a tapar con una toalla, se la quitó rápidamente. La atrajo hacia él y la besó.

—De momento, quiero seguir jugando contigo. Quiero demostrarte lo que un soso como yo puede llegar a hacer sentir a una preciosa y sensual mujer como tú.

«¡¿Soso tú?! Soso el Musaraña y el resto de los hombres que he conocido,» pensó, pero calló.

Sin ganas de ofrecer resistencia, Marta sonrió y se dejó abrazar. Aquello era justo lo que le apetecía y cuando la cogió en brazos y salió con ella del baño para tumbarla en la cama, enseguida le dijo:

—Cierra la puerta. Puede entrar cualquiera y pillarnos.

—¿Sería morboso no crees? —rió él.

—Sí. Sobre todo si nos pillan Lola y tu padre, ¡qué morbo! —se guaseó ella.

Aquello, y en especial su cara de pilluela, le hizo sonreír. Sin perder un segundo fue hasta la puerta y tras echar la llave se tumbó sobre ella.

—Tú y yo vamos a jugar y a pasarlo muy bien —le susurró al oído consiguiendo que a ella se le pusiera la carne de gallina.

—Sí —jadeó deleitándose en él.

—Te enseñaré juegos que creo que no has probado.

Al escucharle, Marta le miró muy seriamente.

—Te advierto que no estoy dispuesta a probar el sadomasoquismo. No me va. Y puesto que somos amigos de juegos sexuales, si no me va lo que propones, no voy a jugar, ¿entendido? —le murmuró señalándole con el dedo.

Cada vez más divertido preguntó:

—¿Me crees un hombre de gustos oscuros? —preguntó Philip, cada vez más divertido.

Ella negó con la cabeza y él sonrió.

—Mmmm... te equivocas, *honey*. El morbo me gusta tanto como tú.

Sin darle tiempo a responder tomó su boca y tras hacerla suspirar, le susurró al oído.

—Jugaremos con la imaginación. ¿Te ha gustado la sensación que has sentido en la ducha?

—Mmmmm sí... mucho —jadeó al notar como él le separaba las piernas entre cosquilleos lentos y sensuales.

—Pues nuestros juegos serán así. Algo entre tú y yo. Llegaremos hasta donde ambos estemos dispuestos a llegar y disfrutaremos los momentos que tengamos como queramos.

Segundos después hacían el amor apasionadamente olvidándose de todo lo que había a su alrededor.

Después de unas maravillosas horas en la que Marta y Philip permanecieron encerrados en la habitación jugando y disfrutando, llegó Patricia, quien al intentar abrir la puerta y ver que estaba cerrada por dentro, llamó.

—¡Haaa del Castillo! Marta, ¿estás ahí?

Los amantes, desnudos y sudorosos y aún tirados en la cama se miraron.

—Escóndete bajo la cama. La haré entrar en el baño y luego sales. Así no te verá —reaccionó Marta.

Incrédulo, la miró. No pensaba hacer nada de eso.

—¿Y por qué no me puede ver? —preguntó molesto.

Marta se cubrió con la sábana, le miro y se encogió de hombros.

—Vale. Pues haz lo que quieras. A mí no me importa. Ella sabe nuestro trato.

Sorprendido, Philip la miró.

—¿Ella sabe nuestro trato?

—Sí.

Philip quiso decirle que no estaba de acuerdo con aquel absurdo trato, pero se calló. Tras darle un beso en los labios que la calentó en décimas de segundo, se levantó y, enrollándose una de las sabanas a la cintura para tapar su sexo, se dirigió hacia la puerta. Quitó el pestillo y la abrió.

—Puedes pasar. Nuestra sesión de buen sexo ha terminado por hoy —dijo mientras salía de la habitación dejando sin palabras a las muchachas.

Y desapareció, dejando a Marta sobre la cama desnuda y a Patricia con la boca abierta y los ojos como platos.

Capítulo 22

Sobre las seis y media de la tarde Karen llegó a casa de su padre. Venía a buscar a Marta, Patricia y Adrian para llevárselos de juerga, algo de lo que hablaban sentados en el sofá junto a Lola.

—Os llevaré a cenar a Ole Morena un restaurante español muy de moda en Londres y luego nos iremos de copas a Black and Green. Un lugar muy divertido. Ya lo veréis. ¿Os vais a venir papá y tú? —preguntó Karen a Lola.

—Oh, no, *miarma*. Nosotros preferimos quedarnos viendo una buena película en la tele. Con la fiestecita de anoche ya tuvimos bastante. A nuestras edades si seguimos con esta marcha, el día de la boda estaremos derrotados.

—Jo, Lola... me encantaría que vinieras —se quejó Marta, quien miraba la puerta de entrada cada dos por tres esperando ver a Philip. Pero este no aparecía, ¿dónde estaba?

Lola al escucharla, sonrió y desconcertándola dijo:

—Ay, mi niña. Tú lo que tienes que hacer es pasarlo bien. Dejarte llevar por el momento y disfrutar. ¿De acuerdo?

«Patricia te voy a matar» pensó al escuchar aquello y ver la mirada de complicidad que se cruzaron aquellas dos. Pero en lugar de eso, asintió.

—No lo dudes, Lola. Te prometo que lo pasaré bien.

Adrian, deseoso de meter baza, dijo finalmente:

—A ver, nenas ¿Hay algún problema porque llame a Timoti y quede con él donde vayamos para tomar algo?

Las cuatro mujeres le miraron pero fue Marta la que habló:

—¡¿Vas a repetir cita con el fotógrafo?!

—Juas... con el Timoteo —se guaseó Patricia.

—¿Tú repitiendo cita? —preguntó Lola incrédula.

Adrian asintió y tras retirarse el flequillo de la cara con su típico *glamour* sentenció:

—Estoy seguro de que cuando vuelva a Madrid, no volveré a saber de él. Por lo tanto y como me dijo que le llamara para salir, ¿por qué no?

—Pues también tienes razón —asintió Patricia ganándose una increíble sonrisa de este—. Por mí no hay problema.

—Por mí tampoco —señaló Karen, sin percatarse de que su hermano Philip estaba parado en la puerta del fondo escuchándoles.

—Bueno... yo también quería deciros algo —murmuró Patricia—. El caso es que anoche me lo pasé de vicio corrupto con John. ¿Os importa que también venga a tomar algo con nosotros?

—¡Virgencita! ¿Qué os ha pasado a todos en Londres? —gritó Lola incrédula.

Tanto Adrian como Patricia tenían muy claro que repetir cita era completamente absurdo. Pero allí estaban, repitiendo.

—No me mires así, Marta —se quejó su amiga—. Ya sé que es mi rana londinense. Pero me apetece quedar otra vez con él, aunque sea tan seguido. Será la ansiedad que me provoca pensar en el poli *calvo* —Marta sonrió—. Y cierra el pico antes de que yo diga algo que estoy segura que no te va a gustar.

Aquello llamó la atención de Philip. Patricia había dicho «rana». La palabra que tanto llamaba su atención.

—¿Rana? —preguntó Karen al escucharlas—. ¿Qué es eso?

Poniendo los ojos en blanco Patricia sonrió y Marta contestó.

—Un rollito sin importancia. Nada serio ni por lo que perder una sola noche de sueño. ¿Nunca has oído eso que dice de rana en rana y me tiro a otro porque me da la gana?

«¡Será descarada!» pensó molesto Philip al escucharla.

—*Ozú, miarma* ¡qué brutalidad! —se quejó Lola, mientras Karen y los demás sonreían.

—Pues no. No lo había escuchado —rió Karen—. Pero me parece una idea excepcional.

—Oh, sí —rió Patricia—. Te lo aseguro. Se trata de hacer lo que hacen los tios. Ya sabes. Nada de sentimientos. Nada de compromisos. Solo sexo y *morbete* del rico. Luego él a su casa y tú a la tuya. Y si por casualidad nos volvemos a ver y a los dos nos apetece intercambiar fluidos corporales, ¡adelante! Y, si no, pues a otra cosa mariposa.

—Es un juego —asintió Marta—. Nada más.

Al escucharla Philip no se escandalizó. Era más o menos lo que ella le había sugerido. Amigos sin derecho a sentimientos. Pero nunca le aseguró que fuera un juego. Ver como Marta asentía a aquello le abrió las carnes y en ese momento él decidió jugar.

«Muy bien, *honey*... juguemos» pensó ofuscado.

—Karen, te lo aconsejo —prosiguió Marta haciendo a Philip resoplar—. Lo mejor es estar con quien uno quiere, única y exclusivamente cuando a una le apetece. Mira, yo lo practico desde que corté con mi último novio y es lo mejor que he podido hacer. He conocido a varios tipos últimamente que, ¡Oh, Dios mío! Me han hecho ver la luna, el sol y las estrellas en la cama.

Mintió como una bellaca. Pero Philip creyó aquella mentira y blasfemó.

—Pero, tesoro ¡tú no eres así! Tú eres una muchacha con sentimientos —volvió a quejarse Lola, incrédula por lo que escuchaba—. Pero, ¿qué estás diciendo?

—*Uis*, Lola, que Martita tras lo del Musaraña ya no es la misma —se guaseó Adrian—. Ahora ha decidido darse gusto al cuerpo cada vez que le apetezca, con quien le apetezca y sin esperar nada a cambio. Ya sabes, ese refrán que dice «antes de que se lo coman los gusanos, que se los coman los humanos».

—No es así —sonrió Patricia.

—Da igual, Lola y vosotras me habéis entendido, ¿verdad?

Intentando mantener la mentira Marta miró a su jefa y dejándola más boquiabierta espetó.

—Mira, Lola. Sabes que por mi trayectoria con los hombres, yo nunca he podido creer en el amor. Hoy por hoy, creo en las ranas y el sexo, nada más. Eso sí. Sexo del bueno.

—¡Chica lista! —asintió Patricia y tras ver que su amiga la miraba dijo defendiéndose—. Sé que repetir con el mismo tan seguido no es bueno. Pero en esta ocasión pienso como Adrian. Con seguridad no volveré a verle más y me apetece mucho. Me da igual que sea mi rana inglesa. Me apetece volver a estar con él y punto.

Molesta por aquello Marta les miró y preguntó:

—Vamos a ver ¿Vosotros pretendéis que yo esta noche os sujete la vela a todos o qué?

—No, Marta. No te preocupes —dijo Karen al escucharla.

—Yo tampoco voy con pareja. Pero tranquila. Estoy segura de que allí conoceremos a alguna rana. En Londres hay ranas muy atractivas. Te lo aseguro.

Aquello les hizo reír a todos excepto a Philip que dándose la vuelta salió por donde había entrado sin hacer ningún ruido. Llamaría a Marc y Warren para quedar con ellos.

Cinco minutos después Patricia mandó un mensaje al móvil de John y dos segundos después este le confirmó la cita.

—Ay, *garrapatillo*, —se mofó Adrian al mirar a su amiga—. Ahora entiendo porque me has dado tu apoyo o sin protestar. ¡So loba!

Patricia sonrió.

—Por cierto —preguntó Karen—. ¿Phil sigue aquí?

Eso tensó a Marta que con disimulo miró hacia otro lado. Karen todavía no le había preguntado por el beso que vio entre su hermano y ella, y estaba segura que no tardaría en hacerlo. En ese momento entró Filipa con unas pastas y descuadrándola totalmente señaló.

—El señorito Philip hace rato que se marchó, señorita Karen.

«¿Cómo? ¿Qué se ha ido? ¿Pero cómo se ha ido sin decirme adiós?» pensó Marta a punto de explotar, pero calló y disimuló. Aunque lo que realmente le apetecía era soltar sapos y gusarapos. ¿Cómo que él se había marchado?

Capítulo 23

A las ocho de la tarde entraban en el restaurante español. Allí entre risas y buen rollito cenaron los cuatro. Karen era una buena compañera de juergas, lo que ellos tres rápidamente agradecieron, aunque Marta incrédula la miraba y pensaba «¿Cómo podía ser la hermana de Philip?».

Los dueños del local eran amigos de Karen y cuando esta les dijo que aquellos eran españoles y sabían bailar sevillanas, no lo dudaron. Sacaron las guitarras, y subiéndose al pequeño tablado que tenían en un lateral, ante todos los comensales, comenzaron a tocar hasta que las palmas del local entero consiguieron sacarlas a bailar.

Una vez encima del tablado Marta miró a Patricia y le susurró:

—¿Me puedes decir qué coño hacemos aquí encima bailando para todos estos puñeteros *guiris*?

—Tú no lo sé y no digas palabrotas. Pero yo tonteando con ese morenazo de ojos color chocolate. Joder ¡qué *morbazo* tiene! —rió mirando a un moreno que como poco debía ser hindú.

—¡La madre que te parió! —se quejó Marta al escucharla.

Pero cuando comenzaron los compases de las sevillanas, se colocaron muy españolas ellas, y comenzaron a moverse por el pequeño tablado con una gracia y una agilidad que no se podía aguantar. Los *guiris*, encantados, aplaudieron cuando terminaron la primera sevillana y no pararon de aplaudir hasta que finalizaron la cuarta. Una vez terminaron las chicas, saludaron con una sonrisa de satisfacción y volvieron hacia su mesa donde Karen y Adrian les esperaban encantados de la vida.

—*Ainss* nenas, os teníais que haber llamado Montoya. ¡Qué bien bailáis por Dios!

—Gracias, Taranto —se guaseó Patricia bebiendo agua mientras miraba al hindú de oscuros ojos.

—Tenía razón mi hermano. Bailas muy bien —apreció Karen.

Al escuchar aquello, Marta la miró.

—¿Tu hermano te dijo que yo bailaba bien? —preguntó curiosa.

—Sí. Me lo dijo en la feria. Pero yo misma lo pude comprobar. Te vimos bailando en varias de las casetas en las que entramos. ¿Quién te enseñó?

—Lola. Ella fue mi maestra hace muchísimos años —contestó Marta, mientras su mente pensaba en Philip. ¿Dónde estaría?

Un par de horas después salían del restaurante y mientras esperaban un taxi, el hindú se acercó hasta ellos. Rápidamente Patricia confeccionó la mejor de sus sonrisas y le atendió.

—¿Y es chulazo con más cacao en su piel que un churro de chocolate quién era? —preguntó Adrian y ya dentro del taxi.

—Khalid —rió Patricia—. Una posible rana hindú. Me ha dado su teléfono para que le llame.

—Oh... qué pena —susurró Marta con sarcasmo—. Lo ves. Si no hubieras repetido cita con John, habrías podido estar con la rana hindú.

—¿Quién te ha dicho que no tendré tiempo de quedar con Khalid?

—... y será verdad —susurró Marta incrédula.

Eso les hizo reír a todos. Veinte minutos después llegaban al Black and Green. Tras comprobar Karen que no había prensa en la puerta, salieron del taxi y el jefe de sala la saludó con afecto al verla.

En el interior del local la música era atronadora y los cuatro, felices, no dudaron en bailar. Primero llegó Timoti, el fotógrafo, y un emocionado Adrian se descolgó del grupo. Diez minutos después llegó John acompañado de dos amigos. John, a sugerencia de Patricia, había invitado a dos colegas, abogados como él, para la cita, lo que sorprendió a Karen y Marta. Pero, al ver que aquellos dos tipos, Pedro y Juan, eran españoles y simpáticos decidieron seguir con la cita y pasarlo bien.

—Qué cantidad de españoles hay en Londres —dijo Marta a Karen.

—Muchísimos. Más de los que te puedas imaginar —respondió—. Además, cuando uno está fuera de su tierra es como que necesita más encontrar sus raíces, e inexplicablemente termina buscando gente afin. En este caso, españoles.

—No me lo puedo creer ¡Qué hace una preciosidad como tú en un sitio como este! —dijo una voz tras Karen.

Dándose la vuelta, esta sonrió al ver de quién se trataba. Era Marc. El socio de su hermano.

—Marc, ¿qué haces aquí? —saludó divertida.

—Lo mismo que tú —dijo mirando a los tipos que estaban con ella—. Tomando unas copas con los amigos.

Volviéndose hacia el grupo dijo Karen en español.

—Os presento a Marc Campbell. Es el socio de mi hermano.

—¿Habla español? —preguntó con curiosidad Patricia.

—Sí, señorita, perfectamente —respondió con una encantadora sonrisa—. Nací en Barcelona. Mi madre era catalana, aunque me he criado aquí en Londres.

—Ah... disculpa. Al escucharte hablar con ella en inglés pensé... —se disculpó pero él no la dejó continuar.

—Tranquila, lo entiendo. Mi aspecto precisamente no es muy latino.

Eso hizo reír a todos. Marc era tan rubio como Philip. Alto, espigado y sus facciones eran totalmente las de un *guiri*.

—Pero, tranquilos. Hablo perfectamente español gracias a los veranos que he pasado en Cataluña y en Valencia en la casa de mis tíos.

—Nadie diría que eres catalán —rió Marta.

—Pues soy catalán y cien por cien culé. Te lo aseguro —rió este.

Comprimiendo la cara Marta le miró y dijo:

—Por Dios, ¿cómo puedes ser del Barça, existiendo un equipazo tan maravilloso como el Atlético de Madrid?

Eso hizo que todos la mirasen y esta con gesto de guasa murmuró.

—Vale... no digo más.

—¿Eres del Atlético de Madrid? ¿Colchonera? —preguntó Marc divertido.

—Y a mucha honra —respondió Marta—. Soy sufridora por excelencia y campeona de la Europa League. ¡Ole por mi Atlético!

—Bueno... bueno... dejemos de hablar de fútbol o deportes, que Marta con rapidez se emociona y no para —se carcajeó Patricia haciéndoles reír.

Pero fue imposible parar aquello. Durante un rato hablaron de fútbol, Fórmula 1 y moto GP hasta que Marc, al recordar algo, dijo mirando a Karen.

—Por cierto, Phil y Warren están por allí con unas amigas.

Al escuchar aquello Marta casi saltó. ¿Qué él estaba allí? ¿Y con unas amigas? A partir de ese momento mil hormigas devora-entrañas le comenzaron a recorrer el cuerpo y deseó salir corriendo del local. Pensar en Philip y en cómo le había hecho el amor aquella mañana le excitó. Recordar su sonrisa o como la miraba en ciertos momentos le subió las pulsaciones.

«Por Dios ¡me estoy engorilando con solo pensar en él!» pensó al sentir cómo su bajo vientre explotaba. Por ello, y con el mayor disimulo, comenzó a hablar con Juan, a pesar de la cara de guasa de Patricia. Pero entonces escuchó a Karen.

—¿No me digas que mi hermano está aquí y nada menos que con Warren? El comisario de policía más sexy de Londres.

Marc asintió con una encantadora sonrisa y tomándola por la cintura propuso.

—¿Por qué no os venís con nosotros? Cuanto más seamos, mejor lo pasaremos.

—¿Tú crees? —preguntó Karen—. Mira que nosotras no queremos molestar.

—No molestáis. Créeme —asintió empujándola.

—¡Excelente idea! Me apetece conocer a Warren, el poli —aplaudió Patricia, ganándose una reprochadora mirada de su amiga.

Sin muchas ganas, Marta se levantó de su asiento y comenzó a andar tras ellos. Llegaron a una pequeña sala vip separada del resto de la sala. Una vez traspasaron las cortinas, semi escondida entre todos, Marta le vio y deseó de nuevo salir corriendo. Ante ella estaba el hombre que durante horas la había hecho gemir de placer en la ducha y en la cama, más atractivo que el mismísimo Hugo Silva, pero en *guiri* y rubio, hablando con una mujer.

—Dientes... dientes... recuérdalo —susurró Patricia a su lado.

—Vete a paseo —gruñó Marta.

—¡Warren! —gritó Karen encantada.

Aquel hombre al escuchar su nombre se volvió. Debía medir casi dos metros. Su pelo era castaño y fosco, y era tan grande como un armario empotrado.

—Ay, madre. Ay, madreeeeeeeee. Ahora sí que me estoy arrepintiendo de haber quedado con John —se guaseó Patricia al ver al tipo de ojos oscuros que Karen saludaba.

—Pues te recuerdo que la noche la tienes completita. También está el hindú —se mofó Marta ganándose una risotada de su amiga.

El armario empotrado, tras saludar a Karen con afecto, se dejó llevar por esta y se plantó ante ellas.

—Marta, Patricia, os presento a Warren López. El Inspector de policía más guapo de todo Londres.

—Increíble carta de presentación —pestañeó Patricia dándole dos besos.

Al escucharla sonrió y respondió.

—La tuya, preciosa, tampoco está nada mal.

«Ay, madre... ya la hemos liado» pensó Marta al ver como su amiga sonreía como una boba.

En ese momento Philip las vio y al ver que estaban con Warren, el ligón oficial del grupo, se acercó hasta ellas. Debía dejarle muy claro con quién no debía ligar.

—Pero Phil, ¿qué haces tú aquí? —preguntó sorprendida Karen andando hacia él.

Conocía a su hermano. Ese tipo de ambiente fiestero no era lo que más le gustaba. Y aunque era muy amigo de Warren y Marc, solo salía con ellos en determinadas ocasiones. Aquella debía de ser una de ellas.

—Estoy tomando una copa, ¿y vosotros? —dijo mirando a Marta que sonreía a Warren en ese momento.

—Enseñándoles a nuestros invitados la noche londinense —respondió Karen percatándose de cómo este miraba a la muchacha.

El beso que vio la noche anterior, y esa fugaz mirada de advertencia de su hermano a Warren, le comenzaba a aclarar muchas cosas. Por ello y llamando su atención gritó:

—Chicas, ¡Phil está aquí!

—Hombre, ¡qué coincidencia! —se mofó Patricia aún conmovida por el inspector de policía.

Marta no pudo hablar. Solo sonrió y sintió que se ponía roja como un tomate. Sentir la cercanía de aquel hombre, y su mirada, la estaba matando.

—Vaya Philip, ¡qué pequeño es el mundo! —dijo sonriendo.

Él la miró y clavándole sus inquietantes ojos claros susurró en tono ronco:

—Llámame, Phil. Mis amigas me llaman así, preciosa.

«¿Preciosa?... Yo soy *honey*» pensó molesta.

Al ver la cara de desconcierto de esta sonrió. La había sorprendido. No le

esperaba allí. Y continuando con su juego sin quitarle sus azules ojos de encima se colocó junto a ella, para hacer que Warren se alejara un pelín.

—¿Quieres beber algo? O nuestro trato impide que pueda invitarte —le preguntó.

Un codazo de Patricia la hizo reaccionar y como un resorte asintió.

—Creo... creo que voy a pedirme un vodka con coca-cola.

—Y tú, guapa ¿qué quieres beber? —preguntó Warren a una obnubilada Patricia.

—Lo mismo que Marta, guapo —respondió.

—Marchando dos vodkas con coca-cola —gritó Warren que se alejó junto a Karen hacia la barra.

—Si mal no recuerdo, Marta —sonrió Philip—, beber alcohol no te sienta muy bien.

Por el gesto que puso aquella, Patricia supo que iba a decir un borderío. Por ello se adelantó.

—Tienes razón, Philip. Pero los vodkas le sientan muy bien. Podríamos decir que Marta es la reina del vodka.

Sorprendida por la idiotez que su amiga había dicho, la miró y fue a responder cuando una tercera mujer, con cara de enfado, se plantó ante ellos.

—Phil, tenemos que hablar —dijo.

«¿Phil?... esta también es amiguita» pensó Marta mirando a la espectacular mujer.

Karen, desde la barra, al ver quién era, se apresuró a llegar hasta ellos.

—Juliana. Creo que no es momento ni lugar para que molestes.

La mujer, una rubia de pelo corto y arreglado, al escuchar aquello respondió con gesto altivo.

—Tú te callas. Estoy hablando con él, no contigo. Menos mal que tu hija aún tiene dos dedos de frente.

—¿Mi hija? ¿Qué tiene que ver Diana en todo esto? —gruñó Karen.

A Philip no le hizo falta escuchar la respuesta, ya la sabía.

—Ella me dijo dónde encontraros —sonrió con maldad.

Al escuchar aquello Philip maldijo en silencio, mientras Karen soltó una de sus perlas. Tendría que hablar de nuevo con su problemática hija.

«Anda. ¡Esta es Juliana! La ex de Philip. ¡La preña!» pensó Marta mirando a la impresionante mujer rubia, con barriga, que ante ellos hacía aspavientos intentando llamar su atención.

De pronto se hizo un corrillo alrededor de ellos. Philip, molesto, cambió su gesto por otro más hosco y mirando a la *glamourosa* rubia le respondió con cara de enfado:

—Juliana, tú y yo no tenemos nada que hablar desde hace tiempo. Creí que te quedó claro la última vez que nos vimos.

Pero la mujer insistió, sin importarle quién estuviera delante.

—¿Cómo puedes decir eso, cariño? ¿Cómo tienes la poca decencia de decirlo?

En ese momento se acercaron Marc y Warren. El primero, al ver a Karen nerviosa, la asió por la cintura para que se calmara. Esta le miró, y al leer en su mirada decidió hacerle caso. Pero Juliana presa de un ataque de celos por ver a Philip rodeado de mujeres gritó:

—¿Con cuál de todas estas furcias te acuestas ahora? —y mirando a Marta siseó—. Esta particularmente es anodina y vulgar. No es tu tipo.

Boquiabierta, Marta miró a Philip, y él tras cruzar una brevísima mirada con ella, respondió:

—Tienes dos opciones, Juliana. O te vas y dejas de insultar a estas señoritas, o te juro que te vas a marchar pero directa a un calabozo.

—No lo dudes —intervino Warren poniéndose intimidatoriamente junto a su amigo.

Al escuchar aquello, Juliana cerró el pico. Conocía bien a ambos y la camarilla que había entre ellos, pero antes de marcharse dijo:

—Te llamaré, cariño. Recuérдалo.

—Por supuesto. Llama a mi secretaria. Ella te citará. —Le siseó con desagrado, acercándose.

Con una sonrisa de lo más artificial Juliana siseó a su vez.

—Phil, cariño... no soy nueva. Sé que cuando dices que llame a tu secretaria, realmente quieres decir... ¡no contestaré!

—De acuerdo, te llamaré yo —protestó—. Y por favor... llévate a la prensa que con seguridad te espera apostada en la puerta.

Una vez se marchó la mujer, Marc se acercó a Philip y tocándole en el hombro preguntó:

—¿Estás bien?

Él con gesto impasible le miró y asintió. Tras aquel incidente Warren, Karen y Marc regresaron a la barra junto a John y los amigos que este había traído. Philip miró a Marta, y al ver que ella no había abierto la boca, raro en ella, susurró:

—No hagas caso de lo que esa mujer ha dicho. ¿Estás bien?

Con rapidez ella sonrió y asintió.

—Sí... sí, por supuesto.

En ese momento se acercó hasta ellos otra fémína de sinuosa y espesa cabellera roja, y pasándole mimosa el brazo por el cuello preguntó:

—*Phil, are you coming to my hotel?*

—*I'll have one more drink* —respondió Philip con una seductora sonrisa.

«Mierda ¿por qué no me aplicaría en mis clases de inglés?» pensó molesta al no entender nada. Pero la sangre se le heló cuando aquel que la tenía histérica le plantificó un besazo en los labios a la pelirroja.

—Chicas. Pedid lo que queráis estáis invitadas —dijo sin apenas mirarlas.

Sin más, se dio la vuelta y se alejó asido de la cintura de la pelirroja.

Marta, rabiosa por no haber entendido lo que aquellos habían dicho, bufó, y dándose la vuelta comenzó a andar hacia la barra. Patricia la alcanzó y la paró.

—¿Quieres hacer el favor de disimular? ¡Coño, Marta!... Ese tipo es tu rana y te recuerdo que él está jugando al juego de la oca. ¿Cuándo te vas a dar cuenta?

Pero Marta solo tenía ganas de asesinar a alguien.

—¿De qué narices han hablado esos dos imbéciles? No les he entendido —preguntó a su amiga.

Patricia, con sus conocimientos de inglés, se lo tradujo.

—Ella le ha preguntado que si la llevaba al hotel, y él ha respondido que le apetece tomar una copichuela más. Pero, Marta, ¡por Dios! cambia el gesto de una santa vez, o te juro que...

Molesta por lo ridícula que se sentía, quiso desaparecer de allí. Pero estaban en Londres, no sabía hablar inglés y una vez en la calle no sabría adonde ir, ni qué decir para que la entendieran. Segundos después se integraron con el resto del grupo en la barra, junto a Timoti y Adrian que acababan de unirse a ellos. A partir de ese momento Philip y Marta no se volvieron a acercar. Como dos buenos contrincantes, cada uno observaba al otro desde el otro extremo de la barra. Marta vio como él reía e intimaba con la pelirroja y él vio como Marta se divertía con Juan, Warren y todo el que se terciaba. Un juego peligroso al que los dos accedieron a jugar.

La música cambió y comenzaron a sonar los primeros acordes de «*All by Myself*» una preciosa canción que a Marta le encantaba. Incapaz de seguir mirando como él, su rana, sonreía y le prestaba toda su atención a aquella idiota, cogió a Warren de la mano y le invitó a bailar. ¿Por qué esperar a que la invitaran? Este accedió y salieron de la zona vip para ir a la pista. Philip, al ver aquello, e incapaz de perderla de vista, asió de la mano a la pelirroja y la siguió. Él también bailarían.

—Pínchame... y no sangro. Mi Martita ha sacado a ese adonis a bailar —señaló Adrian al ver aquello.

—No me lo puedo creer —susurró Karen mirando a su hermano.

—Ni yo —murmuró Marc divertido.

Pocas veces había visto a su hermano Phil bailar y menos en una pista rodeado de gente. Aquello, como poco, era inaudito.

—La que no se lo puede creer soy yo. Marta, ¡mi Marta! ¿Ha sacado a bailar al Inspector de policía? ¡Al cachas! —dijo Patricia boquiabierta.

Karen al escucharla la miró y, tras observar las caras de aquellos cuchicheó.

—Mira. No sé qué es lo que hay entre mi hermano y vuestra amiga, pero algo existe. Anoche les pillé besándose y...

—¡¿Cómo?! —gritó Adrian incrédulo.

—Lo que oyes —asintió Karen— y eso, nunca, ¡pero nunca! es algo que mi recto hermano se ha permitido. Él no es persona de dejar ver sus sentimientos y eso os lo puede corroborar Marc —aquel asintió divertido—. Por lo tanto. Contadme ahora mismo qué sabéis de este tema o tendré que emborracharos para conocer toda la verdad.

—Mejor me voy —escapó Marc quien no pensaba revelar lo que Philip le había contado—. A mí estas cosas de los amoríos no me van. Y menos si tiene que ver con una señorita que se ha manifestado del Atlético de Madrid.

—*Caguica* —se mofó Karen al ver que se alejaba.

Una vez quedaron solos los tres comenzaron a cuchichear.

En la pista y semi oculto por la oscuridad del lugar, Philip observaba como Marta y Warren charlaban, ¿de qué hablarían? Su mirada de advertencia se cruzó con la de su amigo en varias ocasiones y este con un gesto cómplice sonrió. Eso a Philip le gustó al tiempo que le inquietó. Warren era un mujeriego nato y todas caían rendidas a sus pies. Sin querer alejarse de aquellos comenzó a bailar, algo que solo practicaba en la intimidad. Se sentía extraño, ¿qué le pasaba que no podía apartar su mirada de aquella mujer tan problemática? Cuando acabó la canción comenzó una canción de Tracy Chapman y la impaciencia de Philip creció. Dos canciones después sin poder contenerse un segundo más, se acercó hasta aquellos y soltando a la pelirroja que se quedó sorprendida se acercó a su amigo con decisión.

—¿Me permites, Warren?

Con gesto casi guasón, Warren soltó a una boquiabierta Marta.

—Por supuesto Phil. Toda tuya amigo —respondió.

Tras esto, agarró a la pelirroja y comenzó a bailar con ella, mientras la separaba de aquellos. Philip al ver que Marta le miraba con gesto ceñudo la agarró por la cintura y la acercó a él. Durante unos segundos ambos permanecieron callados hasta que Marta explotó.

—Sabes que no deberías estar bailando conmigo, lo sabes, ¿verdad?

—Sí... creo que lo sé —respondió mirándola desde arriba—. Pero no creo estar incumpliendo nada del trato. El trato es ser amigos con derecho a roce. Pero que yo sepa en este instante solo bailo contigo, como con una amiga más.

Marta resopló y decidió callar hasta que sonó una canción que le encantaba.

—Madre mía... ¡me encanta esta canción! —soltó sin darse cuenta.

—No me suena. ¿Quién la canta?

—Evanescence.

Philip la escuchó mientras bailaban. Nunca la había oído. Aunque bueno, él no solía escuchar la música que por norma la gente escuchaba. Sus gustos en música con seguridad serían muy diferentes a los de Marta y cientos de personas.

Incrédulo, la oyó tararear la canción y tuvo que sonreír al comprobar su

pésimo inglés.

—Lo tuyo no son los idiomas, ¿verdad?

—No —asintió al entenderle—. He intentado mil veces aprender inglés, pero nada. Soy totalmente negada para ello. Si me sacas del *good morning* o del *my name is Marta*, ¡me pierdo!

Durante dos canciones bailaron mientras hablaban y sonreían. Verdaderamente cuando estaban juntos se divertían. Sus mundos eran tan diferentes que tenían miles de cosas sobre las que hablar y sorprenderse. Philip, con ella se sentía relajado, y viceversa. Aquello era algo que irremediamente les atraía y comenzaba a hacer que su trato fuera difícil de cumplir.

—Mmmm... ahora es a mí a quien le encanta esta canción murmuró Philip al escuchar la voz de Whitney Houston, cantando *I will always love you*.

Marta al reconocer la balada asintió.

—Oh, sí, la canción de la peli El guardaespaldas es muy chula. Por cierto, qué hombre más atractivo Kevin Costner, y Whitney Houston, está impresionantemente guapa en la peli, ¿verdad?

Quiso decirle que ella era más impresionante que Whitney Houston o cualquiera de las mujeres que había aquella noche en el local, pero no debía. Tenía que hacer lo que en un primer momento planeó por mucho que le pesara. Por ello asintió y dijo divertido:

—Sin duda alguna me quedo con Whitney Houston. El Costner no es mi tipo.

Ambos sonrieron y, acercándose a ella, Philip comenzó a tararear la canción muy, muy bajito.

—*You, my Darling you... Bittersweet memories. That is all I'm taking with me. So, goodbye. Please, don't cry, we both know I'm not what you, you need. And I... will always love you...*

Encantada con su voz de barítono, le escuchó. Nunca, nadie, le había cantado al oído y menos en inglés. Irremediamente se excitó y eso provocó que ella le diera un casi invisible beso en el cuello, que a él puso la carne de gallina.

—*Miarma...* me encanta escucharte hablar inglés. Es muy sexy.

Aquello hizo que Philip soltara una carcajada y la gente de alrededor le mirara con mal gesto. Una vez pidió perdón por haber estropeado aquel momento íntimo entre las parejas se volvió a pegar a Marta y ella divertida dijo:

—A ver, risitas ¿Podrías decirme en español lo que has cantado antes?

Deseoso por besarla, y darle las gracias por hacerle sentir tan feliz, asintió y mirándole a los ojos le susurró.

—Tú, mi dulce amor, tu... recuerdos agridulces es todo cuanto me llevo conmigo. Así que, adiós, ambos sabemos que yo no soy quien tú necesitas. Y yo... siempre te amaré...

Como si se hubiera fumado cuatro porros y estuviera levitando, así se sintió Marta al escucharle decir aquello. Una vez suspiró como una tonta, murmuró:

—Te juro por mi hija, que esto ha sido como vivir un momento Dermot Mulroney —ambos sonrieron—. ¿De verdad dice eso la canción?

—Sí. Y hay otra estrofa que dice: Espero que...

—No... no —le interrumpió—. Primero en inglés, *i please!*

Hechizado por la magia que aquella mujer desprendía asintió.

—A cambio quiero un beso tuyo.

Al escucharle frunció el ceño. Aquello no entraba en el trato.

—¿Qué dirá tu pareja al verlo? —preguntó mirando a la mujer que bailaba divertida con Warren.

—Ella no es mi pareja, *honey*. Es una amiga especial... como tú.

Tras escuchar aquello de... « como tú » no quiso especular más. « Si pienso más, la cago » pensó. Y poniéndose de puntillas, le dio un dulce beso en los labios. Algo casto, pero tremendamente sensual. Philip, tras sonreír por haber conseguido lo que buscaba, se acercó al oído de ella y le susurró:

—*I hope life treats you kind. And I hope you have all you've dreamed of. And I wish you joy and happiness. But above all this. I'm wishing you love. And I... Will always love you...*

—Dios, Philip... qué erótica que es tu voz en inglés —suspiró encantada cuando sintió que él acabó.

—¿En serio? —se guaseó divertido e incrédulo por estar cantándole al oído a una mujer. Él no hacía ese tipo de tonterías.

—Y ahora... dime qué es lo que has dicho en español. Me muero por saberlo.

Encandilándola con su penetrante mirada, mientras la hacía notar la excitación de su entrepierna, le susurró a escasos metros de su boca.

—Espero que la vida te trate bien y espero que todos tus sueños se hagan realidad. Te deseo gozo y felicidad, pero sobre todo eso te deseo amor. Y yo... siempre te amaré. Eso, querida amiga, dice la canción.

« Ay Dios que le voy a besarrrrrrrrr. Me importa un bledo mi trato con él. Le deseo. Es mi rana inglesa y me ha puesto cardíacaaaaa » pensó cegada por la lujuria.

—Por cierto ¿lo estás pasando bien esta noche? —preguntó él.

—Oh, sí... ¡genial! —susurró extasiada.

—Me alegra saberlo —sonrió este y mirándola le preguntó—. ¿Qué te parece mi amiga? Es guapa y sexy, ¿verdad?

Aquello sacó a Marta de su nube de algodón y romanticismo, y mirándole con gesto incrédulo siseó.

—¿Por qué me preguntas eso?

Dispuesto a no reír ante el gesto de ella, Phil prosiguió con su plan.

—Quería pedirte consejo —y acercándose a ella le susurró al oído—. ¿Crees que le gustará que le haga el amor en el coche, o debo esperar a llegar al hotel y saborearla bajo la ducha? No sé, estoy confuso con ella. Se la ve una mujer

ardiente.

Boquiabierta por aquella revelación, Marta casi ni respiró. Phil continuó.

—He pensado que como tú eres una mujer abierta de ideas y de incontable experiencia sexual, me podrías decir qué es lo que más le puede excitar a una mujer como ella —y para rematar susurró—. Quiero que sepas que tu opinión para mí vale mucho.

Tras cerrar la boca y contener sus crecientes ganas de ahogarle, Marta gruñó.

—Mira, Philip. Una cosa es que yo sea abierta en ideas y otra muy diferente que...

Pero él no la dejó terminar.

—Ahora que lo pienso, en el hotel hay un jacuzzi grande y...

Marta no quiso escuchar más y para que se callase indicó:

—Eso... eso... llévatela directa al jacuzzi. Eso le encantará.

—¡Gracias, amiga! —rió sorprendiéndola—. Ahora creo que ha llegado el momento de marcharme para poner en marcha tu consejo sobre el jacuzzi.

Incapaz de hablar le miró. ¿Cómo podía estar diciéndole aquello cuando ella estaba más caliente que una olla exprés? Philip, consciente de su mirada, tras sonreírle y darle un casto beso en la mejilla dijo:

—Ha sido un placer bailar contigo, Marta, pero esa pelirroja con su ardiente mirada me está pidiendo que nos marchemos a algún lugar donde podamos estar solos.

Sin poder decir nada que no fuera un impropio Marta cerró el pico. Miró a la pelirroja y comprobó cómo ésta se comía a Philip con la mirada. Eso la molestó. Philip, al ver su gesto, sonrió pero, sin pararse a pensar en nada más, la llevó junto Warren y la escultural mujer. Una vez dejó a Marta en los brazos de su amigo, la miró por última vez, le guiñó un ojo y se marchó.

«Te mataría, imbécil» pensó Marta. Pero sonrió con disimulo y continuó bailando con Warren hasta que acabó la canción y regresaron con el grupo. La noche, a partir de aquel momento se fastidió para Marta. Probar de su propia medicina no le gustó.

Capítulo 24

El domingo Philip no dio señales de vida. Por un lado Marta lo agradeció, pero por otro lo odió. Sabía que aquello no era más que un simple rollito, un juego entre ellos, pero una cosa era saber que ella jugaba, y otra reconocer que ambos jugaban.

El lunes por la tarde tras visitar la ciudad de Londres con Antonio y Lola, al llegar a casa se encontraron a Philip sentado en el salón. Estaba solo, tomándose un whisky.

—Pero qué agradable sorpresa —aplaudió Antonio al ver a su hijo.

Levantándose del sillón de cuero, se estiró todo lo largo que era y acercándose a su padre le abrazó y comenzó a hablar con él. Por sus miradas y su complicidad al hablar se notaba cuanto se adoraban. Vanesa, al verle allí, torció el gesto. Se había percatado de cómo su madre le miraba y eso no le agradó. Aquel aburrido inglés no le gustaba absolutamente nada y menos aún que su madre tuviera algo que ver con él. Adrian, al ver que Marta no sabía dónde meterse, se acercó a ella.

—Ay, nena... este tío es una monada —le susurró al oído haciéndole sonreír.

—Y que lo digas —soltó ella sin esperárselo.

—Se le ve imponente con esos vaqueros y la camisa azul de Ralph Lauren —continuó Adrian—. Madre del amor hermoso lo que haría yo con un adonis así.

—Phil, *miarma*, ¿te quedas a cenar? —preguntó Lola.

Tras besarla sonrió.

—No, gracias, Lola. En realidad he venido a buscar a Marta. Le prometí que hoy cenaríamos juntos.

Al escuchar aquello Marta se atragantó y se le erizó todo el vello. ¿Me prometió? ¿Cenar juntos? Pero, incapaz de llevarle la contraria y a pesar del gesto que vio en su hija, asintió y sonrió.

—Pues no había comentado nada —dijo Lola mirándola.

—Ay, perdonadme —contestó Marta—. Pero es que he estado tan emocionada visitando Londres que lo olvidé —y mirando a Philip señaló—: estoy sin arreglar y de verdad que por mí no hay problema si lo posponemos para otro día.

—¿Por qué vas a posponerlo? —preguntó Patricia.

—Eso digo yo —asintió Adrian.

Marta clavándoles estacas en el corazón con los ojos les contestó.

—Estoy sin arreglar, ¿no lo veis? Voy en vaqueros.

—Él también va en vaqueros —indicó Adrian ganándose una sonrisa de Philip.

—Lávate la cara y punto *miarma*. Tú siempre estás monísima —metió baza Lola.

—Donde te voy a llevar no hace falta ir vestida de etiqueta. No te preocupes —sonrió al ver como miraba a sus amigos.

—Vamos a ver... —dijo Marta retirándose el pelo de la cara.

Pero Philip, moviéndose con rapidez, no la dejó acabar. Se paró frente a ella y para sorpresa de todos dijo en tono grave:

—Tal y como vas vestida estás preciosa. No te preocupes.

Lola y Antonio se miraron con picardía y este último sonrió. Conocía a su hijo y aquella chica le gustaba, y si él había decidido cenar con ella, nada ni nadie le haría cambiar su decisión. Media hora después Marta estaba montada en el Austin de Philip rumbo a lo desconocido.

Ya en la carretera, Marta decidió hablar. Odiaba los silencios y más con aquella tensión.

—Vamos a ver, Philip ¿Qué es eso de que tú y yo teníamos una cita?

—Me apetecía cenar contigo, nada más.

—¿Y por eso me has hecho esa encerrona?

Él sonrió y asintió.

—Por un momento pensé que iba a tener que sacarte a la fuerza de la casa de mi padre. ¿Siempre eres tan cabezona?

—Sí.

—Mmmm... me gusta —susurró divertido.

Marta, incapaz de estar un segundo más seria, finalmente sonrió. Haberle visto cuando no le esperaba le agradaba y, le gustara o no, no lo podía disimular. Por eso recostándose en el sillón del coche con una sonrisa que a él le gustó preguntó:

—¿Tú siempre te sales con la tuya?

—Siempre.

—Mmmm... no me gusta —murmuró divertida.

Aquello hizo que él prorrumpiera en una sonora carcajada y ella le siguió. Ambos se sintieron mucho más relajados.

—Vale, ¿dónde se supone que me llevas? —preguntó Marta, mientras esperaban a que un semáforo cambiara a verde.

—A mi casa.

—¿A Marifé?

Aquello le hizo volver a reír, y acercando su cuerpo al de ella posó sus calientes labios en los de Marta y tras darle un corto pero sensual beso le susurró muy cerca.

—Sí, te llevo a Mayfair. Un lugar donde solo preciosidades como tú pueden entrar.

Cuando se puso el semáforo en verde, Philip pisó el acelerador de su coche

automático y veinte minutos después metían el auto en el interior del garaje. Una vez paró el motor, Marta se quitó el cinturón y se bajó. Philip rápidamente rodeó el vehículo y tomándola con posesión de la cintura la llevó hasta un ascensor. Poco después estaban en el interior de un piso muy clásico en apariencia pero con todas las modernidades que las últimas tecnologías ofrecían.

—Caray... ¡qué pasada de plasma! Si lo viera Vanesa fliparía.

—¿Te gusta? —preguntó divertido.

—Uf... me encanta. Es un pasote —y mirándole dijo—: Yo estoy esperando a ver si el cacharro de televisión que tenemos la casca para comprar un bicho de estos. Pero hasta que no explote o muera de viejo, no me gasto un pavo. Necesito el dinero para otras cosas.

Aquel lenguaje en ella le pareció divertido. Su frescura a la hora de hablar era una de las cosas que más le llamaba la atención de Marta. Su originalidad.

Sin poder contener sus apetencias un segundo más, se acercó a ella, y rodeándole la cintura la atrajo hacia él y la besó.

—Tenía ganas de verte, *honey*.

«Y yo... pero no te lo pienso decir» pensó disfrutando de aquel beso tierno.

De pronto se oyó un extraño ruido. Philip soltó una carcajada, mientras Marta se ponía roja como un tomate al percatarse de que eran sus tripas las que rugían.

—Vale... vale... Lo primero es lo primero. Te haré algo de cena. ¿Qué te apetece? ¿Huevos, carne o pescado? —dijo dirigiéndose hacia una cocina abierta con una preciosa y carísima isla central.

—¿Sabes cocinar? —preguntó boquiabierto.

Los hombres con los que había salido se limitaban a pedir comida por teléfono o a pasar por el burger para traer unas hamburguesas.

—Cocinar me relaja —dijo él poniéndose un mandil oscuro en la cintura—. ¿Quieres un poco de vino?

—Prefiero coca-cola ¿Tienes? ¿O te parece muy inapropiado?

Con una sonrisa encantadora, abrió el frigorífico americano, sacó una bandeja de pechugas de pollo y una coca-cola.

—Toma tu bebida. Si quieres hielo está en aquel arcón, y los vasos en el mueble de la derecha, arriba.

Marta cogió el refresco y mientras cogía el vaso y se echaba hielo de donde él le había indicado, observó que sacaba una tabla y comenzaba a partir las pechugas en trocitos.

Cogiendo un taburete se sentó para observarle. Se le veía tan guapo y concentrado que daba pena molestar. Pero él no se lo permitió. En tono de broma continuó hablando con ella mientras partía el pollo, lo sazonaba con sal y lo espolvoreaba de hierbas. Después tomó una sartén y tras echar nata y champiñones cortados lo movió hasta que aquello ligó y quedó como una bechamel. Entonces, puso en la sartén los trozos de pollo y cuando quedaron

dorados los sacó, lo repartió en dos platos y agregó la salsa de nata y champiñones.

—Caray, ¡qué bien huele esto! —murmuró Marta sentada en la banqueta de la isla con el plato delante. Él se sentó a su lado.

—Espero que sepa mejor. Venga pruébalo. Es una invención mía. Espero que te guste.

Muerta de hambre, Marta atacó el plato. Él no le quitó el ojo de encima. Ella al masticar y sentir los sabores de la salsa y las hierbas soltó un profundo mmmmm... Eso le gustó.

—Madre mía, Philip qué rico, por Dios... ya me darás la receta.

—Cuando quieras —sonrió él.

Durante una media hora ambos, sentados en los taburetes de la cocina, cenaron entre risas y bromas. Parecía increíble que el hombre que ante ella reía y bromeaba como un chiquillo, fuera de aquel lugar se convirtiera en un hombre de aspecto implacable y serio.

Cuando terminaron, metieron los platos en el lavavajillas.

—¿Qué tienes de postre? —preguntó Marta.

—¿Postre?!... pero si las mujeres no tomáis postre para mantener la línea.

—Pues siento decirte que yo no soy ese tipo de mujer. Me encanta tomar algo dulce. ¿Tienes helado?

Con rapidez, Philip miró en el frigorífico. Pero no. No encontró helado. Su sirvienta era quien le llenaba la nevera. Solo había peras y plátanos. Ella, encantada, cogió un plátano y antes de que este cerrara la nevera le preguntó con gesto travieso:

—¿Eso que se ve allí arriba es nata en *spray*?

Philip lo cogió y se lo dio.

—¿Para qué quieres la nata? —respondió él con una sonrisa picarona.

Marta consciente de sus pensamientos sonrió y cogió un plato. Abrió el plátano, lo cortó en trocitos y ante la mirada de diversión de este movió la nata y la echó sobre la fruta.

—¿Tienes chocolate líquido o algo así? —preguntó risueña.

Philip asintió. Recordaba tener aquello para cuando aparecía su hermana con los niños y hacían tortitas. Fue hasta el armario de la derecha y con una sonrisa cogió el bote de caramelo. Marta como una cría entusiasmada lo apretó y lo echó encima de la nata.

—Tú hiciste la cena. Yo he hecho el postre.

Philip estaba completamente hechizado por la magia que desprendía con aquellos simples actos.

—Postre elaborado. Me gusta. Aunque yo pensaba en otro postre —susurró.

Marta sonrió al escucharle. Cogió una cuchara, la llenó de plátano, nata y caramelo y se la ofreció. Él aceptó sin dudarlo.

—¿Qué tal? —preguntó ella antes de meterse una cucharada en la boca.

—Mmmmm... buenísimo. Me tienes que dar la receta.

—Ni lo pienses. Es secreto de familia —se mofó divertida al ver que él sacaba otra cucharita y cogía más del plato.

Una vez acabaron aquello se sentaron en el sillón y, sorprendiéndola, le enseñó la carátula de una película.

—¿Crees que es buen momento para verla? Me dijiste que era buena y la compré para verla contigo —sugirió.

Incrédula, leyó el título: El día de la boda. Aquella película que tanto le gustaba. Y lo mejor de todo, él se había acordado.

—¡Mi madre, Philip! Te va a encantar —dijo excitada tras darle un rápido beso que él saboreó gustoso.

Con una sensual sonrisa en la boca este puso el DVD y se sentó junto a ella. Diez minutos después ya estaban riendo juntos.

Cuando finalmente acabó la película ella le preguntó:

—¿Te ha gustado?

—Sí.

Deseosa por besarle se sentó a horcajadas sobre él en el sillón y le susurró mirándole a los ojos.

—¿De verdad?

Excitado como un colegial asintió y enredando sus dedos entre sus cabellos, la atrajo hacia él y la besó con pasión, mientras notaba como todo él se endurecía.

—Reconozco que no es la típica película que yo vería, pero me ha parecido muy entretenida y divertida.

Feliz por escuchar aquello y por la maravillosa noche que estaban pasando juntos, Marta se desabrochó lentamente, botón a botón, la camisa que llevaba y se quedó ante él solo con un sujetador violeta. Se acercó con provocación y le mordisqueó la oreja.

—¿Y qué me dices de Dermot Mulroney y sus célebres frases? —le susurró ella.

Soltando un gruñido de satisfacción Philip la agarró y la apretó contra su crepitante y caliente sexo.

—Ese tal Mulroney no me interesa. Me interesas tú.

Con una turbadora sonrisa, Philip le desabrochó el sujetador y la atrajo hacia él mientras ella reía. Deseaban acariciarse, besarse y hacer el amor desde hacía días, y el momento había llegado.

De pronto el pitido del teléfono sonó. Philip no hizo ni caso y saltó el contestador automático.

—Hola, cielo soy Genoveva. Mi vuelo se ha cancelado y estaré aquí hasta mañana por la noche, ¿quieres que nos veamos? Prometo ser terriblemente mala. Muy... muy mala. Tan diabólica y posesiva como la última vez —risas—.

Llámame. Te estaré esperando.

Con el pulso acelerado por la excitación del momento y la mala leche por haber oído aquel mensaje tan íntimo, Marta le miró. Philip al notarla encima de él más tiesa que una vara preguntó con voz melosa:

—¿Qué ocurre?

—Has recibido un mensaje, ¿no lo has oído?

Echándose hacia atrás en el sillón, la miró.

—Sí, lo he oído. Ha llamado Genoveva. ¿Cuál es el problema? —dijo.

Molesta, celosa y perturbada por el ridículo que estaba haciendo se levantó de encima de él y cogiendo la camisa con muy mal genio dijo mientras se la ponía:

—No hay ningún problema. Solo que se me han quitado las ganas de continuar con esta encantadora velada.

Philip, consciente de que aquella llamada había hecho cambiar el estado de ánimo de ella, sonrió. Aquello solo podía significar que a aquella cabezona le estaba pasando lo mismo que a él. Le importaba. Pero sin querer dar su brazo a torcer en aquel absurdo juego, se rascó la cabeza y le lanzó una picara mirada.

—¿Por qué te pones así? Genoveva es solo una buena amiga... como tú —dijo sonriendo.

A Marta se le erizó la piel de todo el cuerpo. ¿Cómo podía ser tan ridícula y estar montando aquel numerito en plan celosona? Pero no podía evitarlo. Algo en ella, al escuchar la sinuosa voz de aquella mujer, había saltado y deseaba salir corriendo de allí. Si se quedaba, le ahogaría.

—Marta, ¿me has escuchado?

Levantando la mirada hacia él, asintió. Y, prefabricando una sonrisa de lo más artificial, se acercó a él. Le dio un rápido beso en los labios y dijo:

—Lo sé y me encanta que tengas amigas —cogió el sujetador del suelo y lo guardó en su bolso—. Creo que tener amigos especiales es maravilloso para ambos. Pero, de verdad, estoy muerta y necesito descansar. Llamaré un taxi. No te preocupes.

Divertido por lo buena actriz que ella podía llegar a ser se levantó del sillón, y tras peinar su impoluto pelo la miró y con gesto amable, aunque molesto, susurró:

—Yo te he traído. Yo te llevaré. Con mis amigas especiales, me porto como un caballero.

Una hora después Marta se acostaba en su cama. Horrorizada pensó cómo había podido reaccionar así. Aquel era su rana, su rollito sin más, ¿o no?

Capítulo 25

Al día siguiente por la mañana mientras se duchaba, estaba de lo más callada. Algo raro en ella, ya que era meterse bajo la ducha y comenzar a cantar. Eso no pasó desapercibido para su hija. Todavía estaba algo enfadada con ella por haberse marchado la noche anterior con aquel inglés. Pero no le gustaba ver a su madre así. Por ello, cuando Marta salió del baño, se la encontró sentada en la cama esperándola.

—Vamos a ver mamá, ¿qué te pasa?

—Nada, cielo, ¿por qué?

—Nos conocemos. No puedes engañarme. Sé que algo te ha pasado con el tío de Diana. Lo sé. No lo niegues.

«Oh, no... soy patética. Hasta mi hija se ha dado cuenta» pensó horrorizada.

—Vamos a ver, Vanesa —murmuró sentándose junto a ella—. No me ha pasado nada. Lo único es que a veces los mayores hacemos y decimos cosas que no sentimos y...

—Por Dios, mamá, ¿te gusta ese tipo? Pero si es un soso y estirado que...

—No me gusta que hables así de nadie. De él tampoco. No le conoces para...

Pero Vanesa no estaba dispuesta a callar y continuó.

—¿Por qué te marchaste con él? ¿Te gusta?

Al escuchar aquello a Marta le tembló el pulso. Como explicarle a su hija lo que sentía, si ni siquiera ella misma era capaz de aclararse.

—Es un amigo. Y si me marché a cenar con él fue por eso. Somos amigos.

—Eso espero. Porque ese encorsetado no me gusta nada para ti. Diana me dijo que su tío era un mandón que le prohibía hacer más cosas que su madre.

Aquello no gustó a Marta y clavando la mirada en su hija le espetó:

—Mira, Vanesa. Agradezco lo que me dices pero estoy segura que cuando Philip le ha prohibido algo a Diana, sus razones tendría, ¿no crees?

—¿Razones? Seguramente porque es un amargado de la vida. Según me ha dicho Diana, su ex novia está esperando un bebé suyo, pero el muy canalla lo niega.

—¡Vanesa! —gritó Marta—. Creo que Diana y tú estáis sacando conclusiones precipitadas. El bebé que espera esa mujer no es de Philip. Es normal que él no quiera hacerse cargo.

—¿Y cómo sabes tú que no es suyo?

—¿Y cómo sabes tú que es suyo? —preguntó Marta.

—Lo dice Diana.

—Ah... y como Diana lo dice, ¿va a misa? Venga ya, Vanesa. Parece mentira que tú creas ese tipo de cosas. Te he dicho mil veces que no juzgues a las personas sin conocerlas y mírate, ¡lo estás haciendo!

—Qué fuerte, mamá —respondió la niña enfurruñada—. Precisamente por lo

que te pasó a ti pensé que entenderías la postura de esa chica. Pobrecilla.

—Esa chica, por no decir otra cosa, no es ninguna pobrecilla como tú crees —le dijo, incrédula y dolida—. Mi caso nada tiene que ver con el caso de esa mujer. Nada. Y te voy a pedir un favor. No saques conclusiones antes de conocer lo que pasa en una pareja porque te vas a equivocar. ¿Me has entendido?

Pero Vanesa estaba reticente a creer a su madre. Aquel encorsetado no le gustaba y punto.

—Me da igual, mamá. Diana dice que Juliana era una chica encantadora y...

—Diana, como te he dicho, puede decir misa —sentenció Marta—. Yo he conocido a Juliana y me pareció cualquier cosa menos encantadora. Además, Diana y tú sois aún unas niñas para entender muchas cosas. Por lo tanto, esta conversación se ha acabado.

Molesta por como su madre le había respondido se levantó de la cama y se marchó, dejando a Marta aún de peor humor.

Aquella mañana en la oficina de Philip, su abogado entró en su despacho. Traía un sobre cerrado que dejó ante él.

—¿De qué se trata?

Thomas, su abogado, con gesto serio se sentó en la silla enfrente de él.

—Son las pruebas de paternidad. Los resultados.

Sin apenas inmutarse, Philip le miró. Le veía preocupado y eso le hizo sonreír. Abrió el sobre con decisión y tras leer lo que ya sabía, le dio una de las copias a Thomas para que lo leyera. En ese momento el abogado sonrió.

—Te lo dije, Thomas. El niño no era mío.

—Esto es fantástico —suspiró el abogado.

—Mándaselo por fax al abogado de Juliana.

Una vez se quedó solo, Philip sonrió. Siempre había sabido que los resultados saldrían así. Pero una vez confirmado se relajó. Aquello era, por fin, el fin de un problema. El teléfono sonó. Era su hermana Karen.

—Tengo un problema y necesito tu ayuda.

Rápidamente, Philip se acomodó en su asiento.

—¿Qué pasa?

—He discutido con Diana.

Aquello no le sorprendió. Lo difícil era no discutir con su sobrina.

—¿Qué ha pasado Karen?

—Ayer llamó su padre y le dijo que no podría verla en un par de semanas. Como imaginarás se lo tomó muy mal y esta mañana como señal de protesta se ha cortado su maravillosa melena a trasquilones. Oh, Dios, Philip si la vieras parece una enferma mental.

—¿Cómo? ¿Al cero? —susurró incrédulo.

—Lo que has oído —al escucharle muy callado, gruñó—. No se te ocurra reírte o te juro que voy dónde estás y te doy un derechazo.

—Tranquila Tyson, nada más lejos de mi intención.

Desesperada, Karen continuó.

—El problema es que ahora se ha arrepentido de su impulsividad y lleva llorando más de cuatro horas encerrada en su habitación. Dice que no saldrá de allí hasta que le crezca el pelo. Necesito tu ayuda. Temo que haga una tontería. Tienes que venir, por favor. Ella siempre te ha escuchado a ti, aunque últimamente no escucha a nadie.

—Salgo para allá ahora mismo. —Y dicho esto, colgó.

Le indicó a su secretaria que estaría localizable en el móvil y bajó al garaje a por su Austin. Media hora después estaba en Chelsea, en casa de su hermana.

—Gracias por venir, Philip —le besó Karen.

—¿Dónde está?

—En su cuarto.

Con decisión, Philip subió las escaleras y se paró ante la puerta cerrada de su sobrina. Escuchó la música estridente que salía de su interior, leyó el cartel de no molestar y decidió llamar a la puerta.

—¡Mamá, déjame en paz! —gritó la muchacha.

—Soy tu tío. Ábreme.

La muchacha no contestó pero tampoco abrió, Philip volvió a la carga.

—Diana. Sabes que mi paciencia no es infinita. Tienes dos opciones: o abres, o tiro la puerta abajo.

—No quiero que me veas. Estoy horrible. ¡No quiero ver a nadie!

Karen se retorció las manos, nerviosa. Philip tras dar un beso a su hermana en la mejilla, contestó a su sobrina con tranquilidad.

—Cariño. Tú eres preciosa. Es imposible que estés horrible.

—¿Te ha dicho mamá lo que he hecho?! —gritó llorando.

—Sí, Diana. Por eso estoy aquí. Para intentar buscar soluciones.

—Para esto no hay solución. La única solución es encerrarme en este cuarto hasta que mi pelo vuelva a crecer. Seré el hazmerreir de todo mi colegio. Odio a mi padre. Le odio por todo lo que me hace sufrir.

—Diana abre la puerta —exigió aquel—. Quiero hablar contigo.

—No. No quiero hablar contigo. Quiero que me dejes sola ¿lo entiendes? Quiero que todos me dejéis sola. Y esta vez soy yo la que lo pido.

—Vamos, cariño. Abre la puerta —susurró Karen desesperada.

—He dicho que no, mamá. ¿Por qué has tenido que llamar al tío? Le odio.

—Me ha llamado porque sabe que te quiero. Ahora abre.

—No digas mentiras. Tú me odias. Lo veo por cómo me miras cada vez que hago algo inapropiado. Nunca hago nada que te guste. Lo sé... lo sé.

Aquella acusación le llegó al corazón a Philip y apoyándose en la puerta susurró:

—Estás equivocada, Diana. Yo te quiero, y te quiero muchísimo. Siempre has

sido mi niña y lo serás mientras viva —su hermana al escucharle se emocionó—. El que yo me enfade contigo cuando te veo hacer algo inapropiado es lo normal. Soy un adulto y he de enseñarte a vivir, cielo. Yo te adoro y sé que lo sabes aunque te empeñes en decir que no, y odio ver como desperdicias en ocasiones tu vida con algunas malas acciones. Sé que ahora no lo entiendes, pero con el tiempo lo entenderás. Ya lo verás.

Como respuesta la muchacha subió el volumen de su equipo de música. Karen, desesperada, miró a su hermano y este quitándose la chaqueta, se la dio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Karen incrédula.

Philip, con gesto de enfado, dio un paso atrás y soltando una patada a la altura de la cerradura la puerta cedió. Con gesto de sorpresa Diana miró a su tío entrar y este, sin dejarla hablar, dijo:

—Nunca más vuelvas a dudar que te quiero, ¡¿oído?! O te juro que la próxima vez te daré tal azotaina que entonces sí que me vas a odiar.

Una vez dijo eso la niña se lanzó a sus brazos y durante un par de horas lloró. Karen, más tranquila y a petición de su hermano, les dejó a solas. Ellos debían hablar de sus cosas y su hermano Philip era especialista en solucionar momentos de crisis.

Una vez la calmó, consiguió comunicarse con ella. Algo que llevaba más de un año sin hacer. De pronto, la complicada Diana volvía a ser aquella niña encantadora que corría junto a su tío para hablar y jugar con él. Philip se enteró de la rabia que ella albergaba por como su padre les trataba. Rabia que volcaba contra su madre y el resto del mundo. Y tras sacar fuera todo lo que durante meses había callado finalmente Diana se desahogó.

—Por cierto —dijo Philip—. Ahora que nos estamos sincerando, quiero que veas una cosa.

—¿El qué?

—Dame un segundo que voy al salón a por mi maletín.

Con gesto sonriente, Philip cogió su maleta y regresó a la habitación. Lo abrió. Cogió unos papeles y se los dio a su sobrina.

—Lee lo que pone.

Ella los tomó y tras leer le miró con cara de asombro.

—Vaya... entonces decías la verdad. El bebé de Juliana no es hijo tuyo.

—Pues claro que no, cielo. Cuando yo te decía que no era hijo mío era porque lo sabía. Si hubiera habido la más mínima posibilidad de que ese bebé hubiera sido mío, nunca le habría abandonado. Eso, jovencita, quiero aclarártelo. Me dolió mucho que pusieras en duda mi honor como hombre.

—Lo siento, tío —susurró mimosa.

Tras darle un cariñoso abrazo y un beso en la cabeza, le sonrió.

—¿Qué te parece si te llevo a la peluquería donde van las actrices como Juliana y vemos cómo podemos arreglar esto?

—¡Genial!

Quince minutos después, Philip iba con su sobrina en su Austin, feliz.

El miércoles Lola y Antonio organizaron una cena en el restaurante de un amigo. A ese evento solo invitaron a la familia directa y a los veinticinco trabajadores que componían la empresa de Antonio, EyE. La cena en sí transcurrió con alegría. Brindaron por los futuros novios y todos se divirtieron.

Philip y Marta, sentados cada uno en una esquina opuesta de la mesa, se miraban. Pero no se hablaron. Marc se percató de todo pero no dijo nada. Philip era muy suyo para sus cosas. Una vez acabada la cena, Lola y Antonio y los más mayores se marcharon para sus casas. Philip pensaba hacer lo mismo pero al ver que Marta, su hermana y Patricia, junto a otros jóvenes de la cena, se iban a tomar una copa al Stretch, decidió ir también arrastrando a Marc, que no opuso ninguna resistencia. Es más, parecía encantado.

Al llegar al bar, Marta, consciente de cómo la miraba el lado masculino de la empresa EyE, estaba encantada. Pero más le gustó ver el gesto ofuscado de Philip.

«Te vas a enterar, guapito de cara, de quién soy yo» pensó sacando a bailar a uno de ellos.

Durante un buen rato, Marta, Karen y otros, bailaron salsa. Philip intentó mantener el tipo. Su enfado crecía por momentos cada vez que alguno la tocaba o se acercaba a ella, pero, dispuesto a no dejar ver su enfado, comenzó a hablar con la chica de la barra. Una muchacha muy mona.

Marta, al ver la rapidez con la que aquel había encontrado con quién entretenerse, decidió contraatacar cuando la música lenta empezó a sonar, y plantándose ante Philip dijo:

—¿Puedo invitarte a bailar?

Sorprendido por aquello, la miró, y asíéndola por la cintura la llevó hasta la pista, donde la abrazó bajo los focos oscuros.

—¿Por qué nunca bailas? ¿No te gusta? —preguntó Marta.

—No. No me gusta. Me parece ridículo.

Aquello hizo que Marta se carcaseara

—¿Crees entonces que soy ridícula cuando bailo?

Oír su risa cristalina y tenerla cerca le relajó, y la abrazó aún con más fuerza.

—No, *honey*. Tú precisamente lo haces muy bien.

—Graciassssssssss —respondió de buen humor. Durante unos minutos ambos bailaron en silencio y Marta aprovechó para colocar su cabeza sobre su hombro. Le encantaba su olor.

—¿Lo estás pasando bien, Philip?

—Me lo pasaría mejor si estuvieras conmigo y a solas en mi casa —dijo entrecerrando los ojos.

Escuchar aquello hizo que a ella el estómago le diera un vuelco. No había nada en el mundo que le apeteciera más. Pero no. Debía darle a probar su propia medicina. Por ello y dispuesta a no dejarse manipular por aquel le susurró al oído.

—Mmmmm... la verdad es que me tientas. —Él le sonrió complacido. Le gustaba sentir que lo deseaba. Pero tras mirarle con adoración añadió—: Pero no, cielo. Esta noche me apetece probar algo diferente.

Boquiabierto por aquel descaro, Philip la miró. Aquello era darle un mazazo en su orgullo de hombre.

—¿Con quién crees tú que debo montármelo hoy? —prosiguió haciendo que se tensara—. Dos de ellos me han propuesto ir al hotel Soff. Un motel que por lo visto está cerca de aquí.

Philip no respondió. Solo la miraba con gesto grave. Aquella descarada le estaba pagando con la misma moneda y no se lo podía reprochar. Optó por callar y ella continuó hablando con su habitual desparpajo.

—Por cierto, ¿sabes si tiene jacuzzi el hotel? —él blasfemó—. Oh, Dios me encantaría que tuviera un jacuzzi grande y redondo de esos que uff... tú ya me entiendes, ¿verdad? Eres un hombre experimentado y...

No pudo decir más. Philip la besó. Le devoró los labios con tal sensualidad que Marta sintió que se desmayaba. Ella le correspondió, sin poder evitarlo. Finalmente Philip se separó y, con gesto tosco, dijo antes de soltarla:

—Te recomiendo que vayas al Garden. Es un buen hotel y podrás disfrutar de un maravilloso jacuzzi.

Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó. No estaba dispuesto a seguir aquel juego. Marta le miró y deseó correr tras él. Pero su orgullo se lo impidió.

Capítulo 26

Había pasado un día y Marta no había vuelto a saber nada más de Philip. Eso la inquietó y la molestó, ¿se había vuelto paranoica?

El jueves por la mañana decidieron todos salir de compras por el centro de Londres. Una vez allí, se movieron por las callejuelas típicas del lugar y se hicieron divertidas fotos en las originales cabinas rojas de teléfono. Por la tarde, Karen y sus hijos, cuando salieron del colegio, se reunieron con el grupo para continuar las compras. Y todos se sorprendieron al ver el nuevo look de Diana. Estaba muy guapa con aquel moderno corte de pelo. Nico, el pequeño, rápidamente hizo migas con Marta, quien le seguía en sus bromas. A Marta le encantaban los niños y Nico era un crío adorable y como su hija pasó de ella en cuanto llegó Diana, salvo para pedirle dinero, se pudo centrar en el niño.

—Esta librería me encanta —dijo Lola en una tienda que por su apariencia debía llevar toda la vida allí—. Siempre que vengo a Londres me encanta pasarme por aquí. Vamos a entrar. Veréis qué sitio más precioso han construido en su interior para los niños.

—Aquí vengo con el tío Phil y me lo paso bomba con él —rió Nico con su sonrisa mellada.

Aquello sorprendió a Marta. Conocía poco a Philip, pero no le veía confraternizando con un niño, aunque fuera su sobrino.

—Nosotras iremos a aquella tienda —señaló Diana del brazo de Vanesa—. Os esperamos allí.

—Un momento, jovencitas —las frenó Karen—. Os acompañaré. No me apetece tirarme al suelo. Yo ya me he revolcado lo suficiente en esta librería.

—*Uis* nena qué sala eres para ser inglesa. ¿Cómo te vas a revolcar en una librería? —dijo Adrian.

Lola y Karen se miraron divertidas, y fue esta última quien habló:

—Os espero con estas jovencitas. Pasadlo bien.

Con gesto de aburrimiento las niñas asintieron. No les quedó más remedio que dejarse acompañar por Karen.

Una vez entraron en la librería enseguida todos entendieron porque a Lola le gustaba aquel lugar. Estaba decorada con mimo y con gusto. Sus estanterías eran de madera envejecida y los libros estaban cuidadosamente colocados. Incluso había unos bancos para poder sentarte y hojear los textos. Con alegría, Nico tiró de la mano de Marta para que le acompañara. Quería llevarla a la zona de los niños. Con una sonrisa, mientras los otros hojeaban libros para adultos, ella siguió al crío, y se quedó boquiabierta al descubrir la zona que le quería enseñar. En aquella sala enorme habían creado un mundo mágico lleno de mariposas colgantes y duendes sonrientes que sujetaban las librerías. Las estanterías eran en colores pastel y el suelo de color hierba fresca. Alrededor de aquel bonito sitio

habían puesto unos bancos para niños y unas pequeñas tiendas de campaña con luz en su interior.

—Ven... te enseñaré el sitio preferido del tío Phil y mío.

Boquiabierta por tan fantástico sitio le siguió. Nico la llevó a la última tienda de campaña color aguacate, aunque antes cogió un cuento de una de las estanterías, se agachó y se metió en la tienda.

—Ven, Marta, entra. Verás qué divertido.

Desde su altura lo miró y sorprendida preguntó:

—¿Yo me tengo que meter también?

—Claro. Es totalmente necesario para entender el cuento —respondió el niño.

Sin pensárselo dos veces Marta se agachó y se metió. Una vez en el interior de la tienda el pequeño encendió un pequeño farol y se tumbó. Marta también lo hizo.

—Qué sitio más original.

—Es nuestro sitio de pensar —respondió el niño—. En casa tengo otra tienda en mi habitación. Me la regaló tío Phil y siempre que estamos juntos nos metemos y hablamos de cosas de hombres.

—Caray, ¿no me digas? —sonrió divertida.

—Oh sí, ¿y sabes lo mejor de todo? Yo le regalé a él una tienda como esta para su casa. La tiene en su despacho y me ha dicho que le ayuda mucho a pensar.

Aquello le hizo gracia a Marta. No se podía imaginar a Philip con lo grande que era metido en una pequeña tienda como aquella.

—Eso está muy bien, cielo. Hablar de cosas de hombres entre hombres debe ser una experiencia muy bonita.

El crío sonrió y se volvió hacia ella.

—Oh, sí. Nos damos consejos el uno al otro y siempre nos vienen bien. La semana pasada el tío y yo estuvimos hablando de una chica de mi clase. Se llama Stephanie y la verdad es que me gusta mucho. Aunque creo que yo a ella no. Por eso le pedí consejo al tío para saber qué tengo que hacer para que las chicas me miren tanto como le miran a él. Y, la verdad, su consejo me dio buen resultado. Stephanie me ha mirado dos veces solo a mí, y ahora se sienta a mi lado en el comedor del cole.

Marta sonrió al escuchar aquello.

—Oye, ¿Se puede saber qué consejo te dio? —pregunto Marta con curiosidad.

—Oh, sí. Me dijo que fuera amable con ella. Que la mirara a los ojos cuando la hablara y que le regalara la flor que más le gusta. Eso, según él, a las chicas les encanta.

—Buen consejo, sí señor —asintió Marta divertida. Philip quería hacer de su sobrino un hombre galante como él.

—Por ello cogí una flor naranja del jardín del colegio y se la regalé. Desde

ese día Stephanie me mira y quizás me anime a pedirle que sea mi pareja de baile para la fiesta de fin de curso.

—Seguro que acepta. Ya verás. No todos los chicos son tan galantes como tú.

—El tío Phil también lo es, ¿verdad?

—Sí, cielo, sí que lo es.

El niño asintió y sonrió.

—Tumbate. Voy a enseñarte porqué nosotros a la tienda la llamamos la de pensar —le dijo echándose boca arriba.

Con rapidez Marta se volvió a tumbar. El niño apagó la luz y el techo se iluminó con cientos de estrellitas.

—Madre mía, Nico, ¡esto es precioso!

—Sí... es mágico —murmuró el niño mirando las estrellas.

Durante un rato ambos permanecieron callados mirando las estrellas pegadas que se iluminaban en la pequeña tienda.

—¿Sabes? Yo le di un consejo a él también —dijo el niño de pronto.

Aquello llamó poderosamente la atención de Marta y sin poder evitarlo preguntó:

—¿Se puede saber?

—No.

«Vaya por Dios. Jodido niño» pensó Marta molesta por haberle puesto la miel en la boca.

—Ah... vale.

—Es un secreto entre el tío y yo. Entiéndelo.

—Lo entiendo.

—Por cierto, Marta ¿a ti qué flor es la que más te gusta? No es por nada. Es solo que me gustaría saberlo. A Stephanie le gustan las flores naranjas, ¿y a ti?

Al escuchar aquello Marta tuvo que contener la risa. Aquel pequeño le acababa de revelar que Philip y su sobrino hablaban de ella. Pero con disimulo se tragó la sonrisa y respondió.

—Las margaritas blancas. Esa es mi flor preferida.

Con disimulo miró al niño al decir aquello y vio como este sonreía. Ella también.

Dos minutos después se abrió la tela de la tienda. Era Adrian, junto a Patricia y Lola.

—¿Qué haces tirada en el suelo? —preguntó Patricia extrañada.

—Viendo las estrellas y pensando —respondió Marta.

—*Ojú, miarma...* otra más que ha caído en ese juego —sonrió Lola al escucharla.

Veinte minutos después salían de la librería. Todos iban felices, y en especial Marta. Le gustaba saber que Philip hablaba de ella.

Aquella tarde, tras un maravilloso día de compras, Vanesa se fue a dormir

con Diana. Al día siguiente no tenían colegio y Karen se marchó a su casa con los niños. Más tarde iría a casa de su padre para recoger al grupo e ir a ver actuar al grupo Texas con sus amigos españoles.

Cuando Lola y el resto llegaron a la futura casa de Antonio, vieron una moto oscura aparcada. Como era de esperar, Marta, al verla, se dirigió rápidamente hacia ella para admirarla.

—Madre del amor hermoso, ¡qué preciosidad! —exclamó al tocar su asiento de cuero.

—Buenoooooooo —silbó Patricia—. Ya no movemos a Marta en toda la tarde de aquí.

—*Uis*, por Dios, nena. Qué trasto más enorme. Solo con verlo se me pone todo el vellito de punta —dijo Adrian.

Emocionada ante la increíble máquina que tenía delante, a Marta se le secó la boca. Siempre había querido conducir aquella impresionante moto. Pero siempre supo que eso era un sueño inalcanzable.

—No es un trasto, Adrian. Es una Harley Davidson V-Twin Revolution de 1250 c.c. con refrigeración líquida, escape dual, manilla estilo Dragster, neumático trasero de 240mm, y frenos traseros de cuatro pistones. —Cogió aire y susurró—: Madre mía qué pedazo de maravilla.

Lola, acercándose a ella, dijo sorprendiéndola:

—Es de Philip. A él le pasa como a ti. Le gustan estos cacharros.

«Uf... cada día este *gui*ri me gusta más» pensó Marta.

—Pero me extraña ver la moto aquí —puntualizó Lola—. Solo la utiliza cuando se va de viaje de placer.

Al escuchar aquello Marta se preocupó, aunque pensó, «Si esta maravilla es de Philip, seguro que me deja dar una vuelta».

Encantada de la vida no solo por saber que él estaba allí, si no por descubrir que era el dueño de semejante preciosidad, entró en la casa esperando encontrarle. Se imaginó el sonido del motor al arrancar y la sensación de manejarla y le tembló hasta el alma. Debía ser una pasada.

—Nosotros subimos a la habitación para dejar las compras —dijo Patricia acompañada por Adrian.

Lola y ella continuaron hasta el jardín trasero. Allí se escuchaban risas. Una vez traspasaron las puertas del salón a Marta casi se le para el corazón. Ante ella estaba un Philip más guapo que en toda su vida, vestido con unos vaqueros y una camiseta caqui. Por su gesto se le veía feliz y al verla sonrió.

—Por fin estáis aquí —aplaudió Antonio—. ¿Habéis desvalijado las tiendas de Londres?

Lola con una picara mirada sonrió y tras darle un rápido beso en los labios respondió:

—¿Acaso lo dudas?

Los cuatro sonrieron y Lola tomó asiento junto a Philip.

—¿A qué se debe esta encantadora visita? —le preguntó. Philip tras reponerse de la visión de una sonriente Marta dijo confundido:

—Pasaba por aquí y decidí saludar.

—¿Te quedas a cenar?

—No, Lola, gracias. Tengo planes.

Sin poder aguantar un segundo más Marta, sentándose junto a Philip, dijo con gesto anñado:

—Me ha dicho Lola que la impresionante Harley que está aparcada fuera es tuya. ¿Es cierto?

Este la miró y asintió. Sabía que la moto llamaría su atención. Tenía los ojos iluminados como no se los había visto nunca y aquello realzaba su belleza.

—Sí, es mía. ¿Te gusta?

Como niña con zapatos nuevos le miró y con un gesto la mar de salado se retiró el pelo de la cara y dijo:

—Madre mía, Philip. No me gusta ¡Me enloquece! ¿Cómo no me habías dicho que tenías una moto así?

—Dijiste que no querías conocer nada de mí —le recordó olvidando que Lola y Antonio sentados frente a ellos les estaban escuchando.

—Caray... es cierto. Pero cosas como estas son para contar. Cuando la he visto se me han puesto los pelos como escarpas. Su sonido al arrancar debe ser bronco y espeluznante, ¿verdad? —él asintió y ella continuó—: En Madrid tengo varios amigos que matarían por pilotar una moto así. ¡Madre mía! ¡Una V-Twin Revolution de 1250 c.c.! Su escape dual con acabado en cromado ¡es la bomba! Y, bueno... bueno qué decir de su manilla estilo Dragster. ¡Me encanta! Joder, Philip qué suerte tienes. Tienes un pedazo de bicho entre las piernas que ya me gustaría montar a mí.

Al decir aquello y ver la cara con que la miraron todos se percató de lo que acababa de decir y ante la cara de guasa de aquel y de incredulidad de Lola y Antonio, intentó rectificar.

—Perdón... perdón que me he embalado y lo que he dicho ha sonado muy mal —dijo roja como un tomate—. Quería decir que me encantaría pilotar una moto así.

—No te preocupes, Marta —salió en su ayuda Antonio. Esa muchachita y su vitalidad le gustaban, aunque más le gustaba ver los cambios que aquella ocasionaba en su hijo—. Te hemos entendido todos a la primera.

Marta, más tranquila, miró a Philip para ver si había cogido la indirecta pero este no la miraba. Su vista estaba fija en la mujer que apareció por la puerta. ¡La pelirroja! Iba vestida de cuero negro toda ella y estaba espectacular. Al verla, a Marta se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo iba a competir con ella? Lola al ver la cara de esta fue a decir algo pero un gesto de Philip le pidió que callara, y la

mujer para disimular se levantó y dijo:

—Genoveva, preciosa, ¿cuándo has llegado?

La pelirroja acercándose a ellos con unos andares de top model, sonrió enseñando sus preciosos dientes alineados y tras mirar a Marta con curiosidad, se volvió hacia Lola y respondió:

—Vine con Phil. Habéis llegado mientras estaba en el aseo. Oh, Lola ¡estás preciosa! Creo que la próxima boda te está rejuvenecido, y ese color de pelo te queda divino.

—Gracias, hija, tú como siempre estas guapísima.

Con cortesía, aquella impresionante pelirroja se volvió hacia Marta. Philip acercándose a Genoveva la cogió por la cintura y dijo ante los ojos chispeantes de aquella:

—Preciosa, ella es Marta. Trabaja para Lola en su taller diseñando vestidos andaluces y ha venido a la boda.

La pelirroja con un encantador gesto se acercó a ella y le dio dos besos. Olía a sensualidad.

—Encantada, Marta. Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo —respondió escuetamente.

Tras esta fría presentación, Genoveva se sentó junto a Philip, cogió un vaso de la mesa y mirándole le susurró:

—Mi amor, ¿me traerías un poquito de agua? Estoy sedienta.

Philip sin mirar ni un segundo a Marta sonrió y levantándose dijo:

—Por supuesto, preciosa. Ahora mismo —luego desapareció tras las puertas.

«¿Mi amor? ¿Preciosa?... Será capullo. No tiene bastante con que yo sepa que Genoveva es su amiga esa que quiere ser mala... malísima, que además me la refriega por la cara» pensó olvidando la moto y la alegría de minutos antes.

—Vaya... tú trabajas para Lola —dijo.

Marta asintió.

—Es mi mejor diseñadora —respondió Lola—. Bueno, mejor dicho, Marta es mi mano derecha en el negocio. Sin ella mi tienda no sería lo mismo.

La pelirroja consciente de su atracción y sensualidad se retiró el pelo de la cara.

—Siempre he querido tener un vestido de flamenca de esos tuyos. Son preciosos —dijo mirando directamente a Lola.

—Mi Lola es una estupenda diseñadora de esos trajes —asintió Antonio con orgullo tomando la mano de la mujer que le sonrió.

Lola que conocía a Marta como si la hubiera parido, miró su gesto. Aquel no denotaba nada bueno y con rapidez dijo:

—Cuando quieras *miar*ma. Yo estaré encantada de hacerte uno.

La pelirroja volvió a tocarse el pelo y tras un par de pestañeos que sacaron a Marta de su estado de coma la oyó decir:

—El problema es ir a Madrid a que me tomes medidas. Aunque quizá si me las tomaras aquí podría encargártelo. Phil lleva años queriendo que vaya con él a la feria de Sevilla. Si lo tuviera, ya tendría vestido para ir el año que viene.

«Y una mierda, guapa. El vestido te lo va a hacer Rita la cantaora porque yo no» pensó Marta. Pero cuando fue a responder, tras ella se oyó la voz de Philip.

—Estoy seguro que ya que está aquí, Marta lo hará encantada, ¿verdad, Marta?

«A este le ahogo, y a esta le clavo todos los alfileres y la desinflo».

Todos la miraron. Deseó decir lo que pensaba. Deseó coger a Philip por el cuello y estrangularle, pero no le podía hacer aquello a Lola. Por ello fabricó una de sus sonrisas, miró primero a Philip, luego a Lola y por último a la del pelo rojo.

—Por supuesto. Cuando quieras. Como ha dicho Phil, estaré encantada —respondió al fin.

Feliz por aquella contestación, la pelirroja cogió el vaso de agua que le ofrecía y se lo bebió. Una vez lo acabó se levantó y, tras tocar el pelo de Philip con enfado, dijo mirándole con un gesto cariñoso:

—Mi amor. Creo que deberíamos ir a casa a cambiarnos. Hemos quedado con Warren y Marc a las nueve para cenar. Si no nos damos prisa llegaremos tarde.

Philip miró su reloj y cogiendo una cazadora de cuero negra, se la puso.

—Tienes razón, preciosa. Es hora de irnos.

«Y dale con mi amor y preciosa» pensó molesta Marta.

En ese momento aparecieron Adrian, Patricia y Karen, quien había llevado a los niños a casa y había vuelto para salir con sus amigos aquella noche.

—Genoveva, ¡tú por aquí! —saludó Karen con una estupenda sonrisa.

La pelirroja, al verla, sonrió y la saludó. Segundos después Karen le presentó a Adrian y Patricia. Esta última, al ver el gesto de Marta, y en especial lo callada que estaba pudo intuir cómo se sentía y lo confirmó. Marta se había colgado de su rana.

—Iremos al Green esta noche. Animaos y venid, toca el grupo Texas y no me lo perdería por nada del mundo —dijo Karen ante el horror de Marta. ¿Qué hacía invitándoles a ir? No quería verles allí.

Philip al oír el resoplido de Marta la miró y, tras cruzar una fría mirada con ella, respondió:

—No sé, Karen. Hemos quedado con unos amigos —aunque se alegró de saber dónde estaría Marta esa noche.

—Si nos da tiempo, iremos —aseguró Genoveva—. Hemos quedado con Warren y Marc, y ya sabes que con ellos la fiesta es continua.

—De acuerdo. Si os animáis, allí estaremos —asintió Karen percatándose de cómo su hermano miraba a Marta. Tendría que hablar muy seriamente con

Marc.

Una vez dicho esto, Philip, tras despedirse, asió por la cintura a Genoveva y desaparecieron. Patricia se acercó a Marta y para alegría de esta dijo en voz alta:

—Marta, necesito que subas conmigo a la habitación. Sin querer he juntado lo que has comprado tú con lo mío y tengo un lío de mil demonios.

Una vez desaparecieron de la vista de todos y cerraron la puerta de la habitación, Patricia la apuntó con el dedo.

—Te has colgado de él. Lo sé. Lo he visto en tus ojos, ¡pedazo de tonta! —le dijo.

Marta asintió, la miró con gesto grave y antes de llevarse las manos a la cara susurró:

—Tienes razón. Soy lo peor.

Aquella noche en el restaurante, mientras cenaban, Philip estaba inquieto. No podía dejar de pensar en Marta. En aquella alocada y divertida española que siempre le hacía sonreír. Mientras Warren y Marc charlaban con Genoveva y un par de amigas, él rememoró los gestos de Marta mientras hablaba de su moto. Realmente se veía que era un tema que le apasionaba y del que entendía. Nunca había conocido a una mujer que disfrutara hablando de manillares de moto ni nada por el estilo. Y precisamente eso era lo que cada vez más le llamaba la atención de ella.

—Te noto un pelín disperso esta noche, amigo —comentó Warren acercándose.

Philip sonrió.

—Estaba pensando en un trabajo que tengo que cerrar la semana que viene —le indicó cogiendo su copa de vino.

—¿Seguro que es eso?

Últimamente le notaba más esquivo de lo normal. Más pensativo. No es que Philip fuera el alma de la fiesta, pero aquella seriedad solo le acompañaba en momentos en los que estaba tenso por algo.

—Sí —asintió Philip.

Incrédulo, Warren miró a su amigo y le regañó.

—¿Cómo puedes estar pensando en trabajo en estos momentos?

—Ya sabes —rió este—. Deformación profesional.

—Olvida el trabajo. Estamos en una cena entre amigos y es momento de disfrutar.

—Lo haré cuando consiga resolver lo que tengo en mente.

Warren, tomando su copa de vino, la acercó a la de él y haciéndolas chocar le dijo:

—Deja de pensar en ello. Ese es un tema que como bien has dicho es para la semana que viene. Tienes que aprender a desconectar y pasarlo bien, ¿tan difícil es?

—Sí —sonrió—. Llevo tanto tiempo sumergido en el trabajo que me es imposible obviarlo. Pero lo intentaré.

Aquello hizo reír a Warren. Conocía a Philip y a diferencia de él, era un hombre íntegro y con una vida relativamente ordenada. Era un buen amigo, pero un amigo que vivía en exceso para el trabajo.

—Por cierto —dijo Marc de pronto—. Me he enterado que esta noche toca Texas en el Green, ¿os animáis y vamos?

Al escuchar aquello a Philip se le aceleró el corazón. Ir allí supondría poder ver a Marta. Por ello respondió con rapidez, dejando a Warren sin palabras.

—Me parece una buena idea.

—Así me gusta, amigo —rió Warren—. A eso se le llama intentar desconectar.

—Estupendo —aplaudió encantado de la vida Marc. Le apetecía mucho ir al Green.

Genoveva, al escucharles, sonrió y acercándose a Philip y sin que nadie le escuchara le murmuró al oído:

—¿Estás seguro de querer ir?

Philip con una amplia sonrisa por lo que la noche le depararía, le dio un cariñoso beso en el hombro.

—Sí. Segurísimo, preciosa.

Durante el concierto de Texas, Marta y el grupo lo pasó fenomenal. El lugar estaba abarrotado de gente y era imposible ver a nadie excepto a la persona que estaba a tu lado. En varias ocasiones miró a su alrededor en busca de aquel hombre que la estaba trastornando, pero con alivio y al mismo tiempo decepción, no le encontró. Los amigos de Karen eran muy divertidos. Con sus risas y su peculiar manera de hacerse entender en español consiguieron que Marta, finalmente, se olvidara de Philip. Pero cuando estaba de lo más entretenida y divertida bailando con un amigo de Karen, le vio llegar. Vio un tipo de pelo claro y más alto de lo normal acercarse hasta el grupo donde estaba Adrian y Patricia y creyó morir.

A su lado estaban Marc y Warren tan guapos como siempre. Pero lo que realmente le molestó fue ver a la pelirroja. Semi oculta en la pista de baile con Richard, un amigo de Karen, Marta pudo observar al grupo sin ser vista y comprobó como Philip miraba a su alrededor. ¿La estaría buscando? Eso le gustó, hasta que sus ojos coincidieron con los de él. Fue encontrarla y agarrar a la pelirroja.

¡Maldita rana! Pensó molesta.

Tras bailar agarrada a Richard más de cuatro canciones, finalmente no le quedó más remedio que regresar con el grupo. Intuía que si seguía bailando con él, de un momento a otro intentaría algo con ella. Se lo notaba en como la miraba y, en especial, en el bulto que comenzaba a presionarla entre las piernas.

—Hombre, ¡aquí está la bailona! —sonrió Warren al verla aparecer—. Hola, preciosa, ¿cómo estás?

Sin mirar a Philip, se acercó hasta ellos con una fingida felicidad.

—Hola, chicos. ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace poco —respondió Marc dándole un beso—. ¿Qué tal ha estado el concierto de Texas? Qué rabia. No nos ha dado tiempo a llegar para escucharles.

—¡Genial! —respondió Karen con una sonrisa.

—¡Brutal! Ha sido la caña. La verdad es que son buenísimos, y en directo mucho más —respondió Patricia.

Mientras, Marta bebía de su copa. Estaba sedienta.

Media hora después, y sin haber cruzado ni una palabra con Philip, Marta se dirigió a la barra para pedir algo más de beber. Hacía calor, y tenerlo cerca la estaba poniendo cardíaca. No quería mirarle, pero sus ojos continuamente le encontraban. Estaba impresionante vestido con aquella camisa blanca y el pantalón vaquero negro. Mirarle le suponía a Marta acalorarse. Solo imaginar lo que escondía aquella ropa y la masculinidad de este en los momentos íntimos la hacía jadear.

«Joder... joder, lo mío es de juzgado de guardia» pensó tras pedir un vodka con coca-cola.

—Pídeme otro a mí —dijo Patricia posicionándose junto a ella en la barra.

Una vez el guapo camarero les sirvió sus bebidas Patricia habló.

—Muy bien, Marta. Creo que esto ya no tiene remedio, ¡la has cagado! Como amiga tuya solo te puedo dar un consejo. O tiras para adelante pase lo que pase, o das cerrojazo al tema y te dedicas a olvidarle antes de que lo tengamos que lamentar.

—Lo sé, Patri. El problema es: ¿cómo me he podido colgar de él? Se supone que soy una mujer liberal y que yo mando en mi vida. ¿Cómo he podido volver a caer en la influencia de un tío que encima no es mi tipo?

Patricia dio un sorbo a su copa.

—¿Es bueno en la cama?

—¡La bomba!

—Entonces no me digas más. Ya sabes porque te has colgado por él.

Pero no. Marta se negaba a pensar que era solo por eso y tras darse la vuelta para apartarlo de su vista, respondió:

—No, Patri. No es solo por eso. Creo que ese tipo, a pesar de su rigidez, de su seriedad y de todo eso que no me gusta de él, es el único hombre que me ha tratado bien en todos los aspectos. Se ha preocupado por mí. Ha cocinado para mí y cuando estamos solos te juro que olvida esa rigidez y sonríe. Sonríe como un niño y es encantador.

—¡Mi madre! —exclamó aquella—. Tu colgadura es peor de lo que pensaba. Marta sonrió, entre desesperada y divertida.

—Sí. ¡Estoy como un cencerro! Lo asumo. Pero debo olvidarlo. Algo entre él y yo es imposible. Vamos, inútil. Joder, somos de dos mundos diferentes, ¿no lo ves?

—Yo sí... claro que lo veo. Pero la que lo tienes que ver eres tú.

Pero Marta continuó hablando sin prestarle atención.

—Lo nuestro es como juntar el aceite y el agua. ¡Algo imposible!

—Tienes razón —volvió a asentir Patricia.

—O como intentar unir la noche y el día. ¡Imposible!

Al ver que aquella se iba a embalar Patricia le puso la mano en la boca y para que callara dijo:

—Sí, cielo sí. Es imposible, ¡muy imposible! Pero recuerda también aquello de los polos opuestos se atraen. Y tú y ese estirado sois lo más opuesto que he conocido yo en mi vida. Quizá por eso cuando os miráis os sentís así.

—¿Nos miramos?

—Sí, cielo sí. Que sepas que llevo toda la noche estudiando a tu rana. Y te aseguro que a ese ricachón le pasa lo mismo que a ti. Disimula con la pelirroja. Pero a la que no le quita ojo es a ti. Con ella tiene una camarilla especial. Eso se ve a la legua. Se nota que se conocen y que los dos están en la misma onda... Perooooo... la que le gustas eres tú. Y solo tú, querida Martita.

Escuchar aquello le gustó y sonrió arrebatada. Pero también se desesperó. ¿Por qué sonreía ante algo que iba directo al fracaso?

—Mira, cariño. Sabes que te adoro como si fueras mi hermana y que odio que seas infeliz. Pero si no vives esta historia con la jodida rana, nunca te lo vas a perdonar. Quizá dure un día, siete siglos o diez meses. Pero disfrútalo y piensa solo en ti. Que pasados dos meses solo queda entre vosotros una química especial en la cama. ¡Perfecto! A disfrutarla. Que pasado ese tiempo sigues sintiendo mariposillas en el estómago, ¡mejor! Eso es que es verdadero. Pero vévelo y disfrútalo. Cosas así no ocurren todos los días. Te lo digo yo, que lo sé.

—Ay, Patri... es todo tan complicado.

—No. No es complicado. Lo complicamos nosotros. Y con esa tensión sexual que os traéis entre los dos, más.

—Tienes razón. Reconozco que verlo me hace pasar de cero a cien en pocos segundos —murmuró Marta mirando como sonreía a la pelirroja.

—No hace falta que me lo jures —rió—. Es veros y las chispas saltan a

vuestro alrededor. ¿No te das cuenta?

—No. Yo solo me doy cuenta de mis chipas, y tengo los plomos tan fundidos que no veo las de él.

—Pues fíjate y déjate de gilipolleces. Piensa lo que quieres hacer. Estoy casi segura de que él solo está esperando a que tú des el paso. Le gustas, Marta. Le gustas por cómo eres y por quién eres. Está muy claro que ni él es tu tipo, ni tú el de él. Pero por alguna extraña circunstancia os atraéis. ¡Y mucho!

—Madre mía en qué embolado me voy a meter, Patri —susurró al mirarle.

—Mejor meterse en él, que pasarse media vida pensando que hubiera sido si... Por lo tanto disfruta de la noche, pásalo bien y obsérvale. Verás como todo lo que te he dicho es verdad. Nos quedan aún varios días en Londres. Piénsalo y háblalo con él. ¿Vale?

Ambas se miraron con complicidad y sonrieron. Marta debía tomar una decisión.

Capítulo 27

Por la mañana, tras una noche en la que Philip no se acercó a Marta, estaba sentado en la butaca de su despacho mirando por el ventanal. Debía tomar una decisión en referencia a la joven que le estaba consumiendo por dentro. No estaba dispuesto a continuar aquel absurdo juego. La noche anterior ella no se acercó a él ni una sola vez, pero sí notó su mirada y le gustó.

Debía pensar con rapidez. Marta era una mujer bonita y ver como otros hombres la miraban no le agradó. Deseaba dejar claro que ella era cosa suya pero no podía hacerlo hasta que ella así lo quisiera. Nunca había sido hombre de poseer ninguna mujer, le sobaban todas, pero Marta era diferente. Su independencia la hacía diferente y eso le atraía como un imán. De pronto se abrió la puerta del despacho. Entró su secretaria acalorada seguida de una mujer. Juliana.

—Disculpe, señor Martínez —dijo su secretaria—. Le he dicho que no podía entrar pero...

—Oh, sí... claro que puedo entrar —gruñó echándose hacia un lado.

Philip al ver la lucha que se traían las dos, se levantó de su sillón y le pidió a su secretaria que saliera con la mirada. Una vez quedaron solos clavó los ojos en Juliana.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Ni siquiera me vas a pedir que me siente? —dijo ella dulcificando su voz.

—No. Y no te lo voy a pedir porque vas a estar tan poco rato aquí que no te va a hacer falta.

Juliana se sentó en el sillón de cuero blanco que había a un lado del despacho.

—Siempre me gustó este sillón, ¿recuerdas los buenos momentos vividos en él?

Él la miró con dureza y entendió a lo que se refería. Pero no quiso recordar.

—Eso pertenece al pasado. ¿Qué quieres Juliana?

—Te echo de menos, cielo —dijo retirándose con coquetería el pelo de la cara y humedeciéndose los labios rojos.

Apoyándose en su mesa de cuero oscura respondió con gesto agrio.

—Pues siento decirte que yo a ti no. ¿Qué quieres Juliana?

Molesta al ver que él no entraba al trapo como en otras ocasiones, finalmente se delató.

—Necesito dinero, Phil. Mi último musical está siendo un desastre y me veo ahogada por las deudas.

—¿Crees que te mereces mi ayuda?

Ella negó con la cabeza y eso le eterneció.

—Si mal no recuerdo, querida, me has hecho la vida imposible. Has intentado cargarme un hijo que no era mío y por tu culpa vuelvo a ser el centro de la

prensa sensacionalista cuando sabes que lo odio.

Ella se llevó las manos a la cara y toda la fachada de mujer vampiresa se desmoronó.

—Lo sé. Sé que tu opinión de mí es nefasta. Yo me lo he buscado. Pero pensé que la publicidad del embarazo me serviría para sacar adelante mi musical.

Aquello hizo sonreír amargamente a Philip.

—Lo que dices es terrible. Nos has utilizado a tu hijo y a mí para llenarte el bolsillo —dijo sin poder evitarlo.

—Lo necesitaba, Phil. Te lo juro —susurró desesperada—. Trevor me dejó. Se marchó con las ganancias obtenidas y me ha dejado en la estacada y cargada de deudas. Si he venido a ti es porque lo necesito de verdad. ¡Te lo juro! Los bancos me acosan, mis trabajadores también. Estoy sola, embarazada, desesperada, no sé qué hacer. Solo puedo recurrir a ti.

Él la miró. La conocía. Sabía cuánto le costaba ser sincera. Pero por una vez lo estaba siendo. Por ello, y tras mirarla durante unos segundos, Philip rodeó su mesa, abrió un cajón y sacando la chequera preguntó:

—¿Cuánto necesitas?

Al oír aquello, ella sollozó y tras decir una cantidad, él cumplimentó un cheque, lo arrancó y se acercó a ella. Juliana se levantó.

—Aquí tienes lo que necesitas para poder pagar lo que me has dicho y más. Pero a cambio antes de salir quiero que firmes unos documentos en los que te comprometes a no volver a mencionar mi nombre a la prensa bajo ningún concepto, o lo pagarás.

—Lo haré, Philip. Llama a tu abogado. Lo firmaré.

Con decisión este cogió el teléfono y tras hablar con su abogado, le indicó que pasaría por su despacho para cumplimentar lo pactado. Una vez hecho esto, Philip le dio el cheque y ella lo guardó.

—Siento mucho lo que ha pasado entre nosotros. Espero poder devolverte el dinero algún día —le dijo con mirada pesarosa.

—No es necesario, Juliana. Considéralo un regalo para ti y para tu hijo.

—Me avergüenzo de cómo me he portado contigo. Ahora me doy cuenta de que solo tú has sabido tratarme con cariño y respeto. Además de lo excelente amigo que eres a pesar de mi pésimo comportamiento.

Conmovido por aquellas palabras, Philip se acercó a ella y sin poder evitarlo la abrazó. Durante años la había querido, pero ahora solo sentía por ella amistad y pena por el duro momento por el que estaba pasando.

—Olvida lo ocurrido y mira por tu hijo —ella asintió—. Ese bebé cuando llegue al mundo necesitará que su madre vele por él. Juliana, eres una mujer fuerte y con carácter. No desesperes porque tengo claro que tú volverás a ser la dueña de tu vida.

Mirándole con los ojos húmedos por las lágrimas se puso de puntillas y le dio

un beso en la mejilla, después se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió y dijo:

—Phil, eres el mejor. Nunca viviré lo suficiente como para perdonarme haberte perdido.

Dicho esto salió y dejó a Philip con un gesto serio mirando la puerta. Aquel capítulo de su vida había acabado. Pulsó el interfono y dijo a su secretaria:

—Llame a mantenimiento. Quiero que se lleven el sofá que está en mi despacho y lo cambien por otro.

Capítulo 28

A media mañana Karen y Diana pasaron a buscar a Marta y Vanesa. Karen quería enseñarle el vestido que había encargado para la boda y la llevó a su tienda de trajes de fiesta preferida. Ya quedaba menos para el gran día y Karen quería estar guapa.

—Madre mía, Karen —silbó Marta al verla salir del probador—. Con este vestido estás como se diría en España, en dos palabras: ¡*Im-prezionante!*

Ambas se carcajearon por aquello y Karen mirándose al espejo preguntó:

—¿Mejor éste que el granate?

—Muchísimo mejor. Con este vas estilo Gilda. Recuerda, cuando te quites el guante hazlo con la sensualidad de la Hayworth y caerán todos rendidos a tus pies.

—¿Tú crees?

Marta, consciente de lo bella que estaba Karen, añadió:

—Te tendrás que quitar los moscones ¡a pares! Todos querrán bailar contigo. Ya lo verás.

Karen se miró en el espejo y sonrió. Solo quería impresionar a un moscón y estaba dispuesta a conseguirlo. En ese momento se escucharon las risas de Vanesa y Diana desde un probador cercano.

—Las chicas parecen pasarlo bien —dijo Karen.

Marta sonrió.

Se abrió la tela del probador y ante ellas aparecieron dos increíbles muchachitas vestidas en tonos pastel.

—*Oh... my God. You look beautiful!*

Marta, al escuchar a Karen, frunció el ceño.

—¿Se puede saber qué has dicho en cristiano?

Divertida por ello, Karen sonrió.

—Ay, perdona. A veces olvido que no sabes inglés. He dicho exactamente: Oh... Dios mío. Estáis preciosas —aclaró.

—Sí —asintió Marta mirando a su hija—. Vestidas de señoritas son dos preciosidades.

Las muchachas, divertidas, se miraban en los espejos de la tienda. Diana vestida de morado y Vanesa de azulón con escote palabra de honor eran como dos princesas. Durante un rato rieron y bromearon con sus madres, hasta que de pronto Marta se fijó en algo oscuro que sobresalía por encima del escote de su hija. Se acercó a ella y al ver lo que era gritó.

—¡Pero bueno Vanesa! ¡¿Cuándo te has hecho ese tatuaje encima del pecho?!

La muchacha al escucharla se paralizó. ¡Lo había descubierto!

—Madre mía... ¡yo te mato! —gritó Marta tirando del vestido hacia abajo

para ver el tatuaje.

Aquello era una J que rápidamente dedujo que era de Javier, entrelazada con una V.

—La madre que te parió, Vanesa ¿Cómo has podido hacer esto? —le espetó incrédula al ver aquello.

—Mamá... me apeteció y...

—¿Te apeteció? Ay, Dios —se llevó las manos a la cabeza—. Pero, ¿no te das cuenta que has hecho algo que vas a tener que llevar el resto de tu vida te guste o no? Eso sin contar con que me has mentido y lo has hecho sin mi aprobación.

—Mamá, no te enfades, es que yo...

A partir de ese momento las dos comenzaron a discutir. Karen y su hija las observaban e intentaban mediar, pero Marta estaba muy enfadada. Si algo odiaba era la mentira y más viniendo de su hija. Ella no le había enseñado a ser así. Finalmente, y tras pasar un mal rato, las cuatro salieron de la tienda y se dirigieron a casa de Lola.

Por la tarde, tras lo ocurrido en la tienda, Vanesa y Diana se quedaron en el jardín hablando. Marta estaba muy enfadada y su hija sabía que era mejor no decirle nada. Con un poco de suerte en un par de días se le pasaría. Su madre era así.

Karen observaba con curiosidad cómo Marta, Adrian y Patricia daban los últimos retoques al vestido de novia en la habitación de Marta. La boda se celebraría en dos días y todo estaba ya ultimado. La novia, feliz, se miraba en el espejo y contagiaba su buen rollo a todos.

—Jefa, ¡estás radiante! —sonrió Patricia.

—Ay, Lola, estás para gritarte ¡guapa... guapa... y guapa! —asintió Adrian.

—Ozú... qué zalameros que sois —sonrió la mujer poniéndose roja al ver como la miraban. Pero algo le ocurría a Marta. Estaba demasiado callada. Incluso se fijó en que Vanesa no había aparecido en toda la tarde. Por ello, mirando a los otros que también se había dado cuenta dijo—: Qué sed ¿no tenéis sed?

Dos segundos después todos se marcharon y dejaron a Marta y Lola a solas en la habitación.

—¿Qué os pasa a la niña y a ti? —preguntó Lola acercándose a ella.

—Mejor no preguntes. Pero la niña no para de darme problemas últimamente.

Lola, conmovida por las ojeras de Marta, le cogió del mentón y le indicó:

—Nuestra niña está en una fase complicada y yo sé que tú tienes paciencia para sobrellevarlo. ¿Quién mejor que tú para intentar entenderla? Entre vosotras existe una unión y una confianza maravillosa. ¿Qué puede haber pasado para que estéis así?

—Lola... creo que me he equivocado con Vanesa. Creo que le he dado

demasiada libertad y ahora ella cree que en vez de su madre soy una coleguita suya. El problema es que ella se niega a comportarse como ha de hacerlo —dijo acercándose a la ventana—. Se hace tatuajes sin mi permiso, falta al instituto, me contesta terriblemente y se cree más mayor de lo que es desobedeciéndome continuamente. Por todo eso, está castigada. No se moverá de mi lado en todo el fin de semana. Ese es su castigo. Aguantarme.

—Y el tuyo cariño... y el tuyo —suspiró Lola, y asiéndola del brazo dijo separándola de la ventana al ver al hijo de Antonio llegar—. El otro día cuando Philip vino a casa con Genoveva creo que...

—Mira, Lola. No lo tomes a mal, pero de lo último que quiero escuchar hablar ahora es de tu futuro hijastro. Bastantes problemas tengo ya.

Pero Lola no se dio por vencida y sin escucharla dijo:

—Mira... te voy a decir esto te guste o no porque te quiero. Creo que le gustas a Philip y eso, *miarma*, es raro, muy raro —Marta suspiró—. Sois como el cielo y la tierra o como el Betis y el Sevilla. Pero le gustas. Le conozco y se lo noto. Igual que te noto que él te gusta a ti. Pero mi consejo es que si quieres algo con él, dejes esa vida libertina que te has empeñado en llevar últimamente. Tú no eres así, *miarma*. Tú siempre has sido una niña con sentimientos, con honor y con los pies en la tierra.

Escuchar aquello le hizo sonreír, pero sin cambiar el gesto respondió:

—Siento decepcionarte. Pero yo no quiero nada con él. No tengo ni tiempo, ni ganas de que me guste tu hijastro.

—Pues no es eso lo que he visto, ni oído —respondió la mujer.

Mirándola con gesto molesto, Marta indicó.

—Mira, no sé lo que has oído o visto pero créete la mitad. ¿Tú crees que un estirado como Philip y yo podríamos llegar a algo juntos? Oh... por Dios, Lola, parece mentira.

Aquella conversación hizo sonreír a la mujer. El que Marta le hubiera planteado aquella pregunta le indicaba que lo había pensado.

—Dicen, mi cielo, que lo opuesto se atrae.

—Sí, y también dicen que para gustos los colores —se defendió ella—. Y precisamente mi gusto, no es el de ese *guiri*. Y te voy a decir una cosa más. No intentes emparejarme con él durante este fin de semana porque te juro que cojo a Vanesa y me voy para Madrid. Solo me falta otro frente abierto para terminar de volverme loca.

—Necesitas relajarte, *presiosa* mía. Necesitas pasártelo bien.

—Lo que necesito es un buen masaje, unas estupendas vacaciones y olvidarme de los últimos meses. Primero el Musaraña y ahora Vanesa, ¿pretenden volverme loca?

—Necesitas que alguien estabilice tu vida, mi niña. Tú no eres como Patricia y Adrian. Tú eres diferente y un hombre como Phil...

—No. No sigas —interrumpió Marta cada vez más enfadada—. Lo que necesito es que mi vida se relaje y que nadie me la complique más. Por lo tanto, guárdate tus consejos en referencia a tu futuro hijastro y deja que continúe mi vida como yo quiera, ¿vale?

—De acuerdo... de acuerdo —sonrió Lola, quien no pensaba permanecer impasible—. ¿Has terminado con el vestido, *miarma*?

—Sí. Mañana solo hay que plancharlo y ya estará.

—De acuerdo. Te espero abajo.

Sin ni siquiera mirarla, Marta comenzó a recoger los bártulos de costura, ¿por qué todo el mundo se empeñaba en meterse en su vida?

Con paso decidido se metió en el baño donde sacó su cepillo de dientes y el de Vanesa. Después se miró en el espejo y decidió cogerse una coleta alta. Estaba sudando. Con los dedos recogió su cabello y quitándose la goma que siempre llevaba en su muñeca se lo sujetó.

«Me van a volver loca. Mi hija con sus cosas. Patri y Adri echándome a los brazos de cualquiera y Lola, buscándome novio. ¿Pero qué les pasa?» pensó malhumorada.

Rumiando sus penas estaba cuando salió del baño y se encontró a Philip sentado en su cama, esperándola. Al verle, Marta ya no pudo razonar. Se quedó paralizada. ¿Su rana inglesa estaba allí?

«Ay Dios ¿pero este hombre embellece por segundos? Y yo con estas pintas», pensó al sentir que le temblaban las rodillas.

Philip, sin moverse de su sitio, la miró y con voz segura dijo haciéndola temblar:

—Necesito hablar contigo.

—¿Ahora?...

—Sí. Ahora.

—Mira... si es para que te de consejos sobre tu vida amorosa con la pelirroja o cualquiera de tus divinas y *estupendosas* citas creo que...

Él sonrió. No estaba dispuesto a irse sin decir lo que tenía que decir. Siempre había ido de frente y con Marta no iba a ser menos. Por ello se acercó a ella y le indicó:

—No es sobre eso. Serán cinco minutos. Te lo prometo.

Una vez consiguió que sus pies reaccionaran, Marta fue hasta su bolso, sacó un cigarrillo y lo encendió. Tras tomar aire se volvió.

—Tú dirás.

—No me gusta que fumes.

Boquiabierta por aquello Marta le apuntó con el dedo y dijo malhumorada:

—Eso me importa un pepino. No pretendo gustarte absolutamente nada.

—Vaya... presiento que te he pillado de buen humor —se mofó—. Por cierto, ¿fuiste finalmente al hotel Garden?

Volviéndose como un morlaco hacia él, blasfemó.

—Mira, guapo ¡no me calientes más que no está el horno para bollos!

Philip no respondió. Pero con una tranquilidad que sacó a Marta de sus casillas primero la miró, y tras sentarse en la cama dijo:

—Me gustas. Hay algo de ti como, por ejemplo, que fumes que no me agrada. Aunque tengo que reconocer que existe gran parte de ti que me encanta y quiero seguir viéndote y conociéndote. —Marta no abrió la boca—. Sé que hemos hecho un trato. Pero no sé por qué extraña circunstancia ese trato ha dejado de gustarme. Odio pensar que otros te besan. Odio pensar que otros te llaman. Y antes de que respondas, te diré que me odio a mí mismo por estar aquí diciéndote esto.

«Ay, madre, ¿por qué?, ¿por qué me tiene que decir esto precisamente hoy?» pensó al punto del infarto.

Philip, al ver que ella no decía nada, sin moverse de su sitio preguntó:

—¿No vas a decir nada?

Tirando la ceniza en su mano, pues no había cenicero, Marta suspiró.

—¿Dónde te has dejado a la pelirroja? —preguntó.

—En el hotel Garden con tu amigo —se mofó él.

Al escucharle, sin poder evitarlo, sonrió. Philip fue a levantarse, pero con un rápido gesto Marta le detuvo.

—Ni un paso más, amigo. ¿Acaso te crees que puedes venir aquí, soltar por tu boquita todo lo que has dicho para que yo caiga rendida a tus brazos?

—Sí.

Furiosa consigo misma por ser incapaz de ser sincera, le dijo:

—Pues lo llevas claro, guapo. Yo no siento lo que tú sientes.

—Mientes —sonrió él acercándose.

—No... no miento.

—Sí. No me engañas. Me lo dicen tus bonitos ojos, tu boca cuando te beso y tu preciosa cara.

—Pero, ¿tú estás tonto? —gimió ella al verle ya demasiado cerca.

—Tus palabras me dicen que mientes. ¿Por qué intentas negarlo, *honey*?

«No... nooooooooooooo. No me llares *honey* por Dios que caigo como una imbécil» pensó tras tragar el nudo de emociones que en su garganta pugnaba por ahogarla.

Enfadada por como su cuerpo reaccionaba ante su cercanía, quiso protestar. Pero Philip alargó la mano rápidamente, tiró de ella, y la besó. Devoró sus labios con lujuria mientras Marta sin hacer ni un solo ademán de alejarse, le correspondió.

—Lo ves, sientes lo mismo que yo. No me engañas —susurró roncamente sobre su boca, consiguiendo que en el bajo vientre de Marta comenzaran a revolotear cientos de mariposas.

—¡Mamá!

Aquel aullido hizo que Marta se separara de Philip de un salto. Su hija Vanesa parada en la puerta la miraba con gesto de enfado.

—Puedo pasar a nuestra habitación, o debo esperar fuera a que termines de darte el lote con este tipo —protestó en tono despectivo.

Aquellos malos modales sorprendieron a Philip, quien miró a Marta y vio en ella la decepción y el enfado.

—Vanesa, no empecemos y sé educada, por favor —pidió avergonzada.

Pero Vanesa no saludó y sentándose en la cama donde instantes antes Philip había estado, dijo en tono de reproche:

—Me quiero duchar. ¿Podría salir este hombre de nuestra habitación para que pueda hacerlo?

Incómodo por el comportamiento de la niña, Philip miró a Marta, que roja de rabia ni le miró. Anduvo hacia la puerta y dijo antes de salir:

—Os veré esta noche en la cena.

Una vez se quedaron solas, la niña miró a su madre y tras levantarse de la cama dijo dirigiéndose al baño:

—Ese *guiiri* no te conviene mamá. Ese tío te engañará. —Y cerró la puerta del baño tras de sí.

Marta, malhumorada, blasfemó.

Capítulo 29

Bajar al salón aquella noche, para Marta, se convirtió en un suplicio. Cuando Vanesa se vistió y la dejó sola en la habitación, deseó ponerse el pijama, meterse en la cama y dormir. Solo dormir. Pero unos golpecitos en la puerta dieron paso a Patricia. Venía a buscarla.

—¿Todavía sin vestir?

—No tardaré más de dos minutos. Me pondré el vestido negro y punto.

—¿El negro? Uf... Marta. Estarás espectacular —rió su amiga.

—¡Pues no quiero estar espectacular! —gritó con desesperación—. ¿Por qué voy a querer algo así? No intento gustarle a nadie. Por lo tanto, ¡no quiero estar espectacular!

Patricia se sentó en la cama y la miró. ¿Qué le pasaba? Al ver que Marta se cepillaba el pelo con brío se atrevió a decir:

—Vamos a ver. ¿Qué ocurre? ¿Por qué pretendes quedarte calva? ¿Y qué es eso de que no quieres estar espectacular?

Marta, consciente de las preguntas, se volvió hacia ella y le dijo, dejándola boquiabierta:

—Hoy he descubierto que Vanesa se hizo un *tatutaje*.

—¿Qué me dices? ¿Dónde?

—Encima del pezón. Se ha tatuado una J de Javier entrelazada con una V. ¡Será tonta mi hija!

Al escuchar aquello Patricia susurró.

—Tonta no. Pero apunta maneras.

Sin querer responder a aquello Marta continuó.

—Y para rematar el día, Lola me ha cotorreado que le gusto a su hijastro. Luego Philip ha venido a la habitación y me ha dicho que odia que otros me besen. Que odia que otros me llamen, que le gusto y... y... me ha besado. Y para colofón final, Vanesa nos ha pillado y me ha dejado muy claro que ese hombre no es mi tipo y que me engañará.

—Madre del amor hermoso, ¿todo eso en una misma tarde?

—Sí —resopló Marta con desesperación.

Consciente de cómo era su amiga, Patricia la hizo sentarse a su lado en la cama y dijo:

—Punto número uno. Philip... es tu rana.

—Joder, Patricia ¡no comencemos con eso!

—Cierra el pico y déjame terminar con los puntos, ¿vale?

Marta asintió y tras suspirar la miró con gesto cansado.

—Punto número uno. Philip es tu rana. Punto número dos. Creo que debes hacer lo que quieras y si el *guiro*, aunque no sea tu tipo, te gusta y te *engorila* para algo más que un simple escarceo ocasional, no seas lela e inténtalo. Y punto

número tres, lo que digamos Lola, tu hija, y o hasta el mismísimo Papa, te debe importar un carajo. Es tu vida y tú has de vivirla. Y si ese estirado te pone... pues te pone y punto.

—Pero Vanesa...

—Tu hija ya es mayorcita para no meterse en estas cosas. ¿No ves que ella misma ya comienza a decidir sus actos? —Marta asintió—. ¿Realmente crees que Vanesa va a estar muchos años aún viviendo contigo? Esa niña cualquier día te va a decir «adiós mamá» y comenzará a vivir su vida. ¿Entonces, qué?

—Por Dios, Patri, que mi niña solo tiene diecisiete años —se quejó Marta.

—Tu niña —aclaró esta—. Ya no es una niña. Y no debes permitirle que se meta en tus temas personales.

Sabía que su amiga tenía razón. Pero era muy fácil hablar desde su postura.

—Ay Dios... Estoy tan confundida que te juro que ya no sé si me gusta Philip —mintió aturdida.

Eso hizo soltar una risotada a Patricia e intentó hacerla reaccionar.

—¡Ah, no! Pues si no te gusta, esta noche le hecho el lazo. A mí ese *guiri* descolorido me pone mogollón, y si dijiste que era bueno en la cama. ¡Dioss que bien lo voy a pasar!

—Y serás capaz —murmuró Marta ofendida.

Aquello volvió a hacer carcajearse a Patricia que mirándola a los ojos indicó:

—Mira, Marta y a lo hemos hablado. Te gusta. No es tu tipo, pero te gusta. Lo sé, y no me lo puedes negar.

—Tienes razón. Me gusta el *guiri* descolorido. Es más, creo que me he enamorado de él.

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta. Adrian entró.

—Uy nenas... está el salón repleto de gente. Y ha venido ¡Timoti! —gritó emocionado—. Si la cena previa a la boda es así ¿Cómo será el bodorrio? —al ver que ambas le miraban con gesto serio preguntó—. ¿Qué ocurre? ¿Quién se ha muerto?

—Marta se ha pillado del *guiri* tanto como tú te has colado del Timoteo —aclaró Patricia mientras su amiga se ponía el vestido negro.

—Si no te importa su nombre es Timoti. Timoti —aclaró aquel y Patricia sonrió—. Vamos a ver, pues claro que sé que se ha quedado pillada de ese *guiri*. Ni que ahora no supiera yo cuando un hetero os hace temblar la pepitilla.

Ambas tuvieron que reír.

—Pero lo mejor de todo es que a él le gusta Marta —continuó Patricia.

—¿En serio? —gritó Adrian—. Ay, *Virgencita del dobladillo al revés*... eso me gusta más. ¡Ese tipo es divino! No te lo pienses nena y ataca —y cambiando de gesto preguntó—. ¿Dónde está el problema?

—El problema es que a Vanesa no le gusta —prosiguió Patricia.

—Un momento —cortó Marta—. Ese no es solo el problema. Son muchos

problemas. También está la distancia. Los distintos caracteres. La distinta clase social y...

—Y una chorra como la manga de un abrigo —gruñó Adrian—. Tú a lo que tienes miedo es a enamorarte y punto. ¿Desde cuándo uno no se enamora por pensar en esas gilipolleces? ¿Acaso me vas a decir que el amor no mueve montañas, salta océanos y remueve todo lo removible?

—Joder, Adrian... desde que te ves con el Timoteo ese, estás de lo más profundo —se guaseó Patricia mirándole.

Sin querer escucharla Adrian siguió mirando a su amiga.

—Oh, Marta... me decepcionas. Pensé que tú eras la romántica de los tres y ahora tendré que pensar que Patri lo es ¡Que Dios nos coja confesados! —dijo con gesto serio.

Diez minutos después los tres estaban en el salón de la casa entre los invitados.

La cena fue amena. Los amigos españoles de Antonio en Londres eran divertidos y bulliciosos. Algo que diferenciaba demasiado a los ingleses, que solían ser serios y observadores. Hasta que entraban en juerga. Luego eran peores.

En un par de ocasiones Philip intentó acercarse a Marta. Pero esta le esquivaba y le dejaba con la palabra en la boca. Eso fue calentando el humor de Philip quien a media noche bullía como una tetera.

Karen y Lola se habían dado cuenta de aquello y no sabían si reír o llorar. Ver a Philip en aquella tesitura era nuevo para ellas. Tanto como para él. Finalmente Patricia y Adrian tomaron cartas en el asunto y volviéndose hacia su esquiwa amiga preguntaron:

—¿Vas a dejar de hacer el tonto de una santa vez? —gruñó Patricia—. Parece que te han puesto un petardo en el culo y no puedes parar.

—Sí, nena sí. Estás más movidita que la compresa de una coja —susurró Adrian.

Al escucharle Marta sonrió, pero añadió:

—Meteros en vuestros problemas y dejarme en paz ¡me oís!

—Mira, Marta —se quejó Adrian—. Te quiero mucho pero no pienso desperdiciar un segundo más de mi escaso tiempo con Timoti. No puedo estar toda la noche viéndote correr de un lado para otro. O paras o te juro por la Avelina y su pollo al ajillo, que te arranco el moño delante de todos.

—Uis nene ¡qué agresividad! —se mofó Patricia.

Marta mirándoles con gesto indescifrable les preguntó:

—¿Pero se puede saber a qué os referís?

Pero no le hizo falta hablar. Con la mirada se lo dijeron todo. Tras resoplar y acordarse de todos los santos habidos y por haber Marta asintió y cuando vio acercarse a Philip no se movió. Una vez que este vio que ella no corría, agradeciéndole a aquellos con una sutil sonrisa su colaboración, tomó a Marta del

brazo y la sacó al jardín.

—Ven... salgamos a tomar el aire. Lo necesitamos tras tantos sprint.

Incapaz de negarse, le acompañó. Aunque se fijó en la reprochadora mirada de su hija y maldijo. Una vez solos y mientras paseaban él le preguntó:

—¿Qué te ocurre esta noche?

Ella, con disimulo, le miró y llevándose las manos a la boca preguntó:

—¿A mí?

—Sí. A ti.

—Nada.

—Mentirosa. —Sonrió.

Al escuchar aquello se paró junto a unos setos para replicar, pero no pudo. Philip, cogiéndola en volandas, la metió entre los setos y la besó. Un beso llevó a otro y, como siempre, su beso devorador le hizo perder la razón y una vez soltó un suspiro silencioso se apretó a él y le correspondió.

—Llevo duro toda la noche —le susurró encima de su boca—. No veo el momento de quitarte este vestido, arrancarte las bragas y hacerte salvajemente el amor.

«Ay Dios... ¿Cómo no me va a excitar este hombre con lo que me está diciendo?» pensó Marta al escucharle y sentir las miles de emociones que le recorrían el cuerpo.

—Mmmm... me encanta tu sabor. Sabes tan dulce —susurró él mordisqueándole los labios.

—Es por el Baileys. Es muy dulce.

—No, *honey*. Es tu sabor. No te quites méritos.

Marta asintió. No pudo responder. Philip le nublabla su cordura. Cuando sintió que las manos de él se deslizaban por su espalda se apretó contra él. Le deseaba más de lo que recordaba haber deseado a ningún hombre y eso le dio miedo. Mucho miedo.

De pronto se oyeron unas voces y ambos se quedaron quietos y apretados entre los arbustos. Era Karen, la hermana de Philip, y alguien más.

—No es el momento de decir nada —protestó Karen—. Debemos esperar a que mi padre y Lola se casen. Además. También están mis hijos y...

Pero no pudo continuar hablando. Aquella mancha oscura que junto a ella estaba la agarró y la besó. Tras un tórrido y sensual beso se escuchó decir.

—De acuerdo, preciosa. Tendré paciencia, pero esta vez no te me vas a escapar. Ya dejé una vez que te casaras con el capullo de tu ex, pero esta vez no. No lo voy a permitir. ¿Me has oído?

Al escuchar aquella voz, Philip le reconoció. Era Marc. Su socio.

—De acuerdo cucuruchito. Ahora volvamos antes de que nos echen de menos —murmuró Karen mimosa besándole.

Marta se tapaba la boca para no reír y Philip pensaba qué hacía Marc con su

hermana.

De nuevo solos y apretujados entre los setos, Philip se quedó pensativo y con el ceño fruncido. Divertida por la situación Marta le puso la mano en la cabeza y le descolocó él pelo. Eso hizo que él la mirara y dijera mientras se lo volvía a colocar:

—¿¡Marc?! ¡Cucuruchito! Mi hermana está con ese maldito ligón.

Al escuchar aquello Marta sonrió.

—No es por defender a Marc, pero las veces que he salido con tu hermana me hace presuponer que ella no se queda atrás —eso le recordó a la pelirroja y carraspeó—. Bueno. Mejor no recordar alguna que otra noche.

Sin previo aviso Philip la volvió a besar, pero ella molesta se separó.

—¿Lo pasaste bien en tu moto con Genoveva?

—¡Genial! —mintió. No pudo dejar de pensar en Marta.

—Vaya... me alegro —gruñó molesta—. Por lo menos me podías haber dejado dar una vuelta en tu moto.

—Lo siento, *honey*, pero mi moto no se la dejo a cualquiera.

Al escuchar aquello quiso darle una patada donde más le dolía. Ella no era cualquiera. Pero dispuesta a no dejarse llevar por la furia resopló mientras Philip sonreía desde su altura. Él le hubiera regalado aquella moto por un segundo de su tiempo, pero no pensaba decirle aún la verdad sobre Genoveva. No. No se lo diría.

Marta, al ver aquella sonrisa, pensó en lo peor, y dándole un empujón se separó de él.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un arrogante?

—Sí. Tú ahora mismo.

—¡Imbécil!

—*Honey*... —susurró deleitándose en sus ojos.

—¡Ni *honey*, ni leches! —gruñó enfadada imitando su voz.

—Mmmm... me encanta ese carácter tuyo tan español —rió mirándola.

—No sé cómo tienes la poca vergüenza de alucinar porque tu hermana esté con Marc y al mismo tiempo tener la poca vergüenza de decir que te gusto y dejarme tirada como una colilla y pirarte con la pelirroja.

Aquel arranque de rabia pilló a Philip tan de sorpresa que no supo reaccionar. Marta, enfadada, salió de entre los setos, y cuando él se le acercó ella dio un paso atrás. Debía parar aquella locura antes de que fuera demasiado tarde.

—Mira, Philip...

—Phil —corrigió con una sonrisa.

—Phil te llaman tus amiguitas —aclaró con mal gesto.

—Pero, bueno. En qué quedamos ¿eres mi amiga o no? —preguntó divertido y desconcertado.

—Sí... pero no me da la gana de llamarte Phil y punto.

—Ah... vale... para ti soy tu rana. Lo había olvidado. Igual que tú has olvidado lo que te he dicho esta tarde en la habitación, ¿verdad?

Al escuchar aquello, la sangre española comenzó a hervir por las venas de Marta. Deseó decirle que para él, ella era su oca...

—Maldita sea. No quiero seguir hablando de esto. Mejor vamos a dejarlo antes de que hagamos algo de lo que luego nos arrepintamos.

Entre un sinfín de emociones sin determinar Philip la miró. Sabía que si la besaba volvería a tenerla donde él quería. Pero no quiso presionarla aunque su entrepierna y el hambre voraz que sentía por ella le estuvieran consumiendo.

—De acuerdo. Volvamos a la fiesta.

El resto de la noche Philip no se volvió a acercarse a ella, ni la miró. Eso la martirizó todavía más.

Capítulo 30

—Mmmm... me gusta.

Marta le besó a conciencia. Enroscó su húmeda y caliente lengua en aquella boca sinuosa que la hacía perder la razón, y atraída por la irresistible masculinidad de Philip se lanzó contra él. Se sentó a horcajadas sobre su miembro viril y se lo introdujo lenta y pausadamente. Iba a tomarle. Iba a hacerle suyo. Iba a...

¡¡¡Plofff!!!

Marta despertó. Acababa de caerse de la cama. Con cuidado, se levantó y se sentó. Miró a su izquierda. Su hija Vanesa dormía plácidamente a su lado.

«Madre del amor hermoso que sueñecito de alto voltaje que he tenido» pensó excitada al recordar lo soñado.

Miró el reloj. Las 5:00 de la mañana. En ese momento sus tripas rugieron. Tenía hambre. Levantándose con sigilo salió de la habitación en pijama y se encaminó a la inmensa cocina. Seguro que encontraría toneladas de comida sobrante de la fiesta y con seguridad tarta de chocolate.

Ataviada con un simple pijama de fresas, llegó a oscuras hasta la cocina. Allí abrió la enorme nevera. Sacó la rica tarta, y del cajón cogió una cucharita.

«Dios... me voy a poner mora» pensó tras pasar el dedo por la cobertura de cacao.

De pronto se escuchó un ruidito acompañado de risas. La puerta del lavadero se abrió. Con rapidez se agachó tras la isla central con la tarta.

—Venga diosa del sexo... un ratito más —se escuchó la voz de Marc.

Tras una sonrisa cristalina, Karen, le dio un beso y le susurró.

—Eres insaciable, cucuruchito. Llevamos tres asaltos ¿Aún quieres más?

—De ti no me sacio. Ven. Súbete aquí. Abre las piernas y déjame que explore de nuevo tu selva.

Al escuchar aquello Marta creyó morir. No quería escuchar sus intimidades. Pero aquellos continuaban con sus risas.

«Joder ¿por qué me tiene que pasar a mí esto?». Pensó mientas agachada tras la isla central con la tarta de chocolate en la mano, temía moverse. Sería bochornoso que la pillaran. Pero también era bochornoso para ella escuchar aquello de explorar su selva.

—Mmmm, Marc... para, cielo. Cualquiera nos puede ver —suspiró Karen dejándose besar.

—Tienes razón. Ven. Vayamos de nuevo al lavadero. Pero antes cogeré algo fresquito de la nevera.

Al escuchar aquello Marta se tensó. Si iban a la nevera ¡la pillaban fijo!

—No —rió Karen—. Dame un beso y vete. Estoy cansada. Mañana es la boda y tendré una pinta horrible.

—Tú no estarías horrible ni aunque te lo propusieras —susurró Marc.

«*Ainsss* qué mono por Dios» pensó Marta al escucharle.

Tras un buen rato en los que Marta escuchó todo tipo de proposiciones indecentes acompañadas por húmedos besos y luchas de lengua, finalmente aquellos dos se despidieron dejándola sola en la cocina.

«Gracias, Dios mío... gracias» pensó sentándose en el suelo tras haber estado agachada de cucullas. Y sin perder un segundo más comenzó a comer de la rica tarta.

«Mmmm... qué buena que está» .

Tan concentrada estaba en deleitarse con la tarta que no escuchó que alguien entraba en la cocina hasta que ese alguien dijo:

—Vaya... no sé que es más tentador, si la tarta o tú.

Ante ella estaba Philip desnudo de torso para arriba, más sexy que el mismísimo Hugo Silva, pero en rubio. Solo llevaba unos finos y largos pantalones negros de pijama. Sorprendido por encontrarla allí en el suelo con la tarta de chocolate este se apoyó en la encimera de la cocina y preguntó:

—¿Piensas comértela toda?

Al ver lo absurdo de la situación ella sonrió y tras resoplar indicó:

—Espero que no. Pero está buenísima.

Philip, divertido, abrió la nevera, cogió una botellita de agua y tras destaparla dijo:

—Hagamos un trato. Si tú me das tarta, yo te daré agua.

Ella asintió. Él sin decir nada más, cogió una cucharita de postre y se sentó junto a ella en el suelo. Durante un rato ambos comieron tarta. Ninguno de los dos habló hasta que Philip preguntó:

—¿Qué haces despierta a estas horas?

—Me he caído de la cama —dijo ella con toda naturalidad.

—En serio ¿Te has caído de la cama? —preguntó incrédulo.

—Y tan en serio. Menudo guantazo me he dado en el hombro.

—¿Y qué soñabas? ¿Que estabas sobre tu moto corriendo?

Pensar en el sueño la sonrojó. Nunca confesaría que soñaba que estaba montando en algo. Y que ese algo era él.

Al ver que ella no respondía, solo sonreía, murmuró.

—Por cierto. Me he cruzado con Karen por las escaleras. Su sonrisa y su descolocado aspecto me ha dado qué pensar si vendría de estar con su cucuruchito.

Marta sonrió y respondió sin mirarle.

—Ah, sí... pues yo no la he visto.

Tenerla allí, ante él, con aquel pijama de fresas, el pelo recogido en una

coleta alta comiendo con deleite aquella tarta de chocolate le excitó. Durante un buen rato ambos hablaron de motos. Philip estaba sorprendido al reconocer que ella sabía muy bien de lo que hablaba. Pero verla cómo chupaba la cuchara con anhelo comenzó a poner su entrepierna dura como el acero.

—¿Sabes que solo verte me excita? —dijo él de pronto.

Al escucharle, se sacó la cuchara de la boca con rapidez y se le cayó.

«Uf... si supieras como me pones a mí».

—No sé si me creerás, pero para mí eres una mujer altamente desconcertante —prosiguió Philip traspasándola con la mirada.

—No empecemos, por favor —susurró al notar como la excitación de su voz la envolvía.

—No sé qué me pasa cuando te veo, pero solo deseo hacerte una y otra vez el amor.

—Ay, Dios, ¿por qué? ¿Por qué me tienes que decir esto a mí? ¿Acaso pretendes que cada vez que nos veamos termine con las bragas en la cabeza? —protestó Marta haciéndole sonreír—. Mira Philip no sé dónde le ves la gracia.

—Eres graciosa hasta cuando te enfadas.

«Maldito *guiri*» pensó al mirarle y ver sus inquietantes ojos azules.

—Vamos a ver. Una cosa es que seamos amigos íntimos y otra es que cada vez que...

—Es el trato, ¿no? —murmuró él.

—Sí... pero...

Philip no la dejó acabar y poniéndole un dedo en los labios le indicó:

—El trato que hicimos me gustó en su momento, pero yo quiero más. Me gustas. Me atraes y quisiera conocer todo de ti. Me encantaría poder invitarte a cenar, saber si te gusta la lasaña, conocer tus gustos en música y frecuentar tu compañía. No sé porqué aún sigues queriendo llevar adelante ese absurdo trato cuando sé que te atraigo, tanto como tú me atraes a mí y...

—No —respondió Marta asustada.

Aquello que le proponía Philip no podía ser. Sus mundos eran tan diferentes que no podía salir bien. Los titulares de la prensa serían «El conde y la vagabunda». No, definitivamente no.

—¿Por qué?

—Simplemente lo he pensado y no creo que sea buena idea. Una relación significa acabar con el buen sexo y comenzar con las peleas. Además, entre otras cosas está la distancia y...

—Yo nunca permitiría que la distancia se interpusiera entre tú y yo —aclaró Philip con rapidez.

—Son demasiadas cosas, no insistas. No puede ser.

—No estoy de acuerdo contigo.

Entonces Marta le hizo una pregunta que le sorprendió:

—¿Crees en el amor?

Philip se tomó unos segundos para contestar.

—Creo en la atracción y en el sexo. El amor es algo dañino para la salud.

«Dímelo a mí, que estoy coladita por ti» pensó, pero no dijo nada.

Dolida por aquella respuesta y no dispuesta a ceder le interrumpió:

—Mejor dejemos las cosas como están. Tú a tu vida y yo a la mía. El trato entre nosotros es lo mejor. Créeme. No quiero ninguna relación con nadie.

Consciente de que ella no se lo pondría fácil desistió de momento. Debería actuar de otra manera y, para arrancarle una sonrisa, le levantó el mentón con la mano y dijo:

—Eres la mujer más rara de todas con las que he estado, pero al mismo tiempo la más normalita y terca.

—Vaya... gracias por lo de rara —sonrió esta—. Y lo de normalita y terca suena a común... sosa... aburrida.

—No. Te recuerdo que aquí el soso soy yo.

Eso les hizo sonreír.

—Cuando me refiero a rara, es porque haces cosas diferentes a lo que suelen hacer las mujeres con las que yo trato —aclaró Philip—. Y cuando digo normalita, es porque disfrutas con poca cosa. Como por ejemplo, estar sentada en el suelo de la cocina comiéndote esta tarta de chocolate.

Con una sensualidad que a Marta hizo que le temblaran hasta las raíces del pelo, Philip pasó un dedo por la cobertura de chocolate y se lo dio a probar. Ella incapaz de decir que no, abrió su boca caliente y lo chupó dándoles un corrientazo eléctrico que hizo que ambos jadearan. Pero dispuesta a no volver a caer en lo que siempre caía con él, se levantó y dejó la tarta en la encimera. Phil la siguió.

—Creo que es mejor que me vaya —susurró excitada tanto o más que él.

Pero Philip no se lo permitió. La sentó en la isla central de la cocina y se acomodó entre sus muslos. Sentir su erección contra el calor que ella desprendía le terminó de enloquecer y sin decirle nada la besó. Marta excitada como siempre que la tocaba echó la cabeza hacia atrás tentándole con su fino cuello. Philip se apretó contra ella y deseó penetrarla sin esperar más. Tocó sus pechos a través del fino pijama. Sintió sus pezones duros y calientes. Deseó saborearlos y, levantándole la fina tela se agachó y los saboreó. Primero uno, y luego otro, mientras ella jadeaba y tocaba sus duros bíceps deseosa de más.

—*Honey*, me vuelves loco —murmuró con la voz ronca por la excitación.

—Bésame —susurró Marta hechizada.

Pero de pronto la luz de la cocina se encendió y alguien chilló.

—¡Virgen del Rocío! ¿Qué bacanal es esta?

Era Adrian que, muerto de sed, iba a por agua. Marta rápidamente se recompuso y sonrió. Le gustara o no, ver su incomodidad le hizo gracia.

—Ven conmigo a mi habitación —le susurró Philip.

—No.

—Vamos, ven —ordenó con autoridad.

—He dicho que no.

Philip, tras soltar un gruñido de frustración que la hizo sonreír, les deseó buenas noches y se marchó con todos los músculos de su cuerpo en tensión. Odiaba que le rechazara.

Adrian, aún con la boca abierta, miró a su amiga y acercándose a ella le preguntó:

—Todo ese bulto que se movía bajo ese fino y sexy pantalón de punto de Armani, ¿es de verdad?

—Todo. Te lo aseguro —suspiró bajándose de la encimera aún con la excitación en el cuerpo. Ese hombre podía con ella. Pero no pensaba sucumbir a sus encantos cada vez que a él se le antojara y menos aún embarcarse en una historia que estaba segura que solo le traería problemas.

—Ay, nena... ¿pero tú has visto como está?

—Sí, hijo sí... he visto como está. No me lo recuerdes —susurró resignada, aún con el sabor de los labios de él en su boca y la humedad entre las piernas.

—... pero... pero, qué brazos... qué bíceps... qué espalda. ¡Qué bulto! Por todos los santos, Marta. ¡Vete y termina lo que estabas haciendo o voy yo! Ay, virgencita, ¿por qué? ¿Por qué me hice el estrecho y no acepté pasar la noche con Timoti?

Marta tras soltar una carcajada metió la tarta en la nevera, bebió un buen trago de agua que la refrescara, y le dijo a su amigo:

—No... no iré. Si voy a su habitación solo empeoraría las cosas.

Capítulo 31

La boda de Antonio y Lola fue bonita, maravillosa y altamente emotiva. Los novios se miraban con amor y eso hizo que todos se emocionaran. Lola estaba preciosa con el traje que le habían confeccionado sus chicos, como ella decía, y Antonio no cabía más de sí en su gozo.

Tras salir del juzgado y tirarles arroz y pétalos de rosa, los invitados se dirigieron a los jardines de la casa. Un servicio de catering les había preparado la comida y una bonita fiesta.

Para sorpresa de Marta, Philip estuvo la mar de sonriente. No le comentó nada de lo ocurrido la noche anterior, ni le vio una mala cara por rechazar su invitación. Aunque sí le notó menos receptivo que otras veces. Cuando estaba junto a ella, no le pasaba la mano por el hombro ni intentaba tocarla. Se limitó a tratarla como a una más de la fiesta. Aunque pasadas unas horas algo en ella se comenzó a rebelar. Quería que la mirara. Quería que la sonriera y, sobre todo, quería que le prestara atención. Pero no. Se limitó a ser correcto con ella. Nada más.

Como sorpresa para Lola, Antonio, su recién estrenado marido, contrató a un grupo que animase con flamenquito. Andalucía vivía en cada poro de su mujer. Y cuando las guitarras y la música andaluza tomó aquel jardín inglés, la alegría de Lola se desbordó.

Con alguna copichuela de más, casi todos bailaban como descosidos y se lo pasaban bomba. Las dos niñas, Diana y Vanesa, preferían mirar el espectáculo y el pequeño Nico reír con su abuelo.

Warren, Philip y Marc, los hombres más atractivos de la fiesta, disfrutaban tomándose un whisky apoyados en la improvisada barra del jardín cuando Lola fue hasta Warren y le sacó a bailar.

—Bueno, cucuruchito ¿Cuándo me pensabas contar lo de mi hermana? —preguntó Philip al quedarse a solas con Marc.

Sorprendido por aquello, le miró y le sonrió. Si algo definía el carácter de Marc, era su perpetua sonrisa. Algo muy diferente a la continua seriedad de él.

—A mí no me hace gracia —protestó Philip—. Mi hermana ha sufrido mucho y se merece algo más que un guaperas como tú que le vuelva a partir el corazón. Por lo tanto ya puedes estar acabando la historia. No te quiero ver con ella, ¿entendido?

Al escuchar aquello, a Marc se le heló la sonrisa. E imponiéndose como nunca a su amigo de toda la vida, le espetó en un tono nada conformista:

—Llevo toda la vida enamorado de tu hermana, pedazo de burro, y ahora que por fin he conseguido que ella me dé una oportunidad, no la voy a dejar. Me da igual si protestas, me pones un ojo al revés o te das cabezazos contra la pared. Voy a continuar con mi historia. Adoro a Karen. Y ni tú, con toda tu fachada de

seriedad, ni nadie, me va a separar de ella. Por lo tanto, y a riesgo de perder tu valiosa amistad, esta historia no se va a acabar y va a continuar, ¿me has entendido?

Philip incrédulo por aquello le miró. En todos los años que llevaban juntos, Marc jamás había utilizado aquel tono de voz ni aquella seriedad. Eso le sorprendió.

—No quiero verla sufrir, Marc.

—No la verás —afirmó con rotundidad—. Pienso hacerla feliz. Es más, si alguna vez ves lo contrario, espero que me partas la cara, ¿entendido?

Philip se quedó boquiabierto.

—¿Estás enamorado de mi hermana?

—Sí, como un colegial —suspiró—. La quiero con todo mi corazón.

Cada vez más sorprendido por todo lo que estaba descubriendo en su amigo volvió a preguntar:

—¿Desde cuándo dura esta historia?

—Desde que ella quiso. Y permíteme ser descortés, pero el resto, no te interesa.

Philip, por primera vez, sonrió. Eso relajó la tensión de Marc.

—En serio, Phil. Estoy completamente hechizado por esa bruja. Y si hemos llevado esto con discreción ha sido porque ella me lo ha pedido. Si por mí hubiera sido, te lo habría contado mucho antes. Pero ella me lo prohibió.

—¿Cuando pensáis dejar ver que estáis juntos? —dijo este mirando a su hermana.

—Cuando ella quiera. Está buscando el mejor momento. Teme lo que Diana pueda decir. Pero, si por mí fuera, lo haría ahora mismo.

Al nombrar a su sobrina, Philip la miró. Desde la separación de sus padres, Diana se había vuelto una chica difícil. Problemática. Era normal que su hermana fuera con cuidado. Estaba junto a Vanesa. Hablaban por el móvil y parecían divertirse con la conversación. Ambas eran dos adolescentes algo problemáticas y presentarían batalla hasta que maduraran.

—Sinceramente amigo, creo que mi sobrinita no os lo va a poner fácil.

—Ya lo sé. Pero tarde o temprano tendrá que acostumbrarse a que su madre ha rehecho su vida. Y no es por meter cizaña, pero creo que a ti tampoco te lo van a poner fácil —ambos miraron a las niñas—. Aunque no hemos vuelto a hablar del tema, veo como miras a la madre de Vanesa. Y uf... amigo. Si la hija es una pequeña bruja, la madre ten por seguro que te va a volver loco. Me recuerda en cierto modo a tu hermana.

Ese comentario le hizo mirar a Marta. Si algo tenían en común su hermana y aquella loca que bailaba junto a ella, era la fuerte personalidad y la cabezonería. Pero sin querer pensar en sus propios sentimientos, acercó su vaso de whisky al de su amigo, y con un gesto guasón murmuró:

—Por vosotros. Cucuruchito.

Al escuchar aquello, Marc se carcajeó, y se dieron un fuerte apretón de manos.

—Gracias, capullo —le contestó.

En ese momento se acercó Antonio, el orgulloso novio, y brindó con ellos.

—¿Qué hacéis aquí como dos pasmarotes mirando? Id y divertíos. Hay unas chicas guapísimas en esta fiesta.

—Papá, y a nos divertimos. Sabes que lo mío no es bailar —respondió Philip.

—Marc —dijo Antonio de pronto—. Karen me ha dicho que estáis juntos, ¿es verdad?

Al escuchar aquello Marc se atragantó. Rápidamente Philip le golpeó en la espalda. Cuando se repuso, aún rojo por el esfuerzo, respondió:

—Sí, Antonio. Espero que te parezca bien.

—Sí, hijo sí. A mí todo lo que les vaya bien a mis hijos, me gusta.

Philip miró a su padre y al ver que este sonreía aclaró:

—Ya le he dicho, que Dios le coja confesado porque Karen es insoportable.

Aquello hizo sonreír a Marc y a su padre, quien tras darle a este un par de golpecitos en el hombro, dio por aceptada aquella relación. Luego se dirigió a su hijo.

—¿Qué hay entre tú y Marta?

Ahora quien se atragantó fue Philip. Y fue Marc quien tuvo que golpearle en la espalda.

—Papá, entre Marta y yo solo hay amistad. Es una amiga más.

—Ah... vale. Entonces me alegro.

Marc y Philip se miraron extrañados. Aquel comentario ¿a qué se debía?

—¿Te alegras? ¿Por qué te alegras papá?

Con curiosidad Antonio miró a su mujer que le guiñó el ojo, y volviéndose hacia su hijo cuchicheó.

—Un amigo de Lola ha llamado para felicitarla por la boda. Y como está en Londres Lola le ha invitado a venir. Ahora habla con Marta por teléfono y creo que están haciendo planes.

Sin entender a qué se refería, Philip miró a su padre.

—Me parece bien, papá. Pero eso qué tiene que ver conmigo y con ella.

—Por lo visto es un tal Paolo Lamborgiorgi. Un guaperas italiano —aquel nombre tensó a Philip. Sabía quién era—. Según me ha contado Lola, siempre anda tras esa jovencita. Y no me extraña, es una preciosidad.

Philip rápidamente buscó con la mirada a Marta y la vio hablando por teléfono mientras sonreía. ¿Qué le estaría diciendo aquel imbécil para hacerla sonreír así? Pensó en ir hasta ella y arrancarle el teléfono de las manos. Pero no. No podía hacer aquello. Philip era un hombre que controlaba sus impulsos, y más, ante la gente. Por ello y apoyándose en la barra pidió un nuevo whisky y

dijo con una encantadora sonrisa:

—Papá, creo que en esta fiesta hay muchas mujeres guapas. Porque una haga planes con otro, el mundo no se parará.

Aquello sorprendió a Marc, pero no dijo nada. Le conocía. Philip era un tipo que volvía loco a las féminas. Nunca las perseguía. Era más bien al revés. Pero algo en él le hizo intuir que aquella joven española le gustaba. Cuando Antonio se marchó y quedaron de nuevo solos le preguntó:

—¿No te molesta que Marta haga planes con otro?

—No.

—Venga, Philip, que a mí no me engañas —cuchicheó al ver como su amigo miraba hacia el grupo donde las mujeres se contoneaban.

—No pretendo engañarte —sonrió tras dar un sorbo de su whisky.

—¿En serio crees que hay muchas mujeres guapas en esta fiesta?

Philip, apoyado en la barra, le miró y abrió su móvil.

—Por supuesto. Y más que van a llegar —dijo.

Aquel comentario hizo carcajearse a Marc.

La noche cayó sobre el precioso jardín iluminado. Los farolillos de colores se encendieron y el flamenquito continuaba sonando y divirtiéndose. Llegó Paolo. El italiano. Y enseguida se posicionó cerca de Marta y se limitó a aplaudirla y jalearla junto al resto del grupo mientras ella se marcaba unas sevillanas con Lola, la novia. Un par de horas después llegaron unos músicos vestidos con esmoquin blanco. Ellos sustituyeron a los flamencos. La música swing tomó el jardín, y muchos aprovecharon para descansar. Entre ellos Marta y sus amigos.

—Ay, virgencita —suspiró Adrian—. Creo que llevaba siglos sin divertirme de esta manera. Qué bueno el grupo que contrató Antonio. ¡Qué marcha tenían!

—Y qué bueno estaba el que tocaba la caja ¿Visteis su melena? —suspiró Patricia haciéndoles reír.

—Uf... estoy derrengada —asintió Marta tocándose los tobillos.

Llevaba sin parar de bailar horas, pero lo necesitaba. Su cuerpo tenía tanta adrenalina acumulada que aquello le vino de maravilla. Durante aquellas horas se había percatado de cómo Philip la miraba. Pero solo eso, la miraba. No se acercaba a ella. No le hablaba. Simplemente se dedicaba a observarla y eso la martirizaba. Mirarle le secaba la boca y sentir sus ojos clavados en ella le provocaba oleadas de calor que solo conseguía enfriar bailando y divirtiéndose.

—Mira qué es mono el Paolo ese —suspiró Patricia al verle reír con Lola—. La pena es que solo te mira a ti y no a mí. Por cierto, ¿tu rana y tú habéis discutido?

—No —respondió Marta.

—Anoche les pillé en plena bacanal sobre la encimera de la cocina —intervino Adrian ganándose una horrorizada mirada de Marta—. Ay, Patri. Tenías que haber visto al *principito desnatao* en plan luchador de Taekwondo. Ya sabes

pantalón negro y torso desnudo. Oh, Dios... *empapito* me dejó cuando vi como te agarraba y... y... ese pechazo... esos musculazos. Ese ardor. ¡Ese bulto entre las piernas!

—¡Adrian! —protestó Marta.

—*Uis* nena, ¡qué bulto... qué bulto! No he podido dormir en toda la noche imaginándome todo lo que podría yo hacer con semejante adonis.

—¿En la encimera? ¿Les pillaste en la encimera de la cocina? —se interesó Patricia divertida.

Marta puso los ojos en blanco.

—*Uis*, sí... qué morbo, y con la tarta de chocolate al lado.

—¿Quieres cerrar el pico o te lo cierro yo? —bufó Marta al escucharle.

Marta no quería pensar en aquello. No había casi dormido pensando en lo que podía haber ocurrido si Adrian no hubiera llegado.

—Te digo yo que estos iban a repetir la escena de nueve semanas y media. Ya sabes... yo te doy chocolate. Tú lo chupas y...

—Pero bueno, ¡basta ya! —rió finalmente Marta al ver como sus amigos se mofaban de ella.

En ese momento llegaron hasta ellos Karen, junto a su hija Diana, Vanesa y Timoti.

—¿Cómo lo estáis pasando? —preguntó Karen.

—¡De vicio *corrupto*! —respondió Adrian encantado.

Karen, sentándose junto a una acalorada Marta le dijo:

—Yo venía a pedirte un favor.

—Tú dirás.

—¿Dejarías a tu hija irse con la mía a dormir a casa? Dicen que se aburren. Que esta es una fiesta para viejos y un sinfín de cosas más.

—Está castigada —respondió Marta y Vanesa gimíó.

—Lo sé —susurró Karen desviando la mirada hacia Marc—. ¿En serio que no puedes levantarle el castigo por esta noche? Se han portado muy bien hoy durante todo el día. Venga mujer, no seas así.

Marta miró a su hija. Y en su mirada vio el arrepentimiento. Finalmente, Marta accedió. La quería demasiado como para hacérselo pasar mal. Diez minutos después Alfred, el chofer de Antonio, se llevó a las chicas a casa junto al pequeño Nico.

Mientras regresaban del aparcamiento Marta y Karen sonrieron.

—Le has dado a tu hija la sorpresa del siglo. Ella estaba convencida de que no la dejarías.

—Soy una blanda. No debería haberla dejado. Últimamente no se porta nada bien.

Karen la miró y asintió. Su hija era exactamente igual.

—Están en la edad. Tener diecisiete años no es fácil.

—Por supuesto que no —asintió Marta—. Pero aún con diecisiete años uno sabe lo que está bien y lo que no. Y te puedo asegurar que mi hija de tonta no tiene un pelo.

—Tienes razón. Somos unas blandas —asintió Karen que sonrió al mirar a Marc.

Marta al recordar lo que sabía de ellos con gesto cómplice se acercó a ella.

—Sin tus hijos esta noche, tienes vía libre para pasarlo bien con tu cucuruchito —le dijo en un susurro, sorprendiéndola.

Al escuchar aquello Karen se paró en seco. Se llevó la mano a la boca y comenzó a reír.

—Vaya... veo que mi padre ya se ha ido de la lengua.

—No... no... tu padre no me ha dicho nada —pero sin querer contarle señaló—: Ayer estaba fumándome un cigarrillo en el jardín cuando os vi besaros y escuché que le llamabas cucuruchito. Por cierto. Menuda horterada de nombre.

—Lo sé —sonrió con picardía—. Pero es que me encanta. Es tan dulce.

Marta, al escucharla, se atragantó. No quería ahondar en el tema ni saber lo dulce que era.

—¿Has dicho que tu padre lo sabe?

—Sí. Se lo dije esta mañana, antes de la boda.

—¿Y...?

—Le parece bien. Marc le gusta y si yo soy feliz, él también lo es.

Marta observando que Marc hablaba con Philip y otros hombres apoyados en la barra no pudo evitar preguntar:

—¿Qué crees que pensará tu hermano cuando lo sepa?

Karen sonrió.

—Pensará que estoy loca por enrollarme con un guaperas como Marc. Pero lo que él no sabe es que ese guaperas siempre me ha ayudado en los malos y buenos momentos, y le adoro tanto como él me adora a mí. Mira, Marta, yo no sé si Marc será el hombre con el que pasaré el resto de mi vida, pero lo que sí sé, es que es el hombre con el que hoy por hoy me apetece estar porque le quiero. Me trata bien. Se preocupa por mí, por los niños, me adora... y eso para mí es importante.

—¿Y por qué no estás disfrutando de esta velada con él?

—Porque es la noche de Lola y mi padre, y no quiero que nada desvíe su atención. Eso sí. A partir de mañana, todo el mundo sabrá que salgo con Marc.

Divertida, Karen volvió a reír, arrastrando con su risa a Marta. En ese momento Paolo, el italiano, llegó hasta ellas y con galantería invitó a Marta a bailar.

Una vez en la pista, el italiano la asió por la cintura. Era un bailarín divertido que enseguida la hizo sonreír. Aquella sonrisa llegó hasta los oídos de Philip. Volviéndose hacia la pista recorrió las parejas con la vista como un depredador

hasta que la localizó. Deseó ir hasta ella y arrancarla de los brazos de aquel idiota pero se contuvo. Ella así lo quería.

En la pista, Marta sonreía ante las cosas que aquel adulator italiano le decía. Pero, sin poder remediarlo, su vista se cruzó con la de Philip y, al ver su seriedad, algo en su interior se encogió y excitó. Todavía resonaba en su cabeza lo que la noche anterior le dijo. Él quería algo más serio, pero tenía miedo. No era tan lanzada como Karen ¿Cómo comenzar algo que estaba segura que sería un desastre?

Ver a Philip tan guapo e irresistible a pocos metros de ella, le hacía desearle cada segundo que pasaba más y más. Pero no. Ella lo había rechazado y debía acatar lo dicho. Él con su comportamiento se lo estaba demostrando. Por ello, volvió su mirada hacia el italiano y decidió centrarse en él.

—Si yo te invitara a Milán un fin de semana, ¿aceptarías? —preguntó este sorprendiéndola.

—Paolo. Tengo una hija. No puedo desaparecer sin más los fines de semana.

—Lo entiendo —asintió animado al escucharla—. Y si yo fuera a Madrid un fin de semana, ¿lo pasarías conmigo?

«Ay, joer... que no quiero nada contigo» pensó martirizada, pero intentando desviar el tema respondió.

—Somos amigos, Paolo. Yo estaré encantada de enseñarte Madrid.

Este se tomó su respuesta como un sí.

—Bella, estaré encantado de que me enseñes lo que quieras. Llevo dispuesto a disfrutar de ti hace ya algún tiempo. Solo espero que tú quieras y digas que sí.

Y la apretó más contra su cuerpo. Sentir su aliento tan cercano le puso a Marta la carne de gallina.

—Paolo. Creo que tú y yo tenemos que hablar.

Así que lo llevó a un lado de la fiesta y mientras continuaban bailando fue sincera con él. El italiano, aquel chuleras irremediable, no se molestó. Al revés, la felicitó por su bravura y su claridad.

Philip, con la boca seca, observaba cómo el italiano apretaba a Marta contra él. Sin quitarles el ojo de encima vio como Paolo con su dedo pulgar hacía circulitos íntimos en la espalda desnuda de ella. Eso le tensó e hizo que se bebiera de un trago el whisky que tenía en su vaso. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué aquella mujer conseguía hacerle sentir así? Volviéndose hacia la barra, pidió al camarero un nuevo whisky. Lo necesitaba. Ver a Marta con aquel tipo no le estaba resultando fácil.

—Relájate, amigo. Llegan los refuerzos —se mofó Marc al ver entrar en la fiesta a una preciosa pelirroja con un vestido de seda celeste de lo más sugerente.

Philip, martirizado, miró hacia donde su amigo indicaba, y sonrió al ver a Genoveva, la pelirroja, quien saludó primero a los recién casados, dándoles la enhorabuena por la boda. Antonio y Lola al ver allí a Genoveva se miraron.

Philip divertido por como aquellos cuchicheaban les pidió calma con la mirada. Eso hizo sonreír a su padre, a Lola no. Genoveva, como una vampiresa, caminó hacia Philip y cuando llegó hasta él, le besó.

—Gracias por venir —murmuró encantado.

Ella se retiró el flequillo con coquetería.

—Para ti, siempre estoy lista, cielo.

Dispuesto a pasarlo bien, Philip sonrió y volviéndose hacia el camarero, le pidió dos whiskys con hielo.

Marta tras sincerarse con Paolo y dejarle las cosas claras continuó bailando con él. El guaperas italiano aceptó sin rechistar su negativa y eso la sorprendió y agradó. Pero al mirar hacia donde ella sabía que estaba Philip se le puso la carne de gallina. ¡La pelirroja! A partir de aquel momento todo cambió. Pisó en varias ocasiones a Paolo y fue incapaz de concentrarse. Incrédula miró cómo Philip, aquel que la noche anterior le decía cosas bonitas, sonreía como un imbécil a aquella pelirroja. Sin poder aguantar un segundo más, se disculpó con el italiano y regresó junto a sus amigos. Se sentó de muy mala leche.

—¿Qué te pasa? —preguntó Patricia al verla con aquel gesto.

—Nada. Estoy cansada.

Pero Adrian, que era terriblemente observador miró hacia la barra y vio a Philip muy cerca de aquella mujer.

—*Uis* nena... lo que tú tienes es un ataque de cuernos de no te menees —concluyó.

—¿Cuernos? —preguntó Patricia y siguiendo la dirección que marcaba el dedo de Adrian, lo entendió—. Ay Marta... Esto se está liando más que el final de Falcon Crest.

—No me toquéis más las narices por hoy —resopló.

Diez minutos después Marta seguía tan enfadada que apenas podía contestar. Fingió no escucharles. No quiso contestarles. Pero de pronto todas las dudas se disiparon. Ver a Philip con aquella y cómo le ponía las manos en las caderas, le martirizaba. Ella también quería conocerle. Quería saber si le gustaba la lasaña y descubrir cuál era su color favorito.

En ese momento se acercó Karen hasta ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó al verles tan callados.

—Creo que esto va a terminar peor que la matanza de Texas —se guaseó Adrian haciéndola reír.

Karen miró hacia donde se encontraba su hermano y vio como se dirigía a la pista con Genoveva y se ponían a bailar una melódica canción. Sonrió. Pero no dijo nada.

—¿Qué vas a hacer, hermosa? ¿Vas a dejar que esa lagarta con cuerpo de guitarra te arrebate a ese pedazo de tío o vas a reaccionar? —preguntó Adrian.

—Mira, Marta, si lo tienes claro, no lo dudes, ¡a por tu rana! Mañana ya

veremos por dónde sale el sol —la animó Patricia.

Marta apenas respiraba. Les observaba bailar y sintió unos deseos irresistibles de arrancar a esa mujer de Philip. ¿Se había vuelto loca? Pero no. No era locura. Le gustaba y no quería que aquellos labios que ella adoraba besaran otros que no fueran los suyos. Cogió su copa, dio un trago y tras hacer una mueca se levantó y comenzó a andar hacia la pista.

—Ay, Virgencita del Rocío. ¿Dónde va esa loca? —preguntó Lola acercándose hasta ellos.

—A sufrir de nuevo. Esta chica no tiene remedio —suspiró Patricia.

—*Uis*, nena calla. No seas cenizo —regañó Adrian.

—Philip la tratará muy bien. Es una buena persona, y por cómo la mira sé que le gusta. Y mucho —dijo Karen al escucharles.

—Sí, claro —protestó Patricia—. Y por eso estaba hasta hace dos segundos comiéndole la oreja a la pelirroja.

Karen y Lola se miraron y sonrieron.

—Genoveva es la mejor amiga de Philip, y te puedo asegurar que a ella le gustas más tú que él —cuchicheó Karen mirando a Patricia, que al entenderlo sonrió.

Marta sin ser consciente que era el centro de atención de tanta gente, continuó su camino. Cada vez estaba más cerca de ellos y su determinación era total.

—Ay, Virgencita del Perpetuo Socorro —susurró Adrian al ver sus intenciones—. ¡Qué momentazo!

Philip, atento a sus movimientos por el rabillo del ojo, la vio acercarse, y con una sonrisa tentadora, se acercó al cuello de la pelirroja, le dijo algo y ambos rieron. Incapaz de detenerse, Marta anduvo hacia él. La sensual melodía le calentaba el cuerpo y la imagen de aquel abrazando a aquella le calentaba la sangre.

Con el pulso disparado se acercó hasta ellos y parándose ante Philip, con una mirada decidida dijo al ver que él la miraba:

—Philip, quiero hablar contigo, ahora.

Philip le dio un beso en el hombro a la pelirroja y le pidió que los dejara. Esta acuchilló a Marta con la mirada. Pero a Marta le dio igual. Philip, al ser consciente de que ella había dado un paso hacia él sin dudarlo la rodeó con sus brazos. En silencio, comenzaron a moverse al compás de la música, mientras sus respiraciones agitadas se acompasaban.

—Creía que lo pasabas bien con tu italiano —espetó él con voz ronca.

—Lo pasaba hasta que te vi a ti pasarlo bien con tu pelirroja.

Con furia en los ojos, la miró. Pero, al mismo tiempo, sintió un extraño regocijo. Celos. Ella había sentido celos. Eso le agradó, aun así no quiso ponérselo fácil. Él había soportado durante horas la agonía que ella solo había aguantado unos minutos. Por ello, y aun sabiendo que ella no le quitaba el ojo de encima, se

tomó la licencia de mirar a la pelirroja y sonreír.

—*Ozú...* ¡Qué canalla! —susurró Lola divertida al ver todo aquello.

—Es mi hijo, ¿qué esperabas? —cuchicheó Antonio acercándose a su mujer.

—*Uis*, Antonio, no es por joder su orgullo de padre —murmuró Adrian mirándole—. Pero eso que acaba de hacer su hijo, puede acabar en un doloroso dolor de huevos. Marta es mucha Marta.

Aquello hizo reír a todos excepto a Antonio que miró a su hijo con preocupación. ¿Correría peligro su entropierna? Segundos después Philip volvió a mirar a Marta.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —le preguntó.

Consciente del cruce de miradas, Marta se arrepintió de su arrebató y gruñó.

—De nada —y parándose dijo—: Vuelve con tu amiguita.

Pero Philip no se lo permitió. No la soltó. La apretó más contra él y Marta no se pudo mover.

—Dime, ¿qué es lo que querías decirme? —exigió él.

Tras levantar la mirada y ver aquellos depredadores ojos claros mirándola, Marta tragó saliva y apenas en un hilo de voz consiguió balbucear.

—Prefiero la lasaña a los canelones, en especial con tomate natural. Quiero cenar contigo, me apetece mucho. Muchísimo. Me gusta todo tipo de música, aunque siento una especial predilección por grupos como La Musicalite, La oreja de Van Gogh, Texas, Coldplay y Evanescence. Pero sobre todo me encanta la música española. ¡La adoro!

—Solo conozco Texas —susurró Philip al escucharla.

—No importa. Yo te los haré conocer si quieres, porque... me siento terriblemente atraída por ti. Sé que no pegamos ni con cola. Sé que vamos a discutir muchas veces, pero también sé que si hubieras seguido bailando con esa... esa pelirroja un minuto más, hubiera explotado como una loca porque creo que... creo que me he enamorado de ti como una imbécil y... yo... yo no sé ni lo que estoy diciendo.

Al escucharle decir aquello a Philip le tembló todo. Deseó estar en un sitio a solas donde poder demostrarle todo lo que sentía por ella, pero en lugar de ello le preguntó:

—¿Celosa?

Pensó en mentir, pero para qué.

—Sí... si me dan motivos.

Él curvó un lado de su boca a modo de sonrisa. Aquello enloqueció a Marta.

—Tú has bailado con el italiano gran parte de la noche, y no has pensado cómo yo me podía sentir. Y antes de que me lo preguntes, sí, soy celoso si me dan motivos. Y hoy, *honey*, he estado muy celoso —recriminó él.

—Lo siento —suspiró dispuesta a aceptar su derrota.

Ambos guardaron silencio unos segundos.

—¿Qué pasa con tu famoso trato? Ya sabes... ese de...

—Odio el trato. Yo no valgo para eso. Intenté llevarlo a cabo porque creía que tú también lo querías.

—¡¿Yo?!

—Te escuché decir hace tiempo que comenzarías a jugar al juego de la oca y ... y ... yo pensé jugar al juego de la rana.

—¿Me escuchaste? —preguntó curioso.

—Sí... hace tiempo. Creo que la primera o la segunda vez que te vi. Tú hablabas con Marc de jugar a la oca y...

—Y yo soy tu rana inglesa. Recuérdalo. Soy ese con el que te puedes acostar sin pensar en nada más. Uno al que llamar cuando quieras pasar un buen momento en la cama. Uno más como lo es tu ex, el italiano y un sinfín más.

—Eso es mentira. Desde que dejé mi relación con el Musaraña, no he estado con nadie más. Yo... y o no soy así. Para que yo esté con alguien debo sentir algo. Y aunque al principio me dabas morbo, reconozco que hoy por hoy cuando te veo siento mariposas y elefantes pateándome el estómago porque me gustas y mucho.

«Madre mía... madre mía... todo lo que estoy soltando por mi boquita» pensó horrorizada Marta sin poder dejar de hablar.

Contento con lo que oía, pero como siempre dispuesto a controlarlo todo, Philip preguntó:

—¿Con el italiano qué ha pasado?

—Oh... con él solo tuve un par de besos y poco más.

—¿Poco más? —preguntó curioso y encelado.

—Somos adultos, ¿debo explicarte que es el poco más? —respondió molesta.

Aquello excitó más a Philip. Ver su reto en la mirada le incitaba a dominarla, a ser más fuerte que ella.

—Ahora no. Pero ya me lo explicarás.

Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos.

—¿Sabes, Marta?

—¿Qué?

—A veces, las ranas también se enamoran aunque no digamos cosas tan maravillosas como las que dice en las películas tu maravilloso Dermot Mulroney, ¿habías pensado en ello?

Escuchar aquello le puso la carne de gallina. ¿Qué estaba insinuando? Pero al ver su sonrisa en la boca lo supo y sonrió.

—Yo tampoco soy Debra...

—No, *honey*... tú eres infinitamente mejor —y sin poder evitarlo acercó sus labios a los de ella y sin importarle quién hubiera alrededor, la besó.

Capítulo 32

Tras dos días en los que no se separaron ni un segundo e, hicieron el amor apasionadamente en todos los lugares que pudieron, llegó el momento de la despedida. Marta debía regresar a Madrid.

Una vez llegaron al aeropuerto Timoti y Adrian se despidieron. Entre ellos había surgido algo muy especial que tendrían que madurar. Vanesa con gesto adusto miró hacia su madre y al que la abrazaba. Aún no entendía qué veía en él.

—Vanesa, te lo digo por última vez —advirtió Patricia—. Como se te ocurra decir alguna de las tuyas te juro que te doy un pescozón y me importa un pimiento si me vuelves a hablar o no, ¿entendido jovencita?

—No me rayes —respondió esta.

—Ay, *miarma* —susurró Lola—. Sé buena niña y pórtate bien con tu madre, ¿no ves lo feliz que está?

Pero Vanesa no tenía ganas de sonreír. Tenía el ceño continuamente fruncido y por su gesto se sabía que tarde o temprano estallaría.

—Se acabó la tontería —regañó Adrian y con un movimiento de cabeza dijo a todos—. Vayamos al kiosko. Compraremos algo de prensa rosa para el viaje. Lo necesitaremos.

Con un ojo en cada lado Marta vio que su hija se alejaba con el grupo. Sabía que Vanesa estaba enfadada. Solo había que ver cómo la miraba. Pero decidió hablar con ella una vez llegaran a casa.

—¿Por qué no has querido ir en mi avión privado, *honey*?

—Pues porque ya tenemos los billetes pagados y no voy a desperdiciar el dinero, ricachón —se mofó ésta aún en sus brazos.

—Lláname en cuanto llegues a Madrid. No me quedará tranquilo hasta saber que has llegado bien a tu casa.

—Valeeeeeeeee, papi —sonrió conmovida.

Era la primera vez en su vida que sentía que un hombre vivía para ella. Su manera de mirarla, de protegerla, de buscarla, de poseerla, la hacía sentir especial.

—Si sigues sonriéndome así no te voy a dejar marchar. Tu sonrisa me hace tener pensamientos salvajes, calientes y morbosos.

Al escucharle, Marta sonrió.

—¿Estás excitado? —preguntó.

—Contigo siempre —y acercando su boca a la de ella, enterró sus dedos en el pelo que le enmarcaba el rostro—. Eres tan dulce y sabrosa que me haces estar todo el día excitado. Me encantaría desnudarte, abrirte las piernas, y...

—No... no continúes por Dios, o seré yo quien te lleve de vuelta a tu casa y te haga salvajemente el amor en tu preciosa y gran cama —rió Marta haciéndole reír.

Mirándola a los ojos Philip se deleitó en ella. Esa mujer temperamental le había robado el corazón. Pero en su mirada intuyó su inquietud y poniéndole la carne de gallina, le susurró:

—Mañana salgo de viaje para Bruselas. Estaré unos días allí. Cuando regrese prometo ir a visitarte.

Marta sonrió. Había sido incapaz de preguntarle cuándo se verían.

—Vale... vale.

—*Honey*, recuerda —dijo tomándole la cara con las manos—. Cualquiera cosa, sea la hora que sea, me llamas. Si no me localizas, llamas a mi padre, ¿entendido?

Aquello se lo había repetido mil veces.

—Sí, pesado... claro que sí.

Por los altavoces dieron el último aviso para los pasajeros con destino Madrid. En ese momento el grupo llegó hasta ellos y tuvieron que separarse. Una vez todos se despidieron, Philip se acercó a Vanesa.

—Sé buena con tu madre. Se lo merece —le dijo.

La niña volviéndose hacia él, le dio un desplante que molestó a todos menos a Philip que sonrió. Con una triste sonrisa Marta se acercó de nuevo a él y le besó en los labios. Luego desapareció tras la puerta de embarque.

Varias horas después tras un viaje algo movidito por las turbulencias llegaron a Madrid. Marta solo podía pensar en Philip. En sus dulces besos y en las ganas que tenía de volver a verle. Una hora después Marta y Vanesa estaban en su casa acariciando con cariño a su perro *Feo*.

—Bueno, Vanesa. Ahora que estamos solas, di todo lo que tengas que decir.

La muchacha miró a su madre y con gesto hosco espetó:

—Te equivocas. No tengo nada que decir.

—Soy tu madre. Te he parido y sé cuando esa cabecita tuya guarda quejas. Venga, ¡suéltalas! Te conozco y explotarás de un momento a otro.

Con una furia incontrolable la niña se volvió hacia su madre.

—¿Cómo has podido enrollarte con ese idiota? Sabes que no me gusta. Sabes que es un cerdo que deja a mujeres embarazadas tiradas en la cuneta y vas tú y ¡zas!, te lanzas a su cuello. ¿Tan desesperada estás? ¿Tan bien se lo hace en la cama ese *guiri* como para que hayas pasado estos días desaparecida? Oh, mamá, nunca pensé que tú pudieras comportarte de una manera tan... tan... tan...

—¿Tan? —preguntó Marta con calma.

—Tan grosera. Todos sabíamos siempre lo que estabais haciendo. Cada vez que os veíamos estabais abrazados o besándoos. Vergonzoso, mamá. Por primera vez he sentido vergüenza de que fueras mi madre.

Cuando vio que la niña cerró el pico, Marta encendiéndose un cigarrillo, se

sentó frente a ella y muy segura de lo que iba a decir dijo:

—Vaya, cielo. Para no tener qué decir, creo que te has exployado bien. Pero ahora me toca a mí. Punto uno. Philip no es ningún idiota, es un hombre encantador y si le dieras la oportunidad te lo demostraría. Punto dos. No es ningún cerdo que deja a nadie tirado por estar embarazada. Simplemente el hijo que espera esa mujer no era de él y no hay más que hablar. Punto tres. Lo que yo haga en la cama o fuera de ella no es de tu incumbencia, ni de nadie. Solo mía y de él. En cuanto a que nos besábamos en cualquier lado. Sí, en eso te tengo que dar la razón pero, ¿sabes?, me ha encantado. Punto cuatro. No he sido grosera, pero tú sí. Te has comportado como una niña maleducada y consentida y yo no te críe así. Punto cinco. Me has engañado en referencia a tu tatuaje. Sabes que no me gusta lo que has hecho, pero especialmente tu engaño. Punto seis. Me da mucha pena escuchar que has sentido vergüenza de que fuera tu madre. Eso sí que no me lo esperaba de ti. Sabes que he luchado por ser una buena madre, amiga, compañera y hasta colega. Siempre he estado a tu lado para todo. Y ahora que soy yo la que conoce a alguien y está ilusionada te avergüenza. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que me quede en casa sola y encerrada? ¿Quieres que no me vuelva a enamorar? ¿Sabes Vanesa? Yo nunca querría que tú fueras infeliz. Nunca. Philip me hace la vida fácil por primera vez en mi vida y mira cómo reaccionas. ¿Qué quieres que haga? ¿Que lo deje?

—Sí. Ese engreído solo te traerá problemas. Ya lo verás, mamá.

—De momento la única que me está trayendo problemas eres tú, cielo.

Incapaz de dar su brazo a torcer, Vanesa se levantó y dijo con voz cansada:

—Muy bien, mamá. Haz lo que quieras. Eso sí. Luego no me vengas con lloros porque no te voy a querer escuchar.

Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó dejando a su madre sola y con una triste mirada.

Días después las cosas parecieron volver a su rutina. Vanesa terminó las clases en el colegio, pero como había suspendido tres asignaturas, siguió dando clases de recuperación. Marta se sumergía durante horas entre cientos de telas en la trastienda de la tienda, mientras pensaba en Philip y en lo que estaría haciendo en aquellos momentos.

Durante aquellos días él la llamó desde Bruselas y siempre... siempre cuando colgaba una extraña tristeza se apoderaba de ella. ¿Por qué había tenido que conocer a alguien tan encantador pero tan lejano a ella? Sumida en sus pensamientos estaba cuando se abrió la puerta de la trastienda. Entró Adrian, seguido por Patricia.

—No me lo puedo creer. Lo tuyo es ser loba oficial, pero ¿cómo has podido!
—protestó Adrian.

—Pero, bueno. Ni que hubiera matado a alguien —se defendió Patricia.

—Desembucha. Las setas que has comido, ¿eran alucinógenas? —gritó el muchacho de nuevo.

Marta levantó la vista.

—¿Qué os pasa? —preguntó.

Adrian sacando su abanico del bolsillo del vaquero se sentó junto a ella con gesto grave.

—¿Sabes lo que acaba de hacer esta petarda? —Marta negó con la cabeza—. Resulta que hemos ido al bar de Pepe a desayunar y allí estaba su hijo Jesús, el poli. Y va la sinvergüenza esta, porque no tiene otro nombre, apunta su teléfono móvil en una servilleta y se lo da a Jesús para que se lo de al antidisturbios *calvo* para que la llame, ¿te lo puedes creer?

Patricia, con una bolsa de cheetos en la mano, les miraba con una sonrisa.

—¿Y por eso te asustas? Si eso le dijiste tú qué hiciera —dijo Marta.

—*Virgen del camino seco*. Nunca me acostumbraré a las locuras de esta loba.

Patricia, que hasta el momento había estado callada, se metió un puñado de cheetos en la boca.

—Vamos a ver, Sor Adrian. Aunque a veces el mundo es un pañuelo, es muy difícil que ese *calvo* y yo nos volvamos a encontrar. No sé dónde vive, pero sí dónde trabaja. Lo que he hecho es facilitar ese encuentro, nada más.

—¿Nada más? —se escandalizó aquel.

—Sí, nada más ¡por Dios! —gritó Patricia—. A veces y en especial cuando te escandalizas por tonterías como estas, pienso que deberías haber sido monja de clausura. ¡Estrecho!

Adrian, cansado de escucharla, se volvió hacia Marta y preguntó en un tono ácido:

—Y tú, ¿qué? ¿Estás mejor hoy? ¿Cómo va la delincuente de tu hija? ¿Le van bien las clases de recuperación?

—Vaya, Adrian. Hoy estás de lo más afectuoso —dijo Marta.

—Dímelo a mí —se jactó Patricia.

Consciente de ello, el muchacho se dio un golpe en la frente para hacerlas reír.

—*Ains*, reinas moras, os pido disculpas pero es que estoy que trino. Ayer Timoti me llamó y suspendió su viaje a Madrid y...

Marta y Patricia se miraron. Ahora entendían su mal humor de aquella mañana. Por ello su inseparable Patricia se acercó a él.

—Tranquilo polluelo... el Timoteo está loco por ti y no creo que tarde mucho en venir. Ya lo verás —le alentó.

—Hoy me encuentro mejor. No me duele el tarro y mi estómago está muy bien. En referencia a la delincuente de mi hija se ha jorobado el verano con las tres que le han quedado, y presiento que me lo va a jorobar a mí también —dijo

Marta dejando a un lado las telas.

—No se lo permitas. Que lo pague ella solita. —Adrian suspiró más relajado.

—Esa puñetera —se quejó Patricia—. Mira que no aprobar y ahora tener que seguir estudiando en verano. ¡Qué juventud! Están *apollardaos*.

—Ah... ella solita se lo ha buscado —rió Marta—. Le dije que o aprobaba todo, o seguiría dando clases en verano. No ha aprobado... pues a estudiar de cabeza. Eso sí, aguanta el veranito serrano que me va a dar la moza.

—¿Al final dónde vais de vacaciones este año? —preguntó Adrian.

—A Huelva —respondió Marta feliz—. He alquilado a través del Facebook un apartamento frente al mar. Bueno... eso pone.

—Yo aún no sé donde iré —suspiró Patricia—. Si no tengo nada interesante me dejaré caer por Huelva.

—Siempre serás bien recibida —sonrió Marta. Y mirando a Adrian preguntó—. ¿Y tú qué vas a hacer?

—No sé, reina. Todo está por ver y...

En ese momento sonó un móvil. Era el de Patricia que sacándose el del vaquero miró la pantalla.

—Número oculto —susurró extrañada—. ¿Quién me llama desde un número así?

—Seguro que es cualquier compañía telefónica para ofrecerte algo —se guaseó Marta—. Que *pesaitos* están con las llamaditas últimamente.

—Ah... pues no lo cojo —dijo Patricia.

—¿Quizás sea el *calvo*? —murmuró Adrian.

—¿El poli? —rió Patricia—. No creo. Si solo hace media hora que le he dado el teléfono a Jesús.

—Quizá ya se lo ha dado —apremió Marta—. ¡Cógelo!

Con rapidez, Patricia abrió el móvil.

—Dígame —dijo usando su mejor voz.

—¿Eres Patricia? —preguntó la voz de un hombre.

—Depende para quién. ¿Y tú?

—Soy Carlos.

Con una sonrisa en la boca levantó el dedo a sus amigos que se carcajearon. Era el antidisturbios.

—¿Carlos? ¿Qué Carlos?

—A ver si nos entendemos —dijo sonriendo—. Jesús, el policía de la comisaria donde pusisteis la denuncia por el robo de las ruedas de tu amigo, me ha llamado para darme tú teléfono. ¿Sabes ya quién soy?

—Ah, sí, eres el poli *calvo*.

Marta y Adrian, incrédulos, comenzaron a hacerle señas con las manos. ¿Por qué comenzaba a insultarle? Pero Patricia, sin hacerles caso, continuó.

—Sí... si ya sé quién eres.

Al escucharla, el hombre soltó una risotada.

—Me has buscado para llamarme *calvo*. Porque si es así, debo recordar que tú eras bajita y culona, entre otras cosas.

Aquello no le hizo gracia a Patricia y sin decir ni mu, directamente cerró el móvil dejando al poli boquiabierto y a sus amigos también.

—Ay, virgencita. Ha colgado —señaló Adrian.

—Pero, ¿por qué le cuelgas? —preguntó Marta incrédula.

—Me acaba de llamar bajita y culona, entre otras cosas ¡será capullo!

Adrian y Marta se volvieron a mirar. Ella le había llamado *calvo*. Definitivamente Patricia se estaba volviendo loca. Pero antes de que pudieran decir nada el móvil comenzó a sonar de nuevo, pero esta vez no lo cogió. Lo dejó encima de la mesa, cogió la bolsa de cheetos y comenzó a comerlos con tranquilidad.

—¿No vas a cogerlo? —preguntó Marta.

—No.

—Pero, Patri de mis entretelas, ¿a qué estás jugando? Mira que ese pollo es poli y te mete en el calabozo a la primera de cambio.

—Ja... que se atreva —dijo mirando el móvil que dejó de sonar.

Sin decir nada más, Adrian se levantó y cogió un muestrario de telas. Mejor no hablar. Pero en ese momento sonó de nuevo el móvil de Patricia. Había recibido un mensaje. Dejando los cheetos a un lado, lo miró y tras soltar una carcajada leyó en alto.

« Te espero esta noche a las diez en el Vip's de Plaza de España. Si a las 10:05 no has llegado me iré» .

Patricia levantando la mirada hacia sus amigos que la observaban sin entender nada, sonrió como nunca.

—*Ainssss...* ¡Qué mono por Diosssssssss!

Capítulo 33

La cita entre Patricia y el antidisturbios les dio mucho de qué hablar. Desde aquella noche que se encontraron en el Vip's, Patricia estaba como hipnotizada. Solo hablaba de Carlos por aquí, Carlos por allá. No le volvió a llamar *calvo*. Algo que Marta y Adrian le recordaban para molestarla.

El jueves por la mañana Marta se levantó con el estómago otra vez al revés. Los problemas que últimamente le daba su hija estaban comenzando a agotarla. Pero sin decir nada dejó a Vanesa en la puerta del Instituto. El enfado entre ambas aún continuaba, pero esta vez a Marta no le importó. Su hija debía de madurar de una vez. A media mañana Marta recibió un mensaje al móvil.

« Te invito a un aperitivo » .

Era de Philip. Histórica de alegría y con un subidón por todo lo alto le respondió rápidamente. Y una hora después, tras escaparse de la tienda llegó con su moto hasta su casa. Había quedado allí con él. Vanesa no llegaría hasta las cuatro de la tarde. Tenía la casa para ellos durante al menos cuatro horas. Cuando llegó al portal, allí estaba esperándola, tan guapo y bien vestido como siempre con un traje gris marengo.

Nerviosita perdida se bajó de la moto y tras ponerle el candado se acercó a él que, sin vacilar, la cogió por la cintura, la alzó y la besó.

—*Honey*... te he echado de menos.

—Yo también a ti —susurró ella dejándose abrazar.

Philip la besó con pasión, y al separarse de ella la notó algo pálida.

—¿Te encuentras bien?

—Por supuesto, y ahora que estoy contigo, mejor.

Veinte minutos después, los dos, en la intimidad de la casa de Marta hicieron apasionadamente el amor. Como siempre ocurría, su encuentro era tórrido y pasional. Ambos exploraban sus cuerpos y disfrutaban al máximo la satisfacción que ello les ofrecía. Un par de horas después y tras haber hecho varias veces el amor, desnudos y cansados encima de la cama él dijo:

—Te he traído un regalo.

—¿A mí?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad —repitió él divertido.

—¿Por qué?

—Simplemente porque me apeteció —sonrió encantado. La había añorado cada segundo del día y no había podido dejar de pensar en ella.

—Coge ese paquete que hay en la bolsa azul.

Ella se fue a levantar. Pero consciente de su desnudez le cogió su camisa, se la puso y más tranquila cogió la bolsa que él le indicaba y volvió a la cama.

—¿Por qué te tapas con mi camisa? —preguntó él divertido.

—No me gusta que mis loras queden a la vista.

—Eres preciosa y me gusta verte desnuda —le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Es más, me encantaría poder tenerte siempre desnuda y dispuesta para todo lo que y o quiera.

Ella sonrió y se arqueó contra él permitiendo que este le quitara la camisa. Una vez la tuvo desnuda, sonrió.

—Abre el regalo. Espero que te guste.

Con impaciencia, ella rasgó el papel y cuando la foto que había en el embalaje de la caja quedó al descubierto, él murmuró divertido:

—Quiero que sepas, *honey*, que es el regalo más raro que he hecho en mi vida a una mujer.

—¡Un grifo de bañera con termostato y alcachofa! —gritó ella lanzándose a besarle—. Me encanta. Gracias. Me encanta.

Philip estaba sorprendido por su entusiasmo.

—Oh, Dios... qué ganas tengo de probarlo. ¿Tiene diferentes chorros? —él asintió muerto de risa—. Madre mía... madre mía, Philip. Cada vez que me acuerdo de la ducha que nos dimos en la casa de tu padre, uff... me tiemblan hasta las raíces del pelo.

Como un tonto volvió a reír. Marta le hacía continuamente sonreír y eso le gustaba. Le encantaba.

—Ah, pero esto no vale. Si tú me das un regalo, yo como mínimo debo corresponder con algo.

—No hace falta, cielo, tu alegría me recompensa —se carcajeó él.

Pero Marta se levantó de la cama y trajo una libreta de colores y un bolígrafo.

—Sí... si hace falta. Yo aceptaré tu regalo, si tú aceptas mis vales.

—¿Tus vales? —preguntó sorprendido.

Consciente de que aquello debía ser algo extraño para él, le dijo divertida:

—Te explico. Estos vales son vales canjeables por deseos. Y como hoy estoy contenta por el maravilloso regalo que me has regalado, te entregaré tres vales que corresponden a tres deseos.

Dicho esto Marta escribió en cada hoja « Vale por un deseo » firmado: Marta Rodríguez. Una vez terminó arrancó las hojas de la libreta y se las entregó. Este lo cogió y como si de un tesoro se tratara los miró y finalmente los puso encima de la mesilla.

—Recuerda —insistió ella—. Esos vales son muy valiosos. No los pierdas.

—Pero ¿valen para todo lo que y o quiera? —preguntó risueño.

Marta asintió.

—Sí. Para todo. Siempre y cuando no sea una idea descabellada.

—¿Puedo pedir y a un deseo?

Coqueta y mimosa le miró.

—Deseo que me beses.

Sin esperar un segundo Marta se abalanzó sobre él y le besó. Le devoró los labios con tal pasión que Philip, una vez terminó, suspiró deseoso de más. Rápidamente, Marta le quitó un vale y lo rompió ante él.

—Ea... y a has gastado un vale. Recuerda que te quedan dos.

A cada momento se sentía más hechizado por ella. Le dio un beso en la punta de la nariz y dijo:

—De acuerdo. Los guardaré para algún momento especial.

Ella sonrió y volvió a mirar con interés la caja del grifo del baño.

—Tendrás que llamar a un fontanero para que te lo instale.

—De eso nada, guaperas —dijo ella abriendo la caja—. Cuestan un ojo de la cara y las instrucciones que vienen son muy fáciles de seguir. Lo haré yo.

—¿Tú? —esa mujer no dejaba de sorprenderle—. ... ¿tú sabrás instalarlo?

Incrédula por como la miraba, ella se estiró y levantándose desnuda le dijo:

—¿Ves todos los muebles que hay a tu alrededor? —él asintió—. Pues son de Ikea, una tienda sueca de muebles. Y todos, absolutamente todos, los he montado yo con estas manitas.

—¿En serio?

Él miró a su alrededor. Le resultaba fascinante pensar que ella había montado aquellos armarios, mesillas, estanterías. Para él aquello era inaudito.

—Philip, por Dios. Estás tan acostumbrado a que te hagan todas estas cosas que crees que es difícil. Por suerte o desgracia soy mañosa para muchas cosas, entre ellas arreglar mi moto, instalación eléctrica, fontanería ¿Alguna vez has montado un mueble?

—No. Nunca.

—¿Y cambiado una bombilla?

—Tampoco.

—Pues te has librado, machote —sonrió esta—. No tengo nada pendiente de montar. Si no... te ponía manos a la obra.

Aquel comentario le hizo sonreír. Verdaderamente a él, gracias a su estatus social, se lo daban todo hecho. Solo tenía que levantar el teléfono y pedir lo que quería.

—Ven. Te voy a demostrar lo fácil que es cambiar el grifo de la bañera.

Boquiabierto, la siguió. Ella cogió una caja que ponía herramientas mientras él se sentaba en la taza para observarla.

—Lo primero de todo y tremendamente importante, cortar el agua del baño para no liarla parda. Después —dijo metiéndose en la bañera—, se abre el grifo de la bañera para que se vacíe el agua restante, ¿lo ves?

—Sí —asintió perplejo.

—Una vez que compruebas que no sale más agua, con una llave inglesa

aflojas las tuercas y quitas el grifo.

Atónito, la vio manejar durante un rato aquella llave hasta que consiguió quedarse con el grifo en la mano.

—¿Qué te parece?

—Increíble —murmuró él.

—Una vez tienes el grifo en las manos, antes de poner el grifo nuevo se coloca un poco de teflón alrededor de las roscas para que no haya filtraciones —sonrió trabajando—, y después, encaras el grifo nuevo en las roscas y aprietas con la llave inglesa las tuercas —al ver como él la observaba añadió—. Eso sí. Hay que apretar bien las tuercas para asegurarnos que todo queda bien.

Una vez acabó de hacer aquello salió de la bañera, se sentó sobre las piernas de un alucinado Philip y besándole murmuró:

—Ahora solo queda abrir la general del agua y ver que no hay goteras —él sonrió—. Lo ves ¡Ya está! No hace falta que venga ningún fontanero. Ya estoy yo aquí para hacerlo.

Atónito, maravillado y conmovido por lo que había presenciado, la atrajo hacia él para besarla con pasión.

—Estoy loco por ti, ¿lo sabías? —le susurró muy cerca.

Agarrada a él, Marta se dejó abrazar y querer. Sentir su pasión cuando la miraba le gustaba. Le gustaba tanto que perdía la voluntad.

—Lo entiendo, mi faceta de fontanera es para volverte loco —al ver que él se reía a carcajadas ella sonrió—. Escucharte decir eso cada día me gusta más. Ven, vayamos de nuevo a mi habitación. Allí te voy a demostrar cuánto me gustas tú a mí.

Pero antes de llegar a la habitación, llamaron al teléfono de Marta para decirle que su hija se encontraba mal. Debía ir a recogerla al colegio inmediatamente. Se vistieron rápidamente. Philip veía la preocupación de Marta en su rostro y se angustió por ella.

—Lo siento, Philip... siento que esto se tenga que acabar así.

—No te preocupes, *honey*. Habrá otros momentos. Ahora lo importante es saber qué le pasa a tu hija.

Dicho estos ambos cogieron el BMW de Philip para ir a buscar a la niña.

Capítulo 34

Las urgencias del hospital Montepíncipe estaban abarrotadas, pero Philip, tras un par de llamadas, consiguió lo imposible. Fueron atendidos por un doctor al que conocía. Nerviosa y a punto del infarto Marta andaba de un lado para otro en la pequeña sala. Su niña, su pequeña, tenía una fiebre horrorosa y no sabía por qué. Philip, sin abrir la boca y sentado en una de las sillas, la observaba. Deseaba abrazarla, pero sabía que ella estaba tan nerviosa que era capaz de cualquier cosa menos de agradecerlo. Media hora después, la puerta de la consulta se abrió y el doctor amigo de Philip les ordenó pasar. Philip no se levantó y Marta, volviéndose hacia él, con la mano le indicó que le siguiera.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Marta al ver que Vanesa no estaba.

El médico sentándose ante su mesa fue a responder, pero en ese momento una pequeña puerta lateral se abrió y ante ellos apareció Vanesa. Parecía enfadada. Y mirando a Philip y luego a su madre preguntó:

—¿El *guiri* tiene que estar aquí?

—¡Vanesa! —regañó Marta.

Philip se levantó para marcharse, pero Marta sujetándolo le obligó a sentarse de nuevo. Luego miró a su hija y contestó disgustada:

—Sí, Vanesa. Él me ha traído al hospital. Ha conseguido que te atiendan antes que a otros pacientes y yo quiero que esté aquí. ¿Algún borderío más que preguntar?

La niña, tras mirar a su madre y ponerse colorada, bajó la vista al suelo y no dijo nada más. Entonces el doctor, tras cruzar una mirada con Philip que se encogió de hombros, comenzó a hablar.

—Tras hacer unos análisis de orina y exploración, he llegado a la conclusión de que Vanesa tiene una infección de orina, además de una inflamación en sus genitales.

—Creo que mejor os espero fuera —susurró Philip al ver el gesto de la niña.

—No... por favor. Quédate. Si ella es mayor para lo que quiere, también es mayor para que tú te quedes aquí —le pidió Marta y este no se levantó. El médico continuó.

—Todo lo que anteriormente he dicho es debido a la perforación que su hija se hizo en sus labios vaginales para colocarse unos *piercing*.

«¿Pero qué está diciendo este hombre?» pensó incrédula Marta al escucharle. Pero al mirar a su hija y ver que esta no la miraba gritó.

—¡Maldita sea, Vanesa! ¿Qué te has puesto un *piercing* dónde?

La niña no respondió y esta volvió a gritar fuera de sí.

—La madre que te parió. ¿Cómo has podido hacer eso?

—*Honey*, tranquila. Es una niña, no lo olvides —susurró al verla tan histérica.

—¡Tú te callas! —gritó la cría mirándole.

Philip al escucharla la miró. Desaprobaba continuamente las cosas que hacía. Pero aun así intentaba entenderla y disculparla por su juventud. Pero cada día era más difícil.

Su amigo el doctor le miró incómodo y Philip le entendió. Escuchar a Marta blasfemar como un camionero y a la niña gritar como una loca no era lo más agradable.

—Cómo voy a estar tranquila con la cabeza de chorlito de esta niña — continuó Marta—. Últimamente vivir con ella es como vivir sentada sobre un volcán en erupción. Problemas... y más problemas. Pero bueno, Vanesa, ¿intentas matarme a disgustos o qué?

La muchacha se encaró a su madre y gritó.

—Lo hice porque ya estoy harta de pedirte permiso para todo. Estoy aburrida de que a todo lo que te pido me digas que no. Pero bueno, ¿tú quién te crees que eres para rayarme continuamente?

—¿Rayarte yo a ti? —voceó Marta—. Soy tu madre Vanesa. Y tú eres una menor.

—Mira mamá ya soy mayor como para decidir algo así, y no te enfades ni montes el numerito que estás montando porque no creo que sea para tanto.

Incrédula por aquella contestación Marta clavó la mirada en su hija y gritó:

—¡¿Cómo me puedes decir que no me enfade?! —con ganas de coger a su hija y darle unos buenos cachetes dijo—: Estás castigada el resto del año, jovencita. Me da igual si te rayas, te haces círculos o te planchas. Olvidate de salir, de llamar, de quedar con tus amigos porque no saldrás de casa hasta que yo te lo permita, ¿me has entendido?

—No puedes hacerme eso, mamá —gritó Vanesa levantándose.

Pero Marta estaba muy furiosa con su hija. Nunca se había comportado así y eso la sacó de sus casillas, y mirando al doctor preguntó:

—Los *piercing* ¿siguen colocados?

—Solo el del labio inferior. El otro se los hemos tenido que quitar.

—¿Pueden quitarle el otro? —preguntó Marta horrorizada. Al escucharlo Vanesa gritó como una loca ante el horror de Philip y el médico.

—¡Ni lo sueñes, mamá! Yo no me lo quito.

—¡Te lo quitarás! —sentenció Marta.

Philip al observar la escena, finalmente optó por tomar cartas en el asunto, e interponiéndose entre ellas voceó:

—Vanesa, siéntate —luego miró a Marta y dijo—: Relájate. Dejemos que el doctor nos diga qué hay que hacer, y cuando lleguemos a casa lo habláis con tranquilidad.

—¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? —espetó la niña mirándole.

Philip volviéndose hacia ella, la miró y para su desconcierto dijo:

—Nadie Vanesa. Solo intento tranquilizar a tu madre por tu bien. Si lo quieres

ver así, ¡perfecto! Y si no lo quieres ver de esa forma, ¡perfecto también!

Al escucharle no pudo replicar. Tenía razón.

—Por favor, acompáñeme —dijo el médico a Marta—. Venga conmigo y le daré unos medicamentos para limpiar la zona afectada de su hija.

Sin más, Marta se levantó y siguió al doctor, dejando a solas a Philip y Vanesa. Durante unos segundos ambos permanecieron callados hasta que él la miró y dijo:

—Creo que tu madre no se merece esto.

—No me rayes, *guiri* —respondió con desprecio. Lo último que necesitaba era que aquel, al que tenía manía, le diera la charla.

Al escucharla, Philip clavó su enigmática mirada en ella.

—¿Tú eres siempre así de desagradable o solo cuando yo estoy delante? —preguntó. Vanesa sonrió con amargura.

—Solo cuando tú estás delante ¿te parece buena respuesta? —le espetó.

—Magnífica —se mofó él, pero sin quitarle ojo prosiguió—. ¿Se puede saber por qué me tienes tanta manía? ¿Por qué intentas molestarme en todo?

—Para que te quede claro. ¡No me gustas nada! Odio como llamas a mi madre *honey* —le imitó—, me repatea tu gesto de listillo y solo espero que mi madre se dé cuenta pronto que tú no pintas nada en nuestras vidas. Que un tipo como tú no es lo que nosotras necesitamos y...

—¿Alguna vez piensas en lo que necesita tu madre, o debo pensar que eres tan rematadamente egoísta que piensas primero en ti, luego en ti y finalmente de nuevo en ti?

—Repito. No me gustas y haré todo lo que esté en mi mano para que desaparezcas de nuestras vidas, ¡¿me has entendido, *guiri*?! —contestó Vanesa sin inmutarse.

—Tu madre es una persona excepcional que se preocupa mucho por ti. Ella se merece ser feliz y hasta que tú no la respetes, nunca lo será —dijo Philip, dolido por aquello y por el rechazo que sentía por parte de ella.

—Mira ricachón, ¡olvidame si no te importa! Y de paso, olvida a mi madre —contestó la niña molesta.

—Sí me importa —asintió cogiéndole de la barbilla—. Creo que tu madre es una luchadora que lleva toda la vida soportando un enorme peso y tú con estos problemas solo haces cargarla aún más. Ella necesita un poco de ayuda y creo que con tu edad, con la edad que tienes, se la podías ofrecer, ¿no crees?

Con mal gesto Vanesa retiró la cara y no contestó. Sabía que tenía razón, pero nunca daría su brazo a torcer, y menos porque ese *guiri* se lo dijera.

Veinte minutos después los tres volvían a casa en el coche de Philip. Ninguno habló. Al llegar a casa, Vanesa se fue directamente a su cuarto y Marta no se lo impidió.

—Me voy a casa —dijo Philip—. Tu hija y tú tenéis que hablar y creo que es

mejor que yo no esté delante.

Con una tristeza en los ojos que le desarmó Marta le dio un abrazo que él aceptó gustoso.

—Gracias Philip. No sé como agradecerte lo que has hecho por nosotras.

Sorprendido por aquello él sonrió y para arrancarle una sonrisa le murmuró al oído.

—Yo sí sé muchas maneras de pedirte que me lo agradezcas. ¡Tengo dos vales! Pero tranquila, no los usaré hoy.

Marta por fin sonrió, y él se sintió feliz.

—Mañana te llamaré. Y si estáis bien vendré a visitarte.

—¿Me lo prometes? —susurró Marta.

—Por supuesto.

Incapaz de resistirse a ella, Philip le levantó con su mano el mentón y la besó en los labios. Fue un beso pequeño, corto, pero cargado de pasión. Una pasión que él se negaba a abandonar.

—Escúchame, *honey*. Ahora debes intentar relajarte. Si te digo esto es porque con Diana, la hija de mi hermana Karen, ya hemos pasado por algo parecido. Es la edad. No le tengas en cuenta nada de lo que te diga e intenta hablar con ella.

—Gracias por el consejo —suspiró acompañándole hasta la puerta.

Quería que se quedara. Necesitaba que se quedara. En ese momento se abrió la puerta del cuarto de Vanesa y apareció ante ellos.

—¿Todavía está el *guiro* aquí? —gritó con desprecio.

—¡Vanesa! —regañó Marta incrédula de que su hija se comportara así.

Philip al sentir la rabia de la muchacha, caminó hacia la puerta y susurró.

—Hasta mañana, Marta.

Y sin más se marchó, dejando a Marta sumida en un mar de tristeza, y a una ceñuda adolescente que miraba a su madre llena de aprensión.

Al día siguiente Vanesa seguía enfadada. Por ello y, como represalia, decidió saltarse varias clases de recuperación y se fue al parque. Allí sabía que se encontraría con algunos amigos. Deseaba ver a Javier. Desde que había vuelto de Londres le veía poco, y cuando se veían, él apenas le hacía caso. Eso no le gustaba. Quince minutos después su deseo se tornó en frustración cuando aquel por el que suspiraba apareció con unos amigos y unas chicas que no conocía. Vanesa, al verle, fue hacia él, pero este, sin intentar disimular siquiera, no le hizo ningún caso. Eso le dolió, pero calló.

Durante un buen rato aguantó ver como Javier, su Javier, bromeaba con una atontada de otro instituto. Una niña mona y muy pija que nada tenía que ver con Vanesa. Sin quejarse, observó como su chico le prestaba más atención que a ella y le estaban llevando los demonios.

Finalmente todos juntos comenzaron a andar hacia su barrio. Y una vez allí, en unos bancos que había frente a la casa de la muchacha se sentaron. De pronto uno de los chicos se fijó en un deportivo biplaza negro con asientos de cuero beige que estaba aparcado.

—Joder, ¿habéis visto que pedazo de *buga*?

Vanesa volvió la vista hacia donde miraban y se tensó al intuir que aquel coche era el del *guiri* que andaba con su madre.

«Maldita sea, están en casa» pensó molesta. Pero al ver que Javier, un apasionado de los motores, se acercaba al coche para admirarlo su mente comenzó a maquinarse. El chico miró el interior a través de la ventanilla.

—Lo que daría yo por conducir un *buga* así —soltó. Vanesa, como un resorte, se levantó, y con una sonrisa en la boca le dijo:

—Si yo te trajera las llaves de ese coche, ¿te darías una vuelta conmigo?

Todos se carcajearon. Pero surgió efecto. Javier, al escuchar aquello, dejó de prestar atención a la otra muchacha y se la prestó solo a ella. Vanesa estaba encantada, así que le dijo que esperara, que enseguida volvería. Los amigos la vieron alejarse muertos de risa. Era imposible que una niñata de apenas diecisiete años pudiera conseguir las llaves de un coche así.

Con cuidado, Vanesa entró en su casa sin hacer ruido.

—Psssst, *Feo*... no hagas ruido o me descubrirás —dijo saludando a su perro.

Confirmó por la chaqueta y el maletín que el estirado inglés estaba allí. Con desagrado escuchó las risas de su madre y maldijo al imaginar lo que hacían dentro de la habitación. Pero dispuesta a no fracasar en su empresa buscó en los bolsillos de la chaqueta de Philip las llaves del coche y sonrió cuando las encontró. Con suerte no se darían cuenta de que se las había llevado. Intentaría regresar en una hora más o menos para dejarlas en su lugar.

Con las llaves del biplaza en su poder, Vanesa salió del portal de su casa y ante la cara de asombro de todos dio al mando y las luces de este parpadearon. Rápidamente todos se agolparon alrededor de ella y en pocos minutos toqueteaban el GPS de a bordo y todo lo habido y por haber en el coche. Con gesto pícaro Vanesa le enseñó las llaves a Javier.

—¿Te animas a que demos una vuelta?

Él, como buen egoísta que era, solo pensaba en su propio beneficio. Se olvidó del resto de chicas, le arrebató las llaves de la mano y se montó en el auto. Vanesa se sentó en el asiento del copiloto. Después de varios acelerones que hicieron que todos aplaudieran, Javier pisó el acelerador a fondo y, tras quemar rueda, el coche salió disparado como una flecha.

—¡Qué pasada de máquina! —aulló Javier mientras conducía por el Paseo de Extremadura a una velocidad vertiginosa, cuando lo máximo permitido era a 70.

Vanesa, tras varios adelantamientos imprecidentes y terriblemente peligrosos comenzó a asustarse, pero no se lo quería hacer ver. Al revés, como una boba le reía las gracias.

Al fin y al cabo aquel era su chico. Pero lo que comenzó como algo divertido, pronto dejó de serlo. La sirena de un coche de policía que iba tras ellos, les ordenó parar.

—Si piso a fondo les perdemos —rió Javier excitado por el momento.

—No... no hagas eso. Es mejor que pares —susurró Vanesa horrorizada.

—Venga, bonita. ¡No me seas cagueta ahora! Con este *buga* se pueden hacer maravillas —y tras decir aquello aceleró.

Vanesa miró la aguja del velocímetro y creyó morir al ver que marcaba 180 km/h. Cinco minutos después, ya eran dos los coches patrulla que les perseguían y ordenaban parar. Aquello la estaba matando. Una cosa era ser intrépida y otra tonta. Oír el sonido de la sirena tras ellos y el miedo estaban atenazando a la muchacha segundo a segundo. Y empezó a gritar:

—¡No sigas! ¡He dicho que pares! ¡¿Me has oído?! ¡Para!

—Ni lo pienses.

—¡Para! —gritó histérica.

Javier la miró con gesto tosco.

—Jodida niñata de mierda. Eres tan petarda como me dijo el Musaraña que era tu madre —eso hizo que Vanesa le mirara con enfado—. Menos mal que ya no estoy contigo.

Aquello le pilló tan de sorpresa que se olvidó de las sirenas y de todo lo demás.

—¿Cómo que ya no estás conmigo?

—Me aburren las niñatas como tú.

—Eres un idiota.

—Sí —rió con maldad—. Un idiota que te gusta y que consigue de ti lo que

quiere —se mofó.

Pocos minutos después, Javier que conducía como un loco, tuvo que detener el coche. Tenía dos coches de policía delante. Había dos opciones: o arrollarlos o parar. Decidió la segunda. Una vez que los coches se pararon, la policía les gritó mientras les encañonaban con sus pistolas.

¡Salgan del coche muy despacito y con las manos bien altas que las podamos ver!

Histérica, asustada y humillada por aquello Vanesa miró a Javier que con una agria sonrisa le dijo:

—Sal con las manitas en alto, niña. Guarda los pucheros para cuando veas a tu mamita.

Ambos salieron y la policía les cacheó y les metió en sendos coches policiales. En ese momento Vanesa supo que la había liado. Y bien.

Marta y Philip estaban hablando tranquilamente en la cama cuando sonó el móvil de él. Era la policía para decirle que su coche había sido requisado conducido por unos jóvenes. Sorprendido por aquella noticia, este indicó que él no había dejado el coche a nadie y que se lo habían debido de robar. Finalmente y tras no ponerse de acuerdo con los agentes apuntó la dirección que le dieron.

—Esto es increíble. Me han robado el coche —protestó Philip vistiéndose—. Malditos hijos de puta.

Azorada por verle tan malhumorado mientras se vestía Marta susurró:

—Ay, Dios, lo siento.

Al verla tan apurada Philip la agarró por el mentón y la besó.

—No te preocupes, *honey*. Un coche es algo material. Aunque no te negaré que me he alegrado al saber que han pillado a los delincuentes con las manos en la masa.

—Qué hijos de su madre. Espero que los enchironen y les hagan pagar lo que han hecho —blasfemó Marta.

—Solo espero que no se entere la prensa. Si no, ¡estamos perdidos! —susurró él.

De pronto el móvil de Marta sonó. Y se tuvo que sentar al escuchar lo que la voz del otro lado le decía. Su hija. Su Vanesa. Estaba detenida en comisaría por ir en un coche robado. Philip al ver que el color desaparecía de su cara se arrodilló frente a ella y cuando colgó quitándole el teléfono le preguntó:

—¿Qué ocurre, cielo?

Conmocionada aún por la noticia se quedó sin palabras. Philip fue rápidamente a por un vaso de agua y tras hacérselo beber esta susurró en un hilo de voz:

—Era la policía. Han detenido a Vanesa por ir en un coche que el dueño ha

dicho que se lo han robado.

Enseguida ambos entendieron que Vanesa y su coche estaban en el mismo lío. Philip maldijo en silencio mientras se vestía. Marta con manos temblorosas cogió su móvil y llamó a Patricia. Le contó lo ocurrido y le pidió que avisara a Carlos, el antidisturbios. Seguro que él, como policía, les podría ayudar.

Cuando llegaron a la comisaría Patricia ya estaba esperándoles allí. Carlos estaba dentro hablando con los compañeros. Él podría enterarse bien de lo que había pasado. Philip tras pagar el taxi siguió a Marta que como una bala corrió al interior de la comisaría.

—Tranquila... Marta. Carlos nos ayudará —susurró Patricia tras saludar con la mirada a un silencioso Philip.

Dos segundos después Carlos, el antidisturbios, salió. Y mirando a Marta y Philip dijo:

—Vuestra hija está bien, no os preocupéis. Está asustada pero nada más. Al ser menor y no tener antecedentes en breve estará aquí con vosotros. Pero el pollo que iba con ella, ese es harina de otro costal. Tiene antecedentes por robo y le encanta tomar prestados coches ajenos. Al ser mayor de edad y tener varias causas pendientes —dijo mirando a Philip—, si pones denuncia por robo pasará aquí la noche. Pero si retiras la denuncia que has puesto por teléfono podrán salir los dos y quedará como una imprudencia temeraria en la conducción por parte de él.

Philip asintió. Lo tenía claro. No quería perjudicar a Marta ni su a hija.

—Retiraré la denuncia —murmuró con gesto serio.

—Es lo mejor para tu hija. Ya lo verás —añadió Carlos.

Marta molesta por la confusión mirando a aquel aclarar.

—Vanesa no es hija de él. Es solo mi hija —Philip la miró—. ¿Puedo pasar a verla?

Entendiendo el estado de shock de Marta el policía la tomó del codo y asintió. Todos entraron en la comisaría. Allí Marta imploró ver a su hija pero la policía no le dejó. Debería seguir unas pautas y una de ellas era esperar a que la joven saliera. Mientras esperaban, Philip se acercó al mostrador para arreglar lo de su coche. La policía le preguntó si quería firmar la denuncia que había presentado por teléfono. Pero decidió no hacerlo. Aquello implicaría más problemas para Vanesa. Finalmente Philip afirmó haberle dejado el coche a Javier y que este se había pasado apretando el acelerador.

Media hora después, la niña y Javier fueron puestos en libertad. Marta, tan pronto como vio aparecer a su hija, la abrazó. Estaba enfadada con ella, pero necesitaba sentirla entre sus brazos. Philip al ver que Javier también salía, sin saber porqué, fue hasta él y tras empujarle contra la pared, le siseó al oído.

—Sí vuelves a acercarte a Vanesa, te juro que te las tendrás que ver conmigo, ¿has entendido, gilipollas?

El muchacho apabullado ante aquel tío tan grande y con cara de mala leche asintió y se marchó sin decir nada mientras Vanesa, con desconcierto, miraba a Philip. Seguro que le montaría un numerito igual a ella. Pero no. Solo la miró y levantó las cejas con gesto de preocupación.

Diez minutos después Marta decidió regresar a casa con su hija y Patricia. Mejor no salir juntos de la comisaría por si la noticia había llegado a algún periodista. Carlos con su coche, acompañaría a Philip al depósito de la grúa para recuperar su auto.

Aquella noche madre e hija conversaron con tranquilidad. Vanesa finalmente entendió que lo que había hecho estaba fatal. No solo había robado las llaves a Philip, y con ello su coche, si no que habían puesto en peligro cientos de vidas en la carretera, incluidas las de Javier y ella. Vanesa aún asustada asintió. Le gustara o no, su madre tenía razón.

—Debes entender que lo que has hecho no está bien. Entre lo de ayer de los *piercing*, y lo de hoy, no me das más que disgustos.

—Lo sé, mamá, lo sé —y mirándola preguntó—. ¿Tú te encuentras bien? Estás pálida.

Pero Marta necesitaba respuestas.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué cogiste las llaves de Philip?

Vanesa la miró. Quería decirle que lo hizo para impresionar a Javier, pero no se atrevió. Sabía que eso enfadaría a su madre más que si se inventaba cualquier cosa. Por ello y mirándola a los ojos respondió.

—Odio que salgas con ese tipo. No me gusta nada y lo sabes.

—Vanesa, por Dios. ¿Otra vez con lo mismo? ¿Debo creer que porque estabas enfadada conmigo has cogido las llaves de Philip y has cometido esa locura?

—Sí.

—Pues que sepas que gracias a él, tanto tú, como Javier, estáis libres de cargos. No ha puesto denuncia. Si no, tu amiguito, ese al que tanto adoras, estaría ahora durmiendo en el calabozo. Por lo tanto, ya puedes agradecérselo la próxima vez que lo veas y no seguir comportándote como una niñaata maleducada.

Vanesa se sorprendió al enterarse que el estirado había retirado la denuncia para no perjudicarles.

—¿No ha puesto denuncia?

—No. Ha declarado que le dejó las llaves a Javier para que os dierais una vuelta.

Aquello ablandó el corazón de Vanesa, pero no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Me da igual mamá. Sigue sin caerme bien.

—Pero, ¿por qué? ¿No ves que él me hace muy feliz?

—Mira, mamá. Seamos sinceras. Odio como ese *guiri* te llama *honey* —se mofó—. Si tu relación sigue adelante con él, tarde o temprano querrá que nos vayamos a vivir a Londres. Y yo no me quiero mudar a otro país, ¿lo entiendes? Me gusta mi barrio, mi instituto, mis amigos. No quiero irme de aquí.

Sorprendida, Marta la miró. Nunca había pensado en aquella posibilidad.

—Creo que te estás precipitando. Philip y yo solo nos estamos conociendo y...

—No, mamá no. No solo os estáis conociendo. Te conozco y veo cómo le miras, y cómo te mira él. Nunca miraste al Musaraña de esa manera.

—Lógico, hija. Philip no tiene nada que ver con el Musaraña. Son dos polos opuestos. Pero si es por eso por lo que no te cae bien... haces mal. Deberías darle una oportunidad y verías lo equivocada que estás. Te equivocaste con él en referencia a lo de su ex, Juliana, y sigues sin querer dar tu brazo a torcer a pesar de que él intenta hacer cosas buenas por ti y por mí.

Finalmente Marta agobiada por todo decidió dejar que la niña durmiera. Una hora después cuando se fumaba un cigarrillo sonó su móvil. Era Philip.

—Hola, *honey*. ¿Estás mejor?

—Sí, cielo.

—¿Y Vanesa?

—Bien... bien... está durmiendo. He hablado con ella y creo que por primera vez se ha dado cuenta del lío en el que se ha podido meter. Por cierto, Philip... gracias por retirar la denuncia.

Volver a escuchar su agradable tono de voz le gustó y tras sonreír, suspiró:

—Gracias a ti, preciosa, por ser como eres.

Marta sonrió.

—Philip, ¿cenamos mañana? ¿Te apetece?

—Lo siento, cielo, pero mañana a primera hora regreso a Londres. Tengo varias reuniones pendientes y no las puedo demorar.

Aquello fue un mazazo para Marta.

—¿Sabes, *honey*? Estar contigo es una de las cosas que más me agradecería en estos momentos. Saber que te tengo tan cerca y que no puedo tenerte no es lo que más me gusta. Pero intento entenderlo por el bien tuyo y el de tu hija —dijo él tras un incómodo silencio.

Verse solo en su inmenso chalet de la Moraleja no le gustó. Quería estar con ella, tocarla, besarla, mimarla pero no quería agobiarla. Ella no le había pedido que fuera a su lado y él debía respetarlo.

—Lo sé, cariño... lo sé —suspiró Marta—. Me encantaría que estuvieras aquí pero creo que a Vanesa...

—No te preocupes por nada —murmuró cansado—. Tú dependes de alguien y aquí el que debe asumirlo soy yo.

Nunca había salido con una mujer que tuviera hijos y aquello, en cierto modo, le desconcertaba. A sus casi cuarenta años depender de las exigencias de una jovencita no era lo que más le agradaba, pero Marta le gustaba y lo haría por ella.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Pronto —respondió él.

—De acuerdo —susurró con decepción—. Entonces hasta pronto.

—Un beso, *honey*. Mañana te llamaré.

Dicho esto ambos colgaron el teléfono sumidos en sus pensamientos y anhelos.

Capítulo 36

Dos días después y cuando menos se lo esperaba, Philip apareció en la tienda con un precioso ramo de margaritas blancas. Al verle, Marta, sin recato alguno, se tiró a su cuello y le besó. Adrian y Patricia sonrieron. Querían ver a Marta feliz. Se lo merecía.

—Vaya, ¿cómo has adivinado que esta es mi flor favorita? —preguntó divertida.

Philip aún con ella en brazos y aspirando su aroma respondió:

—Tengo mis informadores. Por cierto, buenísimos y muy profesionales —sonrió este al pensar en su sobrino Nico. Ambos rieron.

Dispuesta a pasarlo bien con él el tiempo que estuviera en Madrid, se lo llevó en su moto a dar una vuelta, pero la necesidad de intimidad entre ellos era apremiante y finalmente acabaron en su casa de la Moraleja. Pidieron unas pizzas y cervezas y, entre mordisco y mordisco encima de la cama, hicieron el amor en varias ocasiones.

Aquellos dos días en Londres habían sido insufribles para Philip. Recordar a Marta y no tenerla cerca le estaba volviendo loco. Por ello, a media mañana habló con el piloto de su avión. Debía viajar a China unos días, pero antes decidió pasar a visitarla por Madrid. Necesitaba verla.

—Por cierto, el próximo día tienes que venir a mi casa —dijo Marta—. La ducha que me regalaste es un pasote.

Con gesto divertido Philip la aprisionó sobre la cama y le susurró al oído:

—Me estás queriendo decir que ya la has estrenado.

Ella asintió divertida.

—Como poco habrás pensado en mí, ¿verdad?

Para hacerle rabiar hizo como que pensaba, pero al verle el gesto ceñudo besándole se lo confirmó.

—Te lo aseguro. Solo y exclusivamente he pensado en ti.

—Mmmmm eso me gusta —rió mordisqueándole la oreja. Feliz por aquella intimidad preguntó:

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Solo estaré unas horas contigo. Me voy para China hoy mismo. Tengo que resolver ciertos asuntos que requieren mi presencia allí.

Al ver que ella suspiraba y echaba la cabeza hacia atrás él susurró mordisqueándole el cuello:

—Lo sé... cariño... lo sé. Pero es mi trabajo. Prometo que cuando regrese intentaré estar unos días en Madrid contigo, ¿qué te parece?

—¿Tú nunca coges vacaciones?

—¿Vacaciones? ¿Qué es eso? —se mofó él.

—Vacaciones es sinónimo de diversión, de no trabajar, de levantarse tarde,

de olvidar compromisos y comer sin importar la hora y las calorías.

—Ah... vale... ahora te entiendo.

—¿Y? —apremió ella.

—No lo sé. No lo había pensado. Creo que llevo sin irme de vacaciones cerca de tres años.

—No me lo puedo creer. Eres el jefe de tu empresa ¿y no tienes vacaciones?

—Créetelo porque es así —rió él.

Realmente los últimos años había tenido mucho trabajo y con Juliana y sus continuos problemas lo que menos le apetecía era dejar de trabajar.

—Lola todos los años cierra en agosto la tienda. En menos de un mes pienso irme de vacaciones a Huelva y disfrutar.

—¿Conmigo? ¿Vendrás conmigo? —dijo él.

Ella le miró sorprendida.

—Vamos a ver, precioso —él rio al escucharla—. Acabas de decir que tú no tienes vacaciones ni planes.

Dispuesto a ir donde ella quisiera murmuró.

—Pero ahora sí tengo planes —murmuró haciéndola sonreír—. Con una preciosa española, algo gruñona en ocasiones, pero que me encanta.

Dicho esto Marta sonrió y de nuevo y apasionadamente hicieron el amor.

Acalorada y aburrida, Vanesa salió del instituto y se fue directamente a casa. Últimamente nada le salía bien. Javier, tras lo del coche de Philip, la dejó y comenzó a salir con una niña mona de otro barrio, y si a eso se le unían el rollo de las clases de recuperación y las miradas de su madre, su vida era un auténtico aburrimiento. Tras sacar a pasear a *Feo*, decidió hacer un trabajo de química que le habían mandado. Para ello encendió el ordenador. Necesitaba buscar información. Dos minutos después sonó el timbre del portero automático. Era Javier. Con aire desenfadado y su mirada chulesca.

—Hola, guapísima. ¿Estás sola? —preguntó con voz dulzona mirando hacia el video portero.

La muchacha al ver que el objeto de sus anhelos estaba en su puerta sonrió encantada.

—Sí.

Javier, impaciente, se movió ante la cámara.

—¿Puedo subir? —preguntó.

Vanesa se lo pensó. Si su madre se enteraba de aquello la volvería a castigar y el horno no estaba para bollos. Pero ella estaba trabajando y no tenía porqué enterarse. Además, le apetecía mucho estar con él y no quería desaprovechar los momentos en que él la buscaba.

—Sí. Te abro.

Apretó el botón y vio como entraba en el portal. Enseguida cogió el teléfono. Llamó al móvil de su madre y le preguntó si quería que comprara algo en el súper. Cuando se cercioró que esta no llegaría hasta pasadas como mínimo cinco horas colgó encantada.

Sonó el timbre de la puerta. Vanesa, mirándose en los espejos de la entrada comprobó que su aspecto era el deseado y abrió la puerta. Cinco minutos después estaban sobre el sofá revolcándose. Tenían unas excitantes horas por delante.

Aquel mismo día por la tarde, tras unas horas con Philip en su casa de la Moraleja, este se marchó para China. Estaría tres semanas sin verle, y eso se le haría largo. Pero Marta era fuerte y soportaría eso y más.

En la tienda, ella y Adrian atendían a una de sus mejores clientas. Una mujer adinerada de Aravaca bastante esnob, pero que se dejaba bastante pasta al año en sus vestidos.

—Le queda estupendo el vestido, Josefina. Está espectacular —asintió Marta.

La mujer se miró en el espejo. Acababa de hacerse una lipoescultura y sonrió encantada al ver como aquel bonito vestido se ajustaba a sus curvas resaltándolas.

—Estoy contentísima —dijo aquella—. Creo que el vestido que me habéis confeccionado es maravilloso. ¡Divino!

Marta y Adrian se miraron. Aquella presuntuosa lo que quería era hablar de su magnífico cuerpo. Consciente de ello Adrian sonrió y añadió.

—Tu lipoescultor también hizo un buen trabajo —y pasándole la mano por su fina cintura susurró—. Te ha dejado con el cuerpecito de una muchacha de veinte.

Aquel comentario, a la cliente, le gustó y sonrió.

—Sí. Estoy de acuerdo contigo. El doctor Vascongrelos, una eminencia en estos temas, me ha dejado estupenda. Ahora utilizo una talla treinta y ocho.

—¡Qué maravilla! —suspiró Marta—. Ya me gustaría a mí utilizar una talla así. Pero yo soy curvilínea y utilizo una cuarenta y dos, cuarenta y cuatro.

La mujer mirando a Marta le hizo una señal. Luego caminó hasta su bolso y tras sacar su carísima cartera de Gucci, le entregó una tarjeta y dijo:

—Llama aquí. Pregunta por el doctor Vascongrelos y dile que vas de mi parte. Seguro que te hace un buen precio, además de un buen trabajo.

Divertida, Marta cogió la tarjetita. No pensaba utilizarla. Ella no gastaba el dinero en esas nimiedades. Pero con una sonrisa se lo agradeció. En ese momento se abrió la puerta del taller y entró Patricia, quien al ver a la cliente silbó y dijo:

—Madre mía, Josefina ¡estás espectacular con ese vestido! —Luego fijándose en ella preguntó—. ¿Has hecho régimen? Te noto más estilizada que la última vez que te vi.

La mujer volvió a sonreír para su regocijo y dijo:

—Gracias, bonita. Les contaba a tus compañeros que he pasado por el quirófano y me hice una lipoescultura. Me han quitado partes de mí que sobraban, y estoy encantada. Por cierto, le he dado a Marta una tarjeta del doctor, si quieres puedes ir tú también. Te dejará monísima. Ya lo verás.

Al escuchar aquello Patricia la miró. Qué la estaba llamando... ¿gorda?

—Patricia... nena —llamó Adrian antes de que aquella soltara alguna fresca—. Ve y dile a nuestra costurera Alicia que venga un segundito.

Una hora después, tras dorarle la píldora a la clienta un buen rato más, esta se marchó y les dejó solos en la tienda.

—¡Será pedorra la tía! —protestó Patricia abriendo un paquete de donuts bombón.

—¿Por qué? —preguntó Marta divertida.

—Nos ha llamado ceporras. O si no a qué venía eso de que te de una tarjeta y luego me diga a mí que yo puedo ir también y que me dejarán monísima.

—No pienses así mujer —se carcajeó Marta—. Ella me ha dado la tarjeta sin más.

—¡Ja! Me río yo de ese sin más —protestó Patricia.

—Quien se pica... donuts come —añadió Adrian ganándose una mirada reprochadora de aquella—. Y no... no me mires así y menos con un donut bombón en la mano. A ver desembucha ¿Qué ha pasado con tu poli? Estoy seguro de que estás de ese pésimo humor por él.

Cogiendo un nuevo donut y atacándole con ganas, Patricia confesó.

—No pasa nada. Solo que odio estar continuamente pendiente del teléfono.

—*Uis*, nena —gritó Adrian—. ¿Se te ha descongelado el *corasao*? ¿Te ha pillado por el *calvo*?

—Tanto como tú por el Timoteo —respondió furiosa.

Adrian al escucharla se carcajeó y dijo:

—La has cagado querida... adiós a tu vida de perraca y lobeza.

Marta sonrió. Llevaba años sin ver a su amiga tan interesada en un tipo. Y eso le gustó.

—¿Tú estás chalado o qué? —gritó la ofendida—. ¿Cómo me voy a pillar de ese poli... *calvo*?

—Cosas más raras se han visto —se mofó Marta encendiéndose un cigarrillo.

Patricia al escuchar aquello refunfuñó y tras darle un bocado al donut se sentó y aclaró:

—Vamos a ver... lo confieso. El poli tiene un *morbete* colosal, me lo paso pipa con él en la cama, pero vamos, no me he pillado de él.

Marta y Adrian se miraron y con guasa este último respondió:

—Mejor... no es tu tipo para nada.

Patricia asintió. A ella le gustaban los hombres de pelo largo y recio en la cabeza, y a ser posible terriblemente metrosexuales. Algo que el poli no cumplía.

Era un machote a la antigua usanza.

—Es más —continuó Adrian—. Me fijé en él y vi que no se depila el pecho, ni nada de nada. ¿Verdad?

Patricia asintió. Incrédula Marta miró a su amigo y preguntó:

—Pero bueno, ¿cómo has podido ver eso?

—El día que le conocimos, llevaba la camisa arremanga. Su brazo estaba cubierto de vello oscuro —dijo Adrian—, y si no se depila los brazos, no se depila el pechito. Por cierto tu *guiri*, tampoco se depila. Eso sí, lo tiene rubio clarito.

Marta sonrió y dijo:

—Y espero que no lo haga. A mí me gustan los hombres con pelo en pecho. Varoniles y...

—¡Pero si ese descolorido no es tu tipo! —atacó Patricia cogiendo un tercer donut.

—Ni el tuyo el *calvo* —contraatacó Marta—. Pero mira, aquí estás dándote un atracón de dulce. Algo que haces por norma cuando estás desconcertada.

—Por lo menos no me paso el día suspirando como una lela ¿verdaderamente se habrá ido a China o te la está pegando con pipas?

Al escuchar aquello Marta se enfadó. ¿Por qué su amiga era tan negativa en referencia a su relación? Pero sin querer gritar dijo:

—No tengo por qué desconfiar.

—Qué pringadilla eres, jamía.

—Y tú qué envidiosa —respondió Marta.

Una vez dicho aquello ambas se sumergieron en una absurda discusión de gustos, hombres y donuts. Finalmente Adrian cansado de esa situación se plantó ante ellas y gritó:

—Virgen del camino seco. Qué voy a hacer con vosotras ¿habéis perdido el norte en el amor?

—Por qué lo llamas amor cuando lo deberías llamar sexo —gruñó Patricia.

—Vamos a ver, Patri —se molestó Marta—. El que tú tengas tu corazoncito blindado y acorazado a prueba de todo personaje que aparezca en tu vida, no quiere decir que los demás lo tengamos que tener. Philip me atrae —Patricia puso los ojos en blanco—. Me encanta a pesar de que como bien sabes es rubio y descolorido. Pues bien. Ese rubio, me gusta, me enloquece. Me produce morbo y quiero seguir conociéndole. Y por muchos mohines y gestos raros que pongas lo voy a hacer, ¿me has entendido?

—Claro y conciso —asintió aquella mirando a Adrian.

Aún molesta por la guasa que veía en los ojos de su amiga, le arrancó el paquete de donuts de la mano y gritó cogiendo el último que quedaba.

—Si sigues comiendo donuts además de culona y envidiosa, serás oronda.

Los tres comenzaron a reír.

Capítulo 37

Habían pasados dieciséis días desde que vio por última vez a Philip. Era sábado y Marta se encontraba cansada y agotada. Había tenidos unos días muy tontos, su cuerpo se empeñó en darle la lata, y todo le sentaba mal. Los días habían sido de duro trabajo y el estrés, su hija y la añoranza de Philip consiguieron que no descansara y apenas probara bocado.

Aquel día, después de comer, Vanesa se marchó con sus amigos. La chantajeó con un vale y Marta le levantó el castigo. No quería ser un sargento con ella. Desde lo ocurrido con el coche de Philip parecía que las cosas se habían tranquilizado un poco, y aunque la comunicación no era entre ellas como antaño, por lo menos cuando la oía hablar con él por teléfono no huía del salón dando portazos como antes. Ahora se quedaba mirando la tele y cuando colgaba su madre no comentaba nada.

Una vez se quedó sola a pesar del sueño que le entró, decidió liarse con la casa. Necesitaba una buena limpieza y llenar la nevera. Aquel era un momento estupendo para ello. Total, las opciones eran tirarse en el salón a tragarse películas infumables y con seguridad a dormir, o hacer algo que no la hiciera pensar en exceso. Decidió no pensar. Con decisión fue a comprar al supermercado. Cuando regresó se puso unos piratas azules, una camiseta vieja y se recogió el pelo. Media hora después ya había puesto una lavadora, había movido todos los muebles del salón y cocinaba en la olla exprés carne guisada para el domingo. Sonó el teléfono. Era Patricia.

—¿Qué haces?

—Limpiando la casa. La mierda ya anda sola y me saluda al llegar.

Patricia sonrió. Marta era una obsesiva de la limpieza.

—¡Qué exagerada eres, reina! Por cierto, ¿estás hoy mejor?

—Sí... hoy ya comienzo a ser persona. Creo que me debió sentar mal la ensaladilla que comimos.

—Oye... quería disculparme por lo del otro día.

Al escuchar el tono de voz, Marta sonrió. Si algo tenía claro era que su amiga nunca haría nada para perjudicarla, por ello con una voz divertida preguntó:

—¿Por qué? ¿Por ponerte morada de donuts delante de mí sin piedad? Eso que yo sepa es una terrible crueldad. Y más, sabiendo lo mucho que me gustan.

—Lo siento de verdad. A veces me olvido que los buenos tíos existen.

—Pues no deberías olvidarlo, Patri. Incluso deberías darle una oportunidad a ese poli. Quizás te sorprenda y no te arrepientas.

—Ya lo sé, pero no puedo. Me cuesta fiarme de él.

Marta suspiró al escuchar aquello. Su amiga había sufrido mucho en su última relación. Un idiota que la anuló e incluso llegó a ponerle la mano encima.

—De todos modos —continuó Patricia— no debería pensar tan mal del *guiri*.

Creo que es una buena persona por mucho que me empeñe en pensar lo contrario. Haces bien, Marta. Haces bien intentando rehacer tu vida, y por Vanesa no te preocupes. Tarde o temprano se dará cuenta.

—No me lo está poniendo fácil. Pero bueno...

—¿Quizá esté celosa? Para ella verse relegada a un segundo plano le puede ocasionar cierto recelo.

—Patricia, por Dios. Que he salido con el Musaraña tres años y ella estaba encantada.

—Es normal que le gustara el Musaraña. Un tío como él, al que le gusta siempre la fiesta y el cachondeo, ¿a quién no le gusta? —Marta sonrió—. Si le comparas con el pulcro y serio inglés con el que te estás amancebando, pues hija es como comparar un diamante con un melón. Pero lo dicho, tarde o temprano se dará cuenta que la vida es algo más que estar en una continua juerga.

—Vanesa me ha dicho que teme que Philip intente llevarnos a Londres. Dice que no quiere dejar su casa, ni sus amigos.

—Esta niña es tonta —resopló Patricia—. Pero déjala. Tarde o temprano ella solita se dará cuenta que el *guiro* es lo mejor para ella también.

Tras hablar durante diez minutos finalmente colgaron y Marta con una alegre sonrisa continuó arreglando la casa. Sobre las nueve de la noche, cansada de tanta limpieza, decidió darse un descanso. Cogió la correa de *Feo*, se encendió un cigarrillo y bajó con él a pasear. La tarde era apetecible.

En ese intervalo su hija Vanesa llegó a casa. No había nadie. Había pasado la tarde con unos amigos en una de las plazas del barrio donde se encontró con el Musaraña y algunos amigos de su madre. Como buen vividor, le preguntó por su madre y le indicó que era el cumpleaños de Antonio, el Pistones, un amigo del grupo al que Marta siempre había tenido un cariño especial, y le recordó que estarían todos los amigos aquella noche celebrándolo en El Picotazo, un bareto de moteros que había en la carretera de Boadilla del Monte.

Abriendo la nevera Vanesa miró en su interior. Estaba repleta. Su madre había pasado por el Mercadona. Tras escanear con la mirada su interior decidió coger un yogur griego ¡le encantaban! Sonó el teléfono y con rapidez lo cogió.

—Sí. Dígame.

—Hola, *honey*.

«El *guiro*» pensó al reconocer su voz. Al darse cuenta que aquel era el inglés pensó colgar. Pero al ver que este, como todo el mundo, la había confundido con su madre, sonrió y contestó con malicia.

—Hola, Philip. ¿Qué tal tu viaje?

—Bien... bien —sonrió sentado en su mullido asiento de cuero, feliz por hablar con ella—. Ahora estoy en mi avión rumbo a Madrid. He adelantado mi viaje porque estoy deseando verte, preciosa ¿Nos vemos esta noche? Llegaré al aeropuerto sobre las diez. Puedo estar en tu casa sobre las once más o menos. ¿Te

apetece que nos veamos?

Al escuchar aquello la muchacha enseguida contestó sin casi esperárselo.

—Uf... esta noche no me viene bien. Tengo planes.

—¿Tienes planes? —preguntó molesto.

—Pues sí. Voy a ir con unos amigos a una fiesta. Si me hubieras avisado con antelación podría verte hoy. Pero no. Definitivamente no puedo faltar. Defraudaría al Pistones.

Aquella contestación dejó a Philip sin palabras. Llevaba días ansiando verla. Incluso había adelantado su regreso para estar con ella y ahora que la podía ver, ella anteponía unos amigos a él. Eso le enfadó.

Vanesa al notar su silencio se apresuró a contestar.

—De todas maneras si quieres puedes venir al local donde estaré. Se llama El Picotazo y está en la carretera de Boadilla del Monte. No tiene pérdida. Verás muchas motos aparcadas fuera. Estaré allí con mis amigos. Con mi gente. Aunque conociéndote si vas al Picotazo, estoy segura de que te sentirás fuera de lugar. Ese ambiente no es para ti.

Cada vez más molesto por la frialdad y indiferencia en su voz dijo en tono ácido.

—Entonces no iré. No quiero molestar.

Feliz al escuchar la sequedad en su voz, la niña decidió cortar la comunicación.

—Muy bien, Philip. Te voy a dejar. Me tengo que arreglar y tengo prisa.

Dicho esto y sin darle tiempo para despedirse cortó la comunicación con una extraña sonrisa de triunfo en la cara. Pero esa sonrisa cuando fue consciente de lo que había hecho se le heló. No había procedido bien. Diez minutos después apareció Marta con *Feo*, que se pusieron contentos al verla.

—Hola cariño, pensaba que vendrías más tarde.

Rápidamente la niña se acercó a ella y la besó. Deseaba decirle lo que había hecho pero fue incapaz. Le daba vergüenza. Marta extrañada por aquel beso y aquella receptividad intuyó que su hija quería algo. Dejó la correa de *Feo* en la entrada y mirándola preguntó:

—Desembucha lo que tienes en tu interior, jovencita.

Acercándose a ella la muchacha dijo para su sorpresa:

—Mami, he visto a Antonio, el Pistones. Me ha dicho que esta noche no podemos faltar a su cumpleaños. Lo celebra en el Picotazo a partir de las diez. Por eso he venido pronto. Para que vayamos juntas.

Al escuchar aquello, Marta resopló. Tal y como tenía la casa patas arriba, lo último que le apetecía era marcharse de cumpleaños, y menos al Picotazo. Un lugar donde solían pasarlo muy bien. Y donde con seguridad le darían las tantas de la madrugada.

—Pues siento decirte que...

—Jo, mami... no me digas que no —protestó la niña—. Anda venga, ámate. Llevamos tiempo sin divertirnos juntas. Además, el Pistones siempre se ha portado muy bien con nosotras y se lo merece. Venga mami. ¡Porfi!

Al verla tan alegre y receptiva no pudo decir que no. Aquella celebración podía ser un encuentro entre ambas y se dio por vencida. No le apetecía nada, pero por ella, por verla contenta, asistiría.

—De acuerdo, cabeza loca. Iremos.

Vanesa gritó y saltó de alegría. Aunque algo en su interior le taladraba por lo que había hecho. Aquella noche, vestidas con sus vaqueros y cazadoras de cuero se montaron en la moto de Marta y tras ponerse sus cascos, se marcharon dispuestas a divertirse a El Picotazo.

Philip, cansado del largo viaje desde China, llegó a su casa de la Moraleja. Un chalet amplio de aspecto minimalista que compró con las primeras ganancias que le ofreció su empresa. El servicio le recibió como siempre, con cariño. Deseaba tener un sitio de referencia en España. Y aquel era su hogar. Cuando era pequeño durante unos años vivió en Madrid, en el chalet de su padre, en Somosaguas. Le encantaba vivir en España. Pero cuando su madre enfermó, su padre decidió vender la casa y que todos se trasladaran a vivir a Londres. Allí su madre estuvo acompañada durante años por toda su familia hasta que murió. Luego Karen y Philip habían rehecho sus vidas y Antonio decidió permanecer en Londres por sus hijos.

Tras saludar a Simona y José, los guardeses, se dirigió a su despacho. Soltó unos papeles encima de su oscura mesa de roble y se sentó en su sillón de cuero negro. Echó un vistazo a su bonito reloj Armani y maldijo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué hacía pensando en una mujer que había pasado de él? Llevaba sin verla días y lo que más le apetecía era eso, verla. Pero la desgana de ella le había dejado frío como el acero. ¿Habría ella vuelto a las andadas en referencia a su relación?

Pensó en ir a aquel bar, El Picotazo. Pero sería ridículo. Ella estaría con sus amigos pasándolo bien y él allí solo estorbaría. Su indiferencia al teléfono se lo había dejado claro.

Finalmente malhumorado por aquel desplante, decidió no acudir donde ella estaba. Nunca había ido detrás de una mujer y menos si ella no quería. Por ello sacó su móvil y tras buscar en su agenda un nombre, marcó un teléfono.

—Hola, Ana ¿Cómo estás? —dijo.

Media hora después, tras cambiarse de ropa. Philip, aún ceñudo, cogió su biplaza y se marchó. Tenía una cita.

En El Picotazo Marta y Vanesa reían con sus amigos. Todos eran ruidosos y divertidos. El Musaraña al verlas aparecer sacó toda su galantería a relucir,

aunque a Marta aquello no le importó. Le conocía muy bien. Tenía muy claro que aquel no volvería a formar parte de su vida, se pusiera su hija como se pusiera.

Durante gran parte de la noche bailó con todos, hasta con su ex. Todos eran unos locos del rock and roll, la cerveza, las motos y la música country. Por ello, Mario, el dueño del bar, cerraba el local cada vez que iba ese gran grupo de moteros. Solo con la caja que hacía aquella noche con estos, tenía más que suficiente.

Sobre las tres de la mañana Marta agotada se sentó y miró el reloj. Estaba cansada y deseaba irse adormir. Pero veía a su hija divertirse tanto que no quería, como ella diría, cortarle el rollo. Pensó en Philip y sonrió. No se lo podía imaginar en aquel cochambroso bar, bailando como sus amigos. Deseaba volver a verle y eso le hacía pasar alguna que otra noche en vela. Anhelaba sentir la seguridad y tranquilidad que él le proporcionaba, y suspiró como una tonta al recordar cómo le hacía el amor. Solo pensarlo la excitó y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Por fin te pillo a solas —dijo el Musaraña sentándose a su lado en el banco, con una cerveza Mahou en las manos.

Marta con gesto relajado le miró. Ante ella tenía al hombre que le había partido el corazón en varias ocasiones hasta que finalmente despertó de su sueño y se dio cuenta que era un sapo más en la gran charca de la vida.

—Estás preciosa.

—Gracias —sonrió ella bebiendo a morro de su cerveza sin alcohol.

Durante unos segundos ambos miraron a la pista sin saber qué decir. En ese momento sonaron los primeros acordes de la canción «No rompas más» de Coyote Dax, su canción. Eso les hizo sonreír mientras veían a los amigos agruparse para bailarla.

—Si antes me siento contigo, antes la ponen —murmuró aquel.

—No te preocupes, no pasa nada —se mofó Marta—. Lo tengo superado.

Él la miró y extendiendo la mano le tocó la cabeza. Marta tenía un precioso y ensortijado pelo que siempre le había encantado. Al notar el calor de su mano cerca de ella Marta se retiró.

—No iba a hacerte nada —protestó él.

—Ya lo sé. Pero no quiero que me toques. ¿Lo has entendido? —aclaró poniéndose seria—. Creo que lo que hiciste la última vez no estuvo bien y lo sabes. Una cosa es que tú, como adulto que eres, fumes lo que te dé la gana, pero ¿cómo se te ocurrió darle hachís a Vanesa?

Tras dar un largo trago de su cerveza él contestó. Sabía que aquella conversación estaba pendiente y cuando antes la tuvieran mejor para los dos.

—No era para ella. Era para un amigo.

—Me importa un pepino para quien fuera. Mi hija no tiene por qué tener eso

encima, ni llevarlo. ¿No ves que eso puede inducirlo a fumarlo?

—Lo sé, Marta. Lo sé y por eso te pido disculpas. Sabes que nunca había hecho algo así. Pero ese día estaba pillado de tiempo, Vanesa me dijo que iba a ver a un amigo al que yo le tenía que dar lo que había pillado para él y...

—Y decidiste que mi hija te evitara un viaje, ¿verdad?

Él asintió. Se sentía mal por aquello, pero Marta estaba exagerando como siempre.

—Que no se te vuelva a ocurrir. Porque si yo me entero que haces algo así otra vez, te juro por mi hija que es lo que yo más quiero en la vida, que te busco las cosquillas. Conmigo como pareja has podido jugar durante años, pero con mi hija no se juega a nada. ¿Me has entendido?

Volvió a asentir. No le podía decir nada porque tenía razón. Dando un largo trago a su cerveza reunió fuerzas para hablar.

—Marta, te echo de menos.

—Pues yo a ti, no.

—¿No me echas de menos? —murmuró acercándose a ella.

—No. Absolutamente nada —respondió separándose en el banco.

Aquella conversación comenzó a ponerla nerviosa. El Musaraña era un tipo muy insistente y, si a eso le unías lo guapo que estaba aquella noche, y su sonrisa dulzona, era una tentación. Pero no. Su historia con él estaba finiquitada para siempre.

—Este tiempo que he estado sin ti me ha dado qué pensar.

Eso la hizo reír y, tras dar un nuevo trago de su bebida se mofó:

—Me alegra saber que no tienes atrofiado el cerebro y puedes pensar. Eso es bueno. Sigue practicándolo.

Él continuó su acercamiento hasta que consiguió acorralarla contra la pared.

—¿Sabes que me gustas mucho verdad?

—No comencemos y aléjate de mí —protestó.

—No voy a darme por vencido así como así.

Molesta por aquel acoso Marta se retiró el pelo de la cara y con gesto agrio dijo:

—Vamos a ver. Me conoces. ¿Qué pretendes? Tener un problema conmigo ¿o qué?

En ese momento Vanesa se fijó en su madre y no le gustó la actitud del Musaraña.

—Pretendo tener lo que tuvimos. Venga Marta... no te hagas de rogar. Seguro que me echas de menos tanto como yo a ti —ella se carcajeó y él continuó—. La Vane me ha perdonado. ¿Por qué tú no me puedes perdonar para que todo vuelva a ser como era?

Incrédula por lo que decía le miró y se levantó de su silla.

—Porque ahora soy yo la que decido, cuándo y con quién quiero estar. He

tomado las riendas de mi vida y he decidido que no me interesan los hombres como tú y...

Sin dejarla terminar de hablar él soltó:

—Ah... y por eso te has liado con ese *guiri* ricachón.

Boquiabierta preguntó:

—Pero, bueno ¿Y tú qué sabes de Philip?

—¡¿Philip?! Vaya nombre más ridículo que tiene el gachí —se mofó—. Según me ha dicho la Vane, es un estirado y almidonado hombre de negocios. ¿Crees que a ese le pega una mujer como tú? Tú eres una chica de barrio, una don nadie. ¿Crees que un ricachón se enamorará de ti?

—¡Serás gilipollas! —Finalmente había conseguido enfadarla.

—Mamá, ¿qué pasa? —dijo Vanesa acercándose a ellos.

Marta no habló. No quería discutir. Pero el Musaraña volviéndose hacia la niña dijo:

—No pasa nada, Vane. Solo le estoy recordando a tu madre, que ella es una *mindundi* como yo, y que ese tipo, ese ricachón, con seguridad simplemente se esté riendo de ella.

—O te callas —gruñó Marta muy enfadada—. O te juro que me convertiré en la niña del exorcista y comenzaré a vomitar tacos.

—Pero Marta, por favor —rió aquel—. ¿Quién va a querer cargar contigo y con todo tu pasado? Tú solo puedes ser una vergüenza para él.

Aquel terrible comentario molestó a Vanesa y encarándose a aquel dijo sorprendiendo a su madre.

—Mira, imbécil. Mi madre tiene toda la clase que tú nunca tendrás.

El Musaraña mirando a la niña sonrió con descaro.

—Sí, la misma clase que tú. Solo hay que conoceros a las dos, para saber de qué clase estamos hablando.

Sin poder remediarlo Marta le empujó. Pero qué se había creído aquel.

—Cierra el pico, o te juro que te las verás conmigo.

—¿Sabes, Musaraña? —espetó con rabia Vanesa—. Estoy segura de que Philip ha visto en mi madre lo que tú nunca has llegado a ver. Ella es demasiado buena para un desgraciado como tú. Mi madre se merece alguien que la cuide y que la quiera como se merece y Philip lo hace —una vez acabó se volvió hacia su madre y dijo—: Mamá vámonos. Este estúpido me saca de mis casillas.

Dicho esto, y tras despedirse de los amigos, se montaron en la moto y se marcharon. Mientras Marta conducía su moto con su hija de paquete, pensó en lo que el Musaraña le había dicho. Pero no. Ese idiota no le haría dudar de Philip. Aquel que le había robado el sueño era un hombre íntegro y no jugaría con ella. Philip no era de esa clase de hombres.

Capítulo 38

El lunes Marta, tras dejar a su hija en el instituto, se marchó para la tienda. El mal cuerpo había vuelto a ella tras lo ocurrido en El Picotazo. Aunque había sacado algo bueno de ello. Su hija parecía haber aceptado su relación con Philip.

Estaba feliz por aquello, aunque le extrañó no haber recibido el domingo una llamada suya. Una vez puso la cadena en su moto, entró en la tienda. Adrian y Patricia la esperaban. Por sus caras no había pasado nada bueno.

—A ver... no me asustéis que no tengo y o hoy el cuerpo muy centrado. ¿Qué ha pasado? —preguntó al verles.

—Ay, Virgencita. ¿Estás bien? —preguntó Adrian cogiéndola del brazo.

—Pues sí, ¿por qué no iba a estar bien? —al ver el gesto contrariado de Patricia volvió a preguntar—. Pero, ¿qué pasa?

—Ven. Siéntate —dijo aquella.

—¿Le ha pasado algo a Vanesa? —preguntó notando que el estómago se le revolvía aún más.

—No, cielo. Ella estará divinamente —respondió Adrian—. Pero siéntate, temo que te de un tabardillo.

Dejándose llevar se sentó en una de las sillas de la trastienda. No entendía qué pasaba, pero la estaban asustando. Finalmente y sentada ante aquellos dos, Patricia le tendió una revista del corazón.

—¿Queréis que me ponga a leer una revista ahora?

—Ay, qué fatiguita, por Dios —susurró Adrian.

—No Marta. Solo mira la página dieciocho —pidió Patricia con gesto serio.

Cada vez más confundida cogió la publicación y tras resoplar busco la página que ellos indicaban. De pronto el corazón se le paró. Allí había una foto de Philip tan guapo como siempre acompañado de una morena. El titular decía: «El soltero de oro inglés de juerga en la noche madrileña». Sin dar crédito a lo que veía, leyó lo que ponía bajo la foto.

El empresario Philip Martínez, pasó la noche del sábado acompañado por la actriz de la serie Los sorprendidos. El pasado sábado 26 cenaron en el restaurante Horcher muy acaramelados y después estuvieron hasta altas horas de la madrugada en el Buda. ¿Romance a la vista?

Con el corazón acelerado Marta volvió a leer aquello. ¿Pero cómo era posible? Philip estaba en China. Finalmente sin saber qué decir cerró la revista y la tiró contra la pared. Después cogió la papelera y sin poder evitarlo vomitó.

—Respira, Marta... respira que te estás poniendo azul —dijo Patricia a su lado.

Con mil cosas en la cabeza no podía ni respirar. ¿Sábado? Pero si el veintiséis

había sido hacía dos días. ¿Cómo iba a estar él en Madrid sin llamarla? Con el corazón en un puño se levantó y fue al baño. Una vez salió y ante la mirada de sus dos amigos susurró.

—Tiene que haber algún error. Él no es esa clase de hombre. Me hubiera llamado. Lo sé. Philip no es así.

—Eso mismo he pensado y o —asintió Adrian.

—Lo sé, cielo... pero aquí dice el sábado 26 y eso fue anteayer. ¡Será cabrón! —espetó Patricia indignada.

Ver a su amiga con aquella cara de desconcierto no le gustó. No se merecía aquello, y menos por parte de Philip. Rápidamente Marta sacó su móvil y marcó el teléfono de Philip pero este no se lo cogió. Furiosa, llamó a Lola. Necesitaba confirmar que él estaba en Madrid.

Para su desgracia Lola, sin saber lo que ocurría, se lo confirmó. Philip había cerrado sus negocios en China y había adelantado su regreso. Estaría en Madrid hasta el miércoles en su casa de la Moraleja. Lola le confirmó que aquella misma mañana Antonio, su marido, le había dicho que Philip tenía una reunión en la Torre Picasso. No muy lejos de donde estaban. Tras despedirse de ella con la mejor de sus sonrisas y sin decir nada, Marta cerró el móvil y se levantó.

—¿Dónde vas? —preguntó Patricia asiéndole del brazo.

—Voy a verle. Necesito que me explique esto —dijo cogiendo la revista.

Adrian y Patricia se miraron. Se iba a armar la marimorena.

—Ay, Virgencita de los desamparados. No vayas. Déjalo estar. Ya hablarás con él cuando estés más sosegada —pidió Adrian preocupado.

Pero Marta cogiendo el casco de su moto y un sobre dijo decidida:

—No. No quiero estar sosegada, ni calmada. Lo que quiero es que me explique qué ha pasado. De mí no se ríe nadie y menos él.

—Te acompaño —se ofreció Patricia al verla blanca como un fantasma.

—No. Quiero ir y o sola.

—Pero Marta creo que... —comenzó a decir Patricia pero su amiga la cortó.

—No. No creas nada. Espera a que vuelva y y o te lo explique —le indicó antes de salir por la puerta.

Dicho esto salió de la tienda como un vendaval, dejando a Adrian y Patricia preocupados y angustiados. Marta no se merecía aquello. No se merecía sufrir.

Durante el trayecto hasta la Torre Picasso, la cabeza de Marta bullía de preguntas. ¿Por qué? ¿Por qué no la había llamado? Pero por más que intentaba entenderlo, no lo comprendía.

Una vez llegó a la Torre, vio varios periodistas apostados en la puerta. Con disimulo entró y preguntó a la señorita de recepción por la reunión del señor Martínez. Traía un sobre para él y era necesario entregárselo en mano. Esta, tras mirarla de arriba abajo, llamó por teléfono y le indicó que la reunión ya había comenzado. Alguien recogería el sobre y se lo llevaría. Pero esta se negó. Ella

misma se lo entregaría cuando saliera de la reunión. Con toda la paciencia del mundo se sentó en la recepción a esperar.

Una hora después con los nervios atacados, vio que el ascensor se abría. Ante ella apareció un impoluto y trajeado Philip junto a dos hombres y una mujer. Por su tosco gesto no se le veía precisamente feliz, es más, parecía discutir con aquellos ejecutivos. Él estaba tan sumergido en la conversación que no la vio acercarse, hasta que ella le tocó el brazo y él se volvió.

—Podemos hablar un momento —le pidió ante su cara de alucine.

Philip boquiabierto por verla allí con el casco en la mano, se disculpó de los otros y apartándose un poco de ellos preguntó con gesto contrariado:

—¿Qué haces aquí?

Intentando no perder la calma, Marta le miró y dijo:

—No, perdona. ¡¿Qué haces tú aquí?!

—Acabo de salir de una reunión. ¿Qué ocurre? —respondió incómodo al ver como los otros aún en la distancia estaban pendientes de su conversación.

—Tenemos que hablar, Philip —susurró bajando la voz.

Al escuchar aquello él la miró taciturno y cambiando el peso de pie dijo:

—¿Hablar? Yo no tengo nada que hablar contigo.

Incrédula y pasmada por aquella frialdad Marta le miró y gritó:

—¡¿Ah, no?!

—No y no levantes la voz —respondió ceñudo mirando alrededor.

Abriendo el sobre que llevaba en las manos, sacó la revista y plantándose la ante aquel le preguntó:

—¿Y esto tampoco me lo vas a explicar?

Philip miró la publicación y tras poner una sonrisa que sacó de sus casillas a Marta respondió con serenidad.

—Es Ana. Una buena y encantadora amiga.

—Oh... Ana ¡Qué bien! ¿Cuándo pensabas contarme lo de tu encantadora amiguita? —gruñó celosa perdida.

Philip, escudriñándola con la mirada, con gesto duro le aclaró:

—No tengo que explicarte absolutamente nada de mí vida, porque no te interesa —boquiabierto le miró. Él sin cambiar su gesto implacable continuó—. Creo que ya quedó todo lo suficientemente claro el sábado.

—¿El sábado? —susurró Marta.

—Sí, cuando te llamé y me dijiste que preferías ir con tus amigos de fiesta a estar conmigo. ¿Lo has olvidado?

Aquella respuesta dejó a Marta sin palabras. ¿Cómo sabía lo del cumpleaños del Pistones? Ella no había hablado con él. Pero rápidamente su mente cuadró piezas y pensó Vanesa. Su hija se la había jugado. Ahora lo entendía todo. Sus ganas por sacarla de casa y su fingida amabilidad.

—Escucha, Philip, esto tiene una explicación. Si me dejas que...

Con un humor pésimo la miró y con una actitud que destruyó el corazón de Marta dijo con voz áspera y contundente:

—No quiero tus explicaciones. Me sobran.

—Pero...

—He visto la clase de mujer que eres y no me gusta —Marta se encogió—. ¿Sabes, preciosa? Tenías razón en algo. Tú y yo no tenemos nada que ver. Estoy aburrido de tu agobiada vida y de los problemas de tu encantadora hija, que a pesar de no ser una niña pequeña es aún peor. Por los menos cuando tienes un bebé sabes que lloran, te quitan tiempo, desgastan tu paciencia y acaban con tu concentración. Pero tu hija es peor que todo eso, y no, no quiero responsabilidades y menos con una niña así. Vivo muy bien sin complicaciones, y continuar contigo solo me depararía problemas en un futuro —y mirándola con desprecio añadió—: Eso sin contar que tarde o temprano me acusarías ante la prensa de ser el padre de algún hijo fingido para sacar un sobresueldo. No, preciosa, no. Definitivamente esto se acabó aquí y ahora, ¿entendido?

Todo aquello la pilló tan de sorpresa que Marta no supo ni qué decir. Se limitó a escucharle y asumir las burradas que decía mientras hacía unos terribles esfuerzos por no llorar mientras sentía que las piernas se le doblaban. Él estaba enfadado. Muy enfadado. Nadie le había hecho un desplante así en su vida. Verla ante él le dolía y le partía el corazón porque la amaba. Pero la olvidaría. Finalmente su fachada de pura frialdad le permitió reaccionar con cabeza. Por ello tras soltar una sonrisa tan fría como un témpano de hielo la miró con desagrado.

—Mira, Marta, tengo prisa. Me esperan. Si quieres algo llama a mi secretaria. Ella intentará hacerte un hueco en mi agenda.

Aquella contestación le cayó como un jarrón de agua fría. Sabía lo que quería decir aquello de llamar a su secretaria. Dicho aquello se dio la vuelta y acercándose a los dos hombres y a la mujer que le esperaban, sin volver a mirarla se marchó. La dejó allí en el hall de la Torre Picasso confundida y terriblemente humillada.

Como pudo llegó hasta su moto. ¿Cómo su hija podía haberle hecho aquello? Tras quitarse las lágrimas de los ojos, se puso el casco, arrancó la moto y como una kamikaze condujo hasta la tienda. Una vez allí y al ver a sus amigos se echó en sus brazos y segundos después se desmayó.

Dos horas después Marta estaba en urgencias del hospital Madrid, en una camilla y con suero pinchado. Al abrir los ojos miró el techo y pensó «¿Qué hago aquí?». De pronto un hombre de mediana edad con bata blanca, se acercó a ella y con una sonrisa dijo:

—Señorita Rodríguez, ¿está mejor?

Marta asintió. Pero su gesto de desconcierto era tal que el doctor abriendo una carpentilla que llevaba en la mano se sentó a su lado en un taburete y dijo:

—No se preocupe está usted bien.

—Pero... pero qué me ha pasado.

—Según me han comentado los jóvenes que están fuera esperándola, ha sufrido un desmayo.

De pronto lo recordó todo. Su hija. Philip. El artículo de la revista y el gesto de él indicándole que no le molestara.

—Por suerte, no le pilló en la moto —dijo el médico—. Sus amigos, muy preocupados me han contado que usted acababa de aparcar su moto cuando perdió el conocimiento.

—Sí —asintió Marta.

—También me han dicho que lleva usted pachucha una temporada, vómitos y cansancio, ¿es así? —ella asintió—. Le hemos hecho una analítica.

Incorporándose de la cama Marta asintió y dijo:

—Mi vida últimamente ha estado plagada de problemas y nervios, y creo que todo eso ha propiciado mi malestar.

El médico al escucharla sonrió y tras un suspiro dijo:

—Es algo más que eso, señorita Rodríguez. Está usted embarazada.

Como si hubiera oído caer una bomba Marta se hundió en la cama y susurró:

—¿Cómo ha dicho?

—La analítica nos indica que está usted algo anémica y embarazada, ¿no lo sabía?

«Ay, Dios... Ay, que me va a dar un *jamacuco*. No... no... no... no puedo estar embarazada. Otra vez no» pensó al notar que el corazón le latía a mil por hora.

El médico, al notar la respiración agitada de ella, le tomó de la mano.

—Relájese. En su estado no le conviene alterarse.

Ella asintió y tras retirarse el pelo de la cara pensó ¡embarazada! ¡Estoy embarazada!

—Debe pedir cita con su médico para que le haga las pruebas oportunas. Aquí le dejo el informe y cuando se encuentre mejor puede irse a casa, ¿de acuerdo?

Marta, como si en una burbuja estuviera, asintió. Ahora comprendía su sueño y todos sus males. Había estado tan sumergida en Vanesa, Philip, el trabajo y la boda de Lola que se había olvidado de ella misma. Medio mareada por lo ocurrido, miró al médico y preguntó:

—¿Sabe alguien más lo de mi embarazo?

—No. Nadie más. Esto es información confidencial que únicamente damos al interesado.

—Gracias, doctor.

El médico sonrió y se marchó. Durante unos minutos Marta permaneció quieta mirando de nuevo el techo. ¿Qué hacer? ¿Cómo volver a tener otro bebé y comenzar de nuevo sola? Pensó en Philip, pero rápidamente decidió no contarle nada. Él la había echado de su lado sin escucharla. Incluso dijo que ella le acusaría de tener un hijo suyo. No debía de enterarse. No. No se lo diría nunca.

Segundos después vio entrar a Patricia y Adrian. Ambos corrieron a su cama.

—Virgen de los desamparados... por favor dime que estás bien —gritó Adrian con gesto angustiado.

—Sí, tranquilo, sí. Estoy perfecta.

—¿Qué te ha dicho el médico? —preguntó Patricia cogiendo los papeles que aquel había dejado encima de la cama. Marta se los quitó rápidamente.

—Ha dicho que estoy anémica. Por eso me he desmayado. Me ha mandado tomar grandes cantidades de hierro y que visite a mi médico en breve. Por cierto —dijo levantando los papeles— me ha dado el alta. Por lo tanto ya nos podemos ir.

—Ay, qué susto nena... qué susto nos has dado, *jodia* —murmuró Adrian besándola—. Cuando te he visto caer al suelo como una plumilla he creído morir.

—No te preocupes, tonto. Ya estoy bien —sonrió con tristeza mientras se percataba como Patricia la miraba—. Venga, no os quedéis parados. Ayudadme a vestirme para poder salir de aquí.

Una hora después Marta descansaba en su cama, en la oscuridad de su habitación, mientras con el puño en la boca lloraba desesperada por el vuelco que iba a dar su vida. Su historia con Philip había acabado con rechazo y terribles reproches.

Se abrió la puerta de su cuarto y rápidamente se secó las lágrimas. Odiaba llorar delante de nadie. No le gustaba la compasión. Era su hija, quien preocupada por lo que le había pasado a su madre, la vigilaba de cerca. Cuando Vanesa se agachó para besarla en la mejilla, Marta quiso gritarle que sabía la verdad. Que ella había propinado su ruptura con Philip, pero inexplicablemente calló. No quería hablar de ello. Solo se dejó abrazar y mimar por aquella que acababa de destrozarle una bonita parte de su vida.

—Mamá, ¿te encuentras mejor?

Después de un suspiro asintió, Vanesa se tumbó junto a ella y Marta habló.

—Cielo, ¿me puedes hacer un favor?

—Claro, mamá.

Tomando aire y tragándose las emociones dijo en la oscuridad de la habitación.

—Si llama Philip, sea cuando sea, no quiero hablar con él. Dile que no estoy.

La carne se le puso de gallina a la muchacha al escuchar aquello. Se sentía

culpable por aquello pero no sabía realmente qué era lo que su madre y aquel habían hablado. Quiso decirle la verdad, pero no pudo e inexplicablemente le preguntó:

—Mamá, ¿no quieres ver a Philip?

—No.

—¿Por qué?

Incapaz de mirar a su hija susurró.

—Ha pasado algo y me he dado cuenta que él no es la persona que yo necesito. Prefiero estar sola. Quiero seguir sola. No quiero nada con él. Ese *guiri* —dijo en tono despectivo— se ha reído de mí. Tú ganas. Tenías razón. Ese hombre no me conviene.

Vanesa miró a su madre mientras se retorció las manos. Quería preguntar qué había ocurrido para que ella pensara así, y con tacto susurró.

—Mami... escucha. Quizás te estás precipitando y yo no tuviera razón. Creo que si llama deberías de hablar con él y...

Marta dio un salto en la cama con una agresividad hasta el momento desconocida para su hija.

—He dicho, Vanesa, que no quiero saber nada de él. Tanto te cuesta hacerme el favor que te he pedido. Solo tienes que decir que no estoy. Que me he ido de fiesta o lo que quieras. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, mamá, claro que sí. Pero es... es solo que...

Marta clavó la mirada en su hija, ¿le iría a contar lo ocurrido? ¿Le iría a contar que la había traicionado? Con gesto tosco preguntó:

—¿Es solo qué?

La muchacha asustada se levantó de la cama y avergonzada por su cobardía, le dio un beso a su madre en la mejilla y antes de salir de la habitación dijo:

—No te preocupes mamá. Si el *guiri* llama, le diré que no estás.

Aquella noche en Madrid Philip tuvo una cena de negocios con unos clientes. Lo último que le apetecía era estar allí, pero debía hacerlo a favor de su negocio. Durante la cena se sorprendió a sí mismo pensando continuamente en Marta. Su enfado se había apaciguado y solo podía recordar su mirada. Una mirada conternada y en cierto modo febril.

Aún recordaba como aquel cuerpo armonioso estaba en tensión mientras él le reprochaba cosas horribles. Ahora que habían pasado unas horas tras su encontronazo con ella, su mente repasó una y otra vez lo ocurrido. Marta estaba preciosa con aquella camiseta negra de tirantes y sus incondicionales vaqueros. De pronto se sintió mal por no haber querido escucharla. Debería haberla escuchado. Pero al verla allí, ante él, tan bella y retadora, la sangre se le había espesado y solo quiso ser cruel. Una crueldad que segundo a segundo se estaba

volviendo contra él.

Finalizada la cena, cogió su BMW y regresó a su casa de la Moraleja. Una vez llegó se duchó, y sobre la una de la madrugada se sentó a revisar unos papeles. Diez minutos después lo tuvo que dejar. Estaba tan confundido por todo, que no se podía concentrar en nada. Sobre las tres de la mañana y con el móvil en la mano dudó si llamarla o no. Pero tras haber marcado su número se quedó mirando la pantalla y maldijo al darse cuenta que no eran horas de molestar a nadie. Ni siquiera a Marta. Sin más se fue a la cama donde tras muchas vueltas finalmente se durmió.

A las siete de la mañana el teléfono le despertó. Era Marc.

Había un problema con un cargamento en Suiza y Philip, de inmediato, se puso a tratar de solventarlo. Sobre las once y tras una alocada mañana de teléfono y problemas estaba en el aeropuerto. Debía salir para Suiza. Desesperado por hablar con Marta la llamó a su móvil. Estaba apagado. Sin perder tiempo llamó a la tienda. Lo cogió Adrian que tras reconocerle, muy seco, le dijo que Marta no estaba. No le dio más explicación y colgó.

Sin perder un segundo volvió a marcar de nuevo el móvil de Marta. Pero el resultado fue el mismo. Desconcertado por no poder localizarla la llamó a su casa. Allí nadie lo cogió y saltó el contestador. Decidió dejar un mensaje.

Marta, soy Philip. Salgo para Suiza en este momento por motivos de trabajo. Me hubiera gustado hablar contigo antes de marchar pero no te localizo por ningún lado. Por favor... olvida todo lo que te dije ayer. Estaba furioso por otros temas y lo pagué contigo. Cuando regrese te llamaré y hablaremos. Hasta pronto. Te quiero.

Dicho esto colgó sin saber que Marta sentada en su sofá de su casa lo había escuchado con lágrimas en los ojos. El viernes Philip volvió a llamar desde Suiza. Esta vez Vanesa lo cogió y con todo el dolor del mundo y con su madre delante, le dijo que ella no quería verle y que se había ido de fin de semana con su ex. Eso destrozó a Philip.

Capítulo 39

Había pasado un mes desde la última vez que Philip supo algo de Marta. Días después de lo ocurrido Marta, sin decir nada a nadie, fue al ginecólogo y este, tras una ecografía, le confirmó que estaba de once semanas.

Tras la última llamada ni ella llamó, ni él tampoco. Su mal humor se acrecentaba día a día. Estaba enamorado de aquella mujer, pero no estaba dispuesto a sufrir por alguien que a la primera de cambio le engañaba y se buscaba otras diversiones.

En ese tiempo Marta disimuló todo lo que pudo su malestar. Estaba ya de cuatro meses, pero su delgadez y las ropas anchas que comenzó a ponerse para disimularlo no dejaban entrever su estado. Quedaban pocos días para irse a Huelva de vacaciones y no quería que nadie supiera de su embarazo hasta su vuelta. Sabía que era absurdo esconderlo pero necesitaba hacerlo así.

En ese tiempo, Adrian y Patricia achacaron su tez blanquecina y su falta de apetito a la ruptura con Philip, e intentaron darle todo su apoyo y amor. Un mes atrás Marta pensó en abortar. Se informó de varias clínicas, pero algo en ella no se lo permitió. Le gustaban los niños y si había sido capaz de sacar adelante a su hija Vanesa siendo ella una niña, lo sería ahora también siendo ya una mujer.

Vanesa cambió. Atrás quedaron las malas contestaciones y comenzó a ser la que había sido siempre, una hija cariñosa y pendiente de su madre. Pero algo en su interior no la dejaba vivir. Se sentía culpable por lo que había ocasionado. Y ver a su madre disimular su tristeza no la dejaba vivir. Su intermitente relación con Javier definitivamente se rompió. Por fin, y sin que nadie le dijera nada se dio cuenta que su madre tenía razón. Aquel era un imbécil que solo se aprovechaba de ella. Por ello, un día se plantó y decidió no volver a mirarle a la cara. Él ni se inmutó. Directamente pasó de ella y se buscó otra tonta de la que aprovecharse.

Los días pasaban y Vanesa necesitaba contarle a su madre la llamada de teléfono de Philip. El problema era que no encontraba el momento. La veía tan decaída y triste cuando llegaba a casa que no quería hacerle más daño. Por ello, consumida en su angustia, calló y se dedicó a complacerla y a hacerle la vida lo más fácil que podía.

Una mañana, cuando quedaban tres días para cerrar la tienda por las vacaciones de verano, Lola regresó de Londres para decirles que había tomado una decisión en cuanto a su vida y negocio.

—¿Qué te quedas a vivir en Londres? —dijo Marta.

Patricia al escuchar aquello dejó de masticar su desayuno.

—Ay, virgencita... al paro de cabeza que vamos —gritó Adrian llevándose las manos al pecho.

Lola al escucharles sonrió. Por nada del mundo haría una cosa así y

quitándole a Patricia un donut de la mano aclaró:

—Aquí nadie se va al paro. La tienda seguirá como está. La única diferencia es que no estaré físicamente todos los días y tanto yo como vosotros tendréis que viajar a Londres con más asiduidad. He decidido abrir una delegación de Lola Herrera allí, en esa capital.

Los tres boquiabiertos la miraron y esta continuó:

—Esta tienda quiero que siga aquí. Y sé que con vosotros seguirá de maravilla. He decidido expandir mi empresa, y mi intención es que los modelos que yo haga allí, también estén aquí y viceversa. ¿Qué os parece la idea?

—Bien... creo que será interesante —finalmente dijo Marta sorprendida.

Lola al ver como la miraban aquellos tres muchachos que ella adoraba aclaró:

—Quiero estar con Antonio todo el tiempo que pueda, y no me apetece estar todo el día viajando de acá para allá. Él tiene su vida y su negocio allí y...

—Y tú aquí —murmuró Patricia.

—Sí, *miarma*... tienes razón —sonrió Lola—. Pero mi vida quiero vivirla junto a él y no quiero desperdiciar horas en el aeropuerto. Os aseguro que nada va a cambiar. Todo continuará igual. Vosotros tres podréis seguir trabajando como lo habéis hecho siempre.

—Pero... pero tú no estarás con nosotros —susurró Adrian al punto del sollozo.

Conmovida por aquello, Lola abrazó a aquel muchachote encantador que tanto se preocupaba por ella y le aclaró:

—¿Cómo que no estaré con vosotros? —y cogiendo el teléfono dijo ante un lloroso Adrian—. Si coges esto y marcas mi número siempre... siempre estaré con vosotros. Además, os he dicho que tendréis que viajar a Londres de vez en cuando. Necesitaremos reunimos y unas veces vendré yo, y otras iréis vosotros allí.

Marta al escucharla se le revolvieron las tripas. Ella no quería viajar a Londres. En breve debería decir lo de su embarazo y se agobió. Sentándose se puso las manos en la cara y sin saber porqué comenzó a llorar.

—¡Virgen de la Macarena! Ay, que fatiguita ¿Qué te pasa, *miarma*? —se asustó Lola al verla.

Si algo destacaba de Marta, era su fortaleza. Y verla ante ella hundida y llorando no era buena señal. Sabía de su ruptura con Philip, él tampoco estaba mucho mejor, pero tras hablarlo con Antonio y Karen, todos decidieron no inmiscuirse en los problemas de aquellos. Ya eran mayores para decidir qué era lo que querían.

Inmediatamente, Patricia se agachó junto a ella y la abrazó. Sabía que a su amiga le pasaba algo, pero realmente no imaginaba el qué.

Marta se limpió los ojos e intentando, sin mucho éxito, sonreír, murmuró

entre sollozos.

—Lola yo te quiero mucho y ... y ... te voy a echar mucho de menos.

—Ay, mi amor. No me digas eso que me engollipe —se agobió la mujer.

—*Uis*, nenas. Esto es más emotivo que el velatorio de Chanquete —susurró Adrian.

Marta al escucharle se tapó la cara, mientras Patricia se carcajeaba y miraba a Lola. Esta última desde que había visto a Marta no le gustó nada su mal aspecto. Estaba paliducha y ojerosa. Pero, al igual que el resto, lo achacó a lo ocurrido con Philip.

—Marta, por Dios, ¡no llores! Que aquí el de lágrima facilona soy yo —dijo Adrian haciéndola sonreír por fin.

Incrédula porque las lágrimas se le hubieran escapado delante de todos, enseguida se repuso y resurgiendo de sus cenizas como solo ella sabía hacer, sonrió y dijo:

—Ea... ya se me pasó. Ha sido un pequeño momento tonto —y mirando a Lola dijo—: Te debo tantas cosas y te quiero tanto, que no se qué me ha pasado. Pero tranquila... ya estoy bien.

La mujer mirándola con gesto serio preguntó:

—¿Seguro que estás bien, mi niña? Mira que te veo yo muy *desmejorá* y mustia, y eso no me gusta nada.

—Sí, Lola no te preocupes. Estoy con la regla y eso me hace estar más sensible. —De pronto el estómago se le puso al revés y, al sentir las ganas de vomitar, dijo mirándose el reloj:

—Ostras ¡que me cierran el banco! —dijo cogiendo su casco—. Seguid hablando que vuelvo en media hora.

Se apresuró a marcharse intentando ir erguida. Una vez desapareció de la tienda Lola volviéndose hacia ellos susurró:

—Ay, qué angustia tengo, por Dios. Vengo aquí y Marta está destrozada. Me voy a Londres y Philip no tiene mejor aspecto, ¿qué podemos hacer por ellos?

Sorprendidos con aquella revelación Adrian y Patricia se miraron.

—¿Que el indeseable ese está destrozado? —gruñó Patricia—. Pues siento decirte que si está así o es porque le falta un tornillo o simplemente es porque es imbécil profundo.

—*Ozú, siquilla*, ¿por qué dices eso? —preguntó Lola al escucharla.

—Ese príncipe con alma de diablo —contestó Adrian—. Fue él quien dejó a nuestra Marta. La humilló y la dejó en la estacada.

Boquiabierta, Lola cuchicheó:

—Las noticias que yo tengo es que fue Marta quien lo dejó a él. Antonio tras interrogar a Philip me contó que fue ella la que se marchó con sus amigos dejándole colgado aquí en Madrid, tras adelantar su viaje a China.

—Virgen de la candelaria, ¡será mentiroso! —gritó Adrian.

Molesta por aquella mentira Patricia soltó:

—De eso nada. Él fue quien sin decirle nada llegó a Madrid y se fue de juerga con una artístucha del tres al cuarto. Nos enteramos de ello por la prensa. Después Marta le fue a ver y el resto ya te lo puedes imaginar.

Lola no se lo podía creer. Fue a responder cuando la puerta de la tienda se abrió. Era Vanesa, quien al verla se tiró directamente a sus brazos. Tras besuquearse y decirse lo mucho que se querían la niña preguntó:

—¿Dónde está mi madre?

—Ha ido al banco pero enseguida vuelve —respondió Patricia.

Lola incapaz de asumir lo que aquellos le habían contando preguntó a la cría:

—Vanesa, mi niña ¿tu madre está bien? No me gusta nada lo delgada que se está quedando.

La cría fue a responder pero se abrió la puerta de la tienda. Era Pepe, el del bar de enfrente.

—Que alguno de vosotros venga a mi bar. Marta se ha caído de la moto y la tengo allí.

—¡Ay, mi niña! —gritó Lola horrorizada.

Con rapidez, los cuatro salieron de la tienda. En menos de tres minutos estaban frente a una maltrecha Marta que al ver a su hija sonrió.

—Que ninguno se asuste. No me ha pasado nada. Estoy bien...

—Ay, mamá, ¿qué te ha pasado? —dijo Vanesa al ver el raspón que esta tenía en las manos. Lola apremió a Adrian.

—Llama un taxi. La llevo al hospital.

—No. No hace falta —gritó Marta al escucharla.

—Sí, si te voy a llevar. Te pongas como te pongas —decidió Lola.

Fue inútil discutir con todos. Finalmente los cinco fueron hasta el Hospital Madrid donde la atendieron de urgencias. Mientras esperaban, Vanesa no paró de llorar. Cada día se sentía peor y más culpable por todo lo que le pasaba a su madre. Verla tan decaída y triste comenzaba a poder con ella.

—Tranquila, *miarma*, tu mami estará bien —la consoló Lola.

—Todo es por mi culpa —sollozó la niña.

Al escucharla Adrian le pasó la mano por el pelo y dijo:

—Anda ya, chiquilla no digas tonterías. Tu madre se ha caído hoy porque se tenía que caer y punto. ¿Qué vas a tener tú la culpa?

—Esas cosas pasan, mi amor —susurró Lola abrazándola.

—Toma un poquito de agua y deja de exagerar. Que para exagerado ya tiene el título Adrian —regañó Patricia con cariño. La niña bebió agua y tapó la botella.

—La culpable de que mi madre esté así soy yo. Yo hice algo horrible para que Philip se enfadara con ella y la dejara. Ella no lo sabe, pero fui yo la que jorobó su relación. Les he engañado a los dos y me siento fatal.

Boquiabiertos, los tres la miraron. Pero fue Patricia quien clavándole la mirada dijo:

—Desembucha, pero ¡ya!

Tras sonarse la nariz con un pañuelo que Lola le dio Vanesa se explicó.

—Philip llamó a casa. Mamá no estaba y por la voz él creyó que yo era ella. Dijo que había adelantado su viaje de China para regresar antes, y que pasaría a recogerla. Entonces yo le dije que ya tenía planes para ir a una fiesta y él... él... se molestó y yo le dije... que prefería estar con mis amigos a quedar con él. Después de eso mamá y Philip lo dejaron.

—La madre que te parió, ¡Vanesa! —dijeron a la vez Patricia y Adrian.

—Pero mi amor —susurró Lola—. ¿Por qué hiciste eso?

—No lo sé —continuó llorando la niña—. Pero estoy arrepentida de ello. Ahora me doy cuenta de mi error y yo... yo...

—Vanesa —gruñó Adrian—. Te quiero mucho mi niña, pero en un momento así te arrancaría la cabeza.

—¡Adrian! —regañó Lola al escucharle.

—¿Lo sabe tu madre? —preguntó Patricia aún incrédula.

—No... y por favor no se lo digáis —susurró entre sollozos—. Se lo tengo que decir yo, y...

—Por supuesto que se lo vas a decir —siseó esta—. Te doy una semana, si no se lo diré yo. Lo que has hecho está fatal. ¡Joder!

—Fatal no —sentenció Adrian—. Muy mal. Terriblemente mal.

La niña nerviosa se retorció las manos y asintió hecha un mar de lágrimas.

—Ay, *miarma* ¿Cómo has hecho eso, *siquilla*? Phil y tu madre están hechos el uno para el otro, mi amor. ¿No te habías dado cuenta?

Al escuchar aquello Patricia miró a su jefa y aclaró.

—Bueno... bueno... no exageres. Si estar hechos el uno para el otro es que a uno le gusten los whopper con queso y al otro el paté francés a las finas hierbas, creo que te equivocas de pe a pa.

—No. No se equivoca. Ese *guiri* y Marta habían conectado —aclaró Adrian con seguridad—. Dicen que los polos opuestos se atraen y ellos, te guste o no, se atraían en todos los sentidos. Solo hay que recordar la luz en la mirada que tenía Marta cuando estaba con ese... ese *madelman* inglés.

—Yo más bien diría que se querían —susurró Lola abrazando a Vanesa que no paraba de gimotear.

Segundos después se abrió la puerta blanca y los cuatro se levantaron. Marta salía con un médico. Llevaba un brazo vendado y cara de cansancio. Al ver a su hija llorar se asustó.

—¿Qué te pasa cariño?

La niña se zafó del abrazo de Lola y corrió a los de su madre. Esta sonrió, mientras sus tres amigos la miraban con gesto tierno y desconcertado. El médico

sonrió.

—No se asusten. Ella está bien. Solo tiene una pequeña fractura en el codo y en un dedo de la mano. Eso sí —dijo mirándola—. Se acabó la moto durante un tiempo ¿de acuerdo, Marta?

Marta asintió. Ambos sabían a qué se referían y el doctor tras una sonrisa se marchó.

—¿Estás bien? —preguntó Patricia acercándose a ella.

—Di que sí, o me da aquí mismo un tabardillo —cuchicheó Adrian.

—Sí, tranquilos. Ha sido una caída tonta —y mirando a su hija dijo—: No llores, cariño. No ha pasado nada, ¿no lo ves? Estoy bien.

La muchacha asintió pero cada vez se encontraba peor. Debía hablar con su madre con urgencia y contarle lo que los demás sabían aunque se enfadara.

—Mamá... tengo que contarte algo.

Con una dulce sonrisa su madre asintió y tras darle un beso en la mejilla le susurró.

—Vale. Cuando lleguemos a casa las dos tenemos que hablar.

Lola conmovida por la ternura que Marta irradiaba dando un paso al frente dijo señalándola con el dedo:

—Ya has oído, *miarma*. La moto, ni *mijita* —y mirando a Patricia y Adrian advirtió—. Y a partir de hoy estás de vacaciones. Para un par de días que quedan no vas a ir como estás. Eso sí, como me entere yo que coges la moto ¡os la cargáis vosotros!

—*Uis*, que madrastrona —se mofó Adrian—. Cuando te pones así, me recuerdas a la madrastra de la Cenicienta. Todos sonrieron.

—Pues puedo ser peor que Úrsula, la bruja mala de La Sirenita, si desobedecéis mis órdenes —aclaró aquella con una sonrisa en los labios.

Marta, más tranquila les miró y dijo abrazada a su hija:

—Señores Disney, si no os importa me gustaría irme a mi casa.

Una hora después los cinco estaban en el piso de Marta. Llamaron a Telepizza y comieron juntos. Por la tarde, casi entrada la noche cada uno se marchó a su casa dejando solas a madre e hija.

Sentadas una frente a la otra en el sillón Marta miró a su inquieta y nerviosa hija y dijo:

—Cariño, por lo que he podido entender hoy en el hospital quieres decirme algo, ¿verdad? —la muchacha asintió y Marta prosiguió—. Yo también necesito contarte algo. ¿Quién empieza, tú o yo?

—Yo —respondió la muchacha.

Colocándose un cojín tras los riñones y otro ante su pequeña tripa Marta asintió y dijo:

—De acuerdo. Tú primero.

Pero fue decir eso y Vanesa comenzó a llorar y a decir palabras ininteligibles, aunque Marta las entendió. Por ello y deseando que su hija dejara de llorar se incorporó, le secó las lágrimas y sorprendiéndola como nunca en su vida le susurró.

—Ya lo sabía, Vanesa. Siempre lo he sabido. Cuando Philip me dijo que... —no pudo seguir y al final susurró—. Solo he esperado a que tú me lo dijeras. Y te lo agradezco. Necesitaba saber que volvías a confiar en mí.

Vanesa al escuchar aquello se sintió peor. Durante aquel tiempo su madre lo había sabido y no había dicho nada. Eso la hizo llorar todavía más.

—Lo hecho... hecho está, cielo —suspiró Marta—. Pero quiero preguntarte ¿por qué? ¿por qué nos engañaste así a los dos? ¿Tan mala vida te íbamos a dar si hubiéramos continuado juntos?

—Mamá, lo siento. Lo siento con toda mi alma. No sé cómo se me ocurrió hacer esa locura. Pero yo... tenía miedo de Philip y de todo lo que nos podía ofrecer y ahora me doy cuenta que él era una buena persona, que sobre todo te quería.

Al escuchar eso Marta sonrió con tristeza.

—No, cariño. No me quería. Si me hubiera querido me habría escuchado cuando intenté hablar con él.

—Mamá, si él no te escuchó fue por lo borde y desagradable que fui con él. Le hice pensar que no te importaba, que él no era nadie para ti. Me porté como una idiota y... lo siento... lo siento mucho. Aceptaré cualquier castigo que me impongas sin rechistar. Y te juro que no me perdonaré en la vida, lo mal que me he portado últimamente contigo. ¡Soy lo peor!

—No, cariño, no eres lo peor. Pero esta experiencia te ha hecho madurar y darte cuenta que la vida no es solo como tú la quieres vivir. Existimos las dos y...

—Te prometo que nunca más te volveré a decepcionar. Te daré tantos vales oro para cumplir tus deseos que vas a pensar que soy una pesada.

Con una sonrisa de cansancio en los labios, Marta la miró. Estaba destrozada por no tener a Philip junto a ella, le añoraba cada segundo, cada instante del día, pero estaba feliz porque finalmente su hija le hubiera contado aquello.

—¿Vales oro? —rió Marta para hacerla sonreír—. Cariño, con tenerme a mi lado me vale y me sobra. Y en cuanto a lo que dices, ya sabes que tus vales para mí son los más importantes. Me gusta hacerte feliz y quiero que lo seas.

—Ay, mamá ¿cómo he podido estar tan ciega?

—Deja de martirizarte, Vanesa porque ya no sirve de nada. Si te soy sincera, cielo, creo que nuestra historia nunca habría acabado bien. Éramos demasiado diferentes en demasiadas cosas. Pero bueno, la vida me ha enseñado a tomarla como viene y no quiero darle más vueltas al tema.

—Pero, mamá si yo le llamo y se lo cuento él tendría que...

—No, cariño —dijo alarmada Marta—. Yo no quiero volver con él. Si haces eso lo que único que harás sería liarlo más todo, y creo que es mejor que lo dejemos como está.

La niña la miró. ¿Por qué su madre no quería volver con Philip? Sabía que lo amaba. Se lo notaba en su mirada. Y si Lola decía que él también la añoraba, ¿dónde estaba el mal?

—Bueno, cariño —dijo Marta mirando a su hija—. Ahora me toca a mí contarte algo que creo que debes saber. Te incumbe a ti, tanto como a mí, y espero que lo aceptes como lo he aceptado yo y me ayudas.

Aquello atrajo toda la atención de Vanesa que cogiendo una galleta de encima de la mesa dijo:

—Soy toda oídos, mami. Pero dímelo ya que me estás asustando.

Marta tomó aire y cogiendo una galleta le dio un mordisco y tras tragarlo le soltó:

—Estoy embarazada de cuatro meses —Vanesa dejó de respirar y Marta continuó—. El hijo es de Philip. Él no lo sabe, y no quiero que lo sepa nunca.

Vanesa se quedó de piedra.

—Mamá, ¿esperas un bebé?

Marta sonrió y asintió. Su hija siempre le había pedido un hermanito pero la ocasión nunca se dio. Y ahora, de pronto, el bebé estaba casi allí. Emocionada, la muchacha estiró las manos y tocó la tripa de su madre cuando esta se quitó el cojín de encima y se desabrochó la camisa. Ante ella apareció un pequeña y redonda tripula que había pasado desapercibida.

—Ostras, mami —susurró incrédula—. ¡Qué pasote! Voy a tener un hermano.

—O hermana —sonrió Marta feliz por haberlo contado.

—Un bebé —cuchicheó boquiabierta la muchacha.

Marta, con los ojos encharcados en lágrimas de felicidad y tristeza a la vez, asintió.

—¿Qué nombre le pondremos?

—Es un poco pronto para eso ¿no crees? —rió Marta pero al ver la impaciente mirada de su hija cuchicheó—. Bueno... vale... confieso que hay un nombre que me encanta tanto si es niño como si es niña.

—¿Cuál?

Con una sonrisa de satisfacción Marta se tocó la barriga y susurró:

—Si es niña será Noa, y si es niño Noah, pero con hache.

—¡Me encanta, mami! Tendremos un o una Noa en nuestra vida —ambas rieron.

—Sí, tendremos un muñequito al que cuidar —susurró Marta tocándose la barriga.

Le había costado asumir de nuevo la maternidad sola. Pero aquel día cuando

se cayó de la moto y pensó en que habría podido perder a su bebé creyó morir. Cuando en el hospital le dijeron que todo seguía bien, se dio cuenta que quería a ese bebé tanto como a su propia vida y ya nada ni nadie se lo podría arrebatar.

—Por cierto, mami —dijo señalándola con el dedo mientras cogía una nueva galleta—. Te prohíbo coger la moto de aquí en adelante. En tu estado se acabó el pilotaje, ¿me has oído?

—Tranquila, cariño. La aparcaré en el garaje cuando salga del taller y hasta que el bebé no esté aquí no la volveré a utilizar. Te lo prometo.

Vanesa al ver la tristeza en los ojos de su madre se puso seria y retirando las manos de la barriga preguntó:

—¿Por qué no se lo quieres decir a Philip?

Marta dando otro mordisco a la galleta dijo:

—Por tres razones, cielo. La primera porque él no quiere responsabilidades —recordó aquello y el corazón le dolió—. La segunda, porque no quiero ser una más que le quiere endosar un hijo, y la tercera porque he decidido criar a este niño yo sola como hice contigo. Aunque esta vez tu castigo será ayudarme a sacarle adelante.

Inquieta por lo que oía, Vanesa se retorció las manos.

—Vamos a ver, mamá. Por supuesto que te voy a ayudar. Eso no lo dudes nunca. Pero tu comportamiento es muy egoísta. Philip se merece saber que va a ser padre. No creo que estés haciendo lo correcto.

—Si no lo veo, no lo creo. Te has pasado meses intentando que olvide a Philip, que lo deje con él, y ahora cuando doy por finalizada esa relación te empeñas en que nos volvamos a juntar. Cariño, ¡no hay quien te entienda!

—Lo sé, mami... lo sé. Soy una adolescente algo complicada. Pero si no estáis juntos es por mi culpa. Y déjame recordarte que este hijo sí es de él. No es algo inventado como lo de Juliana y otras... Oh, Dios, mamá cada vez me siento peor. Solo he sido un estorbo y un cúmulo de problemas en tu vida y en tu relación con él. Lo siento mami... lo siento tanto...

—Vanesa, cariño ¡Basta!

—Pero mamá, ¿por qué? ¿Por qué si tú le quieres y él te quiere? ¿Por qué volver a luchar por un hijo tú sola?

—Es mejor así, créeme, cariño —susurró al pensar como él dijo que su secretaria le buscaría un hueco en su agenda—. Vanesa, si una vez yo sola y siendo una niña pude hacerlo, ahora estoy convencida de que lo volveré a hacer. Y por favor cariño olvida todo lo que ha pasado y...

—¿Lo saben Lola, Patricia o Adrian?

—No. Y hasta que no regresemos de las vacaciones continuarán sin saberlo.

—Pero, mamá, nos matarán cuando se enteren —protestó Vanesa y su madre rio.

—No hay peros que valgan, cielo. Esto es un secreto momentáneo entre tú y

y o. Ellos lo sabrán a su tiempo y ya me encargaré yo de que no nos maten —e intentando sonreír dijo—: Necesito un poco de tranquilidad y tiempo, y si ellos lo saben, te aseguro que lo que menos tendré será eso... Me volverán loca y yo solo necesito tu ayuda de momento. Y tranquila, lo sabrán. Esto es algo que no se puede ocultar.

—¿Lo prometes, mami?

—Te lo prometo, cielo —sonrió Marta.

Aquella noche ambas durmieron abrazadas en la cama de Marta como llevaban meses sin hacer. Al día siguiente Vanesa llamó a Lola y le pidió entre sollozos que no le contara a Philip lo ocurrido. De momento su madre necesitaba tiempo para asimilarlo y Lola lo entendió. Finalmente consiguió colgar sin contarle lo de su próximo hermano. Algo que la llenaba de orgullo y preocupación.

Capítulo 40

Las vacaciones llegaron para todos. Adrian se marchó con Timoti un mes a Londres. Juntos hacían una bonita pareja y se divertían muchísimo. Lola que les vio durante el tiempo que estuvo Adrian en la ciudad, sonrió al ver como por primera vez en su vida, aquel alocao muchacho solo tenía ojos para su pareja. Lo que en principio fue una simple atracción sexual, con el tiempo se convirtió en amor.

Patricia era otro cantar. Primero se fue unos días con sus padres y hermanos a Murcia. Pero como siempre que iba a visitarlos, tras diez días finalmente discutió con ellos. Eran tan diferentes que más tiempo juntos originaría una matanza. Por ello ya había hecho planes, y en esos planes estaba Carlos el antidisturbios, quien disfrutaba de sus vacaciones en Menorca y la había invitado. Ella no lo desaprovechó.

El mes de vacaciones en Huelva a Marta le sentó de maravilla. Su vida se relajó y en especial la relación con su hija volvió a lo que era. Juntas dieron grandes paseos por la playa al atardecer, comieron paellita en los chiringuitos, se pusieron moradas a helados y disfrutaron del sol y del agua de mar. Aquella paz hizo que el cuerpo de Marta se asentara, aunque de vez en cuando los vómitos la volvían a martirizar.

En ese tiempo ni un solo día pudo dejar de pensar en Philip. Recordar su sonrisa, sus gestos divertidos cuando le sorprendía, la hacían vivir.

Una tarde, mientras madre e hija tomaban el sol en topless tranquilamente en la playa unas voces dijeron tras ellas sorprendiéndolas.

—Vaya... vaya... pero hay que ver qué planazo más bueno lleváis las dos.

—*Uis...* nenas. ¡Tenéis las tetas más negras que las zulús!

Al escuchar aquellas voces tan conocidas ambas miraron y sonrieron al ver a Patricia y Adrian. Rápidamente ambas se levantaron para abrazarles. Pero en ese momento las miradas de aquellos dos se centraron en la redonda y abultada tripa de Marta.

—¡Joder! ¿Qué es eso? —gritó Patricia incrédula.

—Virgen de la candelaria —chilló Adrian mirándola—. Dime que eso que veo es que te has puesto morada a cerveza y pinchos morunos o me da un tabardillo.

Con una cariñosa sonrisa en los labios Marta miró a esos amigos que tanto quería, cogió a su hija de la mano y sin negar la evidencia, se tocó su barriga y dijo:

—Estoy esperando un bebé.

Al escuchar aquello Adrian puso los ojos en blanco y sin darles tiempo a reaccionar cayó redondo y de cara contra la arena de la playa.

—La madre que lo parió —gruñó Patricia al verle.

Con rapidez las tres mujeres reaccionaron y cogiendo a Adrian le pusieron bajo la sombrilla, y le levantaron las piernas. Instantes después él comenzó a reaccionar. Patricia mirando a su guapa amiga Marta y de nuevo a aquella protuberancia que en el estómago abultaba dijo:

—Lo tuyo no tiene nombre ¿Cómo has podido ocultárnoslo?

Marta sonrió. Lo último que le apetecía era discutir, y tras encogerse de hombros contestó:

—No te enfades, tonta. Primero he tenido que asimilarlo yo para poder contároslo.

Adrian se incorporó y se sentó en la hamaca de Vanesa, quien enseguida fue a comprar algo de beber.

—Ay, qué golpazo me he dado, ¿tengo todos los dientes? —preguntó este enseñándoselos.

—Sí, cielo. Los tienes todos —rió Marta.

—Pero, siento decirte que tus gafas Gucci se han llevado la peor parte —rió Patricia al coger las gafas del suelo partidas en dos.

Al tomar las gafas, Adrian suspiró, y mirando a la embarazada dijo:

—Doscientos cincuenta y siete euros que me costaron. ¡Me debes unas gafas! Por tu culpa mira lo que ha pasado.

—Vale... vale... no te preocupes. Te compraré unas gafas nuevas esta noche en los puestecillos de los morenos. Eso sí, de diez euros máximo —se mofó Marta.

En ese momento llegó Vanesa con un par de botellitas de agua fresca y tras darle una a Adrian que casi se la bebió entera, la muchacha dijo:

—Mamá me prometió que os lo contaría cuando regresáramos de las vacaciones. No me miréis así que me hizo prometer que no diría nada.

—*Uis*, nena. Y nosotros que veníamos a sorprenderte.

—Y os he sorprendido yo, ¿verdad? —rió Marta haciéndoles reír—. Por cierto, ¿tú no estabas en Londres y tú en Menorca?

—Sí, reina. Pero tanto tiempo sin veros me estaba ajando el cutis —susurró Adrian—. Y cuando llamé a Patricia y me dijo que estaba en Madrid, no lo dudé. Dejé a mi novio trabajando y regresé a Madrid.

—¿Novio? —dijeron al unísono Marta y su hija.

—Es oficial. Timoti y yo somos novios —dijo feliz—. No sé qué pasará el mes que viene o el año que viene. Pero hoy por hoy, estoy colado hasta el tuétano por ese fotógrafo inglés. Y aunque suene mal decirlo, él por mí también. Por lo tanto, ya no estoy libre en el mercado. Soy un hombre felizmente comprometido.

En ese momento Vanesa vio a unos amigos que había conocido en la urbanización y tras dar dos besos a su madre se fue a bañar con ellos. Con una encantadora sonrisa Marta la miró y luego volviéndose hacia su amiga preguntó:

—¿Y tú que hacías en Madrid? ¿No estabas en Menorca?

—Tú lo has dicho, ¡estaba! Pero tras dos semanas con Carlos me comencé a asfixiar. No le gusta como cocino, ¿os lo podéis creer?

—Animalillo —susurró Adrian con pena.

—Normal Patricia que no le guste. Cocinas fatal.

—Lo sé —dijo descolocándoles—. Pero a él no le permito que me critique. Aún no tenemos la suficiente confianza para eso.

—¡Pero si te acuestas con él! —rió Adrian.

—¿Y qué? —gritó con una sonrisa—. Una cosa son los estupendos polvos que nos marcamos y otra que me critique si pongo azúcar en vez de sal al pescado. Por ello y porque no podía continuar ni un segundo más allí con él, decidí regresar antes de estrangularle.

—¿Y Carlos? —preguntó Marta.

—Se quedó en Menorca y casi que mejor. Hoy por hoy estoy saturadita de él y de su calva. Y aunque cada vez que pienso en él sufro unos terroríficos calores de cintura para abajo, no le quiero ver.

Adrian, al escucharla, se quitó la arena del pelo y aclaró:

—El antidisturbios le ha propuesto a nuestra lobeza vivir con él. Pero ella, ya sabes, ha salido huyendo como alma que lleva el diablo. Literalmente se ha cagado en las patillas al verse sumergida en una relación formal.

—Como dije una vez, la rutina es el beso de la muerte —y mirando a Adrian dijo—: Y tú eres peor que una portera.

—Sí... reina sí, lo que tú digas —respondió aquel—. Pero te joda o no ese tipo te gusta y te has asustado.

—¡Y una chorra! Lo que me ha acojonado es que de pronto me vi hablando con él de cambiar muebles, comprar estores y demasiadas cosas que me dan repelús.

—Pero Patricia, ¿qué me estás contando? —rió Marta que conocía muy bien a su amiga.

—Nada. No te estoy contando nada. Porque no hay nada que contar. El *calvo* y yo lo hemos dejado de momento. Él tiene unas prisas que a mí no me van y punto. Por cierto —señaló la barriguilla de Marta—. Es del desnatado, del *guiiri*, ¿verdad?

—*Uis*, nena qué brusca que eres —se quejó Adrian.

Marta asintió y Patricia blasfemó.

—Me cago *en to* lo que se menea ¿y qué coño estás haciendo? ¿Piensas tener otro hijo tú sola?

Su amiga volvió a asentir. Adrian suspiró, la tomó de las manos y preguntó:

—¿Estás segura, nena?

—Segurísima y no te desmayes —respondió con una sonrisa.

Patricia cogió el paquete de patatas al jamón que había bajo la sombrilla y

continuó insistiendo.

—¿Y cuando se lo vas a decir al padre?

—Sinceramente. Nunca. No se lo voy a decir.

—¡¿Cómo?! —gritaron aquellos dos.

Marta al ver que la miraban con un gesto reprochador, y encendiéndose un cigarro que, automáticamente, Patricia le quitó y apagó, dijo:

—No me miréis así. Él no quiere responsabilidades. Me lo dejó muy claro, y lo último que me dijo aquel día era que con seguridad tarde o temprano le acusaría de una falsa paternidad y no le quiero dar el gusto de que me diga con su altivo gesto inglés: ¡Te lo dije!

—Será capullo el *desnatao* —susurró Patricia.

Pero, increíblemente, Marta salió en su defensa.

—No, Patri, no. Yo le entiendo en cierto modo. Durante años varias mujeres le han acusado de falsas paternidades y eso, quieras o no, tiene que hacerte desconfiado.

—Pero nena —murmuró Adrian—. Ese muñeco que está creciendo en tu interior no es una falsa paternidad. Es su hijo. El hijo de Philip Martínez para más señas.

Marta asintió y tras resoplar advirtió:

—Sí. Pero eso solo lo sabremos nosotros. Él no tiene por qué saberlo. Por lo tanto mantened vuestras bocazas cerradas y todo irá bien.

—Y a Lola, ¿qué le dirás? ¿Le mentirás? —preguntó Patricia—. Creo que ella de tonta tiene lo mismo que yo de monja, y se dará cuenta enseguida. ¿Qué le vas a decir? ¿Que es hijo del champán? —eso hizo reír a Marta.

—Qué buena idea ¡Gracias!

Pero Patricia volvió al ataque.

—Y si cuando nazca el bebé es desnatao y rubio como su puñetero padre, ¿también se lo vas a negar?

—No adelantes acontecimientos —medió Adrian.

—Acontecimientos... ¡acontecimientos! —gritó Patricia fuera de sí. Marta volvía a meterse en un problema y parecían no darse cuenta.

—Uis, nena. A ti eso de estar lejos del *calvo* no te sienta bien. Menuda mala leche te gastas —se quejó Adrian.

Marta no quería reír. El tema no era para divertirse. Pero estar ante sus amigos y sus mordaces comentarios la hacía tener vida.

—Vamos a ver, doña gruñona —dijo Marta—. Puede que el bebé salga moreno como Vanesa y como yo. ¿Por qué va a salir rubio como su padre?

Patricia sin poder callar dijo:

—Pues porque la ley de Murphy es así. Basta que quieras algo para que salga lo contrario. ¿Y qué crees que dirá el inglés cuando se entere?

—Le doy la razón a la loba —susurró Adrian.

Acorralada por lo que Marta ya sabía, finalmente se enfrentó a su amiga y con gesto turbador se le encaró.

—¿Quieres cerrar esa boca llena de dientes que tienes? Me estás agobiando y acabas de llegar, ¡joder!

—Chicas... chicas... chicas... —murmuró Adrian—. Creo que ambas tenéis vuestras razones para decir lo que decís. Yo de momento me guardaré mi opinión sobre lo que pienso de las dos —ambas le miraron—. ¿Qué os parece si nos relajamos en este precioso lugar y en otro momento continuamos con esta fantástica y maravillosa conversación? Ahora, venga. Daros un besito sin lengua y que yo os vea.

Aquello las hizo sonreír. Adrian era el mejor mediador que había y sabía cómo tratarlas.

—Anda, petarda. Ven aquí y dame un beso que, como diría mi padre, últimamente solo me das *inrritaciones* —dijo con cariño Patricia.

—Serán irritaciones —puntualizó Adrian.

—Pues no. Mi padre dice *inrritaciones*, ¡listo!

Sin darles tiempo a decir nada más Marta se abalanzó sobre ellos y les besó. Aquellos dos eran los mejores amigos que cualquier persona quisiera tener y pensaba disfrutar con ellos los últimos días que le quedaban de vacaciones. El resto, y a lo pensaría cuando llegara.

Capítulo 41

Septiembre llegó. Las clases en el colegio de Vanesa comenzaron y todos regresaron a sus trabajos. Cuando Lola viajó para visitarles tras el verano, la impresión que se llevó al ver a Marta con aquella barriga fue tremenda.

—A ver jefa, relájate y respira —murmuró Patricia dándole aire.

—Ay, qué fatigueta, *miarma*.

Marta, frente a ella, con unos vaqueros elásticos y una camisa que dejaba entrever su pequeña tripula le acercó un vasito de agua.

—Vamos a ver, Lola, ¿por qué te pones así? Solo he decidido tener un hijo. Creo que Vanesa ya es mayor y me apetecía tener otro bebé.

—*Ojú, miarma*. Cuando se entere Phil... cuando se entere Phil...

Con gesto sorprendido, Marta miró a aquella mujer y preguntó:

—¿Philip? ¿Por qué se va a enterar Philip? ¿Él qué tiene que ver en esto?

Sus amigos la miraron extrañados y Lola sin dejarse engañar dijo:

—Mira, cariño. No disimules. Ese bebé es de Phil.

—Pues no, Lola. Te equivocas —mintió Marta—. Es del Musaraña. Hemos vuelto a darnos una oportunidad y hemos creído que un hijo nos podría unir más.

—¡Y una mierda! —gritó la mujer dejándoles descolocados.

—Lola de mi *corasao*, que tú no dices palabrotas —se quejó Adrian.

Incapaz de continuar un segundo más sentada, la mujer se levantó y encarándose a ellos dijo muy seriamente.

—No me vais a engañar. Ese *siquillo* no es del poca sangre del Musaraña, ni de ningún otro. Ese niño es de Phil y todos lo sabemos.

—¿Quizás sea hijo del champán? —se guaseó Patricia, pero al ver el gesto con que le miraron los demás cerró la boca.

—Vamos a ver, Lola —continuó Marta enfadada—. Punto uno. Este es mi hijo, y si yo te digo que Philip no tiene nada que ver, créeme por favor. No comiences a levantar falsos bulos ni molestes a tu hijastro con esto porque te aseguro que tiene todas las de perder. Y punto dos. Respeta lo que te digo porque esto es algo mío. Particularmente mío. Y nadie mejor que tú sabe lo que eso significa. Durante años he conocido tu romance con Antonio Martínez y he callado sin que tú me lo tuvieras que pedir. Era tu decisión y yo la respeté. Solo espero que ahora tú me respetes a mí.

Lola con los ojos llenos de lágrimas y sin querer decir nada más, cogió el vaso de agua y se metió en su despacho. En todos los años que llevaba junto a Marta era la primera vez que tenía una discusión de aquella índole con ella. Todos callados la siguieron con la mirada. Finalmente Patricia fue quien habló.

—Desde luego cuando te pones borde, ¡eres la más!

Con el corazón encogido Marta miró la puerta cerrada de aquella mujer a la que adoraba y sin poder remediarlo blasfemó.

—Joder, ¿por qué no me habéis cerrado el pico?

—*Uis*, nena cualquiera se acerca a ti cuando te pones en plan tigresa bengalesa —susurró Adrian.

—¿En serio sabías lo de la jefa y Antonio? —preguntó Patricia.

Marta asintió.

—Sí. Pero yo no era nadie para contar algo que a mí no me atañía.

—Ole, mi Marta. Qué grande eres, *jodia* —sonrió Adrian.

Dos segundos después, la puerta del despacho de Lola se abrió. Para sorpresa de los tres esta se plantó ante Marta y con voz segura dijo:

—Siempre he valido más por lo que he callado que por lo que he contado y esta vez en referencia a tu bebé será igual. No te preocupes cariño, no diré nada, ni quiero que tú me confirmes nada. Pero déjame decirte, *miarma*, que sé que el Musaraña no es el padre, ¿y sabes por qué? Pues porque tú eres demasiado lista como para hacer una tontería así con ese mequetrefe —Marta sonrió—. Y ahora dame un beso y un abrazo y recuerda, sigo estando aquí para ese *siquillo*, también, ¿me has oído cabezota?

Emocionada, Marta la abrazó. Aquella maravillosa mujer era su madre y eso la emocionó.

—Ay, Dios mío. ¡Qué momentazos me dais puñeteras! —gimió Adrian abrazándose a Patricia que sonrió.

Capítulo 42

Septiembre pasó. Llegó octubre y el buen tiempo continuaba en Madrid. Una tarde, cuando Marta llegó a su casa tenía un calor horroroso. Se duchó y poniéndose unos piratas y una camiseta de manga larga decidió salir a dar un paseo con *Feo*. En su camino se cruzó con varios conocidos y todos la miraron incrédulos al notar su incipiente embarazo, pero nadie dijo nada. Ni la más mínima mención.

«Vaya, los rumores crecen en el barrio y yo estoy llena de fertilizante» pensó divertida.

Cuando llegó a casa se encontró a Vanesa estudiando. La muchacha se había propuesto no dar ni un disgusto a su madre y lo estaba cumpliendo. Tras preparar la cena, ambas se tiraron en el sillón a la espera de relajarse y ver una película.

—Mami ¿Cuándo tenemos que ir al hospital para la ecografía?

—Pasado mañana a las cinco y media.

Vanesa agachándose hacia la tripa de su madre susurró:

—Eh... tú. Espero que seas bueno y nos dejes ver qué eres.

Con una sonrisa Marta miró a su hija, pero de pronto al ver el anuncio de la película que iban a poner quiso levantarse e irse.

—Qué bien —aplaudió Vanesa ajena a su dolor—. La peli que tanto nos gusta, mamá.

Disimulando su malestar Marta sonrió. La última vez que vio El día de la boda estaba con Philip en su casa. Los recuerdos la atormentaron pero continuó sentada. Siempre les había gustado aquella película y quería que siguiera siendo así. Pero lo que en otros momentos ocasionó carcajadas placenteras a Marta, en aquella ocasión solo le ocasionaba llantos e hipos.

Vanesa, sorprendida por ello, se levantó a por la caja de *kleenex*.

—Gracias, cariño —susurró Marta—. Esto de tener las hormonas descontroladas es una autentica lata.

—Ni que lo digas, mamá. Ni que lo digas.

Y así estuvieron durante la hora y media que duró la película. Aquella vez Marta no disfrutó de Dermot Mulroney, ni de sus increíbles frases. Al revés, solo pudo llorar como una tonta ante la mirada alucinada de su hija.

Una vez que la película acabó, Marta agotada y con la nariz como un tomate se levantó, besó a su hija y se fue a dormir. Vanesa se quedó sentada en el sillón dispuesta a estudiar, pero no podía dejar de pensar en su madre y en la tristeza que continuamente veía en sus ojos. Sabía que la había perdonado. Pero ella no. Su comportamiento a lo largo del año 2010 había sido deplorable, lo sabía y eso le martirizaba. Se levantó y fue a la cocina donde se preparó una taza de Cola Cao fresquito. Al cerrar la nevera y dejar la leche vio en el imán la primera ecografía de su futuro hermano o hermana y cogiéndola dijo con determinación:

—Creo que ha llegado el momento. Tú y yo vamos a hacer algo por mamá. Se lo merece, ¿verdad?

Una vez dejó la ecografía de nuevo en el imán de la nevera, fue hasta la habitación de su madre y se asomó. Estaba completamente dormida. Lo sabía por su forma de respirar. Con cuidado entró, cogió el móvil y salió. Una vez en el comedor cerró la puerta y después de marcar el número PIN de su madre, lo metió debajo de un cojín para que no sonara la musiquita que tenía a su encendido. Segundos después buscó en la agenda un teléfono pero no lo encontró. Miró en mensajes, pero tampoco. Su madre había borrado toda pista de Philip. Finalmente apagó el móvil y lo dejó donde estaba.

De nuevo en el comedor, encendió el ordenador y con rapidez escribió a su amiga Diana, la sobrina de Philip.

De: Kalipodefresavanesa@hotmail.com

A: Dianamalagana@hotmail.com

Diana, necesito un favor pero debe quedar entre tú y yo. Dime cuándo viene tu tío Philip a su casa de Madrid.

Aún no te puedo decir nada pero prometo en breve contártelo Un beso.
Vanesa

Pdata.: Please guárdame el secreto. Es importante.

Una vez envió el mensaje, cerró su correo y apagó el ordenador. Tenía que estudiar para un examen.

Capítulo 43

La consulta de ginecología del Hospital Montepíncipe estaba como siempre; a rebosar. Marta y Vanesa sentadas en las butacas azules miraban a todas las embarazadas que ante ellas pasaban.

—Qué rayada, mamá. ¿Has visto qué tripa tiene esa?

Marta sonrió.

—Es que debe de estar a punto de echarlo, hija. Ya verás... ya, qué tripa se me va a poner a mí.

—Tú estarás guapísima. Seguro.

En ese momento se abrió la puerta de la consulta diez y se oyó:

—Marta Rodríguez, por favor, pase.

Vanesa agarró la mano nerviosa de su madre. Por nada del mundo se perdería ese momento con ella. Juntas entraron en la consulta donde el doctor le dijo a Marta que se quitase el pantalón y se tumbase en la camilla.

—Doctor —dijo Vanesa sorprendiendo a su madre—. Me he informado y sé que usted me puede hacer un vídeo y dar unas fotos de este momento, ¿verdad?

—Sí, señorita. Pero ese vídeo no entra en la consulta. Debe pagarlo aparte.

—Pues hágalo. Yo se lo pagaré.

Marta, incrédula porque su hija se hubiera informado de aquello preguntó:

—Vanesa, no hace falta, cariño. Con saber que está bien, me sobra y me vale.

—De eso nada, mamá. Yo quiero tener el recuerdo de la primera vez que le vi la jeta al muñeco. Y he leído que por ciento cincuenta euros te puedes llevar un DVD y fotos, además de un informe.

—¿Ciento cincuenta euros? Pero, cariño eso es mucho dinero y...

—Mamá —interrumpió Vanesa—. Es mi dinero y lo voy a utilizar en esto, te guste o no. Es un regalo que quiero para ti.

Con una tonta sonrisa en la boca el médico las miró y comenzó su reconocimiento. Boquiabiertas miraron la pantalla y cuando el ecógrafo se paró en el rostro del bebé Marta susurró:

—Dios mío, Vanesa el muñeco es precioso, y creo que va a tener tu misma nariz.

—¿Tú crees? —susurró la niña sin pestañear.

—Y mira qué morritos —murmuró Marta emocionada.

—Está bostezando —dijo el médico.

Vanesa sonrió. Estaba viendo al muñeco mover las manos y bostezar. Eso la dejó sin palabras. El ecografista, al ver los gestos de aquellas dos entre risas y llantos, preguntó:

—¿Quieren saber el sexo del bebé?

Ambas se miraron y asintieron y el hombre tras mover el aparato dijo:

—Es una niña, o como dicen ustedes, ¡una muñeca!, y por sus medidas va a ser grandota.

«Como su padre» pensó Marta con un extraño dolor en el corazón, pero sonrió.

Media hora después, con la felicidad en sus rostros, las fotos y el DVD bajo el brazo salían del hospital. La pequeña Noa estaba bien y tanto su madre como su hermana estaban pletóricas de alegría.

Capítulo 44

Una semana después, en el hotel Mirasierra Suites de Madrid, Philip tenía una reunión y posteriormente una comida de negocios. Desde su ruptura con Marta procuraba no ir a Madrid. Se escabullía siempre que podía y prefería enviar su avión para que sus clientes viajaran a Londres, a tener que desplazarse él. Pero aquella reunión era importante y tras mucho demorarla finalmente asistió.

Durante aquellos meses su humor no había mejorado. Prefería estar inmerso en el trabajo y en sus viajes al extranjero a estar ocioso en su casa. Un lugar donde todo, por extraño que pareciese, le recordaba a ella. De pronto, su vida había dejado de tener aliciente. Las mujeres, esas con las que durante años se lo pasó bien, le parecían sosas y aburridas. Ir a casa de su padre era un martirio. Ver allí a Lola y saber que ella tenía contacto con Marta solo le hacía querer verla, y apenas soportaba ver juntos a Karen y Marc. Dos personas que no hacían más que mirarse a los ojos y darse besos continuamente.

Una vez finalizada la reunión, donde todo salió a las mil maravillas, los ejecutivos pasaron a uno de los salones. Mientras comían hablaban de trabajo. Sobre las cinco pudo coger su coche y marcharse a su casa de la Moraleja. Su personal de servicio, Simona y José, al verle, le saludaron con una sonrisa y rápidamente se desvivieron por atenderle. Tras subir a su habitación y quitarse el traje, se puso ropa de deporte. Bajó a la sala destinada a gimnasio y durante un buen rato corrió sobre la cinta andadora. En ese tiempo se había dado cuenta que lo mejor para caer agotado en la cama era el deporte. Algo que ocupaba últimamente su poco tiempo libre. La puerta del gimnasio se abrió y José le anunció:

—Señor, una señorita en la puerta pregunta por usted.

Sudando como un cosaco Philip paró la cinta y tras agacharse para tomar fuerzas preguntó:

—¿Una señorita?

—Sí, me dijo que su nombre era Vanesa Rodríguez.

Al oír aquello a Philip se le tensaron los músculos de todo el cuerpo. Solo conocía una Vanesa Rodríguez y precisamente era la penúltima persona que deseaba ver. Cogiendo una toalla se limpió el sudor de la frente y el cuello y, tras pensar en la muchacha dijo a José:

—Pásala a mi despacho. Enseguida iré.

Una vez se quedó solo en el gimnasio Philip maldijo. ¿Qué hacía esa maldita muchacha allí? Pero atraído por la curiosidad, finalmente y sin ducharse fue hasta su despacho donde al entrar se encontró a la muchacha mirando por la ventana.

Cuando Vanesa oyó cerrar la puerta del despacho se giró y se encontró con Philip. Aquel hombre de mirada impenetrable y con el que apenas había cruzado

más de dos palabras. No por él, sino por ella y su horrible comportamiento. Se asombró al verle vestido de aquella manera tan deportiva. Se fijó en sus fuertes hombros y le pareció más grande y alto que nunca. Eso la intimidó.

Con gesto duro Philip se puso frente a ella y preguntó:

—¿Qué quieres, Vanesa?

La muchacha intentó hablar, pero de pronto su boca se quedó paralizada. Durante días había planeado aquel instante. Lo que le diría y lo que necesitaba que él supiera. Pero llegado el momento se asustó y apenas podía respirar.

Philip al ver como aquella se retorció las manos intuyó que estaba nerviosa. ¿Debería él sentir piedad por ella cuando aquella mocosa nunca la tuvo con él? No. Definitivamente no, pensó con resignación. Pero al ver que la muchacha tragaba saliva con intención de hablar la miró y escuchó.

—Primero de todo, quiero pedirle a usted disculpas por aparecer así de pronto en su casa, pero creo que se lo debo a mi madre.

—¿Tu madre? ¿Ella sabe que estás aquí? —preguntó sorprendido.

—Uf, no... no. Si lo supiera estoy segura de que me castigaría para el resto de mis días. De hecho, cuando se lo cuente creo que lo hará, si antes no me mata.

Al escucharla hablar con aquella franqueza Philip quiso sonreír. Cuánto había añorado esa frescura al hablar. Era la primera vez que escuchaba a la muchacha bromear. Hasta el momento, de ella solo había obtenido malas contestaciones y en especial malas miradas. Y aquello, inexplicablemente, le gustó.

Desconcertado por aquella inesperada visita Philip le indicó a la cría que se sentara en uno de los butacones. Él, aún con la toalla alrededor del cuello, se apoyó en su mesa de caoba y tras clavar sus azules ojos en ella habló.

—Muy bien Vanesa. Una vez roto el hielo te pido que me llames de tú. Y, por favor, aclárame qué te ha traído a mi casa.

Al escuchar aquello la muchacha quiso llorar, pero tragándose el nudo de emociones que se formó en su garganta dijo mirándole directamente a los ojos:

—Yo soy la culpable de todo lo que ha pasado entre mi madre y tú. Creé un malentendido para que rompieras con ella y...

—No, Vanesa —dijo Philip sentándose tras su mesa—. Lo que ha ocurrido entre nosotros es algo entre adultos. Tú no tienes nada que ver en ello.

—Eso no es verdad —aclaró con los ojos llenos de lágrimas—. Yo fui la que te cogió el teléfono la noche que llamaste cuando regresabas de China. Mi madre estaba paseando a *Feo* y yo me aproveché de tu confusión y te dije algo que no era verdad.

—¿Cómo?! —gritó prestándole toda su atención.

—Yo te odiaba. Pensé que si seguías con mamá tarde o temprano nos obligarías a irnos a vivir a Londres, y yo... yo... no quería porque estaba colgada de Javier y... y entonces cuando llamaste me hice pasar por ella y te engañé. La lié. Todo lo que te dije era mentira y después, con mis chantajes emocionales, la

saqué de casa por si aparecías y la obligué a ir al cumpleaños del Pistones.

Philip, al escuchar aquello comenzó a procesar la información, mientras la muchacha hecha un mar de nervios continuaba su relato.

—Te prometo que cuando colgué el teléfono me di cuenta de mi error, pero no supe dar marcha atrás. Es más, esa noche me di cuenta de lo mucho que cuidabas a mi madre y de que yo estaba equivocada en todo. Pero ya era tarde. Yo ya la había liado mintiéndote y tú sacaste tus propias conclusiones en referencia a mamá. —Desesperada por como él la miraba gimió— ...y yo solo te puedo pedir disculpas por todos los errores que he cometido como hice con mamá hace tiempo y...

—¿Tu madre sabe lo que me estás contando? —susurró con desesperación al darse cuenta de su tremendo error y ser consciente de cómo trató a Marta aquel día.

—Sí. Se lo dije, aunque ella me confesó que lo supo cuando tú la acusaste de irse con sus amigos los moteros a preferir ir contigo. Ella me dijo que en ese momento supo que había sido yo quien había hecho aquello pero que tú...

—Yo no la dejé hablar —murmuró encolerizado.

Aún recordaba la mirada de Marta y sus ojos al acusarla. Aquello no se lo podría perdonar nunca. ¿Por qué? ¿Por qué no la había escuchado? ¿Por qué había reaccionado así? Sin poder dejar de hacerse aquellas terribles preguntas Philip prestó atención a la muchacha que, hundida en el sillón, lloraba a moco tendido mientras balbuceaba palabras incoherentes.

Acercándose hasta ella y poniéndose en cuclillas, dijo levantándole el mentón para secarle las lágrimas con la toalla.

—No me gusta verte llorar, Vanesa. Basta ya.

—Philip. El día que llamaste a mi madre para hablar con ella, volví a mentir, aunque esa vez ella me obligó. Ella no quería verte y me hizo decirte que se había ido de fin de semana con el Musaraña para que te enfadaras. Y yo... le hice caso y... y...

Con una desesperación que sobrecogió hasta las entrañas de aquel gigante, Vanesa le abrazó y Philip, enternecido suspiró y la agarró. Durante un buen rato la muchacha se desahogó como llevaba tiempo sin hacer y él la escuchó consciente de que la única víctima de todo aquello había sido Marta. Una vez consiguió tranquilizar a la niña y que esta dejara de llorar y pedir perdón, Philip sentándose a su lado preguntó:

—¿Cómo está tu madre?

—Triste, a pesar de que intenta sonreír para que yo sea feliz. Te echa de menos, Philip. Lo sé y te aseguro que lo sé de buena tinta.

Él sonrió, le gustaba saber aquello. Entonces Vanesa armándose de valor preguntó:

—¿Tú echas de menos a mamá?

Mirándola con una sonrisa que dejó descolocada a la jovencita, este susurró con voz ronca y emocionada.

—Cada instante del día y de la noche, Vanesa. Estoy enamorado de ella y me voy a volver loco si sigo así.

Resoplando de satisfacción la muchacha exclamó:

—Guayyyy.

—¡¿Guay?! —rió Philip.

—Sí. ¡Genial! Me gusta saber que mi madre te gusta.

—Es más que eso. La quiero. La adoro. La amo.

Conmovida por lo que escuchaba la muchacha dijo:

—Philip, si me das la oportunidad, me gustaría comenzar de nuevo contigo y mostrarte quién soy. Te aseguro que no soy ese híbrido entre la niña del exorcista y Nosferatu que conociste meses atrás.

—Me alegra saberlo —rió aquel.

—Las malas compañías me abdujeron y me volvieron una alienígena que dejó de querer a lo que uno más debe de querer en este mundo, a su madre —y tendiéndole la mano, dijo—: Me llamo Vanesa Rodríguez y me gustaría que volvieras a hacer sonreír a mi madre. Te prometo que no me inmiscuiré en vuestra relación. Es más, si decides no hablarme y hacerme pagar todo el mal que te hice lo entenderé. Pero, por favor, necesito que hagas feliz a mi madre, aunque si te soy sincera... creo que me va a matar cuando se entere de lo que estoy haciendo.

Sobrecogido y feliz, Philip no lo dudó. ¿Cómo no querer a la madre de la muchacha si nunca la había dejado de amar? Pero, consciente de que aquello era un comienzo para Vanesa y para él, Philip le agarró la mano y dijo:

—Me llamo Philip Martínez y estaré encantado de conocerte, y quiero que sepas que me acabas de dar la sorpresa de mi vida.

—Uf... te aseguro que no —se mofó ella, pero él continuó.

—Amo a tu madre con todo mi ser y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que ella me dé una oportunidad y vuelva a sonreír. Pero también quiero que tú, señorita, te inmiscuyas en mi vida. Deseo que me dejes quererte y cuidarte como un padre y, si no quieres, me encantará ser tu amigo. Un buen amigo que siempre velará por tu seguridad. Quiero llevarme bien contigo y poder reír y discutir las veces que haga falta. Me encantaría ser parte de tu vida y que tú lo fueras de la mía. ¿Crees que podríamos intentarlo? —La niña emocionada asintió y Philip para hacerla sonreír susurró: Y tranquila, no permitiré que la cabezota de tu madre te mate. Antes tendrá que matarme a mí. Te lo aseguro.

Dicho esto ambos se unieron en un fraternal abrazo que derribó todas las murallas que entre ellos pudieran existir. Comenzaban de cero y los dos tenían claro que lo prioritario era una mujercita de carácter llamada Marta. Ambos la

adoraban y necesitaban verla feliz.

Como niño con zapatos nuevos Philip habló con Vanesa. Era inútil negar lo evidente. Aquella y su madre podían con él y él ya había decidido no vivir sin ellas. Entonces Vanesa se levantó y abriendo su gran bolso, sacó un DVD y preguntó:

—Entonces, ¿me aseguras que amas a mi madre y que la quieres a ella tal y como es? —Él asintió—. Y que aunque yo te enseñe algo, ¿no te enfadarás, ni pensarás mal de ella?

Sorprendido por aquello, Philip la miró y poniéndose la mano derecha encima del corazón afirmó alto y claro:

—Te lo aseguro. No cambiaría nada de ella. Ni siquiera ese maldito carácter que a veces me saca de mis casillas. Y que conste que no salgo a buscarla ahora mismo porque tú estás aquí.

—Entonces, toma. Quiero que veas esto.

Philip cogiendo aquel DVD la miró y preguntó:

—¿Me voy a sorprender por lo que aquí hay grabado?

Con una sonrisa Vanesa se sentó de nuevo en el butacón.

—Arggg... Te lo puedo asegurar. ¡Vas a flipar!

—Uf... miedo me da ponerlo —se mofó aquel—. Viniendo de ti y de tu madre esto puede ser un bombazo.

Divertido, fue hasta unos equipos que había en su despacho, metió el DVD y encendió la televisión. Instantes después una imagen extraña apareció en la pantalla. Philip caminó hacia atrás y se sentó junto a la butaca de la muchacha, hasta que de pronto el perfil de una cara atrajo su atención. En ese momento Vanesa murmuró:

—Se llama Noa. Es mi hermana y nacerá en menos de tres meses.

Al escuchar aquello, Philip paró de golpe la imagen. Se giró hacia Vanesa y fue él quien en aquel momento no pudo hablar.

—Mamá supo que estaba embarazada el mismo día que rompiste con ella y...

—Dios mío —susurró Philip pasándose la mano por el pelo.

—Ella no te dijo nada porque no quiere que pienses que es una más que lo único que quiere es tu dinero.

—¿Cómo?!

—Ella me contó que le dijiste que, con el tiempo, le acusarías de tener un hijo y...

—Por Dios... cómo pude ser tan bocazas.

—Sí... no te enfades, pero un poquillo sí fuiste.

Sin apenas escucharla Philip dijo:

—¿Cómo pude decirle todo aquello? Te juro Vanesa que aquella misma tarde me odie a mí mismo por haber sido tan cruel. Ella nunca ha sido, ni será, como

las mujeres a las que yo me refería y... y... ¿Voy a ser padre? ¿Noa es mi hija?

—Rotundamente sí. Aunque bueno... mi madre no te lo va a poner fácil.

—¡¿Cómo?! ¿Se ha vuelto loca?

—Me temo que sí. Es más, no nos dijo nada a nadie hasta que tuvo el accidente con la moto y...

Cada segundo más pálido, Philip miró a la muchacha y cogiéndola por los hombros preguntó colérico y preocupado:

—¿Accidente de moto? Por todos los santos. ¿Qué ha ocurrido?

Ella, Marta, la mujer que amaba, había tenido un accidente y nadie le había avisado. Mataría a Lola, a su padre, Adrian y Patricia. Ellos le debían haber llamado.

—Philip... relájate.

—Pero, ¿por qué nadie me dijo nada? —gritó descontrolado.

—Ella nos lo prohibió. Y ya conoces a mamá, quien se la hace... se la paga.

Preocupado por ella miró a la jovencita que frente a él hablaba y susurró:

—Está bien... ¿ella está bien?

—Sí. Tranquilo. Mamá y Noa están bien. Eso ocurrió hace meses. Desde entonces mamá guardó la moto en el garaje y a excepción de que la arranca de vez en cuando, no la ha vuelto a montar. Eso sí... cuando nazca la muñeca ya me ha amenazado con que se irá un día entero a coger curvas.

Confundido, emocionado, aterrorizado y enamorado miró la imagen que en la tele le observaba y se levantó. Aquella carita tan preciosa era su hija. Un bebé que la mujer que amaba esperaba. Definitivamente necesitaba pedirle perdón. Ya no podía esperar un segundo más para ir en busca de Marta. Si antes la amaba, ahora la quería más.

—Dame cinco minutos que me cambio de ropa y te llevo a tu casa. Tengo que decirle muchas cosas a tu preciosa madre —dijo Philip saliendo del despacho.

Al quedar sola, Vanesa se levantó y saco el DVD para guardárselo en el bolso. Poco después un guapo y emocionado hombre, bajó las escaleras de su chalet de dos en dos. Tenía una misión que cumplir y no pensaba fracasar.

Capítulo 45

Aquel día no era el mejor para Marta. Llevaba el día revuelto, con un sueño soporífero que le hacía dormirse por las esquinas y en un par de ocasiones vomitó. Cuando llegó a casa se extrañó al no ver a su hija, pero estaba tan agotada que se duchó, se puso un peto vaquero, una camisa violeta y se tiró en el sofá. Esperaría a que ella regresara para preparar la cena mientras echaba un sueñecito.

Sobre las nueve de la noche escuchó que la puerta se abría y oyó el saludo de su hija.

—Hola, mamá. Ya estoy en casa.

Sin incorporarse del sillón, Marta levantó la mano a modo de saludo. Fue una suerte. Philip entró tras la muchacha y se escondió en la cocina. Aunque *Feo*, al verle, rápidamente le saludó.

—Hola, cariño. Estoy aquí, encallada como una ballena en el sillón.

Al escuchar aquella voz tan débil, Vanesa tras indicarle a este que fuera paciente y esperara el momento oportuno, se acercó al sillón. Al verla tan pálida se agachó junto a ella.

—Mamá ¿qué te pasa? —le preguntó.

Philip, asustado por aquello, quiso salir de la cocina pero Vanesa con una mirada le volvió a pedir que no se moviera.

—Uf... llevo un día fatal. Todo me sienta mal y hoy tengo más sueño que el oso Yogui en invierno.

De pronto se llevó las manos a la boca y levantándose con rapidez se dirigió al baño donde irremediablemente vomitó.

Vanesa, al ver aquello, maldijo. Aquel no era el mejor día para que Philip se presentara en su casa. Pero nada se podía hacer. Conociendo a Philip bajo ningún concepto le podría sacar de allí. Por ello, Vanesa se preparó para escuchar bufidos.

—Pues yo he invitado a un amigo a cenar.

—¿Hoy? —susurró Marta recogiendo el pelo.

—Sí, mamá. Hoy. Pero si tú quieres yo....

Al ver el desconcierto en los ojos de su hija Marta sonrió y dijo:

—No te preocupes. Seguro que dentro de un rato estoy mejor —y dándose la vuelta para regresar a salón preguntó—. ¿Qué amigo es? ¿Le conozco?

Pero ya no hizo falta contestar. Philip aterrado porque Marta estuviera mal las había seguido hasta el baño y estaba frente a ella. Enternecido por el aspecto que aquella mujercita presentaba, Philip quiso besarla y abrazarla, decirle que era un tonto, un estúpido, que la amaba y que no pensaba irse de allí sin ella. Pero su mirada le indicó precaución.

Marta, al verlo, se quedó sin palabras. Y tras soltar un gran bufido caminó con

paso rápido hasta el comedor y volviéndose hacia su hija gritó:

—¡Vanessa!, ¿puedes explicarme que hace el señor Martínez en mi casa?

La niña fue a hablar, pero Philip se le adelantó y dijo:

—El señor Martínez está aquí porque no puede vivir sin ti, porque te quiere y porque desea que le des una nueva oportunidad para poder demostrarte lo soso, idiota, insulso, y corto de vista que es.

«Dios... esto es un perfecto momento Dermot Mulroney» pensó Marta al escucharle. Pero reuniendo todo su valor gritó:

—¡Fuera de mi casa!

—No —respondió él.

Incrédula por aquella rotundidad, ella le miró y acercándose a él volvió a vociferar.

—¡O te vas ahora mismo, o te juro que te abro la cabeza con un cenicero!

«Esta es mi chica» pensó Philip mirándola con pasión.

—¡Mamá! —protestó su hija mientras aquel sonreía.

—Tranquila, Vanessa —dijo él—. Tu madre no me hará eso. Me quiere y ella lo sabe. Solo intenta ponérmelo difícil.

—¡Y un cuerno!

—*Honey*, no te alteres. En tu estado no viene bien —dijo él disfrutando de aquella enloquecida que ante él sacaba aquel carácter latino que tanto le gustaba.

—¡¿*Honey*?! Oye, *gui*ri, como vuelvas a llamarme por ese ridículo nombre te juro que... que... ¡Joder! —y volviéndose hacia su nerviosa hija gritó—: ¡¿Cómo has podido hacerme esto?! Te dije que no quería volver a verle.

—Mami, escúchame yo...

—No. No te quiero escuchar. Y no me llames mami que cada vez que escucho ese apelativo es para echarse a temblar.

Philip sonrió. Esa era su Marta.

—Oh... sí. Sí que me vas a escuchar y a él también.

—Eso no te lo crees tú ni jarta de vino, Vanessa —gritó su madre colérica.

Philip al ver que aquellas comenzaban a discutir, recordó algo. Sacó su cartera y de ella dos papeles. Y con determinación acercándose a Marta dijo:

—Tengo dos vales tuyos. Por lo tanto, tengo derecho a dos deseos.

—¡Bien, Philip! Buena idea —aplaudió Vanessa.

Marta, sorprendida, por lo bien que se llevaban aquellos dos les miró. ¿Qué les había pasado? Luego volviéndose hacia él blasfemó al ver que este le enseñaba los malditos vales. Esos vales que ella meses atrás le regaló. Poniéndose las manos en las caderas en actitud guerrera dijo:

—¿Quieres que te diga dónde te puedes meter los vales?

Philip fue a contestar pero la niña se le adelantó.

—Oh... no... mami eso sí que no —se quejó Vanessa—, los vales que nosotras damos son sagrados y...

—Los únicos vales sagrados que existen para mí son los tuyos —aclaró Marta y volviéndose hacia Philip dijo cada segundo más agotada—: Pero, de acuerdo. No faltaré a mi palabra. Dime qué quieres y luego vete de una maldita vez de mi casa.

Nervioso, aunque no lo parecía, Philip pensó rápidamente qué decir. Pero al ver la impaciencia de ella en sus ojos dijo para ganar tiempo.

—Lo primero que quiero es que te tranquilices y te sientes.

Marta, al escucharle, sonrió y tras sentarse alargó la mano y dijo:

—Deseo concedido. Dame el vale.

Philip se lo dio y ella con gesto rabioso lo rompió y tiró los cachitos ante sus narices.

—Muy bien. Te queda otro. Terminemos ya con esta tontería.

Bloqueado por lo que sentía al tenerla ante él, Philip apenas podía pensar con claridad. Parecía mentira que un tío como él que acostumbraba a tratar asuntos importantes para una gran empresa, estuviera tan noqueado por una mujer. Solo tenía una oportunidad para que ella le escuchara y por primera vez en su vida no sabía cómo aprovecharla.

Marta, consciente de ese desconcierto, levantó las cejas y mirándole le apremió:

—Si no le importa, señor Martínez, no tengo todo el día para estar mirándole. Por lo tanto, espabilando.

Philip miró a Vanesa y esta sonrió. Pero estaba tan agobiado que dijo:

—Marta, mi segundo deseo es que me escuches. Necesito aclarar ciertos asuntos contigo.

La mujer, al escucharle, resopló con desesperación. Volver a revivir lo pasado era lo que menos le apetecía, pero espachurrándose en el sillón asintió y dijo:

—De acuerdo. Desembucha.

Vanesa, al oír el tono de voz de su madre, dijo:

—Iré a la cocina para preparar algo de cena mientras habláis.

—Haz cena para dos. El señor Martínez no se quedará —dijo Marta en un tono nada conciliador.

Aquella fachada de indiferencia a Marta le estaba costando horrores mantenerla. Entre lo mal que se encontraba y la emoción de tenerle frente a ella estaba aturdida. Lo que más le apetecía en el mundo era un abrazo de aquel hombre al que amaba. Anhelaba sus besos, sus caricias y su manera tan pasional de hacerle el amor. Pero no, ni loca podía pensar en aquello.

Philip no podía dejar de mirarla y admirarla. El tiempo pasado había hecho mella en el cuerpo de aquella preciosidad. Su rostro se veía cansado, agotado. Apenas sonreía y eso le dolía. Marta siempre había sido una muchacha alegre y verla con aquel gesto tan serio le martirizó. Sin poder evitarlo, pasó su vista por

aquel cuerpo que tanto añoraba y sus claros ojos se quedaron parados en la redonda tripa que aquel peto vaquero escondía. Saber que allí estaba su hija le eterneció como a un bobo, por ello, se aclaró la garganta y susurró:

—*Honey*, yo...

—Marta, mi nombre es Marta —aclaró ella.

—Marta —repitió él—. Me siento fatal por todo lo que ha pasado entre nosotros. He sido un idiota al no darme cuenta de lo evidente y...

—Tienes razón. Eres un idiota. ¡Un tremendo idiota además de soso! —vociferó—. ¿Qué tal vas de ligues ahora que eres libre de nuevo? ¿Las llevas al jacuzzi? Por cierto, yo he conocido un par de hotelillos muy majos para ir a desfogarse sexualmente. Cuando quieras te doy la dirección.

Intentaba enfadarle por todos los medios, pero no lo conseguiría. Había ido allí por un propósito y costara lo que le costara, lo debía conseguir.

—Sobre Ana, la amiga con la que salí en la prensa, ella es...

—No me interesa nada saber quién es su amiga. Vayamos al grano.

Aquella indiferencia por parte de ella le estaba molestando, pero suspirando continuó.

—Vanesa me ha confesado lo del teléfono. Solo puedo decirte que lo siento y que me disculpes, pero me puse celoso. Terriblemente celoso. —Marta le miró—. Durante el tiempo que estuve en China, no pude dejar de pensar en ti y cuando adelanté mi viaje para estar contigo, te llamé, y me dijiste que preferías estar con tus amigos a estar conmigo me encolericé. No podía creer que estuvieras jugando conmigo y por eso salí esa noche con Ana y unos amigos.

—Por lo menos lo pasarías bien —dijo ella con retintín.

Clavándole los ojos con rotundidad contestó haciéndola estremecerse:

—Lo pasé fatal. Solo podía pensar en ti y en con quién estarías.

«Ay señor... ¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? Solo deseo que me abrace y me bese. Pero no. No puedo perdonar las cosas que me dijo. Fue horrible» pensó mirándole con adoración y tristeza.

—La mañana que viniste a pedirme explicaciones fue una mañana terrible para mí. Había pasado un fin de semana horrible sin recibir tu llamada y pensando las mayores locuras en cuanto a nosotros. Y para colmo, la reunión que tuve ese día fue un desastre. Luego tú llegaste, pagué contigo todo mi mal humor y me comporté como un energúmeno. Te dije cosas que nunca sentí y de las que me arrepiento y me arrepentiré mientras viva. —Ella atrayendo su atención se tocó la barriga y la boca a Philip se le secó—. Marta, he hablado con Vanesa y entre nosotros todo está aclarado. Podemos entendernos, tú lo has visto.

—Sí, ya he visto vuestro buen rollito —se mofó ella—. ¡Qué ideal!

—*Honey*, te quiero y no puedo vivir sin ti, y sé que tú me quieres y...

—Eso no es verdad. Yo no te quiero. ¿Quién te ha dicho semejante chorrada? Anda... anda y no flipes tú solito que ya eres mayorcito para eso —dijo

desconcertada.

Aquel gesto de Marta, pero en especial la duda en su voz, hizo que Philip en ese momento se creciera. La conocía bastante y sabía que ella estaba comenzando a ablandarse. Sin darle un respiro para pensar, se puso de cuclillas ante ella como horas antes ante Vanesa y, levantándole el mentón con un dedo le susurró con una media sonrisa:

—Mentirosa. Sé que me quieres.

«Ay, Dios. Ay, Dios mío que mis fuerzas comienzan a derretirse» pensó horrorizada ante el suave y delicioso contacto de su mano en su barbilla. Durante unos segundos ambos estuvieron callados. Solo hablaron sus miradas.

—Apártate de mí ahora mismo y termina de hablar. Tu vale se está agotando por momentos.

Consciente del terreno ganado, Philip se levantó y se volvió a sentar donde estaba. Cada vez más seguro de lo que debía hacer y decir preguntó:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿El qué?

—Que esperabas un hijo mío.

—¿Tuyo?... Tú lo flipas. Más quisieras tú que este bebé fuera tuyo —se mofó ella.

Philip sonrió. Esa mujer y sus ingeniosas contestaciones le encantaba.

—Según me ha dicho Vanesa, Noa es tan hija mía como tuya.

«La madre que parió a mi hija ¡chaquetera!» pensó.

—¡Vanesa, te voy a matar! ¿Qué mentira le has contado al señor Martínez?

Pero su hija no respondió, solo se carcajeó. Siguió en la cocina preparando algo de cena. Aquella carcajada desesperó a Marta que retirándose el pelo de la cara miró a Philip.

—Vamos a ver... vamos a ver... que yo creo que aquí hay una enorme confusión.

—No lo dudo —se repanchingó él en el sofá.

Molesta porque cada vez le notaba más centrado y tranquilo, Marta se levantó, cogió el vale que descansaba encima de la mesa y dijo:

—Este bebé es solo mío y tú no tienes nada que ver con él.

—No te creo, cielo.

Con las pulsaciones a mil porque su plan se desmoronaba por segundos, señalándole con el dedo dijo:

—Pero bueno tú que te crees, ¿el ombligo del mundo?

—No, *honey* —respondió con sinceridad.

—Pues entonces, olvídate de mí y déjanos vivir en paz.

—No puedo. Te quiero, y quiero estar contigo y mis hijas.

—¿Hijas?

—Sí, mami —gritó Vanesa desde la cocina—. Estaré encantada de tratar a

Philip como a un padre. Lo hemos hablado y a ambos nos apetece.

Escuchar palabras como aquellas a Marta la descongelaban por segundos. Pero sin querer dar su brazo a torcer preguntó:

—¿Os habéis vuelto locos los dos? —Y mirando a Philip dijo—: Olvidalo. Vanesa y mi bebé son solo hijos míos. Siempre ha sido así y siempre lo será. Tú, maldito *guiiri*, en esto no tienes nada que ver.

Con una dulzona y traviesa sonrisa de superioridad en los labios él dijo:

—Haré las pruebas de paternidad. Las exigiré cuando nazca Noa.

—Ay, Dios mío —susurró Marta sin poder evitarlo mientras se llevaba las manos a la cabeza. De pronto todo su puzle se resquebrajó y gritó:

—¡Y una chorra!

—Hablo en serio, *honey*. Muy en serio.

—Tú no harás eso porque yo no lo voy a permitir. ¿Y sabes? —dijo rompiendo el vale—. Mi tiempo y tu deseo se han acabado. ¡Fuera de mi casa!

Philip se levantó con una cautivadora sonrisa y anduvo hacia ella.

—Marta cariño te quiero... te quiero. Escúchame.

Retirándose de él y a punto de llorar dijo:

—No me toques o te juro que te achucho a *Feo*.

Philip miró al animal que dormido y tranquilo estaba junto al sillón y prosiguió.

—*Honey*...

—¡Ni *honey* ni leches! —gritó ella cada vez más atraída por él—. He dicho que no te escucho y punto. Tenías dos vales y he cumplido mi palabra. Pero una vez concluido el tema, adiós, señor Martínez. Que le vaya bien.

Resignado por su cabezonería se volvió a acercar. Pero esta aprovechó para empujarle hacia la entrada de los espejos. Philip no quería resistirse. Temía que un mal movimiento pudiera hacerle daño. Pero de pronto Vanesa apareció ante ellos como un vendaval con una libreta y dándosela a Philip dijo:

—Toma. Aquí tienes firmados trescientos vales por mí y si hacen falta te firmaré más —y volviéndose hacia su desconcertada madre dijo—: Tú siempre has dicho que mis vales eran los que más te importaban. Pues bien, se los regalo todos a Philip porque se los merece.

—Vanesa... hija —susurró Marta mientras Philip sonreía por la genial idea de la muchacha. En ella tenía una buena aliada.

—Mira, mami, me da igual si mañana o pasado mañana me castigas y te enfadas conmigo. Me importa un pimiento todo. Yo jorobé la historia tan bonita que había entre vosotros y no... no quiero cargar con la culpa el resto de mi vida. He hablado con Philip y él me ha perdonado y me ha dado de nuevo una oportunidad. He hablado contigo y tú me has perdonado. ¿Por qué tú no puedes perdonarle a él por algo de lo que yo soy culpable, y ser capaz de darle otra oportunidad? ¿No te das cuenta que te quiere? Que nos quiere a ti, a Noa y a mí,

incluso a *Feo*.

Sobrecogida por aquellas palabras y por como aquellos dos la miraban Marta rompió a llorar. Philip al verla alargó el brazo, la atrajo hacia él y la acunó. Marta, al sentirse entre sus brazos sin poder evitarlo dejó atrás su fachada de frialdad y le abrazó. Le quería. Le amaba tanto como él a ella. Philip estaba conmovido por como ella le hacía sentir mientras la sentía sollozar entre sus brazos. Sus ojos y los de Vanesa se encontraron y tras guiñarle el ojo, la chica cogió la correa de su perro y dijo antes de abrir la puerta:

—Vamos, *Feo*. Demos un paseíto para que Romeo y Julieta se mimen un rato.

Dicho aquello la puerta se cerró y quedaron solos y abrazados en el recibidor de espejos. Emocionado por lo que había escuchado decir a Vanesa y en especial por como Marta hipaba mientras se abrazaba a él, le susurró al oído:

—Hola, *honey*... te echaba de menos, mi amor.

Ella, sin mirarle, asintió. Era tal el descontrol de felicidad que en su interior había que el sentimiento la desbordó y solo podía llorar. Abrazado a ella Philip miró su imagen en los espejos. En aquel lugar le hizo el amor por primera vez y allí volvían a estar. Juntos y abrazados.

—Cielo, puedes mirarme para que yo pueda disfrutar por fin de tu bonita y preciosa cara y pueda decirte qué te ofrece nuestro nuevo trato —susurró él.

—No.

—¿Por qué?

—Porque odio que me veas así. Yo no lloro. Todo es culpa de las malditas hormonas que me tienen descontrolada perdida. Además, estoy horrible. Me han salido manchas en la piel, y ahora por tu culpa y la de mi hija encima tengo la nariz como un tomate. Eso sin hablar de mi cuerpo de botijo y mis tobillos hinchados como morcillas.

Con una ternura infinita, Philip se acercó con ella al aparador de la entrada y tras cogerla en brazos y sentarla sobre él dijo sacándose un pañuelo del bolsillo:

—A ver... enseñame ese tomate que tienes por nariz. Estoy seguro de que me encantará tanto como tu cuerpo de botijo, tus tobillos, tus manchas, tu boca, tu preciosa sonrisa y tus gestos cuando te enfadas conmigo.

Incapaz de seguir un segundo más sin mirarle, Marta levantó la cara y le miró. Y no pudo por menos que sonreír cuando le escuchó decir con voz emocionada y ronca.

—Mentirosa. Estás más preciosa que nunca, cariño mío.

Acercando sus labios a los de él, le besó y disfrutó de aquella intimidad que había anhelado durante meses. De pronto, su vida había vuelto a cambiar en un segundo y allí estaba él. El hombre al que amaría toda la vida y que la hacía sonreír.

—Te quiero —susurró él al separar sus labios de los de ella—. Te quiero tanto

maldita cabezota que he estado a punto de perder la razón por no tenerte cerca. Eres la mujer más maravillosa, bonita y cautivadora que he conocido en mi vida y como dice Dermot Mulroney en tu película preferida «prefiero mil veces discutir contigo que hacer el amor con otras» porque eres mi vida, y sin ti ya no puedo vivir. Juntos vamos a criar a Noa y a Vanesa, y te prometo que no te vas a arrepentir nunca. Me voy a encargar de mimarte, cuidarte y hacerte feliz todos los días de tu vida.

Con una maravillosa sonrisa en la boca Marta, emocionada, susurró.

—Caray... Philip con lo que has dicho has superado al Mulroney.

Esta vez fue Philip quien la besó. Le devoró la boca con ardor y pasión. Por fin su agonía había acabado y tenía junto a él a la mujer que deseaba y más quería en el mundo. Entonces sintió que las manos de ella bajaban por su cintura y se paraban en el cinturón de su pantalón. Divertido se separó de ella y susurró excitado.

—¿Qué haces, *honey*?

Con una sonrisa que dejaba entrever todo lo que sentía por él y un gesto pícaro, Marta le miró y susurró con voz sensual:

—Cerrar el trato.

Dicho eso Philip y Marta hicieron el amor con pasión, ternura y sobre todo mucho... mucho amor.

Epílogo

Dos años después...

—¡Mamá, han llegado Patricia y el alcalde! —gritó Vanesa desde la planta baja de la casa de Lola en Boadilla del Monte. Ella y Antonio eran los encargados de recibir a los invitados.

Con una cariñosa sonrisa, Lola y Marta se miraron. Sus vidas aquellos dos años habían estado plagadas de dichas y alegrías. Philip y Marta se casaron tras nacer Noa en una bonita e íntima boda y pocos meses después Karen y Marc. La tienda de Lola Herrera en Londres despegó con una fuerza increíble y todo parecía ir sobre ruedas.

La puerta de la habitación de Lola se abrió. Entró Patricia como un vendaval, y preguntó:

—A ver... ¿Dónde está mi pollo preferido?

—Estoy aquí con la Avelina —se escuchó la vocecilla de Adrian.

Patricia, mirándole, se emocionó. Y tras darle un beso a la madre de su amigo, le cogió de la mano y dijo:

—Estás que cruje de guapo. Pero déjame decirte que te noto más rígido que el bigote de Charles Bronson.

—Estoy como adobado —suspiró aquel.

—Vamos a ver, *miarma* —intervino Lola—. Es normal que estés así. No todos los días se casa uno.

—Joder, tío. ¡Te vas a casar con el Timoteo! —aplaudió Patricia.

—Ay, Virgen de la Candelaria. Qué nervioso estoy —susurró Adrian mientras Marta se acercaba y le arreglaba la corbata.

—Venga... venga qué vas a ser muy feliz con él. Ya lo verás —dijo su amiga.

—Ay, Marta. ¡Dios te oiga! —gimoteó el novio.

Al escuchar aquello la Avelina comenzó de nuevo a lloriquear y Adrian que era de lágrima fácil la acompañó. Marta, al ver aquello preguntó:

—Vamos a ver almas de cántaro ¿por qué lloráis en un momento tan feliz?

La Avelina, tras secarse con su pañuelo los ojos, miró a su hijo y dijo con el morrillo encogido:

—*Ainsss*, mi niño está tan guapo que...

—¡¿Guapo?! —se entrometió Patricia—. Lo que está es macizón. Y déjame decirte Avelina, que acabo de ver al Timoteo y además de guapo, está más contento que MacGyver de invitado en Bricomanía. Ay, Adrian... cuando te vea el Timoteo seguro que te encierra en el cuarto de la plancha y que Dios te pille confesado.

Avelina, escandalizada por aquello, se llevó la mano a la cara y susurró:

—Por el amor de Dios, Patricia. No se te ocurra decir ninguna de tus lindezas delante de mi hermana Paca o le da un tabardillo y acabamos todos en

urgencias.

En ese momento la puerta se abrió y aparecieron Philip y Carlos, el antdisturbios, con la pequeña Noa. Una preciosa muñeca rubia con los mismos ojos azules de su padre y el fuerte carácter de su madre.

—Honey...

—Sí, cariño —sonrió Marta al verle.

Desde el día en que fue a su casa y le declaró su amor, su vida con él había sido felicidad, pasión y bueno, para que negarlo, alguna que otra peleilla.

—Siento aparecer en este momento tan especial y emotivo para ti, pero creo que mi preciosa muñeca se hizo cacotas.

—Y cacotas consistentes —se mofó Carlos tras guiñarle el ojo a Patricia.

Marta, al escuchar a su marido, le sonrió. La noche anterior habían estado hasta las tantas celebrando la despedida de soltero de Adrian y se lo habían pasado muy bien. Especialmente cuando solos se metieron en su habitación. Amaba con toda su alma a su alto y rubio hombretón y con gesto divertido preguntó:

—¿Y para qué me necesitas, precioso?

Philip le recorrió con lujuria el cuerpo. Aún tenía muy presente lo que habían hecho horas antes y acercándose a ella le susurró al oído:

—No sé dónde has puesto la bolsa de los pañales, preciosa. Pero si sé con lo que te voy a castigar como no me lo traigas a la orden de ¡ya!

Marta sonrió con picardía, sabía a lo que se refería. Pero cuando iba a hablar, Lola se adelantó y, tras quitarle a la pequeña Noa de los brazos a su padre, dijo dándole a la niña un cariñoso beso en su redonda mejilla:

—Yo cambiaré a esta preciosidad. La bolsa con sus cositas está en la habitación verde —y mirando a Avelina dijo—: ¿Te vienes conmigo mientras los muchachos terminan?

La mujer encantada, pues le gustaban los bebés, asintió y dijo a su hijo:

—Termina de una vez, mi vida. En menos de media hora tenemos una boda.

La pequeña, que adoraba a Carlos, le echó los bracitos para que este la cogiera. Algo que, rápidamente, aquel hizo.

—Ay... mi princesa. ¡Que me la como! ¡Que me la como toda... toda... toda! ¡Que me la zampo toda entera! —dijo el antdisturbios entre balbuceos mientras la niña se mondaba de risa.

—¡¿Princesa?! —arrugó Patricia la nariz—. Querrás decir bomba fétida.

Lola con una sonrisa de felicidad por verse rodeada de tanta juventud, dicha y felicidad les miró y dijo:

—Venga, vayamos a cambiarle el pañal a esta muñequita, antes de que nos intoxique a todos.

Carlos no paraba de hacer monerías a la niña.

—Bolita... ¿Te importa si las escolto? Estas dos preciosas mujeres se llevan a

la princesita que me ha robado el corazón.

Su novia con derecho a roce le miró y tras poner los ojos en blanco con una sonrisa asintió. Una vez se cerró la puerta miró a sus amigos con gesto depredador y dijo:

—Ni una palabra sobre lo que ha dicho mi *calvo*.

—¿Bolita? —se mofó Marta—. A tu *calvo* cada día le gustan más los niños.

—Mejor para él —rió esta.

—*Uis*, nena... no es por darte al tabarra, pero ese hombre necesita ser padre y con urgencia —dijo Adrian.

—Totalmente de acuerdo contigo —rió Philip al ver como aquella les miraba.

—Iros a tomar viento fresco —respondió Patricia divertida mientras ayudaba al novio a ponerse la chaqueta que le habían confeccionado en color blanco roto. Pero al ver que Marta y Philip se besaban con pasión dijo—: Ven conmigo, Adrian. Dejemos a los tortolitos un ratito a solas para que se desfoguen, o nos carbonizarán en la ceremonia a todos con su irrefrenable pasión.

Con una sonrisa, Adrian y Patricia salieron de la habitación dejando solos a aquellos dos que se miraban con dulzura. Philip, sin perder un segundo, la tomó en brazos y la volvió a besar hasta que de pronto se escuchó ¡click!

—No, Philip. No es sitio ni lugar —rió ella al ver que este había cerrado con pestillo la puerta de la habitación de Lola.

Pero él con una sonrisa lobuna suspiró y tras pasear su cálida lengua por el escote del sensual vestido violeta de su mujer murmuró:

—Esta habitación me gusta y me trae muchos recuerdos —ella sonrió—. Aquí te di nuestro primer beso y te aseguro que no será el último.

—Pero, cielo —protestó sin mucha convicción—. Esto no entra en el plan de hoy.

Tras soltar una sonora y masculina carcajada Philip miró a su mujercita y en tono ronco le susurró al oído:

—*Honey*, tú me enseñaste que los planes están para romperlos.

Excitada como siempre que él la miraba así, suspiró, e incapaz de renunciar a los placeres que la vida le daba cada día junto a su rubio, trajeado y *guiri* marido, echó la cabeza hacia atrás, le miró y dijo mimosa.

—Tienes razón, cielo. No perdamos el tiempo y hagamos el amor.

Fin

Nota de la autora

Día a día mantengo contacto con muchos de vosotros a través de facebook, twitter o e-mail y quiero que sepáis que para mí sois una parte fundamental en cualquiera de mis novelas. Sin vosotros, sin vuestro apoyo, vuestras risas, vuestro cariño y en especial vuestro ánimo yo no conseguiría ni la mitad de lo que estoy consiguiendo.

Por todo ello chicas/chicos: ¡Muchas gracias! Tengo una familia maravillosa, una madre de lujo, un marido que es el mejor y unos hijos que son increíbles, a todos ellos, mil gracias por aguantar mis silencios, mis horas ante el ordenador y los momentos en los que me hablan y yo estoy en mi particular mundo. A la editorial Versátil, a todos ellos, muchas gracias por volver a confiar en mí, en lo que escribo y en esta novela.

Un besazo para todos.

Megan Maxwell

www.megan-maxwell.com

Sobre la autora

Megan Maxwell (1965 – Nüremberg, Alemania) es el seudónimo bajo el que escribe Carmen, una romántica empedernida nacida en Alemania, pero criada por su madre y su familia en Madrid.

Durante años trabajó como secretaria, hasta que por causas del destino, un buen día decidió escribir novelas románticas, siendo *Te lo dije* su primera publicación. En la actualidad, a pesar de haber vivido en distintas zonas geográficas de España, vive a las afueras de Madrid, con su marido, sus dos hijos y su perro.